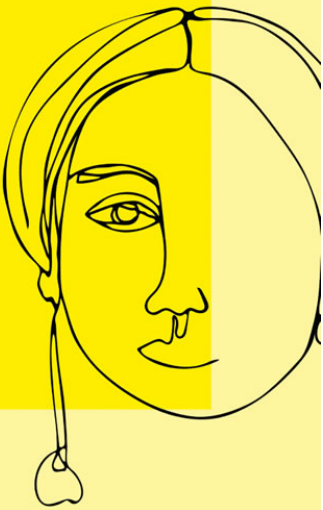
Marta Gordo

TODOS DEBERÍAMOS ROMPER



CABALLO DE TROYA

Marta Gordo

TODOS DEBERÍAMOS ROMPER

CABALLO DE TROYA

¿Por qué será que durante el primer viaje que hicieron ustedes como pasajeros sintieron un estremecimiento místico al enterarse de que ni el buque ni ustedes podían ya ser vistos desde tierra?

H. MELVILLE, *Moby Dick*

PRIMERA PARTE

Ocurrió así:

Juan y yo acabábamos de sentarnos a la mesa en la cocina. Frente a frente, nosotros y los dos platos con dos rodajas de salmón iguales —iguales no, no hay nada igual, la que era un poco más grande para él, si servía yo; para mí, si servía él. Iba a contarle que mi nuevo jefe me había intentado convencer de las ventajas del puesto libre en el distrito centro y que en el transcurso de la conversación me había llamado con dos nombres diferentes y ninguno era el mío. Y yo le había contestado que me pensaría su propuesta, a sabiendas de que no iba a hacerlo, solo por tenerle en vilo. Me resultaba odioso.

Entonces miré a Juan y vi su cara. Me asusté.

—¿Qué te pasa, Juan?

Se puso de pie. Dejó de mirarme. Dio unos pasos por la cocina. Se llevaba las manos a la frente, al pelo. Se quedó quieto dándome la espalda, con la mano en la cadera.

—¿Qué te pasa?

Algo invisible atravesó la cocina. Pasó entre él y yo.

—Estoy triste.

No parecía su voz.

Siguió ahí de pie, de espaldas a mí y nuestra cena.

Entonces noté que algo se detenía.

Me levanté, muy despacio. Sentí mucho frío. Quería tocarle y girarle hacia mí, pero me detuve: no era él. Si volvía su rostro, vería que no era él.

Extendí mi brazo y le puse la mano en la espalda. Mi mano estaba fría y su espalda ardía; la retiré.

Aquella figura silenciosa, sin cara, obstinada en no mirarme,

parecía estar acumulando algo. Le abracé por detrás. Él permaneció rígido, hasta que sollozó y salió de la cocina.

Fue un sollozo de animal grande, de caballo.

Volví a la mesa y me senté.

Así llega la desgracia, pensé.

Las superficies brillantes de los armarios y de la encimera me parecieron hostiles —como si ya no tuvieran que disimular su animadversión hacia mí.

Juan volvió y se sentó a la mesa.

—No quiero hacerte daño.

Entonces el cuerpo me empezó a doler.

—Estoy con otra persona.

No logré entender lo que acababa de decir.

—Te tengo que dejar.

Seguía sin entender. Se quedó callado. Yo también.

Pasó un rato.

Me quedé mirando el salmón a la plancha. Acababa de hacerlo. El salmón era tan normal, nuestra cena de los jueves, pero Juan, en cambio, no parecía Juan. ¿Qué es verdad, el salmón o Juan? Le miré y me reí.

—¿Qué dices? —le pregunté sin poder contener la risa.

Para que no se enfadara por reírme me tapé la cara con las manos.

—Te voy a dejar. Estoy enamorado de otra persona. Ya llevamos un tiempo. No quiero hacerte daño.

Continué con la cara tapada porque seguía dándome la risa. *«¡No te rías, escucha lo que te está diciendo!»*, me decía a mí misma.

—No quiero hacerte daño. Nadia…

Era urgente que entendiera lo que me decía. Cerré con mucha fuerza los ojos para concentrarme, pero las palabras se separaban unas de otras y se me escapaban.

—Nadia, por favor, quítate las manos de la cara. No puedo…

—¡Chsss...! —le dije.

Estaba a punto de entender lo que me había dicho.

—Lo siento.

Pasó un rato y permanecí con la cara tapada. La puerta de la calle se abrió y se cerró. Bajé las manos, abrí los ojos. Juan ya no estaba en la casa.

Entendí una vez más: ningún instante está unido a otro.

*

Pasé esa noche en duermevela, muriéndome.

Temblaba, estaba helada, y aunque me tapaba, el frío se quedaba conmigo bajo la manta porque venía del centro de los huesos. La muerte era un hilo de frío; se había despertado e irradiaba. Me iba hundiendo en el sueño, negro y denso, pero cuando estaba a punto de tocar fondo, el hilo incandescente comenzaba a irradiar.

La noche fue muy larga.

No fue noche; fue otra cosa.

Me desperté con una sensación de peligro que contrastaba con el silencio de la habitación y la tímida luz de la mañana.

Ha pasado algo.

Fui al baño; después, al salón para subir las persianas. Hacía los movimientos de cada día, pero miraba mi casa con recelo. Antes de salir del salón me di la vuelta y me quedé observándolo como si hubiera oído algo: ¿qué pasa aquí? La manera en que las cortinas descansaban sobre el parqué, los colores de la alfombra que empezaban a revivir al tocarles la luz, las plantas: todo estaba tranquilo.

Fui a la cocina. Me había dejado la luz encendida desde la noche anterior. El frío irradió dentro de mis huesos. Me pareció estar en el escenario del crimen. La encimera, las puertas cerradas de los armarios. Entonces supe qué pasaba. Todos los obje-

tos me daban la espalda. La casa estaba como si yo no me encontrara ya allí.

*

Me sentía enferma, pero fui a trabajar. Mi dolencia era indeterminada, oscilaba entre la gripe y una resaca; además, sentía una efervescencia en la cabeza ligeramente mareante, con ciertos toques de euforia.

En la calle, había una alteración en la dimensión y tonalidad de las cosas.

Fui directa al despacho de Orestes. Mi jefa se había jubilado hacía dos meses y la había sustituido un director inesperado, un pijo cuyos pómulos tirantes brillaban en un rostro desdibujado por difusos tratamientos estéticos.

Orestes quería cambios. Uno de los primeros: volver a pintar las rayas del parking para hacer las plazas más amplias. Él tenía un todoterreno negro grande como un elefante.

Al entrar me dijo que me sentara. Le contesté que no hacía falta. La ventana que había detrás de él lo dejaba en contraluz y me cegaba. Cuando pronuncié las palabras «Quiero el traslado» algo se rompió; tuve que sentarme, vi los dientes sonrientes de Orestes en la luminosidad, dejé de saber dónde estaba. *Pero qué haces, qué haces, qué haces*... «Necesito ahora los tres días de vacaciones que tenía reservados», seguí diciendo.

La luz me deslumbraba y hablaba sin ver. Me lanzaba al vacío, saltaba de mi mundo en marcha.

—Claro. Pero ¿te encuentras bien?

—No.

Cuando salí del edificio donde había trabajado durante más de diez años no miré atrás. Simplemente no se me ocurrió hacerlo. Poco más tarde, al pasar por delante de la biblioteca en el autobús, castañeteándome los dientes, la miré: más pequeña,

más marchita. Tuve la extraña sensación de que la biblioteca no me vio pasar a mí. Ninguna emoción.

*

El chico de la agencia de alquiler llegó con unos diez minutos de retraso, jadeando y con varios manojos de llaves en la mano. Vestía un traje que le quedaba grande y estaba sudado. La carpeta que traía tenía las gomas rotas. Su primera mirada fue a la vez huidiza y valorativa; me tendió la mano y yo se la apreté mecánicamente. Preparados para salir ganando. Estaba en el mundo hostil —indiferencia y sálvese quien pueda—, pero me daba igual.

Le costó abrir la puerta de la casa. Probó varias llaves. Y cuando parecía que iba a darse por vencido, la puerta se abrió.

Mientras yo recorría la casa, él iba detrás haciéndome algún comentario que yo no escuchaba.

La casa era vieja. Olía a madera húmeda. Abrí un armario en el dormitorio y no lo pude cerrar. La cama era alta, decimonónica, una cama para morir. Un trozo del bidet estaba roto. La instalación eléctrica era desastrosa: en el pasillo había cables que colgaban. El salón era amplio y tenía unos muebles oscuros y anticuados. Una lámpara de cristales gigantesca colgaba en el centro y combinaba con dos apliques también de cristales, ligeramente torcidos, como dos señoras enjoyadas borrachas. Las ventanas de madera crujían. Todo crujía y estaba un poco duro o roto. En la cocina había una alacena y en ella, una vajilla blanca con adornos de flores rosas: cogí una taza y me pringué los dedos. En el suelo, en una esquina entre otros botes, había un spray de veneno contra cucarachas. Las baldosas en esa zona estaban agrietadas y hundidas.

—La casa pertenecía a una abuelita que se murió el invierno pasado —me dijo el chico mientras miraba su móvil.

Me avergoncé de estar observando con aprensión la lavadora que desaguaba en la bañera. Aquella anciana había vivido allí: cómo no iba a vivir yo.

Además, está muerta. Igual que yo. Aquella mujer había sabido al fin lo que era la vida, puesto que había muerto.

—Tiene tres balcones en el salón. Es muy luminosa.

Intenté abrir la puerta de un balcón, pero no pude; el chico me mostró el truco: había que empujar fuerte mientras girabas la manija.

Le dije que sí. Que quería venir a vivir cuanto antes. «Mañana mismo», le propuse. El chico se pensó que era una broma, una exageración. «Tiene que ser cuanto antes», insistí.

*

Escribí una nota para Juan. Le pedía que me dejara sola durante un tiempo y le aseguraba que estaría bien y que sería yo la que volvería a ponerme en contacto con él.

Escribiendo esa nota me llegó el primer ramalazo claro de, digamos, locura. ¿Quién estaba escribiendo esa nota a Juan? No podía ser yo o no podía ser en serio. Aquella nota era incompatible con nosotros dos, es decir, con mi vida. Fallaba la realidad.

Al lado de la nota, mi mano dejó el móvil. Hubo un no sé qué de fatalidad en este movimiento. Lo vi como en una película: plano detalle de un móvil depositado como una pistola sobre la mesa.

Había una dislocación en mis acciones, ya que se realizaban antes de que yo las decidiera.

Sentía urgencia por irme. Una cuenta atrás había comenzado en alguna parte.

Me marché con dos maletas. Mientras esperaba un taxi, a mi alrededor, arriba, abajo, a los lados, había una nada cortante,

como si yo ya no proyectara sombra ni tuviera futuro.

*

Cuando firmé el contrato de alquiler llevaba conmigo las dos maletas. El casero era un sobrino de la difunta, un señor grande y rubicundo que venía de darse una comilona. Me dijo que se alegraba de que fuera española. Me preguntó si no me daba un poco de miedo vivir sola en Lavapiés, un barrio que «Bueno, ya sabes». Yo no estaba muy habladora y tuvo que continuar él: «Hay todo tipo de personas». El dueño de la inmobiliaria intervino:

—Es un barrio que tiene mucha vida.

—¡Esa es otra! —dijo el casero—. Por las noches...

Se detuvo.

—Bueno, mi tía defendía mucho el barrio. Pero tenía tres cerrojos en la puerta. ¡Y cada uno lo colocó después de que pasara algo diferente!

Dio un golpe en la mesa y rio. Él vivía en un chalet en Pozuelo. Después se puso a mirar su móvil y se calló. Sus palabras no me inquietaron porque a mí no me podía pasar nada ya.

Ha oscurecido cuando entro en la casa con las maletas. Me parece que acabo de llegar a una ciudad diferente. He pasado dos días en una especie de travesía por el Ártico, hacia delante sin poder detenerme, sin dormir y sin referencias, solo hacia delante, hasta llegar aquí.

Hago la cama. He encontrado unas sábanas de flores descoloridas en un cajón del armario que se ha desencajado al abrirlo. Extiendo la sábana con la sensación de que hay alguien más en el piso, en alguna habitación —porque esta no es mi casa. Al alisar las sábanas sobre el colchón anticipo el descanso que me espera.

Abro la maleta sobre la cama y la habitual excitación que acompaña a este movimiento —excitación de hotel y vacaciones— se corta con el frío de la hoja afilada que tengo dentro y que si me descuido, si me tuerzo o si me doblo, me puede herir.

Me doy cuenta de que no me he traído pijama.

Abro una puerta que creía que era la del baño y me encuentro un cuartucho que hace de trastero. No recordaba haberlo visto con el chico de la agencia.

El trastero es un habitáculo estrecho que parece construido en alguna obra un poco chapucera, quitando espacio al dormitorio. Hay una estantería metálica y una escalera de aluminio para subir a un altillo que se corresponde con la exigua superficie del cuarto de baño, adyacente, y en el que me imagino colocando un colchón y tumbándome si quisiera dormir escondida, con el techo a escasos centímetros de mí y el cuarto de baño debajo. En el altillo hay bultos, cajas, azulejos. En las baldas de la estantería, un calefactor con un lado quemado, un cubo gi-

gante de pintura seca, cuerdas.

He comprado *Moby Dick* de camino aquí, en una librería que tenía la novela expuesta en el escaparate. Es lo primero que he hecho en este barrio, entrar a comprar un libro que creía que jamás leería. Frente al mostrador, mientras pago con mis maletas al lado, parezco una forastera recién llegada y que comienza una historia.

La portada está ocupada casi por completo por la gran ballena sumergida; apenas se ve el barquito arriba, en la superficie. Nunca, nunca *Moby Dick*, ese libro lúgubre y larguísimo sobre un ballenero surcando el océano durante meses.

Me meto en la cama, que cruje y rechina, y me dispongo a leer a la luz de la lámpara de la mesilla, que tiene una tulipa de cristal con forma de flor. Los bordes están mellados.

La única manta que he encontrado en el armario es gruesa y está dura. Doblo un borde: tiene la tiesura del rígor mortis. Me tapo con ella y abro el libro. Enseguida tengo que levantarme para cerrar la ventana que me he debido de dejar abierta, porque se oyen demasiado las voces de la calle. Pero entonces compruebo que ya está bien cerrada. Tardo unos segundos en reaccionar, quieta, con la mano en el marco de madera del balcón. Bajo del todo la persiana, que cae como una guillotina. Pero los ruidos entran y pasan por la habitación igual. La calle está demasiado dentro.

Estoy a punto de sentir una especie de desesperación: ¿ahora va a ser siempre así?

Vuelvo a la cama y comienzo a leer.

Al rato noto que ha ido agrandándose un clamor, distante y poderoso, que viene de la plaza de Lavapiés. Esta casa está en una callejuela cercana. Transcurren los minutos y el rumor se hace más intenso, sube como la marea y toca ya este edificio.

Dejo el libro y escucho, mientras miro el armario empotrado que tengo enfrente; es de madera vieja y rojiza, de casa de personas mayores.

Es viernes por la noche.

En mi barrio, a esta hora ya no queda casi nadie por la calle, la gente está viendo la tele mientras cena sopa.

Me levanto y camino a oscuras: el clamor se oye desde cualquier parte de la casa. El suelo de la cocina vibra rítmicamente con la música de algún bar.

Parece que allá en la plaza hay acuartelado un ejército dispuesto a comenzar el saqueo de la noche. Más cerca, por mi calle, suben y bajan voces sueltas. Es un desfile de conversaciones y risotadas. Aunque estoy agotada no creo que pueda dormir. Recoloco la almohada: la noche va a ser larga y estoy dispuesta a pasarla leyendo. Todo me da igual menos el frío. No he sido capaz de poner la calefacción. Me tapo con la manta vieja; la examino otra vez, nunca he visto una manta tan rígida.

En *Moby Dick* la noche también es terriblemente fría. Ismael recorre el pequeño pueblo de Nueva Bedford buscando una posada. Lleva tan solo un raído bolso de viaje. Encuentra una posada cerca de los muelles. Su letrero rechina.

Leo y leo.

... con tales vigas en la techumbre, bajas y pesadas, que cree estar uno en el vientre de un barco decrépito, especialmente en noches como esta...

Leo y leo.

Ismael espera a oscuras al arponero con el que ha de compartir cama en la posada.

Entrecierro los ojos, leo.

Alguien deja una bujía sobre un baúl desvencijado.

Hay un arpón apoyado en una esquina. ¿No lo he visto yo antes en el trastero? Debo tener cuidado con él, está muy afilado.

El tumulto es como un mar agitado cerca de casa. Cierro los ojos, dejo que el libro abierto se recueste contra mi pecho.

Duermo profundamente al principio y luego me quedo a la deriva en un sueño agradable, punteado por algunas voces de marineros que pasan armando jaleo.

Varias veces me sobresalta el trallazo de una persiana metálica que baja, pero no me acaba de sacar de mi sueño. Y me parece oír el rumor y los ruidos de la lluvia, y la radio de un coche de policía comunicando una incidencia mientras una voz de mujer mayor dice «Don´t touch me! Don´t touch me!» y después el barullo de un batallón que se detiene en la esquina, hace vibrar las ventanas y sigue su camino.

Cuando me despierto, la lámpara de la mesilla está encendida y la persiana bajada. No se oyen voces. Deben de ser ya cerca de las ocho de la mañana.

He conseguido pasar la primera noche.

Ya está hecho: me he ido de mi casa.

Apago la lámpara y me levanto para ver la luz del día. Pero al tirar de la persiana, que se atranca y parece que se parte y luego por fin sube, me encuentro con la oscuridad. No entra luz en la habitación, entra la noche. No sé qué hora es, no tengo mi móvil. Unas risas pasan, oigo un golpe a un contenedor. En otra dirección alguien grita «¡Por aquí, por aquí, gilipollas!».

Después silencio.

¿Y si todo a partir de ahora va a ser así, como una habitación a oscuras en la oscuridad? ¿Así, sola en una noche que no acaba?

¿Cómo voy a vivir ahora que estoy muerta?

Sobre las ocho de la mañana, supongo, bajo a buscar una cafetería abierta. La mañana es desapacible, el suelo está mojado y, aunque no llueve, lo parece. Quedan los despojos de la noche,

varias latas de cerveza tiradas, unos cartones rotos, ropa amontonada como algas en una esquina y, al lado, sobre el capó de un coche, un vestido negro empapado. Un par de figuras solitarias caminan rápido y desaparecen por las callejuelas.

Veo luz en el mesón que hay en la plaza. Empujo la puerta de madera y entro.

Es un interior amplio. Hay unas mesas de madera negruzca para seis personas, de aspecto robusto, con sus bancos de madera también, y otras más pequeñas. Los ventanales dejan pasar una luz escasa todavía y hay encendidas lámparas circulares de hierro forjado. He llegado a la taberna de un puerto.

Los camareros visten camisas amarillas bien planchadas y se mueven con decisión detrás de la barra. Verlos tan diligentes tan temprano me hace sentir bien. «Buenos días», me dice uno que tiene el pelo gris y los ojos claros, mientras coloca una bandeja de croissants calientes en la vitrina. Me estremezco al oírlo, porque entro en calor y por la bocanada de olor a bollo horneado. «Buenos días», noto cómo mis labios se despegan, pero apenas me sale la voz. Las cucharillas tintinean contra los platos, la máquina del café resopla.

Me llevo el café con leche a una mesa arrinconada desde la que puedo ver bien el local. No me quito el abrigo.

Cerca de mí hay una señora mayor desayunando, sentada a una de las grandes mesas, con el pelo mal teñido y tieso por la parte en la que se ha apoyado al dormir. Moja los churros en el café y cuando abre la boca para dar un bocado y lo mastica con seriedad, me parece que está haciendo algo diferente a desayunar: que se intenta consolar —y no halla consuelo.

También hay un viejo pequeño y robusto, con barba blanca y gorra, que está tomando una copa de brandi acodado en la barra; tiene la mirada velada, no sé si por el alcohol o por la propia vejez.

En una mesa cerca de la ventana hay una pareja vestida de

fiesta. Ella es guapa, habla alto; parece una actriz. Juguetea con una varita que se ilumina. Él susurra. Ella mira un poco hacia todos lados, él está centrado en ella como un ave de rapiña. Los dos están fuera de lugar porque la mañana rompe el encantamiento de la noche. Pero ellos no se han dado cuenta.

Todos parecemos lo mismo: pájaros que han perdido la bandada.

Bebo el primer sorbo del café, fuerte y caliente, lo siento bajar y como reacción, una expansión ascendente me espabila y me hace parpadear, y soy consciente de que, mire donde mire, todo es nuevo.

Más personas van llegando a la cafetería. La barra forma un baluarte que ocupa el centro de la sala; los camareros atienden por todos los flancos. Unas bolas de luz amarilla están suspendidas siguiendo el recorrido de la barra. Las personas que desayunan de pie con sus abrigos puestos parecen haber sido atraídas por ellas. Han ido llegando de una en una —tal vez sea este el único sitio abierto del barrio—, y rodean a los camareros —cada cual quiere lo suyo. Pero qué es. ¿Qué hemos venido a saciar aquí los llegados de uno en uno? La señora que masticaba ha terminado. Tiene frente a ella apilados su vaso de café vacío y dos platitos, y mira a la gente con los brazos cruzados sobre la mesa grande. De todo lo que buscamos y conseguimos siempre hay algo que no se alcanza.

Una idea informe se agita en mi cabeza y hace que me dé un pinchazo en una ceja: eso me ocurría de adolescente.

«¡Hola!», me digo a mí misma no sé por qué.

Cierta presencia observa cómo voy tomando posesión del piso y todas sus cosas. Es el espíritu de la casa, en duelo por la difunta dueña. Muestra su rechazo cerrándome las puertas demasiado rápido, de manera que me doy en el hombro, en el pie y me salen cardenales; o me agarra de la manga con los picaportes. Hace que no funcione el lavavajillas y funde la luz del baño cuando pulso el interruptor y, a continuación, hace lo mismo con la bombilla de la cocina.

También ha sacado varios puntos a mi jersey con clavos que sobresalen de los marcos de las puertas. Pero yo no me inmuto y voy haciendo pequeñas reparaciones, con abnegación, como si fuera curándole las heridas a esta casa que me maltrata. Arranco cables que están sueltos, fijo enchufes y creo que he arreglado la cisterna. En la cocina he matado una cucaracha pequeña aplastándola con el dedo. Paseaba por la encimera blanca.

No voy a comprar nada. Voy a adaptarme a esta casa que no es mía. Utilizo lo que me voy encontrando: la vajilla, las toallas, las sábanas. Todo está desgastado. Abro la caja amarillenta de una licuadora y hay una cafetera de plástico. La uso. Los vasos y los cubiertos pertenecen a juegos diferentes, hay un par de cucharillas con el logotipo de Iberia. Abro cajones y encuentro cosas casi inservibles: tijeras con la punta rota, celo seco, un alargador con la clavija quemada. Las cortinas son opacas y bastas; las miro sin más. No voy a cambiarlas. Estaban aquí antes que yo.

He colgado mi poca ropa en el armario y ha quedado como si estuviera en un hotel. Iba a volver a por más pantalones y jer-

séis a casa, pero ahora no me parece posible —porque esa casa ya no está. Además, tengo suficiente. El viejo sueño de la pobreza se ha cumplido. Me quedo un rato mirando el armario casi vacío porque me gusta.

La noche es la parte más larga del día. Cuando llega tengo miedo de que se eternice.

A la una de la madrugada el estruendo del camión de la basura interrumpe mi lectura. Apenas cabe en la estrecha y empinada calle. Resopla, chirría, al detenerse parece desarmarse y al ponerse en marcha, vuelve a recomponerse con grandes esfuerzos. En mi calle entra marcha atrás, emitiendo unos pitidos de alarma. Se para y vacía dentro de sí los contenedores a golpes, con la brutalidad y los movimientos secos de la maquinaria; de fondo se oye un sonido grave y continuo de mecanismo pesado funcionando. Esto es realmente estruendoso. Es la una de la madrugada, los vecinos van a empezar a asomarse al balcón a ver qué pasa y a protestar, pero los balcones se mantienen cerrados y a oscuras y soy yo la única despierta que mira girar la luz naranja del camión.

Vuelvo a la cama y sigo leyendo.

Al rato, unas voces graves, muy rápidas, se detienen bajo mi balcón. Se dan la réplica a gritos en no sé qué idioma. Son más de las dos de la mañana y vuelvo a pensar que algún vecino se asomará para amenazar con llamar a la policía. Una de las voces se hace más fuerte, ya no deja réplica a la otra, se enfurece y, de golpe, se hace el silencio. Se adivina cierto fragor. Me bajo de la cama otra vez para mirar. Abro el balcón y puedo oír los golpes y las respiraciones entrecortadas. Son dos chicos negros forcejeando. Se pegan como hermanos, se estiran de las camisetas de pura rabia. Se sueltan y siguen discutiendo a gritos mientras bajan la calle y, unos metros más allá, silenciosamente, se ponen a forcejear otra vez contra la pared. Las venta-

nas de la fachada de enfrente están todas a oscuras.

Me voy a la cocina para preparar una bolsa de agua caliente que he encontrado en un cajón del dormitorio, un poco agrietada. No sé si es del todo seguro usarla, pero todavía no he conseguido hacer funcionar la calefacción. Aquellos dos hombres están allí abajo peleándose en manga corta en invierno. Me preparo una infusión por tomar algo caliente y dejo la taza de flores en su platito sobre la mesilla de noche. Es de madera y está pintada de rojo. Varias veces me he quedado mirándola, tal vez porque no pega con nada.

Meto la bolsa de agua conmigo dentro de la cama. Al hacerlo, algo se remueve, como si estuviera a punto de recordar una cosa importante que he olvidado. Creo que es la pena, tiene que ser la pena; estoy sola con una bolsa de agua caliente en la cama de una anciana que finalmente falleció.

Hoy es miércoles, tercer día en la nueva biblioteca.

Del primer día de trabajo apenas recuerdo nada con nitidez. La noche anterior ni dormí, ni permanecí despierta —me caí a un pozo. Mis huesos volvían a irradiar frío cuando tocaban el fondo. Conocía ese fenómeno desde hace mucho, ¿cómo había podido olvidarlo? Al despertarme, supe que me había ocurrido algo en el lugar invisible donde comienzan las enfermedades.

Me fui a trabajar y pasé un día irreal. Tenía fiebre. Me vi entrando en una biblioteca que no era la mía, inmersa de golpe en un ambiente de trabajo entre desconocidos. Había un puesto para mí. Mi silla negra giratoria era igual que la anterior. Rellené papeles, me dijeron los nombres de las personas. Me enseñaron las instalaciones. El office, la máquina de café. Piso de arriba, claraboya, piso de abajo, salas de trabajo, sala de audiovisuales. Yo era una impostora y estaba ida. Sin embargo me tomaban en serio. Caminaba detrás de una mujer, mi jefa, como si después de una caída me hubiera descoyuntado; una nube de confusión rodeaba mi cabeza. Todo me llegaba amortiguado y apenas despegué los labios. No dije las cosas que suelo decir, no dije «Gracias» decenas de veces, no dije «Claro», no dije «De acuerdo», no dije «Jajaja», no dije «Perfecto»; no decía nada. En algún momento tendría que pedir disculpas.

Me di cuenta, cuando ya estaba sola frente a mi ordenador, de que mi jefa me acababa de explicar algo importante en su despacho sobre la pantalla que tenía delante. También me había dicho que los próximos días se iba a un congreso, ¿a Bilbao?, ¿a Lisboa? Y su nombre, ¿cómo había dicho que se llamaba?

Aquel día trabajé con el abrigo puesto. Me levanté para ir al baño; al caminar, los escalofríos, como golpes de una ventisca, me llegaban por un costado, por el otro. El frío era miedo.

Me quedé en los servicios un buen rato.

Al permanecer quieta, sola, la iluminación se intensificó, las paredes blancas del baño se alejaron y un agujero dentro de mí se abrió —¿*Qué va a ser de ti*?— y se cerró.

Veinte años con Juan. Toda mi vida adulta. Como si me hubiera subido a un autobús hace veinte años y ahora me bajara en el mismo punto, totalmente desorientada. Sin nada.

Ahora estoy en mi puesto, espalda contra espalda con mi compañero. Pese a esta disposición en la que nos protegemos como dos pistoleros, no hemos hablado en toda la mañana.

Puede que esté molesto. El primer día fue amable y me dio una plantita como regalo de bienvenida —porque él me esperaba. La planta está al lado de mi ordenador. Yo ni me di la vuelta del todo en mi silla giratoria.

Reparo en ello ahora. Tampoco le dije gracias.

Podría hacerlo en este momento.

Hablarle; está detrás de mí, hablarle ya.

Pero qué más da. No recuerdo su nombre. Ni su cara, que hoy he visto solo unos segundos al llegar y saludarnos. Todavía no es nadie. Si me girara ahora y no estuviera, ¿qué? Y si no volviera nunca más, ¿qué? ¿Me importa acaso no estar con mis anteriores compañeros de trabajo?

Desde mi puesto, puedo ver el pasillo que comienza con la sección «0. Generalidades». Era mi favorita en la otra biblioteca. Me hacía gracia, ¡generalidades!, ¡tonterías!: «Ciencia y conocimiento *en general*», «Civilización, progreso y cultura *en ge-*

neral», «Inventos y descubrimientos», y por fin: «Platillos volantes». Pero en esta biblioteca la sección «0. Generalidades» ya no me hace gracia porque me desencanta ver la misma broma en un sitio diferente.

Me doy un paseo entre las librerías y leo los carteles. Enseguida detecto los nuevos: «Moluscos», «Virología», «Aceites», «Grasas», «Juguetes». Las estanterías y los carritos para dejar los libros son iguales que los de mi biblioteca. Idéntico modelo de impresoras y ordenadores, la misma máquina gris estilo Alemania del Este para desmagnetizar ejemplares. Pero la sala es más amplia y todo está dispuesto de otra manera. Es raro ver las mismas cosas en lugares diferentes. También hay unas pocas personas trabajando ante las mesas de bordes redondeados, como la mía. No he retenido ni un nombre.

Siento una especie de susto, como cuando en el mar vas a ponerte en pie y no tocas fondo, porque me doy cuenta de que he caído en una dimensión paralela —sin encanto.

La casa está contra mí. Me observa. Mientras se queda sola planea qué me hará cuando yo vuelva.

Es medianoche. Estoy en el dormitorio leyendo *Moby Dick*. De repente, un golpe seco hace vibrar las paredes. Me quedo inmóvil en la cama, preparada para que ocurra algo más.

Entonces algo entra en la casa. Lo escucho.

El ruido parece venir de la cocina. Es una especie de siseo. ¿Qué puede ser eso que se mueve? ¿Un aluvión de cucarachas? Me levanto; el suelo frío me hace sentir los pies desnudos. Salgo de la habitación. No encuentro el interruptor de la luz del pasillo, palpo las paredes. Al dar unos pasos noto algo templado en los pies, una sustancia sedosa los envuelve. Levanto un pie, luego el otro. Chapoteo en un líquido caliente. Imagino la sangre que anega el suelo de los balleneros. Avanzo. Enciendo la luz de la cocina. Varios chorros de agua caen del techo.

Solo es eso, pienso.

La noche siguiente, cuando ya estoy en el dormitorio a punto de acostarme, empieza a oler a quemado. Mucho, cada vez más. Qué pereza. Recorro la casa en busca de algo ardiendo. La cocina, el baño, el salón. Nada. Abro el balcón y veo en mitad de la calle las llamas, que llegan casi a la altura de mi casa, en el segundo piso. Han prendido fuego a varias cajas y en el centro de la calzada asciende una llama doble, estilizada. Es muy bonita. Se hace respetar, pero va enflaqueciéndose. Un coche de policía llega y se detiene con las luces girando, silencioso. Corta la calle, acorrala a la llama. Desde mi balcón tengo las

vistas de un palco: salen dos hombres; uno de ellos se aproxima como un vaquero, echándose las manos al cinturón. Intenta apagar el fuego con el pie, pero se quema y patea desesperadamente el aire diciendo palabrotas. Su compañero se ríe, nadie los ve, y le dice con suavidad: «Ven, Manu, que te quemas, vamos a esperar a que bajen las llamas». Y se quedan ahí, contemplando el fuego callados, y yo contemplándolos a ellos.

Voy a la «Sección 2. Psicología». Elijo un volumen con unas grandes letras negras en el lomo. Es tremendo; parece una lápida. Vuelvo a mi sitio hojeándolo. Mi compañero, sentado en su sitio, lanza una mirada rápida al título. *Psicopatología del sí mismo*. Después alza la mirada hacia mí y sigue trabajando.

Su cara me empieza a sonar. Y su jersey. Seguimos sin hablarnos. Nos saludamos al llegar y ya sé que se llama David. Voy acostumbrándome a su voz. Cuando al mediodía se come una manzana, le oigo rumiar a mis espaldas pensamientos sobre mí. Debería darme la vuelta y comportarme con normalidad. Pero me dejo llevar, no me apetece, no tengo por qué hacerlo. Antes estaba obligada porque yo era quien era y todo estaba en orden. Ahora estoy tomándome mi tiempo.

En el descanso leo el libro de psicología. Se describe qué es la «desrealización», la «disociación afectiva» y los «trastornos de la experiencia de la unidad del ser». Cuando termino de leer sobre el «delirio nihilista» («*El paciente asegura que está muerto o que no existe, o que otras personas o el mundo en su totalidad han desaparecido*») cierro el libro. Todo está ya escrito. Sin embargo, leer aquello es como mirar por la ventanilla del tren. Simplemente entretenido.

Me estiro un poco y giro en mi silla.

—David.

Mi compañero se sobresalta. Cuando se vuelve no sonríe. Ahora no sé qué decirle.

—Gracias por la planta.

—Es para ti —dice con cautela.

Asiento y me doy la vuelta.

Suficiente por hoy.

Me llega al nuevo correo de la biblioteca un mensaje de mi amiga Helena. No sé cómo lo ha conseguido.

«Nadia, por favor, da señales de vida. Juan no sabe dónde estás, está muy preocupado. Espero que estés bien. Por favor, contesta a este mail».

Contesto de inmediato:

«No te preocupes, Helena. Estoy bien. Nos vemos pronto, te llamo mañana o pasado. Un abrazo».

Borro ambos mensajes.

Queda un zumbido. Vibro. Veo el lago. Es un lago en calma a la hora sin color del crepúsculo, y en su superficie, unos pequeños círculos concéntricos empiezan a crecer.

Termina la semana. Es viernes por la noche y estoy cansada porque llevo varias noches sin dormir apenas. Cuando voy a entrar en el dormitorio para meterme en la cama y leer un poco, me encuentro con que no puedo abrir la puerta.

El pomo tiene un pestillo endeble que se ha atascado. Giro hacia un lado y otro, empujo, me voy a la cocina a beber agua y lo vuelvo a intentar. La puerta es de madera hueca y parece abombarse con mis empujones. Desisto. Miro la puerta: no entiendo este rechazo. Esta misma tarde, al otro lado, he forrado el fondo del armario, que tenía manchas de humedades, acariciando con cuidado las paredes para pegar bien el papel adhesivo de rayas.

Vuelvo a intentarlo. Nada. Caigo en la cuenta de que *Moby Dick* está dentro de la habitación. ¿Cómo pasaré la noche? Tengo que dormir en el sofá. Como las mantas están en el dormitorio no tengo con qué taparme. Ese detalle me parece demasiado desconsiderado. Voy al salón y descuelgo con rabia una de las pesadas cortinas; de un solo tirón, las anillas repiquetean en el suelo y dejo la ventana desnuda. Me acomodo en el sofá, que tiene un olor extraño, a polvo entretejido con la tela y mezclado con algo esponjoso. Pongo mi cabeza en el reposabrazos —demasiado alto y duro— y me cubro con la cortina.

El salón hace esquina y tiene tres balcones: dos dan a una calle en cuesta y sin comercios; el más grande da a otra que sube hacia Tirso de Molina y que tiene mucho trajín. Son calles de adoquines con el ancho justo para un coche y una persona en la acera de cada lado. Pasan pocos coches. Son calles para personas.

Es medianoche y comienza el fin de semana, la gente sube y baja, algunos doblan la esquina del edificio y bordean mi salón. Como estoy quieta, en silencio y por encima de los humanos que caminan, parece que pertenezco a otra especie, que estoy agazapada pasando la noche en la copa de un árbol.

A mi alrededor las voces se mueven, se acercan y se alejan, en distintos sentidos y a diferentes distancias. Cerca, rodeándome, se arrastra la voz de un chico: «Raúl, déjame hablar-déjame hablar-déjame hablar-déjame hablar»; en otra dirección va brincando el traqueteo de una maleta contra los adoquines, y más allá, se despliega una voz estentórea de hombre, «¡A mí me da igual la vida!», y en otros puntos, como fuegos artificiales, estallan golpes y chasquidos, y atravesándolo todo en línea recta, una motocicleta rabiosa que sube, y alguien que da un grito, y al pasar la moto, una persiana metálica baja y la atraviesa una vigorosa conversación en árabe, y en sentido contrario, unas voces muy jóvenes cantan un estribillo y vuelven a empezar. Una botella se rompe a la vez que un perro ladra.

Estoy boca arriba con los brazos cruzados. No pienso nada, ni intento no escuchar. ¿Qué puedo hacer en esta selva de ruidos?

No se puede conseguir que el mundo se calle.

Siento mi cuerpo tendido contra el sofá como una cosa más. Mi conciencia está aquietada, como una hoja que ha caído lentamente de un árbol y reposa en la tierra.

Entonces, un pájaro que se ve muy pocas veces viene a posarse en mí.

Ya no tienes nada —dice mientras llega, planta sus ligerísimas patas y repliega las alas.

Pero sigues aquí —el pájaro está posado en mí.

No se necesita nada —el pájaro alza el vuelo.

Abro los ojos: lo he visto, lo he visto.

Y cierro los ojos, lo he visto, me repito y me parece que voy en un trocito de madera entre todos los sonidos y que si me

quedo así confiadamente, la marea me llevará a tierra firme, firme de verdad, y que tengo mucha suerte.

Pero adentrada la noche, sobre las cuatro de la madrugada, en un momento en el que parece que no hay nadie en la calle, me despierto de una pesadilla de la que recuerdo solo el final: unos niños y niñas rubios, serbios, descalzos, semidesnudos (hay un río al fondo, con reflejos de la luz del sol, el día es deslumbrante), se acercan riendo hacia mí para que juegue con ellos. *Es tu turno, tu turno*, me dicen y me pongo muy contenta mientras ellos me van rodeando, *ahora te toca a ti morir*.

Se oye el piar de los gorriones. Dos vecinas se dan los buenos días. Me parece que he dormido más de doce horas seguidas. ¿Qué día es? ¡Sábado! Me apetece un croissant y un café caliente, un Desayuno Deluxe, me incorporo para despertar a Juan y decirle que bajemos a desayunar.

Se hace el vacío y a continuación, en una explosión silenciosa de luz, el salón extraño en el que me despierto se me muestra. Me tapo los ojos. Me quedo un buen rato quieta.

Mi vida se ha volatilizado, pero yo sigo aquí.

El sábado por la mañana salíamos de casa sin pisar la calle. Bajábamos al parking y montábamos en el coche grande. La puerta del garaje se abría lentamente, Juan encendía la radio y la luz del día entraba con impaciencia, como si nos estuviera esperando fuera, primero por una rendija, luego a raudales. El cuero del volante, el olor a nuevo del coche, las luces del salpicadero y la música. Juan estaba recién duchado después de ir a correr. Olía a bosque de pinos.

En ese breve momento en el que esperábamos a que se abriera el portalón en nuestros tronos, piloto y copiloto en un BMW, se producía una breve apoteosis del confort. Íbamos al supermercado a llenar de bolsas el maletero.

Y yo tenía un presentimiento, *cuidado, cuidado*, pero era tenue, como el último pensamiento que se tiene antes de quedarse dormido en el sofá, y cuando se abría la puerta y arrancábamos, se imponía el deseo de compartir el Desayuno Deluxe, croissant con café y zumo de naranja grande, en el centro co-

mercial.

Así pasaron todos los sábados por la mañana del mundo: desayuno y compra semanal.

Bajo a desayunar al mesón del puerto. Me siento a la misma mesa del rincón de la primera vez. Tengo frente a mí un café con leche y un croissant a la plancha.

Tengo hambre, por fin siento el estómago. Extiendo mermelada de fresa sobre la mantequilla derretida. Pero al morder el croissant mi cuerpo se cierra. Siento una repugnancia profunda: en mi boca se mezcla lo dulce y lo podrido.

Cojo una servilleta y escupo discretamente. Tengo los ojos llorosos.

Cuando salgo del mesón me encuentro una mañana de invierno, limpia, pero sin sol. Es temprano; se cruzan en la plaza madrugadores con trasnochadores. No me fijo en las personas: veo el escenario. Hay una nitidez que delinea con preciosismo los edificios del otro lado de la plaza y la boca de metro de Lavapiés, el teatro, las callejuelas asomando cargadas de cafeterías, restaurantes y comercios. Veo mejor y siento una opresión en el pecho, como si respirara demasiado aire puro. Vuelvo a casa despacio, sin mirar calle arriba, ni a los lados, ni a las personas con las que me cruzo porque todo es nuevo y yo con su contacto soy nueva también y es eso lo que es difícil de soportar. Se parece a las ansiedades adolescentes: hay algo dentro a punto de reventar.

Al pasar por una tiendecita de plantas me veo entrar y señalar una que me llega al cuello y tiene unas finas hojas de palmera muy verdes, y unos tallos que recuerdan al bambú. La tienen fuera, al lado de la puerta y al pasar por allí en otra oca-

sión ya la había visto. Mientras pago, intento recordar en qué momento he decidido entrar y comprarla, y me doy cuenta de que yo no lo he decidido. Entonces veo un tumulto de personas dentro de mí —ahora que ha muerto la que las dominaba a todas— y es esa inquietud, todas queriendo algo, todas queriendo ser las primeras, lo que se agita y hace que me duela el pecho.

Justo cuando me iba a dar por vencida, he conseguido abrir la puerta del dormitorio utilizando un alambre y luego, con abnegación, he decidido seguir con mis reparaciones. Habitaré esta casa poco a poco. La casa se irá familiarizando conmigo.

En el salón mantengo en alto unas tijeras viejas con la punta aplastada, dispuesta a cortar unos cables. Entonces los muebles, las paredes, las lágrimas de cristal de las lámparas, los cristales de las ventanas, todos los seres inanimados que me rodean, despiertan a la vez y empiezan a emitir sus propios sonidos: un concierto de crujidos, vibraciones, tintineos *in crescendo*. ¿Qué pasa? Las hojas de la planta se mueven.

¡El edificio se cae en pleno día! Salgo al balcón corriendo para verlo. Pero el temblor cesa. Me siento un poco decepcionada: todo sigue igual.

En ese momento no hay nadie en la calle. ¿Qué ha pasado?

Por primera vez veo que otros habitantes empiezan a asomarse a algunos balcones, aquí y allá: dos chicos jóvenes agarrados a la barandilla en idéntica postura, un indio con una toalla cubriéndole cintura abajo, una chica con el pelo muy corto en pijama. En el balcón de enfrente, cerca de mí, un chico pequeño de brazos muy finos está mirándome con un libro en la mano. Me hace señas. Me dice:

—Oye, ¿tienes wi-fi? Podíamos compartir.

Le saludo con la mano y me meto en casa. Ningún instante está ligado a otro.

A menudo me quedo mirando la desproporcionada lámpara de cristal. Debido a su tamaño, cuelga demasiado bajo. Tiene dos pisos de brazos ondulantes como serpientes que soportan unas velas coronadas por bombillas. Los cristales caen como collares de piedras preciosas. Está colgada del centro de un florón de escayola muy versallesco. Al principio creía que no me gustaba. Resultaba ridícula. La aristocracia rusa de *Guerra y paz* y sus grandes bailes de recepción en este piso de un solo dormitorio. Casi me rozo con ella al pasar por debajo haciendo entrechocar las lágrimas.

Pero me gusta.

Porque no me acostumbraré a ella. Por su desmesura. Porque no es mía.

He resistido el ciclo de las tres destrucciones: por agua, por fuego, por temblor de tierra.

Soy el nuevo fantasma de la casa. Escucho cómo tintinea la gran lámpara cuando la rozo como una ráfaga.

Nadie sabe que vivo aquí.

—Nadia, perdona. ¿Esto es tuyo?

David me muestra un papel de publicidad rosa fucsia con fotos de un indio y una india sonrientes.

—Estaba ahí en el suelo.

David y yo trabajamos espalda contra espalda, cada uno a lo suyo.

—Sí, es mío. Es mi marcapáginas. Es de una tienda india de mi barrio.

Lo encontré en mi buzón —que tiene el nombre de la anciana fallecida— y lo guardé por la fantasiosa caligrafía del texto, hilada con un alfabeto que parecía hecho de filigranas. Era tan extraño, que me pregunté por qué sentimos la necesidad de preocuparnos de si existen civilizaciones extraterrestres teniendo aquí cosas como esta.

David lo examina y me lo devuelve.

—Es bengalí. No es de India —dice tímidamente, como obligado por ser fiel a la verdad.

Me quedo callada. ¿Bengalí?

—Pero bueno, que Bangladesh está al lado de la India —añade.

Mientras intento asimilar la existencia real de Bangladesh —tan superfluo, puesto que la India engloba para mí Bangladesh y todo lo que tenga ese aspecto—, él, como si pudiera seguir el titubeo de mi imaginación, añade:

—Bangladesh tiene unos ciento setenta millones de habitantes.

Ciento setenta millones. Se puede decir, pero no concebir. De nuevo pienso en que la Tierra es insondable. Estoy a punto de

preguntarle a David «¿Desde cuándo existen los humanos?», pero él dice:

—Ahora ya no sabrás por qué página ibas.

Señala mi libro.

—Oh, sí, sí lo sé. Voy por esa parte de los tiburones. Han cazado un cachalote y lo tienen atado al ballenero. Miles de tiburones vienen a comérselo a bocados perfectamente redondos haciendo mucho ruido porque sus colas golpean muy fuerte contra el casco de la nave. Son tantos que podrían devorar al cachalote en unas horas y los marineros tienen que hacer guardia de dos en dos y bajar con unas palas de descuartizar a hacer una matanza. Los tiburones...

Hago un gesto con las manos, como si pudiera proyectar con ellas dentro de la sala de la biblioteca ese mar que, mirado una noche por la borda, es como un inmenso queso y los tiburones, sus gusanos. Pero lo que más me ha impresionado de ese fragmento es que en la masa voraz de flexibles tiburones, que incluso se retuercen para devorarse a sí mismos cuando han recibido un palazo que hace asomar sus vísceras, hay una diabólica fuerza vital que va más allá de la vida individual de cada uno. Eso escribe Melville.

Me quedo callada porque esas cosas no se pueden decir así como así.

Carraspeo, miro a David. Él no parece del todo desconcertado, ni por lo que le he dicho ni por mi interrupción.

Como no continúo, concluye:

—Sí, yo recuerdo algo de unos tiburones.

Ha sido una primera conversación extraña. Pero hoy al decirnos «Hasta mañana» nos miramos.

Creo que yo tenía ganas de hablar.

Por la tarde viene el pintor del seguro para arreglar el techo de

la cocina. La casa huele a humedad desde que se rompió el termo eléctrico de 120 litros de los vecinos de arriba. Es un olor fresco que me gusta. Pero la cocina está hecha un desastre; en el suelo hay trozos de la escayola del techo que se van desprendiendo cada día. Cuando entro en ella para ponerme un vaso de agua, pienso: «Ahora vivo aquí», y mientras bebo tengo la fugaz fantasía de ser una superviviente entre escombros.

El pintor se parece a Roberto, el mejor amigo de Juan. Yo creía que le tenía cariño. Sin embargo cuando abro la puerta y lo veo, me doy cuenta de que en realidad Roberto era un gilipollas.

El pintor es miserable y dicharachero, como Roberto. No deja de hablar. Está subido en una escalera muy alta, pintando y hablando como si me conociera, porque es un vago y así se le pasa más rápido el tiempo.

Mientras yo estoy allí diciendo «Ah, sí, sí», me doy cuenta de que Roberto sabía que Juan me engañaba. Me quedo perpleja: aquel idiota sabía mejor que yo cómo era mi propia vida.

Intento irme al salón para asimilar esa revelación sentada en el sofá, pero el pintor vuelve a comentarme esto y lo otro, así que me quedo apoyada en la pared con los brazos cruzados, contestando idioteces a sus idioteces, rumiando el parecido y ensombreciéndome mientras él me cuenta cómo le ha intentado timar su compañía telefónica.

Me pregunta si llevo mucho tiempo viviendo aquí. No mucho, le digo. Y empieza a enlazar anécdotas de la gente de este barrio. Me cuenta que un moro —apuesto a que era bangladesí — no se quería mover del sofá donde dormía mientras justo encima de él pintaban el techo, alegando que era su turno para dormir allí, que pagaba por ello. Y otras anécdotas parecidas. Son historias cargadas de falta de compasión en las que quien siempre queda como un cretino es él. Se ha manchado la nariz de blanco; tiene el efecto de hacerle parecer ligeramente bizco

cuando me mira. No se lo digo, como tampoco le aviso de lo idiota que es.

Me pregunta que por qué he decidido mudarme a este barrio. Él es de Fuenlabrada.

—Porque mi novio me engañaba. Mi pareja de toda la vida.

Es la primera vez que le digo esto a alguien. Es como decírselo a Roberto a la cara.

—A los tíos tenían que cortarnos los cojones —dice el pintor, meneando la cabeza.

Si empujara la escalera ahora, qué hostia te pegabas.

—Sí, sí —continúa—. A veces tenéis una paciencia... Yo os admiro. Las mujeres...

Entonces pongo las manos en la escalera y la sacudo un poco.

Me mira con cara de susto porque casi se cae. Resulta que yo, tan educada, blanca y normal, al final también estoy loca. Que me añada a sus anécdotas.

Le sonrío.

—Me voy al salón; si necesitas algo, llámame.

Al poco rato se recompone. Enseguida le oigo silbar, canturrear y hacer chanchullos por teléfono.

Me dijo que usaba una pintura muy buena y que en una hora me lo dejaba todo apañado. Pero era mentira, el techo de la cocina se ha quedado con manchas amarillas y hay chorretones de pintura en los armarios. Así se queda. No te puedes fiar de Roberto.

Nunca le llamé Rober, como hacían los demás. Éramos amigos a duras penas. Durante toda una vida, eso sí. Roberto y los demás eran los amigos del barrio de Juan, se conocían desde el colegio, es decir, antes de que le conociera yo en el instituto. Juan ya no tenía mucho que ver con ellos; dicho claramente, era más culto, y además, como insistían en sacar a relucir, ga-

naba tres veces lo que cualquiera de ellos. A Roberto le había conseguido un puesto de trabajo de mantenimiento informático en el edificio donde trabajaba. Juan valoraba mucho la relación con sus amigos y algunos domingos salía a correr o montar en bici con ellos. De vez en cuando me unía al aperitivo. Formábamos un círculo de sillas y mesas metálicas de bar, cerca del polideportivo, con las cervezas en el centro de todo.

Yo me pedía una clara y no me la solía terminar. Mi vaso permanecía en la mesa, su contenido iba bajando lánguidamente, y a su alrededor el resto de vasos se vaciaban con alegría y se iban volando y volvían otros con un golpetazo, goteando, y mi vaso seguía ahí, formal, a la mitad, como yo. Era una chica discreta en ese ruidoso grupo en mallas. Me hacían gracia algunas cosas, no escuchaba otras, me gustaba ver la manera de reírse de Juan y el cariño que se tenían unos a otros. Me parecía que ese cariño también llegaba hasta mí.

El pasado verano, en aquel círculo, Roberto le preguntó a Juan si el próximo fin de semana le tocaba viajar a Barcelona. Juan estaba a mi lado, Roberto frente a mí, y pude ver en él una fugaz expresión de alarma mientras añadía algo redundante y precipitado: «Me refiero a tu viaje de negocios» o algo así. Y los demás me miraron, como si hubieran oído un crujido que venía de mí, y yo pensé que Roberto había dicho otra cosa que no había oído bien, algo que me aludía, y entonces pregunté «¿Qué?», y Juan, con serenidad, dijo «No, el próximo fin de semana me quedo en Madrid», y el momento pasó.

Me veo desde fuera, encerrada en una escena, dócil como un personaje de ficción que solo sabe una parte y sigue inconsciente los designios de la trama.

Estoy sentada en el suelo del pasillo, apoyada en la pared; me abrazo las piernas mirando una pelusa. No sé cuánto tiempo ha

pasado. Tendré que ir destejiendo poco a poco muchos recuerdos y mi pasado quedará deshecho.

La gente volverá a reprocharme: «No lloras, no lloraste». Una especie de furia se enciende dentro de mí, como una antorcha que puedo acercar a quien ahora mismo quiera: ¿quién tiene algo que decir?

Pero qué puedo hacer, ¿ver la cabalgata triunfal de la traición de Juan, con todos sus momentos, uno por uno? ¿Qué me traerá eso?

Dolor, rencor, parálisis.

Odio tanto a Roberto en este momento. Este es el primer odio, habrá más, el odio alcanzará incluso a las sillas metálicas, los lugares, los árboles y tal vez llegue al torrente principal, tal vez odie a Juan y mi vida entera quedará contaminada.

¿Qué me traerá esto?

Pero cómo odio al gilipollas de Roberto... Hundo la cabeza en mis rodillas. Si estos recuerdos van echando zarcillos maliciosamente y quedan anudados en una historia que se cierre, estaré perdida, la llevaré alrededor del cuello.

Me gustaría poder recordar que la pelusa que he estado mirando sentada en el suelo es mucho más real que los cuentos de la pena y la traición que esperan como perros atados a que los suelten. No encontraré consuelo.

Entonces me doy cuenta de que no tendré que ver nunca más a Roberto. Se acabó Roberto en esta vida. Se desprende de mí como una cosa seca.

Oh. Me llevo una mano a la boca, alzo las cejas.

Me pongo en pie y eso lo cambia todo un poco.

Tengo unas ganas furibundas de salir fuera. Bajo las escaleras al trote. Abro la pesada puerta de madera del portal y me rodean los sonidos del barrio y una luz difusa y espléndida, ya en

retirada, cargada del olor excitante que anuncia lluvia.

Bajo la calle, atravieso la plaza, doblo una esquina y continúo andando. Me veo reflejada en los cristales de los coches aparcados, en los escaparates, discontinua y sin color, con las manos en los bolsillos del abrigo, apresurada como si fuera a algún sitio. Se produce una inversión excepcional: el reflejo es más real que lo reflejado. Yo soy más el espectro de los cristales que la persona que camina. Tengo tan poca consistencia que sería capaz de atravesar a la gente con la que me voy cruzando.

Avanzo sin preguntarme adónde voy, como siguen las sombras a sus objetos.

Recorro una calle estrecha que sube como un desfiladero entre los edificios. Llego hasta lo alto y desde allí, en la calle Santa Isabel, me detengo y miro atrás. Como si estuviera en la cumbre de una colina, contemplo la callejuela empedrada que serpentea en su descenso; veo allí abajo un trozo de la plaza; por encima de ella, en el horizonte, se amontona Madrid. Allá lejos, mezclándose con otros, se encuentra mi barrio anterior.

Siento físicamente la distancia. Es una especie de vértigo que me acompaña desde el primer día que escapé de allí.

Continúo caminando por la calle Santa Isabel. Lo veo todo tan nítido justo antes de que empiece a oscurecer, que las cosas parecen llamar la atención sobre sí mismas, como si el día dejara unos minutos para verlas tal y como son.

Soy un espectro que camina, avanzo un trecho, dos o tres portales tan solo, desvanecida, sin la gravedad del pasado, pero sobre todo sin la gravedad del futuro. Alguien está detenido en una esquina, más allá. Es una figura desmesuradamente grande y vestida de negro, y aunque no lo distingo desde esta distancia, me parece que algo vuela a su alrededor, una melena o una capa —cómo va a ser una capa—, pero aquello es una figura monumental, desproporcionada, y me aproximo hacia ella. Paso a paso, la alucinación sigue sin desvanecerse; doy otro

paso y otro, así de fácil se cruza la línea hacia la locura porque qué es eso que no puede ser y sin embargo ahí sigue, esa figura desproporcionada que parece vuelta hacia mí, aunque no puedo decidir si está de espaldas o de lado...

Avanzo hacia ella y constato que está vuelta hacia mí y parece esperarme. Miro el suelo mientras sigo acercándome. Levanto la cabeza justo cuando voy a llegar hasta ella y veo una cara familiar que también intenta reconocerme, unos ojos emborronados de kohl, vivos, líquidos, y sorprendidos, tan acuciantes que parecen palparme para comprobar que soy real.

—Eres tú. No me lo puedo creer. Nadia de la Torre.

Me nombra y sonríe. Estoy frente a Esther, mi profesora de Filosofía del instituto. Yo también la miro incrédula, como si me encontrara con alguien que hubiera fallecido.

—¿Te acuerdas de mí? —me pregunta.

Un chico y una chica abrazados pasan entre nosotras, tengo que bajarme de la acera para dejarles espacio, y vuelvo a subir rápidamente, como si fuera a perder a Esther.

—Ahora soy esta señora mayor —dice.

Esther era una mujer joven, y tengo enfrente a una mujer de cabellera blanca.

Todo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

—Te he reconocido por tu manera de andar. ¿Cómo puedo acordarme de eso? —me dice.

Hace una pausa, se queda seria, y vuelve:

—¿Cómo es eso posible?

Rompe a reír y yo me río también al reconocer el timbre y la cadencia de su voz, los ojos protuberantes, llenos de sorna, la proporción de la frente, la secuencia de seriedad y risa. Mirarla es como volver a casa. Quiero quedarme a su lado.

—Estoy esperando un taxi.

Me ha cogido la mano o yo a ella. No nos hemos dado dos besos.

«Estoy con Esther», me repito. Y un pensamiento absurdo: me sorprende que sigamos vivas.

—¿Sabes dónde voy? A celebrar mi jubilación. ¡Y llego tarde! Me parece increíble. Encontrarte justo hoy, que yo me jubile. —Suspira y fija su mirada en mí—. ¿Qué es de ti?

Me convierto de nuevo en una chica aturdida y agradecida por su atención que no tiene nada que decir.

Un taxi detenido a nuestro lado pita. Esther le pide un momento con un gesto del brazo, tan acostumbrado a imponerse. La calle es estrecha y otro coche espera detrás. A Esther siempre hay alguien esperándola.

Me mira:

—¿Todo bien? Me acuerdo perfectamente de vosotros. Los juncos salvajes.

Me abraza y, apretándome, me dice:

— Tú, Juan Rey... Blanca. El año del desastre.

Se separa. Tiene los ojos congestionados.

—Qué año importante, ¿verdad?

Decían que bebía en su despacho. Que había sido monja. Que guardaba el esqueleto de un perro en su maletero. Que abortaba y practicaba abortos. Que pertenecía a la policía secreta. Que besó en el Jardín Botánico al jefe de estudios. Que lo atropelló frente al instituto. Que leía el pensamiento.

Esto último lo decíamos Juan y yo.

—Algún día me subiré a la mesa y os mostraré mi muslo de oro —bramó una mañana en clase. Y solo yo, en primera fila, debajo de ella, escuché que añadía en voz baja—: No te jode.

Se mete en el taxi. El tiempo no la ha doblegado. Lleva un abrigo negro largo, con una caída elegante que con su lenta ondulación convierte el taxi en un carruaje.

—¡No es casualidad! —me dice y cierra la puerta.

El coche arranca y se para de golpe. La puerta vuelve a abrirse.

—Vivo ahí, en ese edificio. El tercero izquierda. Ven a verme y me cuentas qué te ha pasado.

El conductor de atrás pita y gesticula.

El taxi se va, desaparece tras una curva, seguido lentamente por una cola de coches silenciosos.

Después la callejuela se queda vacía.

Esther ha vuelto a desaparecer.

No me muevo. Me ha lanzado uno de sus dardos: «Me cuentas qué te ha pasado».

Debo de tener un aspecto exhausto. Tal vez ella me ha podido ver translúcida, igual que yo a ella la he visto gigantesca, antes de que todo volviera a ser normal.

Me doy cuenta de que no he dicho nada, absolutamente nada, y que la profesora de pelo gris no se ha reencontrado con su alumna adolescente, sino con una mujer de cuarenta años.

Siento algo confuso y desagradable, demasiado parecido a la vergüenza.

Me pongo en marcha de nuevo.

¿Qué te ha pasado, Nadia de la Torre? ¿Cómo te has consumido? ¿Qué haces en este lugar? ¿Adónde vas sin pisar el suelo? ¿Te has perdido? ¿Cómo has podido perderte así?

Cuéntame todas las cosas que no has hecho desde el año del desastre.

Me gustaría decírselo a alguien, «He visto a Esther», contarlo ahora mismo, y no puedo. Sigo adelante, camino con una especie de furia alegre. Se me despierta la pasión de caminar.

Esther ha desaparecido, pero me sigue un fantasma. Es Juan Rey adolescente, que me acompaña a todas partes porque está enamorado. Me sigue, pero no le miro ni le espero. Va desvaneciéndose detrás de mí.

No puedo creer que yo sea una mujer de cuarenta años, en el medio de la vida.

Me bajo de la acera para dejar pasar a un chico con dos galgos. Uno de ellos cruza la mirada conmigo, como si me reconociera. En ese galgo hay alguien que se consumió esperando.

Iré a casa de Esther. Le contaré lo que he aprendido: que todo puede cambiar de un momento para otro, que todo es fugaz y, si el tiempo es infinito, pues todo es infinitamente fugaz.

—Pero de eso ya te avisé yo —me dirá.

La calle se dobla a la derecha, empieza a ensancharse. Miro al frente, esperando algo. Y entonces la calle se abre a un remanso con un islote triangular en el centro. En el centro del islote está la entrada del metro de Antón Martín. No sabía que estaba aquí, tan cerca. ¡Oh, esa entrada, ahora, justo ahora!

Me detengo; de repente, estoy agotada. Pongo mi mano en una farola, por tocar algo que me sostenga, y miro mi mano, ah, tú, esta vieja conocida. Y vuelvo a mirar la entrada del metro: me veo emergiendo con pasos inseguros con mi mochila roja, una adolescente mirando a su alrededor, venida de no se sabe dónde.

El día que aparecí así en Antón Martín tenía dieciséis años; fue el día que falté a clase. «El año del desastre». Esa mañana, en el metro camino del instituto iba de pie, apoyada en la pared al lado de la puerta, como de costumbre. El tren llegó a la parada en la que me apeaba todos los días a la misma hora y, sencillamente, esa vez no bajé. Permanecí inmóvil.

No había decidido faltar al instituto, ni siquiera me lo había planteado, nunca lo había hecho antes, pero llegó el momento de bajarme, el tren se detuvo, la gente salió del vagón y, durante unos segundos, las puertas siguieron abiertas, como esperándome. Recuerdo la luz de los fluorescentes del vagón, la poderosa vibración del tren, el momento prolongándose demasiado. Mi cuerpo estaba tenso, retenido y preparado a la vez. Las puertas se cerraron y el tren se volvió a poner en marcha.

Me senté porque me flojeaban las piernas. Me sorprendió que la gente siguiera a lo suyo. Fue como ver las cosas después de que yo me hubiera apeado en mi estación un día de clase cualquiera. Me desviaba de mi propia vida.

«Me bajaré en la siguiente parada», pensé.

Podría hacerlo aún, coger el tren en dirección contraria, correr y llegar con unos minutos de retraso a la primera clase. Pero no lo hice: permanecí sentada, con una obstinación que no sabía de dónde venía.

El tren continuó su marcha y yo estaba quieta, viendo cómo, estación tras estación, mi decisión se volvía irreversible.

Hice un transbordo. Recorrí un largo pasillo que me llevaba a la línea azul; mientras, en la clase de Matemáticas, la profesora corregía en la pizarra los ejercicios que yo tenía resueltos dentro de mi mochila.

Y cuando emergí por fin a la superficie, aparecí justo en el centro de esta especie de isleta en una mañana soleada. La actividad temprana del día laborable me rodeó; todo el mundo estaba en su lugar, dedicado a sus asuntos, menos yo.

Hoy estoy en el mismo lugar, pero es invierno y atardece, y la sensación de tener el mundo alrededor no es deslumbrante.

Me duele el pecho y no es por la pérdida de Juan. Ese es un hecho doloroso pero limitado. Es otra cosa: la sensación de que detrás de toda esta fugacidad y de esta superposición de fantasmas, hay una trayectoria, un dibujo, es decir, que la vida tiene una forma.

«No es casualidad», ha dicho Esther. Que no veamos el dibujo que forman los hilos del recorrido de nuestras vidas no quiere decir que no esté ahí, y cuando se completa una figura, la realidad pega un chispazo.

Decimos que todo es casualidad, ya que no somos capaces de ver las conexiones. Mejor así, porque nos paralizaría saber que los hechos tienen sentido. Pero las cosas importantes no se pueden demostrar. Ninguna.

Miro a la gente que camina en distintas direcciones; imagino que son agujas con un hilo que van dejando atrás como una estela de diferentes colores; imagino todos los hilos entrecruzándose. A veces algo pasa y dan una puntada, como yo aquí en Antón Martín. Porque si se pudiera seguir la línea que une esas dos puntadas, la niña de la mochila subiendo las escaleras de la salida de Antón Martín y la mujer que, más de veinte años después, llega al mismo lugar, desorientada también, se vería algo. Un pequeñísimo trozo del gran tapiz. Y sin embargo, habría que tener millones de ojos para verlo.

Se ha completado una figura —eso es lo que siento.

Esther. ¡Esther ahora!

Soy una chispa, la pavesa que salta fuera de la hoguera. Quiero caminar, pero a dónde voy a ir ahora que soy un cohete.

Doy unos pasos a un lado y al otro, delante de una cafetería, como si montara guardia, sin poder quitarle los ojos a la entrada del metro. Hay lugares y personas que son nuestros, que pa-

recen querer decirnos algo —y me pregunto qué. Antón Martín es un lugar discreto. Como esa gente que, sin darse importancia, ha vivido mucho. La calle Atocha se bifurca formando el islote y los coches pasan despacio. Es un lugar potente. Es un delta formado por sedimentos.

A un lado linda con el barrio de Lavapiés, que es un barrio empinado y agitado, y por el otro, con el barrio de las Letras —llano y dorado. Por allí, a solo unos metros están las calles donde vivieron Lope de Vega y Cervantes.

Cruzo al islote en donde está la entrada del metro. Hay una escultura: unos ciudadanos de tamaño natural, de color de herrumbre, que visten gabardinas y se abrazan formando un círculo. Están elevados en un pedestal de cemento. La escultura conmemora el asesinato de unos abogados a manos de unos fascistas en 1977.

Y en segundo plano, detrás de las figuras rojizas, se ve el Teatro Monumental, que, pese al nombre, tiene una fachada de ladrillo visto y dimensiones habituales. Su aspecto es soviético, tan funcional como el de unas oficinas. El neón que dice «Monumental» es lo más llamativo; está escrito con caligrafía de escuela en el borde del tejadillo y genera un efecto de pobreza honrada.

En esta perspectiva (las figuras de gabardinas herrumbrosas con el teatro detrás) ha quedado retenido un trozo de los años setenta. La sensación es lúgubre —de ciudad lluviosa en donde la gente rumia sus pensamientos.

Una placa dorada destaca en una esquina del Monumental. «*En esta sala estrenó el músico Serguéi Prokófiev su segundo concierto para violín el 1 de diciembre de 1935*». ¡Prokófiev aquí! Escucho un eco de la danza de los Montescos y Capuletos, tan tremenda, tan llena de odio. Romeo y Julieta. La historia de amor más famosa es una tragedia.

Es esta infinita superposición de las cosas. Sobre la sombría

fachada del Teatro Monumental, años setenta, reluce una placa, 1935, porque España era de plata justo antes de la guerra.

Creo que Prokófiev abandonó a su mujer. Él se enamoró. Y a ella en algún momento la enviaron a un gulag. El amor acaba mal. Y la vida también.

Tengo que volver a casa. Ya he tenido suficiente.

Doy la espalda al flanco diurno que es el barrio de las Letras y me encamino al lado nocturno: el de las calles estrechas que descienden entrecruzándose hasta Lavapiés. Aquí vivo yo ahora, no me lo puedo creer.

Porque el amor acaba mal. Pero qué es el amor.

El amor es solo una manifestación de la fuerza que mantiene unidas unas cosas con otras. Unión y desunión, amor y odio, esfera y remolino —de eso ya nos habló Esther.

Yo ahora me estoy deshaciendo.

Soy un reloj de arena que pierde consistencia. Soy la arena del reloj de arena. Parece compacta cuando hay mucha; cuando queda poca se pueden distinguir los granitos por separado y se ve el remolino que siempre ha estado ahí, socavando.

Camino. Sigo apareciendo y desapareciendo entre los coches.

—Un remolino es lo contrario a una esfera —decía Esther—. Una esfera es compacta, está llena. El remolino es el triunfo de la desunión. En el centro del remolino no hay nada.

—¡Para qué sirve pensar eso! —Helena se enfadaba en el recreo, agitando una palmera de chocolate.

—¡Para qué sirve pensar cualquier cosa! —le contestó Blanca, la chica que desapareció.

¡Blanca!

Blanca. Tú también aquí ahora.

La otra frase que recuerdo de Blanca es: «Los deseos se cumplen, pero no de la manera como esperas». Lo recuerdo porque lo dijo con una seguridad inexplicable. Me hubiera gustado preguntarle por qué pensaba eso exactamente. Si me hubiera con-

testado, tal vez hubieran podido encontrarla.

Blanca era nueva en el instituto; venía de Italia. No le dio tiempo a integrarse en la clase. Cuando faltaban unos días para comenzar las vacaciones de Navidad, Blanca desapareció.

Aquel año pasó a nuestro lado el horror. Nos rozó y se llevó a uno de nosotros. A una de nosotras.

El vacío se hace más grande justo en el centro de mí.

¿Qué va a pasar conmigo?

Cerca de la plaza de Lavapiés, al ir a adelantar a uno de los chicos negros que están allí parados, veo que está iniciando un movimiento de expectoración... y el escupitajo estalla entero en mi zapato. Lo miramos los dos. Después nos miramos a la cara. Él parece un niño sorprendido.

—Da igual —le digo al pasar junto a él, y le sonrío porque está consternado.

—Quiero tu amistad. Quiero tu amistaaaad —dice el chico detrás de mí.

Viajamos a Grecia el mes de junio en que cumplí diecisiete años. Helena había soñado las tres noches anteriores a la salida que nuestro avión se precipitaba al mar. La recuerdo llorando y riéndose a la vez en el aeropuerto, despidiéndose para siempre de su madre y su hermano.

Éramos veintidós alumnos y alumnas del penúltimo curso del instituto. Muchos de nosotros volábamos por primera vez. Gritamos en el despegue, cantamos durante el vuelo y en el aterrizaje volvimos a gritar. Llegamos a Atenas al amanecer.

No habíamos dormido esa noche y estábamos aturdidos y excitados. Grecia, por fin. Era lunes por la mañana, pero no nos encontrábamos en clase sentados, taciturnos a primera hora, sino que cruzábamos una gran plaza desconocida y desierta —en Atenas. ¡Atenas existía! Habíamos llegado allí en avión, no en una máquina del tiempo. Nos rodeaba una luz demasiado clara y difusa para esa hora temprana. La vislumbre de la Acrópolis ahí arriba, al pasar entre dos edificios, me pareció una alucinación. Me detuve en seco. Esther caminaba a mi lado —y eso también era raro, puesto que siempre estaba frente a nosotros en el aula. El efecto de estar viviendo dentro de una especie de sueño en el que podías actuar permaneció todo el viaje.

En Galaxidi, un pueblo pesquero cerca de Delfos, el autocar se detuvo en un recodo de la carretera porque allí, al otro lado de los árboles, había una estrecha franja de una serpenteante playa.

—¡Cuarenta y cinco minutos! —dijo Esther, de pie en la ca-

becera del autobús, junto al conductor. Y las puertas se abrieron.

Sucedió algo sorprendente. El autobús nos vació en los escalones de madera que daban a la playa y entonces nos convertimos en una bandada. Nunca estuve tan unida a mis compañeros, mis compañeras, incluso a los que no me caían bien, como en aquel momento en el que sin titubear, sin hablar, nos quitamos la ropa con idéntica urgencia y nos metimos en el mar.

En ese momento separado de los demás, nos vi como éramos, todos esos brazos, piernas desnudas, torsos, mis propios pies descalzos corriendo hacia el mar, éramos los vulnerables, una bandada de pájaros del momento, los seres humanos: adelante, adelante.

Después nadé todo lo que pude en línea recta, hasta que, como me suele suceder, temo haberme alejado demasiado de la costa. Permanecí un rato sola, viendo de lejos las cabezas oscuras de los demás, sin oírlos.

Al salir me tumbé en la toalla. Disfrutaba del placer de estar un poco mareada, con los ojos cerrados para sentirlo mejor. Mi cuerpo reposaba sobre la tierra y caía sobre mí un sol tranquilo que parecía más cuidadoso que otros en su contacto con la piel humana. Helena e Ingrid estaban a mi lado también tumbadas. Habían dejado de hablar. Helena me daba golpecitos con su pie en la pantorrilla.

Sin levantar la cabeza de la toalla, me puse a mirar a Juan. Estaba con otros dos chicos intentando subirse a hombros para dar una voltereta. Ejecutaban una secuencia de tensión —sus voces sonaban arriba, tirantes, rápidas— y desplome —sus risas rompían abajo. Y así también sus caras y sus músculos: arriba, abajo, concentración y abandono.

Competían. Los chicos siempre se estaban vigilando entre ellos. Para reírse del que fracasara en lo que fuera. Hacían eso todo el tiempo, lo que estaban haciendo justo ahora, jugar in-

tentando hundirse unos a otros.

Ese mismo curso Nicolás se cayó en clase de una manera ridícula: su pierna quedó encima de la silla, enganchada con algo. Ahí estaba, como un roedor tonto atrapado en una trampa, y la reacción inmediata de sus amigos fue reír y decirle que no llorara (porque Nicolás había llorado en una ocasión en clase años atrás). Parecían perros atados ladrando, súbitamente excitados todos a la vez: no llores, no llores. Vi a Ingrid sentada muy derecha con el boli suspendido, impertérrita, mientras su compañero se retorcía de risa y miraba a los demás. Juan, a mi lado, lanzó una carcajada, y me pareció el sonido producido por un animal que responde a una llamada. El revuelo duró muy poco, hasta que el querido Alfonso, el gigantesco profesor de Lengua, ayudó a Nicolás a levantarse mientras decía: «Callaos, brutos, qué gracia tiene esto. Levántese, muchacho».

Siempre estaban compitiendo. A ver quién gana, quién cae, quién puede más.

Desde la orilla, aunque no estaban muy lejos, no los distinguía bien porque su desnudez los hacía iguales. Juan, Nicolás y Raúl Murga. El agua les cubría hasta más allá de la cintura. Era raro verlos así, sin ropa. Había que habituar la mirada a su nueva apariencia. Intenté distinguir a Juan de Nico. Juan era más ancho de hombros y a la vez más delicado. Salieron del agua y se quedaron de pie en la orilla. Pude ver bien a Juan, y tanto me asombró su cuerpo que me incorporé.

—Ay... qué haces —se quejó Helena con una voz amodorrada de ojos cerrados.

Miraba a Juan. Haciendo visera con mi mano contemplaba su musculatura definida, sus piernas. Con cierta sensación de alarma descubrí que Juan tenía cuerpo de hombre. Los otros dos no. Juan miró un momento hacia nosotras y yo me tumbé de

nuevo bruscamente y puse mi cabeza mirando hacia el lado contrario a la orilla.

—Pero qué haces... —volvió a quejarse Helena, que se empeñaba en tener su pierna extendida hacia mi toalla.

Recordé un sobrecogimiento parecido cuando tenía catorce años. En el cuarto de baño de mi casa no había espejo grande. Solo me veía la cara. Así que un día en que me había quedado a dormir en casa de Helena, cuando me duché en su baño, que era amplísimo y luminoso —tenía una gran ventana con una repisa interior en la que varias plantas formaban una pequeña jungla— me encontré con mi cuerpo entero desnudo. Quedé por un instante a solas frente a una desconocida, tan turbada como yo, blanca y llena, como las mujeres de los cuadros. Y también me ruboricé y, de la manera más estúpida, me tapé para ocultarme a mi propia mirada con una toalla blanca.

Recuerdo que después, mientras desayunábamos, estaba callada y la madre de Helena —que era una mujer muy bella que me acobardaba— me preguntó: «¿Tienes mal de amores?». Y me ruboricé otra vez. Porque estaba perdida en la imagen de la mujer del espejo —yo.

Tumbada en la arena, cerré los ojos. Pero la imagen de Juan volvió con una fuerza alarmante. La turgencia de la musculatura y la piel perfecta, suave, que hacía parecer a los chicos, con el pecho al aire, especialmente indefensos.

La toalla extendida de Juan estaba al lado de la mía. «Va a venir aquí», pensé con cierto nerviosismo. Ese fue el primer pensamiento. El primer paso hacia él, pequeño y ligero, como las pisadas de las gaviotas.

Helena empezó otra vez a darme golpecitos en la pantorrilla con el pie. Mi lasitud había desaparecido, boca abajo notaba mi corazón palpitar contra la arena. ¿Qué pasaba? Solo era Juan.

Los golpecitos de Helena fueron convirtiéndose en un roce suave, como si intentara seguir la curvatura de la pantorrilla

con los dedos del pie. Cerré los ojos con fuerza e intenté, de nuevo, sentir todo mi cuerpo descansando contra la arena, tierra firme. «Solo es Juan», pensé. Sonreí —¡qué extraño!— y me fui relajando. Oí cerca la voz de Nico: «¡Mi toalla! ¡Eh! ¿Quién ha cogido mi toalla?». Juan se acercaba.

«Quiero que me roce al tumbarse». Abrí los ojos, sorprendida por un deseo tan concreto y punzante. El roce del pie de Helena avanzaba, lo sentía lento como un animal que reptaba, una sensación que tenía su propia conciencia y quería algo de mí.

Moví la pierna para quitármelo de encima.

—Ay —se quejó Helena, adormilada—. Te voy a morder otra vez... luego...

Cuando nos bañábamos, me había mordido en el hombro y me había dejado una marca redonda, que empezó a latir al mencionarla.

Mi cuerpo entero estaba demasiado vivo. Como si esperara y estuviera a punto de hacer algo por su cuenta. Tal vez era por estar tumbada contra la firmeza de la arena debajo de mí y el sol como un ligerísimo tul que me cubría, benefactor, y por encima, abriéndolo todo al infinito, la caricia de la brisa. La caricia de la brisa me pareció insoportable. Tuve ganas de llorar.

«Quiero que Juan cuando llegue, al mover la toalla y tumbarse, me toque con su codo, con su brazo».

Cedí. Ahora yo también esperaba a Juan. Esperé sin darme la vuelta para verlo, esperé con el cuerpo.

Él llegó. Mis piernas aguzaron el oído, mi costado le tendía las manos, mi espalda lo miraba. Sentí cómo se tumbaba a mi lado. Con cuidado, sin rozarme. Tenía la cara hacia mí; la mía estaba vuelta al otro lado.

El bruto, el muchacho siempre buscaba un lugar junto a mí. Manso, como era siempre conmigo. Mi mejor amigo. Los dos estábamos tumbados en la misma arena firme y yo no podía respirar.

—Nico, ¿qué hora es?
Era la voz de Juan. Susurraba para no molestar.
Lo escuchaba por primera vez.

Una chica se cae al suelo delante de mí. Ha cruzado la calle a trompicones, como si se hubiera tropezado y le costara recobrar el control. Está muy borracha, creo, o drogada, no sé —porque la gente se droga. La veo rebotar levemente contra la pared. Yo caminaba muy formal, con las manos en los bolsillos de mi gabardina, y me apresuro a ayudarla a levantarse. Es difícil porque parece incapaz de dejar en equilibrio su generoso peso. Nos movemos como si forcejeáramos. Consigo ponerla de pie contra la pared. Entonces me toca las tetas. Planta sus dos palmas ahuecadas sobre mi gabardina en el lugar preciso. Me aparto y, dios mío, casi se cae a plomo, así que la vuelvo a sujetar mientras se me cae el bolso y, entonces, me vuelve a tocar las tetas. Ni siquiera digo nada, chasqueo la lengua como una madre, el pelo me tapa media cara, y la voy dejando resbalar con la espalda pegada a la pared para que acabe sentada en el suelo.

Tres chicas aparecen y nos rodean.

—¡Anita, mierda...!

Una de las chicas es muy alta y lleva una especie de tutú rojo. Se agacha frente a su amiga y se queda en cuclillas. Le aparta el pelo para verle los ojos. El borde del tutú barre la acera sucia; a su lado, hay tres abejas moribundas moviéndose en el suelo como una señal apocalíptica que está pasando desapercibida.

—Anita, madre mía.

Las otras dos la contemplan con los brazos cruzados.

—Pues ya verás ahora —dictaminan.

—Vamos a esperar un rato.

Se sientan en el bordillo de un portal. Una de ellas es más mayor y parece una maestra. Me mira y me dice «Gracias», educada y ausente, los delgados brazos con piel de gallina, la blusa mal abotonada.

Doy unos pasos atrás, ya que estoy en medio de todas ellas, y empiezo a irme.

¿De dónde vendrán? De una fiesta, supongo —porque la gente asiste a fiestas—, de una noche tan larga como el día.

Uno de los negros que siempre están de pie en las bocacalles cerca de la plaza, abandona su posición y se acerca con largas zancadas para tenderles una botella de agua.

—Gracias, gracias —pían.

Y él levanta la mano, mientras se da la vuelta hacia su puesto.

Son las once de la mañana y voy a hacer unos recados.

Antes vivía en un barrio tranquilo. Cerca de Cuatro Vientos, más allá de Aluche. Era un barrio de familias: bloques de edificios funcionales para la gente trabajadora; colegios, polideportivo, un gran centro comercial. Era uno de los barrios que habían ido creciendo al sur de la M-30. Comenzó por los edificios más humildes; los arquitectos progresistas diseñaron con esmero casas mezquinas para las familias de los demás.

La avidez de los constructores extendió el barrio; se pelearon por los terrenos y llevaron allí sus grúas, rápido, cada uno por su lado. Más pisos, un poco más grandes, mucho más caros.

Y así el barrio entero acabó teniendo el aire desamparado de las cosas hechas de cualquier manera. Un banco mirando a un semáforo; otro torcido y hundido en un mar de hierbas altas. Una subestación eléctrica al aire frente a un instituto. Raquíticos jardincillos delante de los portales en los que, entre las plantas enfermas, lo único vigoroso que se alzaba era el cartel

de «No pisar». Descampados que atravesaban lentas manadas de adolescentes con mochila. Bares cafetería con máquinas tragaperras y los escudos del Real Madrid y del Atlético de Madrid.

El barrio tenía una vida difusa y rutinaria. Por la mañana los adultos se marchaban a trabajar y todo quedaba sumergido en un ambiente de sopor. Los ancianos se sentaban en los bancos. Los parados desayunaban en los bares mirando el periódico, junto a los jubilados, al calor de la televisión encendida en lo alto de una esquina, emitiendo programas matinales coloridos y malvados. Los adolescentes, al ir y volver del instituto, concentraban cierta vitalidad que enseguida se disgregaba y desaparecía. Era un barrio de señores en los bares y señoras haciendo la compra al mediodía.

Yo trabajaba en la biblioteca que había al lado del centro de salud. Iba al trabajo caminando. En mi recorrido me cruzaba con poca gente. Pasaba por delante de un terreno abandonado, un barrizal donde se acumulaban coches; después venía una panadería con un pan muy malo, que se desconchaba al meterlo en la bolsa, y más allá, una cafetería estrecha en donde el primer parroquiano se acodaba en la barra de metal con un coñac, esperando ya, tan temprano, que pasara el día. Reinaba una monótona desilusión que estaba muy asentada y se seguía acumulando. Pero había un tramo de acera flanqueado por castaños frondosos, un espléndido pasillo abovedado por hojas verdes. Con eso yo tenía suficiente. Por allí avanzaba cada día tan suavemente como los cisnes que van abriendo con su pecho el agua de los estanques. Mi barrio era eso: un estanque grande y descuidado. Iba por la mañana a la biblioteca y volvía por la tarde.

Al anochecer dejaba de haber gente por la calle; solo iban llegando despacio los coches del trabajo. Y finalmente, Juan también volvía. Cuando sonaban sus llaves en la cerradura yo

era feliz, el círculo del día se completaba. Se acercaba la hora de cenar y los televisores de los hogares se encendían. Los edificios se iluminaban con un resplandor vacilante, multiplicado, unánime. Cada día proporcionaba todo lo necesario. Mi anterior barrio era un barrio saciado.

Pero ahora estoy aquí, en este barrio hambriento, torciendo una esquina, sumándome a la gente que baja por esta calle y cruzándome con la gente que sube. Camino al lado de un hombre bajo y barrigón, con una larga barba pelirroja, vestido de negro. Un tatuaje le asoma por el cuello. Nuestros pasos están sincronizados. Durante seis, siete segundos vamos los dos juntos en silencio, hasta que dirige hacia mí sus abundantes y furiosas cejas y yo acelero. Siento palpitar la huella de las manos de Anita. Parece que mis pechos tienen conciencia propia y están ruborizados, protestando como quinceañeras, mientras me dirijo a la ferretería.

Tengo que comprar una bombilla más y también pegamento para un azulejo que se ha desprendido y se ha partido por la mitad.

Me lo he encontrado esta mañana en la bañera, roto y amenazante, toda una advertencia, y he recordado que mientras dormía, en lo más inaccesible de la noche, algo rabioso aprovechaba para romper cosas en la casa.

A las 10.22 me llega un mensaje al correo del trabajo:

«Hola, Nadia. Tenemos que hablar, por favor. Han pasado tres semanas y no sé nada de ti. Juan».

A las 10.25 me levanto.

Voy a la sala y doy vueltas entre las estanterías, buscando un libro para llevarme a casa. Dejo mi mente en blanco para que el libro adecuado llame mi atención. Pero no tengo suerte.

Cuando vuelvo a mi sitio, en la pantalla del ordenador permanece abierto el mensaje de Juan. Me parece uno de esos correos que advierte «No responda, este mensaje se ha generado automáticamente».

Una chica muy joven que antes ha venido a devolver *La Divina Comedia* llega de sopetón hasta el mostrador, acalorada. Va a decirme algo, pero como intenta no alzar la voz, no le sale. Señala con el brazo el sitio donde estaba sentada.

—¿Qué pasa? Tranquila.

La chica logra decir con una voz que no consigue modular:

—Ese señor... ese señor se está metiendo conmigo. Él. Ese. En la mesa. Se ha puesto enfrente. Me estaba mirando y se ha puesto a insultarme en voz baja y... no le he visto, pero se estaba abriendo la bragueta o algo.

La chica leía en una mesa grande, un poco apartada, entre unas estanterías al lado de la ventana. Había elegido un buen sitio.

—¡Caballero! ¡Caballero! ¿Adónde va? Espere. ¡Caballero! —digo, poniéndome en pie.

Un hombre mayor, que viene a menudo a leer el periódico, se vuelve hacia mí de una manera demasiado afectada, como si le pareciera inapropiado mi tono de voz o, más allá, mi existencia. Cómo puedo yo dirigirme a él.

—Tengo prisa, señorita.

—Esta chica dice... ¡Señor! ¡Espere!

El hombre se encamina hacia la salida. Allí está el guarda jurado, que nos mira sin saber qué pasa. El hombre, señalándonos, pero sin dejar de darnos la espalda, dice:

—Tu compañera parece que tiene un problema con una ASQUEROSA, allí.

Dejo el libro que tengo en la mano dando un golpe en el mostrador, como queriendo tapar la palabra. La chica la ha oído, pero permanece con una expresión típicamente adolescente: pasmada, pasiva, dejando al mundo ponerse en evidencia sin tener nada que decir.

David llega con una taza de té y me pregunta en voz baja:

—Pero ¿qué pasa?

—Ese señor.

Señalo al hombre, que vocifera:

—Una chica loca, aquella GORDA que hay allí.

David termina de dar un sorbo largo a su té y después brama:

—¡MANUEL, QUE NO SE VAYA TODAVÍA, QUE ME VA A DAR AHORA MISMO EL CARNET!

Salgo del mostrador y me pongo al lado de la chica, que me mira con los labios pegados y sin ninguna expresión en la cara, solo esperando lo que le vaya yo a decir. Lleva una sudadera muy amplia y, al verla de cerca, se esfuma la joven y aparece la niña.

—¿Estás bien?

Asiente. Se ruboriza.

—Vamos a tu sitio, ¿quieres?

Rozo con la palma de la mano su espalda. A través de la su-

dadera noto que está caliente y algo húmeda. Una compasión inmediata brota del contacto. En la mesa hay un libro grande, *Curso básico de dibujo*, un folio en blanco, su estuche abierto, repleto de rotuladores de colores. También tiene un manual de grafología y la novela *Millennium*. Se vuelve a sentar.

—¿Te apetece un té?

—Sí, gracias.

—Es por ofrecerte algo —le digo, encogiendo los hombros —.Ya que te han molestado, para compensar.

Antes de ir a por el té me doy la vuelta y le digo lo que estoy pensando.

—¿Sabes? Ese señor pervertido y tú no estáis en el mismo mundo. En el mismo reino. En el sentido de reino vegetal, animal, reino de los monstruos...

Me detengo, no creo que me esté explicando y puede que no sea muy adecuado decirle ahora excentricidades a la chica. Pero sonríe.

—Reino de las vírgenes —dice ella.

David vuelve a nuestro puesto.

—El caballero se ha despedido de mí llamándome enano. ¿Sabes cuál es su nombre?

Hace una pausa y se responde:

—Cirio —lo pronuncia muy despacio.

Recuerdo la voz de David alzándose, su adecuada dosis de ira. Trabajamos en silencio los dos, envueltos en un mismo fastidio. Algo ha quedado mal resuelto.

Yo siento cierta desolación por la maldad del señor, la vieja maldad que se va pasando el testigo en infinitas situaciones, en ese chisporroteo planetario, y que deja atrás violentada a una chica mientras que él, al fin y al cabo, ha salido por la puerta y se vuelve como cualquier día a su casa, a que le pongan la co-

mida en la mesa, sin que le hayan llamado nada más que caballero.

—Cirio —dice al rato David—. Hacía tiempo que no me topaba con uno de estos. Se lo voy a decir a Palmira, tenemos sus datos, a ver qué se puede hacer.

A los dos minutos, David se levanta.

—No, mira, me voy ahora mismo a hablar con Palmira.

Cuando tenía dieciséis años descubrí una biblioteca. Era blanca por fuera y blanca por dentro. Los libros y la sala de lectura estaban arriba. El primer día subí las escaleras dichosamente sola, notando que llegaba a un lugar importante. Había una gran claraboya en el centro que difundía una luz suave y blanca de cumbre nevada. Paseé despacio entre las estanterías de «Inventos y descubrimientos», «Música», «Biografías», «Botánica», «Narrativa»... Miraba a las personas que estaban allí, leyendo y estudiando, con cierta envidia retrospectiva: ¿desde cuándo conocéis este lugar?

Porque la realidad entera estaba allí concentrada, destilada, clasificada: la huella de todo. Era como si te pudieras meter en la cabeza del mundo y andar dentro de ella entre las estanterías, cogiendo los libros que quisieras entre los miles que había.

Con paciencia podrías saberlo todo.

Eso creía a los dieciséis años. Volví cada día. Hacía los deberes. Escribía. Para descansar paseaba por la sala. Abría los libros que me iban llamando la atención, los hojeaba y algunos me los llevaba a mi sitio, un sillón bajo y redondo que estaba contra la pared.

Las tardes pasaban muy rápido. Cuando me levantaba, mi abrigo, la bufanda, algún bolígrafo, un paquete de Donettes vacío, todo estaba un poco aplastado en mi nido caliente. Volvía a casa envuelta en un satisfecho aturdimiento. Los deberes estaban hechos. Además, había leído la descripción de la Vía Láctea y las galaxias espirales, y varias entrevistas a gente que había estado clínicamente muerta. Descubrí a Botticelli, contemplé a Atenea tirando del pelo al Centauro. De pie, sin abrir mucho el

libro, como si mirara por una puerta entreabierta, me encontré con alguna escena del marqués de Sade —hasta que las tapas del volumen se convirtieron en unas manos sarmentosas y blandas que parecían querer agarrar las mías—; y, por último, y durante mucho rato, planeé como un pájaro en un álbum de fotografías aéreas de Madrid.

Después de todo esto, las calles me parecían más relativas. En la inmensidad del mundo la desaparición de Blanca era un acontecimiento más. Se convertía, eso me parecía a mí volviendo de noche a casa, en una estrella distante entre otras. Un punto de luz blanca, luz titilante; estaba presente, pero se mantenía inalcanzable.

Un día más no había aparecido.

Aquello era horrible.

Pero también un alivio, un alivio horrible —qué cuerpo aguanta eso. Era un día más para que pudiese, remotamente, estar viva.

Bajo ese cielo estrellado volvía yo de la biblioteca a los dieciséis años.

Ahora la chica joven que pasa las horas en una biblioteca está cogiendo el abrigo del perchero porque se marcha; ahora yo soy la bibliotecaria.

El volumen de *La Divina Comedia* que ha depositado antes está el primero en el montón de libros que hay que devolver a su sitio.

Lo abro:

«El infierno. Canto I».

En medio del camino de nuestra vida
me encontré en un oscuro bosque,
ya que la vía recta estaba perdida.

Lo cierro.

—¿Te sabes la historia de la conversión de san Agustín? —le pregunto a David.

—¿Qué?

—La conversión de san Agustín. La cuenta él mismo en las *Confesiones*. Estaba llorando bajo una higuera, desesperado por la vida que llevaba, cuando oyó una voz que decía: «Toma el libro y lee». Y abrió por cualquier parte el volumen que tenía allí, que eran las *Cartas de san Pablo*, y justo leyó un fragmento que iba dirigido a él: «Deja las embriagueces, los vicios y las deshonestidades y entrégate a Mí».

—Deshonestidades... —repite David.

Hago una pausa. Espero que me diga que siga, pero no lo hace. Continúo:

—Pues creo que eso mismo nos pasa a cada momento, que recibimos todo tipo de señales, pero no nos damos cuenta. Por ejemplo, con los libros que nos salen al paso y nos da por leer...

—No te entiendo —dice David.

—Bueno, a mí me pasa eso con los libros.

—¿El qué te pasa? ¿Recibes «mensajes»? ¿De Dios?

Si pudiera retroceder no habría abierto la boca.

—No.

¿Por qué estoy hablando de esto con él? Era una especie de secreto que no había acabado de pensar ni para mí misma.

Miro *La Divina Comedia*: no me lo voy a llevar.

—Y ya que hablas —me dice David—, ¿te puedo hacer una pregunta?

—¿«Ya que hablo»?

—¿Te puedo hacer la pregunta? ¿Por qué no comes? Nunca almuerzas.

—¿Yo?

Me doy cuenta de que es verdad. Me pongo colorada.

—Es que desayuno mucho.

No desayuno nada.

—Gracias —le digo a David no sé por qué.

Le doy la espalda y continúo trabajando. Él tarda un momento en darse la vuelta.

—Pero ¿gracias por qué? —dice después, bajito, como para sí mismo.

Podría no haberle oído.

«Gracias por fijarte», pienso yo. Pero la conversación ha ido desvaneciéndose y no digo nada.

Una mancha negra del tamaño y forma de una cabeza ha aparecido en la pared del salón. En esta casa todo puede suceder. Me he puesto a pintar la mancha, con la mansedumbre de la buena ama de casa sobrenatural. Mientras pinto oigo voces amortiguadas en el piso de arriba, pasos, un perro. Creía que arriba no vivía nadie.

Al terminar ha quedado una especie de rectángulo más blanco. Tengo las manos con diminutas gotas de pintura que no se quitan y están heladas, mi cuerpo ha absorbido el frío que emanaba de la pared.

La casa sigue mostrándose hostil. Fuera, el día parece más acogedor, así que, sin reproches, decido dar una vuelta y comprar comida.

Cuando voy a salir del piso y aprieto el interruptor para apagar la lámpara del techo del recibidor, la luz no se apaga. Ah, sigues con tus trucos, casa malvada. Miro el farol de estilo bizantino, grande y torcido allá arriba. Encendido aunque yo haya apagado. Triunfal. Infantil. El techo está muy alto, pero no perderé ni un minuto. Bajo los plomos y cierro la puerta.

Ya ha oscurecido, aunque es temprano. Camino tomando las calles que me van viniendo en gana. Ha llovido y el empedrado brilla a la luz de las farolas. Nadie va a hablarme. Nadie sabe quién soy.

Hay gente por la calle; vamos de uno en uno. Venimos de lejos, nos hemos escapado de algún lugar desconocido y estamos aquí sin acordarnos de nada y sin saber lo que queremos, moviéndonos de un lado para otro. Ellos como yo, sin nada seguro, vacíos dentro de la ropa como el hombre invisible.

Me detengo frente al escaparate de una tienda bien iluminada. Vende objetos de segunda mano. Hay mezclados muebles y ropa. Un abrigo de pelo marrón rojizo, llamativo y voluminoso, que evoca más bien un plumaje, está colgado del lateral de un reloj de pie antiguo. Entro en la tienda, toco el abrigo, miro su precio, 40 euros, y lo examino. Veo un desgarrón en el forro interior. Me desabrocho la gabardina; mi ropa es discreta y este abrigo tiene un punto excesivo que me hace pensar en la palabra «furcia» y a la vez en la grandeza de una reina en una campaña militar de invierno. Cuando me lo pongo, al sentir cómo me pesa, ni siquiera busco un espejo en el que mirarme y lo pago sin quitármelo.

Mi delgada gabardina se ha quedado en el respaldo de una butaca vieja. ¿La dejo ahí? Parece una piel abandonada. Noto dos fuerzas tirando de mí: una me está haciendo girar hacia la salida de la tienda y otra, rápida, lanza el brazo y rescata la gabardina.

¿Cuántas personas hay en mí? Camino por la calle sintiendo que soy más grande. Es por el abrigo. Nadie me va a hablar. Voy con la ropa de otra. Nadie me espera, nadie sabe dónde estoy ahora. El aire mueve los pelos de mi abrigo.

«Estamos todos sueltos aquí», le digo con el pensamiento a una mujer con la que me cruzo. Los dementes, en vez de pensarlo, lo dicen, y solo por alzar la voz dirigiéndose a otro ser humano, van causando incomodidad y apestando las calles al abrirse paso. Así que no lo diré en voz alta nunca, igual que los demás.

Soy nadie: no tengo carga. Ni mi nombre me pertenece, un golpe de viento podría llevárselo también. ¿Acaso es necesario? Me siento feliz en la Tierra. Los seres humanos deberíamos poder rugir o piar a veces, como ahora. Voy cuesta abajo, con las manos en los bolsillos del abrigo animal.

Me detengo frente a una pequeña frutería. Tiene cestas ex-

puestas fuera, y entre todas las frutas me fijo en las granadas. El aire mueve mi cabello y a la vez el pelo del abrigo. Compro la granada más grande y la llevo en la mano. Su redondez maciza pesa.

Acabo de hacer algo sorprendente.

Llevo en mi mano la fruta que Perséfone probó en el infierno; por ello, tuvo que quedarse allí y convertirse en la reina de los muertos.

Otra leyenda dice que era la fruta favorita de mi madre.

Porque yo también tuve una madre. Durante cinco años. Era rubia. Ahora ella es más joven que yo.

Nunca antes he tenido en mis manos una granada. Ni las veía —y sin embargo por ahí estaban, y sin embargo desde niña digo que es mi fruta favorita.

Y ahora, mientras vuelvo a la casa, voy a contarme el cuento de la muerte de mi madre. El cuento empieza y acaba así: no lo recuerdo. Pero sé que días después de que falleciera, estaba jugando sola en un salón que no era el de mi casa. Tirada en el suelo, miraba las cenefas de la alfombra, y de repente me di cuenta de que mi madre no iba a venir a buscarme a aquella casa *nunca* —porque ella no estaba en ningún lugar.

Oh, fue la destrucción del mundo.

Lloré tantos días y de tal manera que no sabían qué hacer conmigo —por lo visto.

Los vecinos se tuvieron que ir al chalet de la sierra desesperados.

Cuando llego al piso, voy directa al salón a mirar si ha desaparecido la marca de pintura. Al entrar con dos amplias zancadas, los finos pelos de mi abrigo se agitan un poco, los cristales de la lámpara también. Se produce una corriente entre nosotros tres —fantasma, lámpara, abrigo—: estamos usados, estuvimos

vivos, somos decadentes.

El rectángulo blanco parece un remiendo en la pared. Me gusta. Cuido la casa.

Eran dos leones devorando un toro.

Y el único que había quedado entero era, precisamente, el toro. Estaba de perfil, con las patas delanteras dobladas y la cabeza contra el suelo, tal vez con el cuello partido ya, y una expresión de sufrimiento: la boca abierta con la lengua fuera, los ojos desorbitados. El interior de la oreja era de un rosa muy pálido y morboso.

Un león a cada lado, uno desgarrando la grupa, el otro sobre la cabeza. Pero de ellos apenas había algún trozo de las patas, del tronco, de una garra: el resto se había volatilizado. Y, sin embargo, los leones invisibles seguían despedazando al toro.

Era horrible. Yo sabía algo de eso. ¿Qué era?

—Me picaba la nariz mucho. Estas no me hacían ni caso. Toda la cena. Me rascaba y me picaba más, los ojos me lloraban y de repente hago «aaaaaachús», estornudo, y me sale un hueso de aceituna por las narices, ¡y le cae en el plato a esta! ¡En todo el puré! ¡Por eso se echó para atrás y tiró la silla! ¡Sí! Ni que la hubiera disparado, tía...

Helena estaba a mi lado contando otra vez la historia de la cena mientras yo miraba el trozo de la garra de uñas afiladas, muy grande, una garra suelta que aplastaba la cerviz del toro y que, por sus uñas triangulares, hacía pensar en los colmillos, en las fauces rabiosas —que no estaban.

Esa escena violenta, de grandes dimensiones, estaba en el frontispicio de un templo. El museo había colocado sus restos recibiendo a los visitantes: la amplia escalinata por la que se accedía a la exposición conducía directa a la agonía del toro, como si fuera el lema de todo lo que íbamos a ver.

—Ingrid se había quedado dormida. Nos dimos cuenta porque habíamos empezado a hacer espiritismo y oímos unos ronquidos. Y estaba en la cama, boca arriba. Le pusimos flores y nos hicimos fotos con ella, todas llorando. Y ella ahí con las gafas torcidas y la boca abierta: así.

Helena se movía si me movía yo, a la derecha, a la izquierda, sin mirarme siquiera, como si la tuviera atada a mí con una cuerda. Hablaba con Noelia, una chica de otra clase. Noelia tenía una melena pelirroja y rizosa que desde los primeros cursos le había servido de signo de distinción. Aunque no fueras a su clase, te sabías su nombre.

Helena se exhibía ante ella con nuestras tonterías más recientes.

Llegaron a por nosotras Ingrid, Juan, Nico. «Vamos, venid». Nos habíamos quedado rezagadas.

Yo los seguí, pero iba la última deliberadamente. Dejamos atrás al toro y los fieros leones invisibles, y cuando estuvimos en otra sala, me escabullí y retrocedí para volver a verlos.

¿Qué? ¿Qué sabía yo de eso? Los restos de pintura que quedaban en el toro eran como trozos de su piel desgarrada. Su boca abierta parecía gritar.

Me acordé del dentista. Yo estaba en el sillón azul con el respaldo un poco inclinado, llevaba puesto ya esa especie de babero de papel y esperaba a que volviera el doctor. En una pantalla colgada en la pared había un documental de animales sin sonido. Miraba alrededor con inquietud. Los instrumentos metálicos tan cerca de mí. La puerta cerrada. En cualquier momento irrumpiría el doctor con su mascarilla blanca colgando despreocupadamente en el pecho, vestido de azul.

En el documental, un ñu había sido atrapado en un río por una leona. Ella estaba erguida con las zarpas sobre su grupa y

miraba alrededor, como pensando qué hacer. Le dio un mordisco, clavó más las garras. Luego siguió mirando, como buscando inspiración. A veces mordisqueaba. Y allí seguía el ñu, perfectamente entero, con un trozo de carne agujereada, parpadeando y respirando. Debía de tener una piel muy dura. Le iba a costar morir.

El documental se demoraba. Al rato llegó otra leona, se encaramó en un costado del ñu. Mordió también, con cierto desinterés. El ñu se agitó un poco, con una inexpresividad oscura. Aquello iba a llevar su tiempo.

¿Cuánto duraría esa larga agonía? El documental solo se detenía en ella unos minutos; si no, sería demasiado lento, intolerable, real. Como esos partos de dieciocho horas, pero para morir.

Yo, por mi parte, tenía miedo al dentista. Me iba a inmovilizar, a abrirme la boca para clavarme una aguja en las encías. Me iba a rajar, escucharía el torno; el dentista vería hueso y sangre dentro de mi boca. Hacía dos años, en otro dentista llamado el doctor Muerte, después de un terrible forcejeo con los alicates, algo pasó con un nervio, grité de dolor y tuve un moratón en la mandíbula que me duró meses. Por eso temblaba un poco en el sillón azul.

No eran muy apropiadas aquellas imágenes para la espera, así que desvié la mirada. Había una repisa con unas figuritas sonrosadas, regordetas, un dentista y una enfermera sonrientes. Tal vez eran una hucha. Aquellos muñecos me parecieron hechos por un loco.

También había una lámina de Keith Haring. Unos esquemáticos hombrecillos de colores —naranja, rojo, azul— danzando estridentes: era la regresión infantil de una mente trastornada por haber descubierto la violencia que había detrás de las cosas.

En el documental habían cambiado de escenario. Ahora ha-

bía unos polluelos de águila en su nido. Temblaban al abrir el pico, poseídos por la compulsión de devorar, mientras recibían los trozos de carne fresca que les traía su madre.

Eso era todo. La vida era esa compulsión. El temblor por el deseo de devorar, el temblor por miedo a ser devorado. Pero al final siempre nos alcanzan, nos paralizan y nos devoran. A todos nos llegará nuestro turno.

Entró el dentista sonriendo.

Cuando aguardábamos en el gran hall del museo a Esther, que estaba sacando las entradas, no esperábamos mucho de la visita. Era una mañana programada para el aburrimiento, que podríamos sobrellevar con nuestras intrigas —quién se ha enfadado, quién te gusta, quién ha dicho qué— y la búsqueda constante de algo de lo que reírnos.

Pero cuando vi de lejos, en lo alto de la escalinata, los restos del frontispicio y las figuras rotas que apenas se podían identificar, comenzó la vibración. Era un estado concreto que yo denominaba «eso» a falta de palabra más precisa. Si esa palabra fuera un verbo estaría a medio camino entre «desfallecer» y «bullir».

Era la sensación de que había algo dentro de mí que era más grande que mi cuerpo, y que se activaba y se revolvía.

Era conciencia, pero una conciencia indescifrable.

La percepción de una amenaza inmensa y, a la vez, la excitación de abrirse.

Algo grande saliendo de algo pequeño.

Algo que va a estallar —pero no estalla.

Era el peso de todo lo que nos aguardaba.

Duraba poco.

Duraba poco y siempre estabas haciendo otras cosas cuando pasaba.

Mientras esperábamos a poder subir la escalinata, Helena me metió la mano en el bolsillo del pantalón con un movimiento rápido para que no pudiera evitarla.

—Sé que te quedan.

—No me quedan. Te las has comido tú antes. Además, no se puede comer en el museo.

—Qué más dará. No van a caer migas de gominolas.

Subimos en grupo las escalinatas del museo, con esa sensación de destino común que se generaba cuando nos poníamos en marcha. Yo sentía la vibración. Le apreté el brazo a Helena muy fuerte y tropezamos en los escalones, tiré hacia abajo hasta que su oreja estuvo cerca de mi boca.

—Sucia ladrona de comida.

Javier, el psicólogo, nos hablaba en sus charlas de cómo éramos a nuestra edad y lo que nos ocurría. Las hormonas. El metabolismo, las gónadas. ¿Conocía Javier «eso»? ¿Tenía una palabra para ello? Pero no, no quedaba nada de esto en ese rictus suyo de estar aburrido, amargado, muerto y sin una sola hormona mientras nos hablaba despacio, con la mirada perdida en las tarjetas de sus apuntes, esos naipes manoseados que le permitían siempre la misma jugada. Nos odiaba a todos.

Me había quedado sola mirando la escultura del toro. Avancé hacia la sala principal y vi, distribuidas por el espacio diáfano, decenas de estilizadas estatuas blancas, de pie, elevadas en los pedestales. Los turistas pululaban abajo entre ellas con ropa de verano.

La mayoría de las estatuas estaban mutiladas. La serenidad de los rostros contrastaba con la falta de miembros. A veces las caras también estaban mutiladas, sin nariz ni boca, y aun así permanecían serenas.

Había trozos de bajorrelieves, columnas, estatuillas. Tenía

toda la sala por explorar. La vibración volvía el aire pesado —era una vibración evasiva, como las premoniciones.

Empecé por cualquier parte y pasé un buen rato deambulando, yendo de estatuillas de dioses a figuras de serpientes. Luchas de animales, monstruos y hombres. Sacrificios de caballos. Espirales de arcilla de colores que eran, según decía el cartel, ofrendas de mujeres al santuario de la Ninfa. Relieves de danzantes encontradas en el Teatro de Dionisos.

Las ménades. Sabía que las ménades entraban en trance y despedazaban animales vivos —y que eso era una fiesta.

Todo estaba roto.

Me detuve en un relieve hipnótico: un hombre con túnica, que parecía un santo o un mago, ponía sus dos manos en una mujer acostada.

«Asclepio sanando a una durmiente». ¿Quién era Asclepio? ¿Qué era eso que estaba haciendo?

En los letreros solo daban nombre a la pieza rota, decían dónde la encontraron y la fechaban. Aquí nadie sabía nada.

Pasé al lado de un gran frontón que era el colmo de la volatilización. Dejaban el gran marco triangular y colocaban en el lugar que les correspondía los fragmentos de las estatuas que habían sido encontrados. El resultado era un torso suspendido en el aire, en el centro, y en un extremo unas piernas sueltas, en máxima tensión, como las de los corredores cuando van a salir en una carrera, pero en una postura imposible, casi horizontal.

Continué, leía en los carteles: «mármol pentélico», «lutróforos», palabras griegas. No entendía nada, iba desorientada y, sin embargo, no me detenía. Seguía vibrando algo, dos notas disonantes pidiendo una resolución que no llegaba.

Leí: «Entre 1700 y 1450 antes de Cristo».

La propia fecha me pareció un objeto de exposición. Me dejó perpleja.

«Entre 1700 y 1450 antes de Cristo». Como si hubiera un

mundo paralelo: el siglo XVIII —al otro lado del espejo.

Mi desorientación creció. Pasé por delante de varias piezas, sin mirarlas, cansada de repente.

Pero leí en algún sitio «Época arcaica». Arcaico ponía un límite. Arcaico, todo esto era arcaico. El toro y los leones. Arcaico sonaba a origen. A un primitivismo tolerable, por estar al comienzo, como la materia prima para una elaboración más comprensible y equilibrada de lo humano.

Me acerqué a un panel con una línea del tiempo que indicaba la distribución de las salas. Quería ver qué venía después de lo arcaico, para buscar esculturas menos desasosegantes.

Pero entonces vi que la época arcaica no era la más antigua. Antes, ocupando siglos y siglos estaba la «Época Oscura». Un gran espacio de negrura, como una larguísima noche vacía. Sin embargo esa época tampoco era el principio. A través de la negrura sideral de la Época Oscura se podían ver dos pequeños planetas: Civilización Micénica y, más lejos aún, la Civilización Minoica.

Así que lo primero era la Civilización Minoica.

Pero Minos era el rey de un cuento. Tenía un palacio con un laberinto en donde estaba encerrado el Minotauro, hijo de una mujer y un toro. Y en ese laberinto se soltaban a unos cuantos jóvenes para que los devorara el Minotauro. Así que parecía que los arqueólogos, excavando y excavando, en el último estrato habían encontrado trozos del reino de una leyenda.

No iba a leer un panel más.

Se lo estaban inventando todo.

La vibración continuaba, algo molesta, y pensé que tal vez venía de mí. Las hormonas, todo eso.

Me apeteció manotear. Quitarle de un palmetazo el sombrero a un turista alemán —y luego recogérselo, sí. ¿Dónde mierdas estaba Helena? Me palpé los bolsillos. Saqué una bolsita transparente y cogí una gominola fusionada con otra. Me metí aquel

pegote en la boca. El intensísimo sabor dulce y ácido a la vez fue como una ola rompiendo contra las rocas. Absorbió el mundo entero y el sentido del gusto fue por un momento soberano. Se me saltaron las lágrimas.

Vi una diosa. Me acerqué a ella. Estaba entera. Era grande, más que cualquier mujer mortal, y su túnica caía en unos pliegues rectos majestuosos. Sus pechos robustos resaltaban contra el ropaje de piedra. Señora. No podías encontrar su mirada, demasiado alta.

Madre, soy yo.

Tuve ganas de extender mi mano y tocar sus pies. Miré alrededor por si alguien vigilaba.

No, no me atrevía.

Adiós, mamá. Eres mi estatua favorita.

Pero ¿dónde estaban los demás? No había nadie del grupo en aquella sala. ¿Qué hora era? Atravesé la sala, me asomé a la siguiente. Tenía miedo de estar perdida en el museo. Pero enseguida vi a un chico alto de otra clase, con su bolso en bandolera, y a su amiga la heavy. Sentí alivio, por no haberme perdido y por la familiaridad que me produjeron aquellos dos, que ni eran mis amigos.

Me acerqué a una estatua a la que acompañaba un panel con unas fotografías. La habían descubierto recientemente. «Hermes (?), alrededor 200 a.C.».

Había algo horrible: sus rasgos estaban tan corroídos que no tenía cara —a un niño le aterrorizaría—, pero en su cabello ensortijado permanecía toda su gracia juvenil. Le faltaba un ante-

brazo.

Las fotografías, en blanco y negro, daban testimonio del momento del hallazgo de la figura.

Una era un plano general de la excavación: se veían varios cuerpos blancos asomando en la tierra removida.

Y otra era un detalle de la cabeza y el torso de Hermes tirado en el suelo, junto a unas piedras, recién desenterrado.

Sentí que mis rodillas perdían la fuerza de golpe y me vi rozando el suelo, pero enseguida reaccioné y ya estaba de pie otra vez.

Me temblaban las piernas.

¿Dónde estás?

Un señor grande y rubio me dijo algo en italiano. Caminé despacio, consciente de cada paso, como en las pesadillas, hacia unas escaleras discretas que subían en un lateral.

¿Dónde estás, Blanca?

Llegué y me agarré al pasamanos con fuerza y entonces me fallaron las piernas otra vez. La subida era penosa.

¿Dónde estás tú enterrada?

Me senté en los escalones, en una esquina del breve rellano perfectamente cuadrado. Fingí que me pasaba algo en un pie. Me puse a examinar las ampollas de mi dedo gordo y de mi talón, pegaba y despegaba las tiritas mientras intentaba llorar. Por mi lado subían o bajaban algunos turistas más bien silenciosos, haciendo el mismo ruido con sus chanclas.

Si consiguiera mantener la imagen, el cuerpo blanco semienterrado, mantener el dolor, tal vez podría llorar y echarlo fuera. Pero era inasible, como algo que se ha olvidado. Siempre igual: el cofre de acero que se hunde en el océano. Solo conseguí moquear un poco.

Subí el trecho de escaleras que quedaba. Daba a una pequeña sala abierta en voladizo sobre la planta baja. Desde la barandilla podías asomarte y ver la sala principal de las estatuas blan-

cas y los visitantes pululando a su alrededor.

De las esculturas emanaba una nube fantasmal. Esas figuras blancas habían tenido color. Algunas incluso habían vestido corazas de oro. Las intenté imaginar en sus palacios, con sus cabellos rubios, morenos, sus túnicas púrpura y turquesa, los ojos verdes, rodeadas por griegos vivos. Pero ahora eran pálidas, estaban mutiladas, había quedado al desnudo el mármol —como el de las lápidas. En este gigantesco mausoleo atraían a los vivos, parlanchines y glotones.

Éramos nosotros los que parecíamos almas en pena buscando no se sabe qué. Mirándonos se podía sacar en claro dos cosas: que nos atraía la belleza y que íbamos donde iban los demás.

Y en la neblina que se extendía seguía vibrando la unión de las dos notas disonantes.

Este era el Museo de los Vivos y los Muertos.

Había un par de personas asomadas a la barandilla como yo, mirando la sala de abajo.

Oh, Esther estaba aquí.

A escasa distancia de mí. Envuelta en su chal blanco, como si tuviera frío por el aire acondicionado, me miró y relampagueó ese gesto que había visto en mis profesores durante el curso: derrota o vergüenza. Duraba solo un segundo, casi siempre al entrar en el aula cuando la tarde anterior había alguna noticia nueva sobre Blanca, por ejemplo el testimonio de alguien que decía haberla visto subir a un coche en una gasolinera de la carretera de Valencia. Era como un crujido en la cara, antes de poner en marcha la maquinaria y empezar la clase del lunes.

La desaparición de Blanca negaba todo lo que pudieran enseñarnos.

Me acerqué a Esther. Simplemente me puse a su lado. Abajo estaban los demás. Busqué a mis amigos.

Vi a Helena en una esquina, vuelta hacia la pared con una postura un poco rara. ¿Qué estaba haciendo? Esperaba que Est-

her no la viera. Estaba encogida, dando la espalda a todo. Me di cuenta de que engullía un plátano en dos bocados intentando no ser vista. ¿De dónde lo había sacado? Me maravilló.

Helena comía a todas horas. Le daban ataques de hambre y durante la clase sacaba por ejemplo una Pantera Rosa, la desenvolvía y la mantenía bajo la mesa con gesto ansioso, y cuando el profesor se daba la vuelta, engullía la mitad y luego la otra mitad. Los ojos le lloraban con la boca llena. Se atragantaba, lo pasaba mal. A veces levantaba la mano y con la otra se tapaba la boca, para que la dejaran salir al baño.

«Náuseas», le decía luego al profesor. A nosotros: «Debilidad, debilidad idiotas». Y en el recreo, siempre lo mismo, después de comerse su dónut: «Tengo hambre. Te compro tu bocadillo. La mitad, venga, la mitad».

Esther miraba a Helena devorar el plátano. ¿Se podía comer en el museo?

—Es que siente debilidad —dije yo.

—Ya, ya lo sé —dijo Esther.

Hizo un gesto con la mano, no hacía falta que le dijera nada. Me di cuenta de la familiaridad de Esther con nosotros. También estaba en nuestra clase, al fin y al cabo.

Seguimos mirando a los vivos y los muertos. Encontré a Ingrid, con su vestido verde de tirantes, más quieta que nadie. Estaba con las manos cogidas tras la espalda y todo el peso en una de las piernas, mirando unos bajorrelieves. Menuda y rubia, una niñita, y sin embargo en aquella quietud suya había algo de acero, su mente de acero. Podías pensar algo un buen rato y entonces llegarías a la misma conclusión que Ingrid en el primer vistazo.

Entonces se acercó a ella Juan. Se puso a su lado y adoptó idéntica postura, las manos atrás, las piernas en la misma posición.

«Marido y mujer», pensé.

Había soñado con Juan después de ver su cuerpo en la playa. Juan y yo estábamos uno junto al otro, vestidos de blanco en una especie de gruta de piedra arcillosa iluminada por antorchas. Mirábamos al frente y no podíamos hablarnos. A nuestro alrededor, unas figuras sombrías, sirvientes o sacerdotes, nos arreglaban para una ceremonia. Una especie de abeja reina oscura, tan grande como un planeta, daba órdenes a los siervos.

Nos poníamos a andar rodeados por los siervos mientras la gruta se convertía en un templo subterráneo, y llegábamos ante un altar.

Entonces yo sentía terror. Quería mirar a Juan, a mi lado, pero no me estaba permitido. Quería advertirle de algo, o despedirme de él. Posamos nuestras manos sobre el altar a la vez —era la abeja reina quien las movía. En el altar había dos objetos. Eran dos cuchillos, aunque no lo parecían, por las formas curvas de los múltiples filos.

Me desperté helada por el terror, justo antes de saber quién de los dos le cortaría algo al otro —pues era lo que indefectiblemente íbamos a hacer.

A la mañana siguiente, en el desayuno bufet, busqué y luego evité a Juan. Estaba avergonzada, sentía que compartía algo muy íntimo con él —y que él, por estar en el sueño, debía de saber algo de eso también. Tal vez tenía que ver con que los dos fuéramos huérfanos.

Pero Juan andaba por ahí despreocupado. Se acercó a mí y puso en mi bandeja un bol de yogur que me había cogido para que no tuviera que hacer cola. «Hay melocotón», me avisó.

¿Le gustaría yo todavía? Era mi mejor amigo chico. Le gustaba desde el primer curso del instituto. Pero este año Juan había cambiado. Sus redondeces y su cara de niño se habían endurecido. Tal vez ahora prefería a Ingrid.

Sería lo justo. Su amor sería más equilibrado. Sería lo justo.

Desde el día de la playa, me fijaba más en él. En cómo dejaba

pasar a nuestros compañeros en el pasillo del autocar antes de bajarse él, o en sus manos al utilizar los cubiertos en la mesa. Ya no lo trataba con naturalidad.

A Ingrid le gustaba Juan. Más aún: Ingrid lo amaba, también desde que entramos en el instituto.

«Marido y mujer», pensaba, con las manos apoyadas en la barandilla, mirándolos desde arriba, con una perspectiva ecuánime.

Vi que Noelia la pelirroja y su amiga se dirigían hacia ellos dos, pero se detuvieron de golpe, se dieron un codazo y cambiaron de trayectoria entre las estatuas.

—Baja con todos, anda —me dijo Esther.

Como si dijera: «Vete a jugar con los otros niños». Asentí y me dirigí hacia las escaleras.

—¡Nadia! —me llamó.

Me di la vuelta.

—¿Te gusta el museo?

—Sí.

—Me alegro.

Me apresuré a bajar solo por seguir su orden, herida por el cariño.

Sí, claro que estaba bien. Porque el dolor también cesa. No tiene la última palabra.

Bajé corriendo de puro contento, no sabía por qué y daba igual, había que aprovechar el viento a favor.

La belleza, la felicidad, la salud duran poco —ya, ya, ya. Pero el dolor también.

Era nuestro momento.

Desde abajo miré a Esther. Ya no estaba asomada. Tal vez antes ella no pensaba en Blanca. Tal vez su marido le era infiel, o alguna de esas cosas de los adultos. Tal vez había subido allí para que la dejáramos en paz un rato.

—¿Dónde estabas?

Helena apareció envuelta en ese rubor suyo, un poco despeinada.

—En el baño —respondí.

—Me he enterado de que a Noelia le gusta Juan. Y a su amiga, la gili, también.

—¿La que se ríe como una hiena?

—No, la que contó que tenía un camaleón que se puso negro y se murió. Andan por ahí mirándole el culo.

Me parecieron unas advenedizas.

—Ven, vamos. Vamos a elegir nuestra estatua favorita.

Agarré su mano, que se ajustó a la mía. Qué maravilla la carne. Entre tanto mármol, el acoplamiento de dos manos. Se la apreté, chilló un poco, le sonreí, me sonrió mientras nos dirigíamos hacia una magnífica estatua de un atleta que parecía atarse una cinta en la cabeza, aunque le faltaban los antebrazos.

Lo miramos, lo rodeamos. La combinación de la curva de su hombro con la redondez de su bíceps; los pectorales amplios.

—Tenemos que decir qué partes nos gustan más —propuse.

Hombros, pecho, piernas.

Pasamos a otra estatua. Mirábamos con todo descaro los cuerpos masculinos desnudos, estábamos en un museo.

Invariablemente, la mirada bajaba un momento a los genitales mutilados, como si fuera un requisito antes de poder mirar lo demás. Nos fijábamos en lo que nos había gustado antes, los pectorales grandes, y descubríamos en la nueva estatua algo diferente, el pelo rizoso, la clavícula. Había algo triunfal en ese juego de turgencias y torsiones de las estatuas. El dolor también acababa, también era el perdedor a veces.

Rodeábamos al dios, al atleta. Parecía decir: «Soy perfecto, sí, rodéame». De perfil destacaba el volumen del torso, la redondez de los glúteos. A veces dábamos varias vueltas a la mis-

ma estatua sin darnos cuenta. La belleza no terminaba.

Las piernas, la espalda, el cuello.

Después de un rato mirábamos sin disimulo el vello ensortijado de los genitales, la musculatura de las ingles. Comparábamos.

Pero la mirada vacía de las estatuas nunca se encontraba con las nuestras.

La mano de Helena se deslizó por mi muslo; la noté bajar como una serpiente que se metía en mi pantalón.

—¡Pero, tía...!

Aunque Helena ya había sacado la mano con la bolsita transparente de las últimas gominolas apelmazadas, seguí sintiendo su recorrido —que se difuminaba en un ligero vértigo.

—Así que no tenías.

—Cómetelas. Las tenía cerca del chumi.

—Eso iba a hacer.

Nos habíamos cruzado con Ingrid y Juan, «¿Dónde vais? Venid», pero en nuestro frenesí, Helena y yo no nos detuvimos.

Me fijé en los diferentes cabellos, en las barbas también; me gustaban los rizos de piedra. Frente a una estatua delgada y delicada, al ver por detrás su espalda suave y embellecida por el claroscuro pensaba «¡Esta!», hasta que la cabeza ensortijada de otra me hacía cambiar de opinión: «No, esta».

Había atletas relajados, guerreros heridos defendiéndose en el suelo, dioses que levantaban un brazo.

Al rato, Juan volvió para avisarnos:

—Que vengáis, ya es la hora. Tenemos que bajar al hall con Esther.

Helena y yo estábamos un poco aturdidas. Como si tuviéramos que acostumbrar los ojos a la luz, volvimos a mirar alrededor. Por un momento mis ojos se quedaron como entre dos

mundos. Tenía a Juan delante. Me fijé en el leve abombamiento de sus pectorales bajo la camiseta, y recordé el cuerpo visto en la playa. Vi sus bíceps blancos y redondeados al aire, llenos, vivos, al señalar dónde estaban los demás.

Las notas disonantes. La belleza de su brazo, la vulnerabilidad blanca de la carne.

Algo se rindió dentro de mí. Lo noté físicamente. Algo se desprendió.

Entonces mis ojos bajaron un instante a sus pantalones cortos color caqui. Imaginé sus ingles marcadas y el vello —eso no lo había visto en la playa, pero ahí debía de estar. Sentí un vacío repentino.

—Uy —dije—. Vamos por ahí —propuse acto seguido por decir algo.

Juan se adelantó un poco y yo miré su pelo corto en el que apuntaban los rizos. Su pelo me gustaba. Me di cuenta en ese momento. Por eso me había fijado en el cabello de las estatuas. Deseé sentirlo en la palma de mi mano, el pelo húmedo de la playa como la hierba fresca. Estuve a punto de tocarlo.

—¿Por qué sonríes? Estás flipando —dijo Helena.

Juan se volvió para mirarme. Sus ojos azules viéndome a mí. Ahí estaban. Esa era la gran diferencia con las estatuas. Después siguió andando.

Y fue entonces, al volverse y retirar su mirada, cuando me dio por abrazarme a él por la espalda sin dejar de caminar. Los huérfanos seguimos vivos, tenemos vida por delante, estamos rodeados de vida.

Nunca le había abrazado, no nos tocábamos. Él se encogió, se quedó quieto. Sentí su espalda contra mi pecho y que él sentía mi pecho contra su espalda. Podría acercar mi nariz a su pelo, husmear. Le solté. Se dio la vuelta y me miró desconcertado, con una cara casi de susto, como si le hubiera herido.

Pero enseguida su mirada se aclaró, se aclaró como si saliera

al aire libre y se reflejara en sus ojos la luminosidad diferente de un mundo que acababa de cambiar a nuestro alrededor.

En la cocina pienso en cómo prepararme la cena.

Cenar se ha convertido en algo difícil de llevar. Sabía hacerlo con Juan, pero al estar sola me quedo en blanco. Parece que ceno con una invitada desconocida y difícil de contentar porque no tiene hambre. Además, la cena le parece una farsa.

Sé que piensa: «¿Es necesario poner mantel? ¿De verdad vas a poner una jarra de agua solo para ti? ¿Juegas a cenar?».

«¿Qué te apetece?», pregunto yo. Estoy con el abrigo aún puesto en la cocina, con los ojos cerrados, atenta a alguna sugerencia.

«¿Qué te apetece?», insisto.

Me apetece dormir.

Miro la botella de vino tinto —barato, vino barato por fin que me ayudará a dormir.

Tomaré un vino y la granada. Aquí de pie. Y luego me iré a dormir.

Abro la granada.

Es asombrosa. Sangra al partirla por la mitad y a la vez, ¡oh!, abres un cofre de piedras preciosas, rojas y carnosas, un poco transparentes.

Lleno dos copas: una con vino, otra con los granos de la granada.

Por la ventana veo a un hombre en su cocina en el edificio de enfrente.

Tiene algo en el fuego mientras está preparando una ensalada. Le miro un buen rato —algo que se mueve solo, siguiendo sus propios designios, siempre es algo interesante—, hasta que se sienta a la mesa, con mantel, con jarra de agua, y se pone a

comer. Me parece que está escuchando la radio y que está en zapatillas. Que su cocina huele bien.

El resto del edificio permanece a oscuras, y él está ahí suspendido, en su pequeña celda, disfrutando de la cena en su propia compañía. Abajo, en la calle, a poca distancia, las personas que pasan son como la corriente oscura de un canal estrecho, de noche.

«¿Por qué no soy capaz de hacer como él?», pienso, apoyada en la pared. Llevo el abrigo puesto aún. Miro las dos copas. Las dos son para mí.

Ingrid y Helena ya están sentadas a nuestra mesa, al fondo. No me han visto aún, se están enseñando algo en el móvil.

Hace años que no nos reuníamos en «nuestra cafetería». Quedábamos aquí una vez al mes, por mantener la amistad cuando empezábamos a tener vidas divergentes. Poco a poco fuimos fallando también a esas citas. Ingrid se fue a vivir a Londres, luego a una pequeña ciudad en la frontera francesa cerca de Ginebra. Helena vive en la sierra y tiene dos hijos. El año pasado ni siquiera nos vimos. El anterior quedamos para asistir a una conferencia de Ingrid sobre el CERN, pero no pudimos cenar juntas.

Nuestra cafetería da a una plaza apartada y tranquila, cerca de Ópera. Es amplia y elegante, con mesas de mármol y ventanales, lámparas de cristal y un tintineo dorado de cucharillas amortiguado por el denso olor a croissant.

Mis amigas hablan mientras un rayo pálido de sol toca la mesa sin que lo adviertan. Las veo sin mí; enseguida estaré sentada junto a ellas. ¿No somos tres fantasmas del pasado? Pero no: ¡qué ganas de hablar *ahora* con ellas, justo ahora con ellas! Como si viniera a anunciarles lo que he visto después de la muerte: vida.

Me he quedado parada mirándolas; un camarero espigado y severo sale de algún sitio. Es joven, pero parece viejísimo.

—Buenas tardes —me dice con desconfianza.

Continúo hacia la mesa, pensando: «¡Os tengo que contar lo que me ha pasado!». Helena me ve y los ojos se le llenan de su cariño animal. Pero su boca está tensa. Ingrid se gira y me mira con atención, sin sonreír. Ninguna sonríe, solo yo un poco. Pri-

mero se levanta Helena y me abraza. Ingrid hace lo mismo. No me dicen «¿Qué tal?», no dicen nada. El silencio de esta bienvenida es de funeral.

Nos convertimos en tres actrices: «A partir de este abrazo dramático, desarrollen coherentemente la escena». Y yo empiezo mal porque este comienzo me parece un malentendido.

No sabemos muy bien qué decir primero.

Helena resopla, «Pero ¿qué ha pasado?», pregunta y, a la vez, como si las tres dejáramos de tirar de algo, nos relajamos. Tenemos poco tiempo.

—Juan me ha dejado porque se ha enamorado de otra y yo me he ido a vivir a Lavapiés.

Todavía me estoy sentando. Lo digo como quien enseña las cartas: ya no tengo nada más que decir.

—Se ha enamorado de otra —repite Ingrid en tono neutro.

—«Que os cuente primero ella», me dice Juan. No te fastidia —dice Helena.

—Helena... —dice Ingrid. Se miran un momento. Me pregunto qué habrán estado hablando antes.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta Helena.

—Bien.

—¿Bien? —Ingrid no parpadea. Me escruta, entra en modo computacional y nada podrá detener el proceso hasta que obtenga su resultado. Hace tanto tiempo que no me miraba así, que lo había olvidado.

Ah, esta vez reconozco a mis amigas. He aquí nuestra amistad resucitada. Esta reunión no será un lento darle vueltas a la sopa mientras nos ponemos al día. Hoy no somos las adultas que encuentran hueco en sus agendas: no habrá miramientos, Ingrid hablará sin cortapisas, yo querré su aprobación, no la obtendré del todo, yo provocaré a Ingrid, Helena me toqueteará, me cogerá de la barbilla. Estaremos a punto de enfadarnos, una de nosotras con las otras dos, pero no lo haremos.

—Bueno, no estoy bien-bien: estoy normal —digo.

Las dos esperan que diga algo más.

—En realidad... no —continúo.

—¿No estás bien? —dice Ingrid.

—No estoy normal. Estoy rara. Estoy muy rara.

Eso es lo que me pasa. Me doy cuenta al decirlo. Noto que una sonrisa inapropiada pugna por escapárseme. Es la sonrisita de «Tengo un secreto». Se me escapa.

Helena me mira alarmada:

—No te habrás vuelto loca.

—¿En qué sentido estás rara? —me pregunta Ingrid.

No sé qué decir.

—Siento que no soy la misma.

Me encojo de hombros, alzo las cejas y toco mi taza. Doy pena.

Helena me coge la mano. Ha venido muy preparada para consolarme.

—Claro que eres la misma —me dice.

Ingrid observa sin parpadear, espera que continúe.

—Quiero decir que me siento como si hubiera muerto.

Intentaba matizar, pero he dicho eso.

La boca de Helena se crispa. Me coge la otra mano y me va a decir que no estoy muerta.

—No la interrumpas, Helena. Deja que se explique.

—Es como si hubiera cambiado la piel —continúo—. Como las serpientes que dejan una piel muerta y seca. Hace nada esa cosa —señalo en el aire la piel que vi de niña al borde de un camino, translúcida y dura— era una piel flexible y viva.

Creo que no quería decir eso.

No quiero decir nada de lo que estoy diciendo.

Ellas atienden con cautela. Pero me parece que quieren corroborar algo de lo que ya han hablado antes.

—Pero ¿eso es positivo o negativo? —me pregunta Ingrid.

—No sé.

Helena nos mira a una y otra.

—Muerte y serpientes, Ingrid. Eso es negativo, qué quieres. —Se da una palmada en los muslos y se alisa la falda. Se queda pensativa.

Las tres pensamos por nuestra cuenta y cada una da un sorbo a su taza.

Noto cómo se recomponen y fortalecen las articulaciones del pasado. Pasa lo de siempre: mi atención se dirige a Ingrid, me está evaluando y quiero que me comprenda y que se ponga de mi lado.

—Y entonces ¿vives en Lavapiés? ¿Estás bien allí? —pregunta Helena.

—Sí, sí.

—¿Cómo es tu casa? ¿Nueva? ¿Es amplia?

—Está bien.

—¿Cuándo puedo ir a verla? Podíamos ir las tres hoy.

No digo nada.

—¿Y la mudanza? Tus cosas... —Helena se queda ensimismada un momento.

—Eso no me preocupa ahora. Tengo lo necesario.

—Tantas cosas... —Helena frunce el ceño—. La casa nueva.

—¿Cómo te enteraste? —prosigue Ingrid.

—¡La casa nueva! —repite Helena.

—Me lo dijo él.

—¿Qué te dijo? —pregunta Ingrid.

—Que me dejaba, que estaba enamorado. Eso.

—¿No te dijo quién es ella?

Muevo la cabeza. Está sonando bajito una canción de los Beatles.

The long and winding road that leads to your door

Will never disappear

Como si fuera la melodía del flautista de Hamelin, mi aten-

ción se va con ella.

—Te dice que está enamorado, pero no de quién —dice Helena—. Muy bien.

You left me standing here

A long, long time ago

Asiento, pero siguiendo la melodía. Ellas no la escuchan.

—¿Y no sospechas de alguien? —me pregunta Helena.

Don´t keep me waiting here

Lead me to your door

Muevo la cabeza: no.

—¿Ninguna pista?

No. Ninguna. Estoy pensando que casi todas las letras de las canciones tienen el mismo efecto que el horóscopo, cualquiera puede identificarse con ellas.

—Qué más da —digo.

Ingrid me mira y ladea un poco la cabeza como escuchando la voz de un consejero: está llegando a alguna conclusión. Su cara de rubia se ha endurecido y los ojos parecen aún más nítidos, como si el tiempo, que ha dejado cierto cansancio en ellos, estuviera dando razón, día a día, a su fría sensatez. Desde siempre, su voz, que es más bien floja, hace tal surco que se escucha mejor que otras. Es como una pequeña doctora que llega para hablar con los familiares tras una operación y las aguas se abren a su paso.

—Sea quien sea, no te sientas mal. —Helena me coge las manos—. Sea quien sea ella, la misma reina de Inglaterra, no te llega a la suela del zapato.

—La reina de Inglaterra, esa fantástica anciana en una carroza de oro.

Helena se ríe, pero mueve la cabeza para mostrarle a Ingrid que ríe a su pesar. Ingrid me mira seria. ¿Por qué no te ríes un poco?

—¿Qué pasa, Ingrid? ¿Qué estás pensando? —le pregunto.

—No es normal que bromees —responde.

Ingrid sigue teniendo la capacidad de cortarme la risa.

—No es normal —repite Helena.

Miro al techo. Creo que busco algo desagradable que decirles.

—Ya me enteraré de quién es. No os preocupéis, que lo acabaré sabiendo.

—En realidad, si no te importa quién es, mejor. —Helena me vuelve a coger las manos, pero esta vez intento apartarlas—. Ya le importará —añade para Ingrid.

Se me escapa una risa.

Nos quedamos calladas un momento. El camarero echa una mirada tan larga al escote de Helena que parece pivotar en él al rodear nuestra mesa. Debe de estar haciéndolo cada vez que pasa. Que sea tan envarado y a la vez baboso es una mezcla repelente. Hay algo maligno ahí.

—¿Desde cuándo está con ella? —Ingrid pregunta.

—Meses. Seis...

¿O eran tres? En realidad creo que no me lo dijo. Me quedo estupefacta. No es normal que se me haya olvidado eso.

Helena silba.

—Pero de qué va. ¿Seis meses enamorado o consumando?

—Helena, eso no. —Ingrid lo dice con firmeza.

—En realidad no sé cuánto tiempo lleva así —digo yo.

Miro mi taza. La inclino a un lado y otro, hasta que el café está a punto de derramarse. No sé por qué he quedado con ellas. Quería contarles algo, pero no es esto.

—¿Cuándo vas a hablar con él? —pregunta Ingrid.

—No lo sé.

Helena me mira con cara de pena. Ingrid tiene los ojos brillantes: está izando las redes de cerco, ya sabe lo que quiere saber.

—¿Has llorado? —me pregunta.

Le sostengo la mirada.

—Sí —miento.

—Cómo no va a llorar —dice Helena.

—Cómo no voy a llorar.

Ingrid es obstinada. No se lo cree.

—Estás en estado de shock —dice despacio.

—Si tú lo dices.

¿Por qué tiene que desautorizarme siempre?

—Es una fase del duelo —dice Ingrid.

—¿Y cuál es la siguiente fase, Ingrid? A ver, dime qué tengo que hacer.

—Vais a discutir, lo estoy viendo —dice Helena.

—Hablar con Juan —dice Ingrid—. Que te dé las explicaciones que te debe. Simplemente hablar y organizaros. No has ido ni a por tu ropa. Te has dejado el móvil.

—¿No has ido a por tu ropa? —Helena baja la mirada a mi jersey con expresión de espanto.

—Además, él también necesita saber cómo estás.

Ingrid me ha soltado por fin su frase.

Las manos se me hielan de repente. Me duelen.

—Si te preocupa Juan —digo—, cuando vuelvas a hablar con él, le dices que estoy muy bien, porque, ¿sabes?, me alegro de que haya pasado esto.

—Tengo que ir a por tu ropa —dice Helena para sí.

—Estoy contenta —continúo—. Eso es lo que os quería contar. Vete y dile que estoy feliz, ¿vale, Ingrid? Así él puede seguir a lo suyo sin molestias y, de paso, tú te quedas tranquila también.

Nos callamos. Las noto lejos, como los adolescentes a sus padres cuando intentan hablar con ellos.

«¡Vete a consolar al pobre Juan, Ingrid!».

«El dolor genera pensamientos maledicentes».

Ingrid en el instituto nunca confesó que estaba enamorada de

Juan. La ganadora y el segundo puesto de las olimpiadas de Física, juntos en una foto que expusieron en el hall del instituto, los dos con camisa blanca, ruborizados por los aplausos mientras posan con sus diplomas. Fueron a Salamanca a la fase nacional. Al volver, a Ingrid le había cambiado la cara de tanto sonreír.

Una tarde fui con Ingrid a casa de Juan después de las clases. Íbamos a preparar una exposición sobre la Primera Guerra Mundial. Estábamos en la cocina; Ingrid y yo permanecíamos sentadas a la mesa mientras Juan nos preparaba una comida sencilla, remangado. Teníamos dieciséis años. Con la misma celeridad con que preparó la comida, limpió cada plato, sartén y cubierto que había usado para cocinar y lo volvió a colocar todo en su sitio. Me di cuenta entonces de lo que significaba que Juan viviera solo. Sentí una punzada de remordimiento por no haber pensado mejor en la vida de mi amigo. Miré a Ingrid. Recuerdo aún su cara: estaba congestionada de amor. Afloró entonces una vergüenza indescifrable hacia mí misma.

Cuando murió el padre de Juan, él no quiso irse a vivir con su único familiar cercano, un tío que residía en Ávila. Así que tenía dieciséis años y mantenía su hogar. Firmó un documento de autonomía. Su tío venía cada semana o dos semanas, pero Juan ya sabía de facturas de luz y gas, ponía lavadoras, se ocupaba de las compras. Y luego iba a clase y era como los demás.

Tenía un coche grande de padre en el garaje. Bajamos a mirarlo aquel día. Nos montamos. Yo estaba sentada en el asiento del copiloto, Ingrid se quedó detrás. Juan encendió el motor para que lo escucháramos. Estábamos allí los tres, en aquel garaje oscuro y lleno de ecos, pendientes de que no nos viera ningún vecino. Juan, con las manos sobre el volante, miraba al frente y le brillaban los ojos. Me dijo con picardía: «¿Y si lo

arranco?». Aquella pregunta sonó íntima. Le sonreí. El efervescente espíritu de aventura se mezclaba con la vibración del motor. Ingrid estaba detrás, no la veíamos, aunque ella, supongo, estaría mirándonos asomada entre los dos asientos delanteros.

Tal vez si ella se hubiera sentado delante junto a él, tal vez un cambio de posición en ese momento y en algunos otros más... Juan también podría haber querido a Ingrid —tal vez si se volviera a agitar el cubilete para tirar los dados habría salido esa combinación. Tal vez hubiera sido una mejor jugada.

Inclino la taza de café a un lado y otro. Se me derrama un poco.

—Me preocupas tú —dice Ingrid.

La miro y me encuentro con sus ojos azules. Oh, esa mirada de Ingrid. Solo es un instante, pero me pone a sus pies. Porque si la mujer de hielo enuncia esa frase, es que lo piensa de verdad.

—Solo quiero que no alargues el proceso, Nadia. Sufrir lo mínimo, dentro de lo posible.

—Vale. —Miro la taza para que no vea que estoy vencida ya.

—El sufrimiento tiene consecuencias en la mente.

Oh, remordimientos. Cuánto peso hay en esa frase —que sin embargo se puede decir tan livianamente como otras.

Ingrid nunca habla de sí misma. Sufrió una especie de depresión mientras estudiaba la carrera. Nos pasó casi inadvertida. Yo sospechaba que su amor de adolescencia por Juan algo tenía que ver, pero estaba más allá de lo que me tocaba comprender.

Sabíamos que iba a un terapeuta y que leía muchos libros de psicología. En la única conversación en que intentó explicarse —Ingrid sospechaba que algo no iba bien en ella, que tenía algún tipo de «pieza rota» e hizo alusiones a su frialdad, y también al desamor, al vacío, no recuerdo bien— me dio por decir muy a la ligera que parecía un androide que se daba cuenta de que era androide. Teníamos unos veintidós años. Ingrid me

miró como si la hubiera abofeteado, con una mezcla de incredulidad y dolor que no puedo olvidar. Aprendí que se puede hacer un daño perdurable en un instante, y sin mala intención. Las palabras. Estoy segura de que recuerda mi frase como yo recuerdo su cara.

Levanto la mirada. Ingrid es recta, recta. Podemos continuar. Quiero que me entienda.

—Cuando os decía que no me importa quién sea ella, es un hecho: simplemente es así.

—Eso es negación —dice Ingrid.

—Llámalo como quieras, pero escucha. Lo que me ha dejado en estado de shock —utilizo su expresión con ánimo contemporizador— es darme cuenta de lo inconsistente que es todo.

—Agarrarte ahora a esa idea tan metafísica es negación.

Es implacable. Otra vez el viejo enfrentamiento, científicas contra poetas.

—¡No! La inconsistencia se oculta todo el tiempo, y que se deje ver, aunque no será por demasiado tiempo, es algo extraordinario. Me parece que estoy más despierta ahora, que antes estaba dormida. Es como *La vida es sueño*, Segismundo encerrado en una torre desde niño se despierta una mañana en plena corte, con otras personas, ¿os acordáis? Y no sabe qué es real...

—Sí, sí —musita Helena.

—Ya, pero es literatura. O sea, fantasía —dice Ingrid.

—Intento que me entendáis, Ingrid.

Me estoy enfadando. En parte porque mi explicación me ha sonado falsa y pedagógica. Pero ¿es que no quiere comprender?

—Intento decir que soy más consciente —continúo—.Veo más, oigo más, pienso más. Soy más consciente y eso es algo valioso.

—El amor también es algo valioso —dice Ingrid.

—Menos.

—Más.

—Define amor, Ingrid.

El camarero ronda la mesa. Viene con una bayeta y me cambia el plato en el que he derramado el café.

—Lo siento. No era necesario. Pero gracias.

—No voy a dejarla con este plato así.

Maneja el trapo de una manera altanera. Se va muy satisfecho. Me hace sentir que he cometido un descuido inapropiado. Mi antipatía por el camarero se recrudece. Tengo la sensación de que ha irrumpido a codazos, con su chaqueta de uniforme.

—Además —continúo—, siento que he vivido en un mundo diminuto, delimitado por unas líneas imaginarias. Bajo un encantamiento. Un hechizo de veinte años.

—¿Te sentías encerrada? —pregunta Ingrid.

—No. Pero lo estaba.

—¿Y ahora te sientes libre?

Miro mi café. ¿Me siento libre ahora?

—No.

Nos quedamos calladas.

—Me siento a la intemperie.

Y añado:

—Pero eso me gusta.

Ingrid suspira. Se mira las manos, que tiene entrelazadas sobre la mesa. Está pensando algo y lo va a decir. Sube las cejas, abre la boca, pero se detiene. Cierra los ojos un segundo y, todavía con ellos cerrados, empieza a decirme:

—No puedes negar que lo que te ha ocurrido es algo malo. Y debes buscar ayuda.

Cuando abre los ojos ya lo ha dicho. Este es el mensaje que ha venido a darme.

—Algo malo... Algo malo era charlar con él después de cenar. Tan ilusa cada noche.

—No tienes por qué revisar el pasado, pero sí aceptar tu situación actual.

—Ya te he dicho cuál es mi situación actual, Ingrid. ¿No me has oído? Mi situación es que acabo de salir de un hechizo de veinte años.

—Sí te he oído.

—Veinte años —repite Helena.

Cae en uno de esos raptos suyos. La tristeza en ella es tan seria que parece miedo. Pero verla no me detiene, algo se revuelve en mí.

—Define amor, Ingrid.

Ingrid no mueve ningún músculo de la cara, no contesta. En realidad, no sé apenas nada de su vida amorosa. Hay sombras de crueldad en mi petición. Define amor, Ingrid. Prefiero continuar:

—Para mí, el amor es... Adivina. El amor es un hechizo. Es como en *La Bella Durmiente*. Pero al revés: cuando te dan el beso de verdadero amor te quedas dormida veinte años.

—Eres injusta —dice Ingrid—. Injusta con vosotros.

—Podrías preguntarle a Juan qué es el amor, ya que él está enamorado —digo.

—No lo entiendo —dice Helena con una voz rara. Ha salido de su rapto.

No sé a quién he pretendido golpear, pero he alcanzado a Helena. Se pone de pie y rebusca en su bolso la cajetilla del tabaco. Se va fuera a fumar. La miramos irse.

Recuerdo cómo Helena y Juan acababan riéndose juntos hasta quedarse sin respiración por tonterías que a los demás nos daban igual.

—Nadia, aunque creas que ahora estás más lúcida, es simplemente que has roto la monotonía de tu rutina. Pero cuando también te acostumbres a este nuevo estado, verás que...

—¿Te parecía monótona mi vida? —la interrumpo.

Estoy sorprendida. Ingrid capta toda la urgencia y el sentido de mi pregunta.

—Creo que estabas un poco estancada.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Me ha temblado la voz.

—No podía meterme ahí.

—¿Por qué no?

Ingrid no responde.

—¿Por qué no? —insisto—. ¡Me lo dices ahora! ¿Has visto como ahora escucho más cosas y más reales?

Silencio.

—Pero la vida se consume —añado.

Es un reproche, pero no sé contra quién.

Ingrid me mira sin nada que decir. Para ella simplemente la conversación termina en tablas, es inútil cualquier movimiento.

—Helena tarda mucho —digo—. Estará fuera fumando y lloriqueando.

—Voy a por ella —dice Ingrid.

Se levanta. La veo irse también. Segundo personaje que hace mutis por el foro.

Me quedo sola. Tengo un antebrazo sobre el otro, siento el frío mármol y mi brazo entero se va fundiendo con él.

Dejo pasar los minutos y la sala empieza a enrarecerse. Parece que la iluminación baja de intensidad y cambia de dirección: esto se va a convertir en otro lugar.

En cualquier momento puede ocurrir.

¿Y si estoy aquí sola? ¿Y si no vuelve nadie? ¿Y si no están ya, y nunca las vuelvo a ver?

Porque ahora no están. Ningún momento está comprometido con otro.

Los sonidos se retraen como una ola que en silencio va haciéndose más grande. No vuelven. A partir de ahora cada segundo cuenta.

Uno.

Empiezo a respirar mal. Arrítmica, entrecortada, como si se

hubiera detenido a la vez la fluidez del tiempo y de mi respiración.

Dos.

En algún momento podría suceder que alguien no volviera. A veces sucede.

A menudo sucede.

Pero la puerta se abre y mis amigas vuelven, arrebujadas en el abrigo. Con un chasquido, la luz se vuelve normal y todo se solidifica a mi alrededor.

Le cojo la mano a Helena cuando se sienta. Es un gran caballo de ojos negros. Me mira con cariño, me acaricia con el pulgar y recuerdo su mano elegante en la mía, en un taxi, ella un poco bebida, y cómo apoyó su cabeza en mi hombro y me dijo «Te quiero mucho». Me di cuenta, al mirarle las manos tan delicadas, de que siempre sería mi amiga si yo permanecía cerca de ella.

—¿A que no sabéis con quién me encontré el otro día? Con Esther. Nuestra profesora de Filosofía.

—¡No! ¿De verdad? ¡Esther!

—¿Cómo estaba? ¿Hablaste con ella?

—Está muy bien, pero fue un encuentro muy breve, ella se iba a su cena de jubilación.

—¡De jubilación! Se me olvida la edad que tengo. —Helena se echa hacia atrás en la silla y se levanta la melenaza con las dos manos, desde la nuca. Después deja caer sus rizos y suspira.

Los gestos de mis viejas amigas son un lugar donde guarecerse. Volvamos a vernos más a menudo. Casi no conozco al segundo hijo de Helena.

—Eres una sexy —le digo a Helena.

—Eres una rata —me dice ella—. ¡Y tú eres un rayito de sol!

Helena abraza a Ingrid, que permanece rígida como un niño

al que agobian.

—... un robot llamado rayito de sol —dice Helena, y ríe, demasiado cerca de la oreja de Ingrid.

—Nadie es normal. ¿Os acordáis? Nadie es normal —dice Ingrid. Sonríe por primera vez. Es una sonrisa tranquila que le cambia la cara entera y que permanece—. Lo único que puede ser llamado absolutamente bueno en este mundo es la buena voluntad. ¿Os acordáis?

—¿Os acordáis de cuando pisó mi mochila y me reventó el zumo y no sabíamos por qué la clase olía tan bien de repente? —pregunta Helena.

—Tenía una calavera en su despacho, ¿no? Sobre su mesa —dice Ingrid.

—¿No era la cabeza de su marido?

—¡Cómo iba a ser de su marido!

—Y cuando te rescató, Nadia. Salió de clase corriendo, ¿te acuerdas, Ingrid?, y todos íbamos detrás de ella corriendo por el pasillo, y Esther abrió la puerta del baño de una patada y estabas tirada en el suelo. Juan se desmayó cuando te vio. Y aquella loca, Ernestina, se puso a gritar. De repente los dos estabais tirados en el suelo, blancos.

Helena se calla. Aquella anécdota era un hito. Juan ya me quería, yo a él todavía no. Era una historia que de vez en cuando nos volvíamos a contar. No le vi desmayarse, pero me lo habían descrito decenas de veces.

Sin embargo, ese episodio por primera vez suena de una manera diferente.

Tal vez ahora empiece la segunda parte de todo esto. Siento el giro de una esfera que siempre ha dado la misma cara. Se voltea lentamente con un chirrido, hasta ofrecer su lado oculto.

—Ese día desapareció Blanca —me oigo decir, mientras doy un golpecito con la palma de la mano sobre la mesa.

—Blanca —dice Helena.

No nos hemos dado cuenta de que algo frío, sin forma, ha empezado a rodearnos. Ingrid y Helena parecen sumidas en sus pensamientos. Soy la única despierta.

—Nunca hemos hablado de Blanca —dice Ingrid, al rato, en voz baja.

Creo que el frío emana de mí.

Durante semanas estuvimos envueltos en un agotador pensamiento común (los profesores, los periodistas, los psicólogos, los padres y madres, el insomnio colectivo y la avidez de detalles y de últimas noticias, los asombrosos ataques de ansiedad en clase), pero al poco tiempo, en nuestra aula —donde su asiento cada día quedaba vacío hasta que Esther cambió la disposición de las mesas y el sitio de Blanca desapareció—, no se volvió a sacar el tema nunca más.

—¿Por qué...?

Ingrid se detiene. Sé lo que me va a preguntar. Las tres lo sabemos.

—¿Por qué te llamó la policía justo a ti? —pregunta Ingrid.

Me encojo de hombros.

Esa es una pregunta que ha tardado en formularse más de veinte años.

—Nunca nos lo has contado —dice Helena.

—Una tarde estuve en su casa.

Se hace entre nosotras ese silencio que crea círculos. Si las adolescentes sentadas en un rincón, ensimismadas, hablaban sobre la insondable edad adulta, estas tres mujeres estamos conjurando la adolescencia, que ya está fuera de nuestro alcance y se ha vuelto insondable a su vez.

—No me acuerdo ni de cómo era —dice Ingrid—. Me pasó al poco tiempo de que desapareciera, que no recordaba su cara.

—Solo estuvo dos o tres meses en clase —sigue Helena—. En el recreo se venía a veces con nosotras. Tú sí la conociste más, ¿no?

—No, no me acuerdo apenas. Ni siquiera la tarde que estuve en su casa. Para estudiar, creo. ¿Os acordáis de aquel psicólogo que vino a darnos una charla? —pregunto—. Nos hablaba del dolor y la tristeza, pero nadie estaba triste exactamente. Y hablamos de «desaparición», ¡desaparición!, pero ella no desapareció, como si hubiera hecho un formidable truco de magia…Yo tampoco recuerdo su cara.

Ah, el sufrimiento de las mujeres. Miles de ríos caudalosos cruzando valles a pleno sol y también arroyos que atraviesan un bosque entre las sombras, y corrientes subterráneas siempre fluyendo, sangre, sangre. Una sola, o dos, o tres solas, ¡tres solas!, de vez en cuando alguna «desaparece». Cualquiera. Así, en lo más profundo, aprendemos todas que pueden matarnos —y aprendemos todos que es algo inevitable. Y nos olvidamos de ellas, pero también nos olvidamos de sus asesinos, a veces hasta de buscarlos, y las corrientes subterráneas siguen fluyendo, *quién puede detenerlas*: esa es la moraleja de la historia.

—Hijos de puta.

Tengo la sensación de que nos duele la garganta a las tres.

—Dejemos de hablar de esto ahora —dice Ingrid.

Me ha mirado con una inquietud esquiva, una expresión que nunca he visto en ella; está a punto de tocarme el brazo. Ingrid nunca toca.

Oh.

Cómo seguimos en el mismo punto.

Arrancadas las toneladas del estrato de la vida con Juan, vuelve a aparecer la carne rosa que hay bajo las costras de las heridas.

Qué extrañas adolescentes de cuarenta años somos ahora mismo.

El vínculo con Ingrid brotó de su mano.

Fue aquella primera vez que no pude contener la risa en clase. La primera, terrible vez de muchas otras durante ese curso.

Sucedió cuando Esther, el director y el jefe de estudios aparecieron en el aula con las caras desencajadas. Nos quedamos callados de inmediato y aun así tardaron en empezar a hablar. Imaginé un lago sobre el que sopla el viento erizando el agua —y me empecé a convertir en ese estremecimiento extenso.

Se miraban los tres para ver quién tomaba la palabra y finalmente lo hizo el director. Blanca había desaparecido y querían pedirnos cualquier información que pudiera ayudar a encontrarla. Al director le tembló la voz. Se hizo un silencio que era como una onda expansiva. Entonces yo me reí.

No me reí un poco, me reí mucho, me partí de risa y cuando parecía que iba a parar, rompí a reír otra vez. No contagié la risa a nadie, a pesar de que era torrencial. Hubo gente que desde entonces me miró con asco.

Esther me pidió que saliera de clase y le dijo a Ingrid que me acompañara fuera. Nos sentamos juntas en el suelo del pasillo. Yo seguí riendo. Ella me puso una mano en la espalda, como si yo estuviera vomitando. La sentía llorar sin hacer ruido a mi lado.

Su mano caliente en mi espalda.

Me pregunto qué vínculos unen a las personas, qué deudas tenemos unas con otras.

El camarero sirve unos refrescos. Se mueve entre las mesas con su uniforme anticuado y rígido. Su pálida delgadez es desagradable, hace pensar en alguien que se oculta. Nos echa una mirada rápida y dura, que podría parecer de odio. Con esa mirada afilada pasa de nuevo por el escote de Helena. Es un asesino que no ha sido descubierto porque no ha cometido el error de matar a nadie.

—Voy a pedirle un trozo de tarta de frambuesa al conde Drácula —dice Helena.

Le llama, y aquí lo tenemos otra vez, tenso por dentro, displicente por fuera, Helena le pide la tarta y deja al instante de verle, sin darle opción a nada. Esta es, todavía, la instintiva capacidad de hurtarse a los depredadores de Helena, mi sumamente guapa amiga.

—¿Resumiendo? —Miro a Ingrid para que reconduzca la conversación.

—Resumiendo. —Se aclara la voz. Coge su bolso negro y lo pone sobre la mesa, como el maletín de un médico decimonónico. Saca una tarjeta y me la ofrece—. Te quiero recomendar una psicóloga de confianza.

Echo un vistazo al nombre, algo como Ülga Monster. Quiero reírme, quiero que Ingrid me deje en paz.

—Me gustaría que afrontaras tu situación. Juan te dice que te deja y tú desapareces. Abandonas tu casa, tus cosas, tu lugar de trabajo. Cortas con todo. Llevas así casi un mes. Y dices que estás bien. Pero estás pálida y más delgada que nunca. No tienes buen aspecto.

—Ingrid... —Helena le llama la atención.

—Te hace falta ayuda. No es bueno que te refugies en lo místico.

—¡Ingrid!

Helena sabe que siempre discutimos cuando empieza a salir la palabra «mística».

—No te refugies en lo místico. —Ingrid hace un gesto con la mano por encima de mi cabeza, como espantando a un montón de moscas o de espíritus—. Eso hará que tu cabeza se pierda. Habrá partes que no podrás recuperar, ¿sabes? El dolor reprimido estropea el cerebro.

Ingrid se detiene. Titubea.

—Quieres a Juan. Eso no puede cambiar de golpe —dice.

Nos miramos a los ojos y me pierdo un momento: ¿habla de ella o de mí?

Asiento.

Helena me mira con desconfianza.

—¿Qué? —me pregunta.

—Nada.

Suena el móvil de Ingrid. Se disculpa al levantarse, habla en francés. Sale fuera. La pequeña jefa española. Ha atravesado Europa para volver a esta cafetería del pasado y avisarme de que el dolor hace daño. Su buena voluntad hace más desencantada aún mi sensación de incomprensión. Pero las cosas sí pueden cambiar de golpe.

—¿Sabes qué? —me dice Helena—. Me recuerdas a ti.

—Yo te recuerdo a mí. Es que nos parecemos.

Me río, le doy una patadita por debajo de la mesa. Le digo:

—En realidad yo también creo que hoy las tres nos parecemos mucho a nosotras.

—Creo que es por las cosas que dices, que estás un poco ida. Pero no creo que sea malo. Aunque Ingrid al final tiene razón. Ya lo sabemos.

—Puede, no sé.

—Tú sabes quién es ella, ¿a que sí?

Al principio no entiendo a quién se refiere. Después muevo la cabeza muy despacio: no. Helena intentaba quitarme la punta de la flecha, pero no hay. Solo hay una puerta cerrada en alguna parte.

—Nadia: cuando lo sepas ten rabia. Eso es lo que quiere decir Ingrid. Hay que tener rabia y pena.

Nos despedimos en la calle, Helena se va en su coche familiar, un Toyota nuevo. Llegará a contarle un cuento a sus niños antes de dormir —o algo así. Ingrid coge un taxi para ir a cenar

con unos amigos, unos profesores de Física portugueses a los que quiere ver antes de volver a Ginebra. Los coches se marchan a la vez en direcciones opuestas. Les digo adiós con la mano.

Yo no tengo nada más que hacer que volver caminando hacia la casa. Anochece, hace frío, el aire se endurece cuando empiezo a caminar. Me doy cuenta de que he perdido también a mi viejo Seat Ibiza, al que a veces hablaba, «Hola, qué sucio estás».

Llego a la Plaza Mayor. Está iluminada ya, muy bella. La combinación de la amplitud del espacio y la estructura cerrada transmite algo universal e inefable —como el viento en la cara. Tal vez ahora yo sea un poco pobre. Estoy cruzando en diagonal la plaza. Es de noche y está iluminada. Es grande y seria; aguanta las andanadas del turismo sin perder la compostura. Nos acoge a todos de manera maternal, los que están sentados en las terrazas, bajo la luz anaranjada de las lámparas, cenando satisfechos con vino blanco, los que la atravesamos solos. Ella es sólida y protectora, y nosotros, pequeños, unos colegiales en su patio, colegiales siempre de paso.

La noche infinita, atravesar este rectángulo, ser una partícula que siente, fugaz como la chispa de un fuego. Vivirlo, ahora; hay que estar sola para eso.

Creo que es lo que en realidad les quería contar.

Abro la puerta roja de la casa, entro y mientras echo el cerrojo (hay tres, pero solo funciona bien uno) me rodea el silencio de los pisos que reciben a su dueño. *Has vuelto* —dicen.

Las casas son seres casi vivos. Están cubiertas de huellas y partículas de piel. Contienen aire respirado por pulmones y calor de cuerpo humano. Las palabras dichas, vibraciones al fin y al cabo, quedan impresas en los objetos; los gritos se pegan en las paredes. Queda flotando en el aire la agitación de los habitantes cuando salen y cierran de un portazo; poco a poco esa agitación reposa y se acumula como una capa de polvo.

Se produce una fusión entre las casas y los vivos. Por eso, al entrar en un piso ajeno sin que estén sus dueños, se siente que las cosas no están del todo inertes y te observan. Las casas respiran.

Pero aquí la fusión no se ha consumado.

Empiezo a sentir el silencio que acoge. Pero me mantengo alerta, echo vistazos mientras dejo las llaves en el platito descascarillado que tiene la cara de un gato. Hay una suspicacia que aún no se disipa.

Mis huellas dactilares se mezclan con las de la dueña fallecida en los pomos de las puertas. Las cosas siguen siendo suyas. El platito del gato, la colcha de flores. Me muevo por el pasillo con la timidez de los invitados. Hay corrientes de frío inexplicables.

El fantasma que me observa está moribundo. Convivo con él mientras va apagándose en las cosas. La casa ya me ha hecho un espacio para que yo pueda empezar a desprender mi raquítico calor.

En el piso donde vivía, mis huellas estarán desapareciendo también. Mi vibración debe de estar disolviéndose.

Pero aquí, ahora que empiezo a tener un espacio, percibo que no he venido sola.

Yo he llegado aquí con mi sombra.

En la casa nueva viví un año, pero durante los dos anteriores Juan y yo hablamos y hablamos de ella.

Recuerdo un día que yo estaba sentada a lo indio sobre la cama mirando a Juan, como era mi costumbre, en su ritual de vestirse.

—En la casa nueva tendremos un vestidor —dijo.

Como un vozarrón venido de fuera, un pensamiento sentenció: «No, eso no va a pasar». Me sorprendí ante la fuerza de tal pensamiento. Pero no dije nada.

Le seguí la corriente a Juan con el asunto de la casa, hasta que estuvimos viviendo en ella.

Dedicábamos nuestro tiempo libre a tomar decisiones sobre la reforma, las tiendas y proveedores. Tardes enteras estudiando catálogos. Y yo tenía un secreto: a mí todo aquello me daba igual. Oía los argumentos de Juan mientras cenábamos, a favor y en contra de determinada columna de ducha, y no se me ocurría nada que decir.

Una tarde lluviosa fuimos a una zona comercial de las afueras, a más de treinta kilómetros, a ver unas mamparas, y quedamos atrapados durante dos horas en un atasco en el desvío al polígono. Había oscurecido; yo miraba las luces rojas de los coches que teníamos delante, con el sonido del limpiaparabrisas de fondo y nosotros sin hablar. Era viernes por la tarde pero parecía domingo por la noche. El cartel luminoso de Porcelanosa se veía a lo lejos. Porcelanosa. Pensé en la revista *Hola*. ¿Qué hacíamos allí? El asunto del baño nos estaba llevando demasia-

do lejos. Estar atrapados en aquel polígono me pareció un mal augurio.

Poco a poco, fuimos eligiendo los materiales de la cocina y del baño, el suelo, las ventanas. Siempre había una opción plus. La mayor calidad consistía, tratase de lo que se tratase, en material no poroso, resistente, duro; en definitiva: aislante, desde el doble acristalamiento y la cámara de aire de 20 mm del climalit, hasta las siete capas de barniz de la madera del parqué. El piso estaba preparado para combatir la corrosión, el agua, las voces, los arañazos y los golpes del mundo.

El mundo, esa molestia.

Cuando nos mudamos me tomó un tiempo acostumbrarme a la casa. Me intimidaba como una madrastra demasiado sofisticada. Una de las primeras tardes a solas, yo me dedicaba a andar en calcetines y resbalar a propósito por la pulidísima madera, y a abrir los cajones con freno hidráulico para, por ejemplo, coger una cucharilla y comerme un yogur. Me asomé a una ventana y me quedé mirando la garita del vigilante, cuya presencia en mi vida me dejaba estupefacta.

La urbanización estaba a las afueras de nuestro mismo barrio, más cerca de la salida a la M-40. Tal vez Juan tenía cierta resistencia a dar un salto de clase si se cambiaba de barrio. Pero la casa tenía piscina y también una sauna que aún no había visitado, por no hablar del vigilante y la encimera de la cocina, que era de ese material, el corian, que hizo que la cara del vendedor brillara como la de un enamorado cuando lo mencionaba. «¿Que qué es corian?», clavaba en mi pupila su pupila azul, «Resina acrílica, sin juntas».

A todos los niños y niñas de la urbanización se les entregó como regalo de bienvenida un barquito para que lo hicieran navegar en el pequeño estanque. Y eso que pareció un bonito detalle resultó triste, porque colocó a los niños, no muy numerosos, en el sitio planificado en la maqueta con personitas dimi-

nutas que los vendedores del edificio mostraban en el piso piloto.

Yo miraba la garita del vigilante, sin escuchar sonido alguno del exterior, que a su vez era también un exterior aislado, porque aunque la urbanización tenía aceras y farolas, y un parque con estanque, incluso una calzada con sus pasos de cebra, estaba rodeada por los edificios y cada ventana miraba todo aquello y decía «Mío, mío» y no, aquello no era como mirar la calle, aquello era mirar propiedad privada. No me había acostumbrado a aquel piso y tal vez era demasiado suspicaz.

Por mucho que Juan conociera al arquitecto y sus ilusiones socialistas, su defensa del derecho a edificios bien pensados y bien hechos en barrios periféricos, yo tenía la sensación de que aquello era demasiado, si no para nosotros, al menos para mí.

El baño tenía un espejo grandísimo, enmarcado por una iluminación difusa integrada, de actriz en su camerino. Dos lavabos. Revestimientos de madera de cedro. Una ducha que te hacía sentir afortunada por que la vida te hubiera conducido desnuda hasta allí. Me resistía a sentir ese placer, a hacerlo demasiado mío. No sabría decir por qué, ni si me equivocaba.

Ahora me complazco en mi escasez. Tengo unas cuantas bragas, dos pantalones, una falda, una camisa, un vestido, cinco camisetas, cuatro jerséis. Mi vestuario es este montón de ropa doblada sobre la cama. Me siento a su lado y pongo mi mano encima, como si fuera una mascota que me ha acompañado hasta aquí y duerme, fiel y desprevenida, sobre el descolorido edredón de flores.

Sé exactamente lo que poseo. Lavo a mano cada poco tiempo. Bajo a comprar un bolígrafo y un cuaderno porque no tengo. Busco en las estanterías y en las cajas del trastero las cosas que necesito. Tijeras, un desatascador.

Es de noche, es de día.

Entro en una habitación. Hay una mujer sentada tras una mesa. Lleva el pelo recogido de azafata. Un señor con ojos sin pupilas, completamente negros, me recibe de pie. Con los brazos muy rectos me indica que me siente frente a la mujer. Huele a tabaco y a limpio a la vez. Él se sienta al lado de ella.

Uno de los dos me quiere proteger, el otro me quiere descubrir.

Me miran fijamente: yo soy un ser malvado, encorvado, voy vestido con una levita hecha jirones. Soy un enterrador. Soy un destripador. Mi cara es un perfil afilado. Llevo unos botines brillantes que tienen un poco de tacón. Tengo la lengua fuera.

¡Pero no, no! ¡Es un error! ¡Menos mal! Olvidé que soy una adolescente torpe que está engordando, olvidé que soy virgen, mansa, que paso las tardes haciendo deberes y merendando.

Sobre la mesa hay algo envuelto en un pañuelo rojo. El hombre lo va abriendo con unos ojos desorbitados fijos en mí; a su lado, la mujer cierra los suyos para oír mi respiración.

Es un cuaderno blanco con bordes dorados. Demasiado infantil. Me ruborizo. Está sobre esta mesa metálica bajo una luz fluorescente de autopsias como un cuerpo desnudo. Me intento levantar de la silla, grito «¡Devolvedle el diario!», pero estoy atada por el cuello con una cadena.

Me despierto, oigo mi propio quejido.

Me duele la garganta de rabia. Me toco el pecho. Tengo taquicardia. El pasado estaba cerrado, alguien ha abierto el cerco y escapan las reses.

En su casa hicimos un trabajo de clase; después me fui.

Ella era muy amable conmigo. De pie en su habitación ya no tiene rostro. Esa tarde en su casa fue agradable conmigo de una manera absolutamente precisa, ajustada a mí. Hicimos un descanso para merendar. Al salir de su habitación me tomó de la mano y me condujo a la cocina por el pasillo. Ella lo hizo con naturalidad, pero yo enmudecí.

¿Seguro que no te dijo nada? ¿Se disgustó? En el diario parece que te iba a decir un secreto de chicas. ¿No te acuerdas? ¿Seguro que no? ¿Estás cansada? Erais amigas. Tú a ella le caías muy bien. Le gustabas. Le gustabas mucho. ¿Te lo dijo? ¿Te encuentras bien? ¿Y ella a ti te caía bien? ¿Me estás entendiendo? ¿Se disgustó? ¿No puedes hablar? No sabes de qué te hablo. No. Estás muy cansada.

Puedes irte. Todo va a salir bien.

Al terminar el interrogatorio alguien me acarició la cabeza y eso significaba «Perdona», y «Perdona» significaba que me acababan de hacer un daño duradero.

Blanca no me dijo nada aquella tarde por la que me preguntaban. Todo acabó antes de empezar. Creo que merendamos Nocilla, creo que había un perro pequeño en la cocina.

Paso las tardes sentada en el suelo, en distintos sitios de la casa. Ahora estoy entre el sofá y la pared. Si alguien entrara en el salón, no me vería.

En el suelo tengo la perspectiva de los niños, de los gatos y de los objetos pequeños que se caen y no se encuentran. De la gente que tropieza y no puede levantarse —y entonces descubre la verdadera proporción y distancia de las cosas.

Desde aquí, veo el salón entero sin nadie y parece que no estoy en ningún sitio.

No sé cuánto tiempo he pasado leyendo —tan quieta como los objetos que me rodean. Leo un ensayo sobre lo listos que son los pulpos. Tienen neuronas en las patas. Dejo el libro en la frase «¿Qué animales fueron los primeros en sentir daño?». La sola pregunta me basta.

Me levanto porque tengo frío. Las piernas se me han dormido. Hay una alfombra en el cuarto trastero y voy con cierto espíritu de aventura a por ella.

Bajo de la estantería metálica la alfombra enrollada y envuelta en un plástico sucio que me mancha las manos de negro. Es muy grande y al desplegarla en el salón desprende un polvo húmedo que impregna el aire de olor a rancio. Es de un color beige desvaído, con un estampado geométrico que podría considerarse *vintage*, pero está muy desgastada por algunas partes. Al extenderla me ha dado la sensación de que ella y la lámpara son dos viejas conocidas.

Decido llevarla a una tintorería que no está muy lejos. La arrastro por las escaleras y, ya en la calle, me cuesta encontrar la manera para mantenerla en equilibrio sobre el hombro. Va

rozando el suelo detrás de mí. Parece que camino atada a un mástil partido.

Oigo una voz detrás de mí, «Oye, espera», y a la vez un movimiento de mi carga, que se aligera, se desliza y se pone horizontal. Intento volverme y no puedo. «¡No, no! Sigue. Vas a la tintorería de abajo, ¿no?». Obedezco. Camino por la calle con alguien detrás que me va empujando ligeramente.

Es raro. Ir sintiendo esa fuerza, en sintonía con alguien desconocido.

Nada más natural para el ser humano que esforzarse en cargar algo con ayuda de otros. Y sin embargo este es un momento de lo más extraño para mí. La gente se aparta para dejarnos paso sin darse ni cuenta.

Llegamos a la tintorería, dejamos la carga, y yo me vuelvo para ver por fin a mi acompañante.

—Gracias.

Es una chica con gafas de sol. Tiene unas mejillas sonrosadas, mejillas de pueblo, media melena. Se sacude las manos, los hombros.

—Pues ya estás —dice. Levanta la mano para despedirse y se da media vuelta.

En la tintorería, la mujer que me atiende ya está manejando la alfombra, hace palanca con ella en el mostrador y luego deja que pivote, la empuja y queda perfectamente colocada entre otras alfombras. Es una señora de algún país del Este, con unas manos hábiles y limpias. Me parece que hemos trabajado en cadena; las cosas funcionan bien.

Salgo a la calle sin ningún peso. Mi espalda vuelve a estar estirada. Soy consciente de mi posición bípeda. Voy mirando a los otros *Homo sapiens*. Me fijo en que todos llevamos cosas con nosotros —aparte de la ropa. Cosas en las manos y cosas colgadas.

Miro a quien se cruza en mi camino porque me apetece mirar

caras. En la plaza de Lavapiés, hay un grupo de unas diez o quince personas que contemplan la fachada del teatro en una visita guiada. Miro yo también los volúmenes cuadrangulares de cristal y hormigón rodeados por edificios antiguos; todo de una altura moderada. Unos carteles grandes y alargados que caen como estandartes anuncian las diferentes obras que pueden verse estos días, tres diferentes. Cambian a menudo. Me recuerdan portadas de libros.

Me asomo al grupo y veo en medio a una chica que habla para todos. Es joven y bajita, con un pelo corto que resulta pizpireto. Habla de la historia del teatro, de su pasado como salón de espectáculos, como sala de cine, de sus sucesivos nombres y sus sucesivos estrenos. Se llamaba Cine Olimpia en 1926. Cuando la chica ríe sus ojos se achinan por completo y parece simpatiquísima. Se pone seria al proyectar sobre la fachada un torrente de acontecimientos: *Divinas palabras*, varietés, Brecht y zarzuelas, bailes de carnaval, la dictadura de Primo de Rivera y la Movida. El teatro fue derribado y luego lo volvieron a levantar. Qué rápido pueden decirse las cosas que pasaron poco a poco.

Parece que las personas del grupo no se conocen entre ellas. Un chico de unos diecisiete años que lleva una camiseta negra de David Bowie al lado de un señor mayor que me parece una folclórica. Veo también una pareja de los llamados modernos. El chico lleva barba y tiene el pelo recién cortado. Se mantiene detrás de la chica como un complemento masculino; ella lleva una falda y un abrigo estilo años cincuenta y los labios muy rojos. Tiene un cuadernito verde claro en el que apunta cuidadosamente cosas que no desentonen con el conjunto que ellos dos son. A su lado hay un chico bangladesí, supongo, vestido con traje de oficinista, que lleva en bandolera su ordenador portátil.

Entonces, a cierta distancia, veo a dos personas que avanzan

inexorables como un meteorito hacia el grupo. Cuando reparo en ellos, ya tienen la mirada fija en mí. A quien primero reconozco es a Telmo. Y a su lado, con la misma necesidad de una consecuencia lógica, camina Lau, con los ojos amusgados y muy seria.

Querría desaparecer.

El pecho abierto se ha cerrado de golpe y me preparo no sé para qué. ¿Acaso no son mis amigos?

Telmo, Telmo me caía tan bien. Telmo es algo muy raro ahora mismo.

Me siento desprevenida y depredada. Sonrío.

Se aproximan, tengo un *déjà vu*. Pero no. Es un recuerdo vago de la película *La invasión de los ultracuerpos* —esos duplicados sin sentimientos que crecían en vainas.

El corazón me late muy rápido mientras me coloco lentamente un mechón de pelo tras la oreja —como si eso me diera tiempo para algo. La fisiología del disimulo es infinitamente sofisticada porque es una cuestión de supervivencia.

Se ciernen sobre mí y podría parecer que me alegro de verlos o al menos que no estoy descompuesta. Pero hay una rigidez picassiana en nuestras caras.

—Nadia.

—Hola.

Nos damos dos besos en las mejillas. No lo hemos hecho en el instante preciso, vamos ya fuera de ritmo. Telmo lo hace un poco raro: nuestros pómulos se golpean.

—Vamos a un concierto, tocan unos amigos —dice Lau.

Nos hemos quedado en blanco. Somos tres pasmarotes.

Lau está frente a mí: ya se le nota el embarazo. Hacía poco se habían mudado desde La Latina a una casa más grande alejada del centro, con garaje, con parques, con una habitación de más, vacía, cuyas paredes se van a pintar. Migraron para construir su nidito, se acabó la broma.

Yo en cambio voy en dirección contraria cuando no toca; soy la fugitiva.

—¿Quieres venir con nosotros? —pregunta Lau.

Una propuesta sin ninguna convicción. Que no sonrían me está dejando sin respiración. No sé qué les pasa.

—No puedo. Es que estoy con ellos. —Señalo al grupo, que se ha desplazado al centro de la plaza.

—Puedes venir después a tomar algo.

Alzo las cejas, digo «Ehhh...».

—Bueno, en todo caso, ¿qué tal estás? Hace tiempo que no nos vemos —dice Lau.

—Bien.

Voy a decir algo pero me callo. Me atraganto un poco y toso. Por lo menos tengo algo que hacer.

—¿Has cambiado de teléfono? Da un mensaje de estar fuera de servicio.

Mi cerebro intenta por su cuenta cruzar datos para interpretar qué pasa aquí; yo mientras disimulo.

—No. No he cambiado —digo con naturalidad.

«¿Por qué no me sonreís?».

Lo que le pasa a Telmo es que se compadece de mí. ¿Puede que la brusquedad de Lau sea también por eso?

—Veo que tienes buen aspecto —dice Lau—. Bonito abrigo.

—Gracias.

No tengo buen aspecto. Parezco convaleciente. No, aquí no hay compasión. Si hubiera, no sentiría que me ha parado una pareja de policía y me van a detener por estar sola.

Mi cerebro da un chispazo y salta la imagen de Eva, exactamente como una tostada en una tostadora.

Por fin os conocéis.

Están contra mí. Están contra mí.

Telmo no ha dicho nada aún. Se echan una mirada rápida y me siento como cuando en las películas intentan retener una

llamada para dar con su localización. Les importa solo Juan. Tengo que escapar.

Por fin os conocéis. ¡Eva! Siento cierto entusiasmo. Eva, Eva. Tengo miedo.

—Perdonad, pero no quiero perder al grupo. Me tengo que ir.

—Claro. Llámanos un día, ¿vale?

—Vale.

Vale. Pero sé que piensas que soy una mojigata y que siempre estoy en la parra. Sé que no entiendes por qué Juan está conmigo. Por qué estuvo conmigo.

—¿Dónde vives? —me pregunta a mano armada.

Ahora puedo verte mejor, Lau. Me aterrorizabas. Tu visceralidad, tus ojos echando chispas.

—Con mi prima la del pueblo —digo, iniciando los besos de despedida. Son besos literalmente fríos—. Adiós.

Eva. Eva. Vosotros ya lo sabíais.

—Nadia. —Lau me coge un momento del antebrazo—. Juan está muy preocupado por ti. Has desaparecido.

Muevo la muñeca para desasirme de su mano. Ella me suelta al instante.

—Dile que estoy bien. Descríbele qué buen aspecto tengo.

—Espera, un minuto. Me gustaría que me escuchases. Tienes que ser madura. Por tu propio bien.

—Vete a la mierda.

Se lo digo serenamente. Es nuestra despedida. Los dos son más altos que yo. Es lo último que veo antes de pasar a su lado, como si saltara un muro, y dirigirme hacia el grupo.

Lau es la hermana de la gran Fanny.

Fanny, Lau y Telmo eran nuestros nuevos amigos. Quedábamos a cenar en alguna de nuestras casas y cada cena tuvo algo especial, la primera, la segunda, la tercera... como ocurre en los comienzos de las amistades prometedoras. En ocasiones venía alguien más: una vez, Pierre, un bailarín que acompañaba a Fanny; otra vez vino Eva.

Fanny era el centro del grupo. La jefa de Juan. Era más mayor que nosotros, una arquitecta que había vivido y trabajado por el mundo entero. Educada, culta, inteligente; hasta sus rasgos regulares mostraban que en ella dominaba el equilibrio.

Tenía un hijo de doce años que había criado ella sola.

Desde el principio, nos despertamos una simpatía inamovible. Me recordaba a cierta relación de vasallaje de la infancia: la que se da entre una prima mayor, por ejemplo, que tiene cierta predilección por ti y te protege, y a la que tú, a cambio, idolatras —una de las primeras figuras de la fidelidad.

Fanny era el centro del grupo porque, de alguna forma, generaba un efecto parecido en todos. Estaba en otro nivel, como lo está un adulto entre niños. No hacía falta que dijera nada. Era, sobre todo, afable.

En las cenas yo miraba a los demás a través de ella, como si fuera un caleidoscopio. A Juan lo veía cambiar con su contacto. Pasaba a un segundo plano. Perdía su lugar habitual y, a decir verdad, le sentaba muy bien. Parecía agradecido, como alguien a quien se le concede el descanso.

También me gustaba observar a Fanny con su hermana Lau, contraponerlas. Fanny era pelirroja, delicada; la abuela irlande-

sa que tenían le dejó a ella toda su herencia. Lau era morena y de rasgos rotundos. La hermana pequeña. Pintora, artista, una mujer de carácter. No sonreía mucho, pero reía a carcajadas. Suspicaz, nada flexible, nada tranquila; había dentro de ella un muro. Por supuesto, era sarcástica.

La hermana mayor dominaba a la pequeña. Si Fanny mostraba una opinión contraria a Lau durante la cena, en los ojos negros de la hermana menor se veía un cataclismo.

Telmo era más joven que nosotros. Tendría poco más de treinta años. Alto, esbelto y un poco cabezón, por efecto, tal vez, de su abundante pelo rubio, siempre revuelto. Era callado, incluso cuando hablaba. Un médico que escribía. Pertenecía a un grupo de poetas y a veces saltaba a los escenarios y recitaba exactamente con la misma voz y cadencia con la que hablaba, una voz baja y lenta, que dejaba un espacio amplio entre las frases. Callaba y miraba sentado de lado en la silla con las delgadas piernas cruzadas. Te acercaba el plato de ensalada, te servía más vino. Fanny a veces le acariciaba la cabeza como yo quería hacerlo.

Y en las cenas hablábamos y hablábamos. Para mí eran conversaciones nuevas y exigentes. Cuando hablaban de política no comentaban la última anécdota idiotizante. Sus derroteros iban siempre por otro camino. Fanny hablaba de decisiones del Ministerio de Industria, de reales decretos y líneas de trabajo de la Unión Europea. Estuvo involucrada en una plataforma para desarrollar una nueva Ley de Transparencia. Había trabajado en París y en Berlín colaborando con el Ministerio de Comercio. Ahora estaba muy preocupada con el problema de la sostenibilidad. Juan seguía la conversación, tenía sus propios puntos de vista sobre asuntos de los que nunca hablaba conmigo, mencionaba siglas que yo no conseguía descifrar (hasta que consultaba discretamente en mi móvil), y yo me preguntaba en qué momento y cómo se enteraban de las cosas de las que ha-

blaban. En las discusiones, Lau siempre era la más radical. Fanny terciaba y ofrecía datos. Juan planteaba alternativas. Telmo escuchaba. Yo me prometía ser más realista.

Entonces, una noche, llegó Eva a nuestra casa.

Todos la conocían. Yo solo había oído su nombre. Me la presentaron y enmudecí.

¿Por qué nadie me había avisado?

Los demás actuaban como de costumbre, se movían y hablaban, llevaban el vino a la cocina, dejaban los abrigos. Me parecían inquietos y ruidosos solo porque yo estaba paralizada. En la cocina, recuerdo mirar a Juan mientras abría la nevera y buscaba algo, a punto de preguntarle: «¿Por qué no me has dicho que...?».

Pero qué me iba a decir. «Prepárate: Eva es muy guapa». Ni siquiera era eso. No sé qué era. No sé de qué me tenían que avisar, y sin embargo debí ser advertida.

Eva era hija de padre chino y madre española —o algo así. Los ojos eran muy negros y grandes, almendrados, de grandes pestañas. Pómulos altos. Piel más bien morena.

Tal vez lo distintivo de su encanto fuera el efecto de ralentización. Ella parecía existir a otro ritmo. No se precipitaba al contestar, ni al comer o beber vino. Sus miradas duraban más.

Nadie notó en la cena que yo estaba más callada de lo normal y que cuando hablaba me faltaba naturalidad. Con el vino se me fue pasando.

Eva era intérprete y traductora de chino mandarín, y colaboraba con el equipo de Fanny y Juan. Fanny la conocía desde hacía mucho: había compartido con ella piso en Singapur y más tarde, en París —así eran sus vidas. Juan me había hablado de ella en alguna ocasión, pero aparecía como un personaje secundario en alguna anécdota que tenía como protagonista al señor Cheng, el poderoso socio de la empresa en la que trabajaban.

Y justo aquella noche, al calor del vino y la conversación, sentí que éramos muy afortunados por tener nuevos amigos, que las sorpresas no acababan y la vida parecía con ellos más interesante.

Entonces se pusieron a hablar de amor.

Juan y yo coincidimos al mirarnos y me guiñó un ojo. Tenía color en las mejillas y se había desabrochado un botón de la camisa. Bebió de su copa y se preparó para escuchar y callar. Yo, por mi parte, aproveché para ir un momento a la cocina.

—Lo que no entiendo es a la gente que nunca se ha enamorado. Jamás lo entenderé. —Lau parecía indignada—. O los que dicen «El amor no existe».

—Creo que lo que quieren decir es que no es lo que parece ser —dijo Fanny.

—¿Y qué se supone que es? —preguntó Lau.

No escuché más. Había dejado la puerta abierta del salón pero no entendía bien lo que decían. Sola en la cocina, hice un poco de tiempo. Metí algunos platos en el friegaplatos. Miré por la ventana, la calle a oscuras, desierta, un semáforo cambiando de rojo a verde para nadie.

Oía las voces, y había tal calor y vibración en ellas que me hizo pensar que aunque ya no éramos jóvenes, desde luego no éramos viejos. El salón bullía frente a la quietud y la oscuridad de fuera. Sin embargo, yo estaba en la cocina sola mirando la calle como un gato asomado a la ventana. Fui a llenar la jarra de agua para volver a la mesa. Entonces Eva entró en la cocina con una copa de vino en la mano.

—Hola —le dije.

Me puse a llenar la jarra, ella se quedó apoyada en la pared, detrás de mí, callada.

Nos llegaban las voces del salón. Ella y yo oíamos lo mismo. Ella no decía nada y yo sentía su presencia extendiéndose, llenando la cocina entera.

La mano me temblaba ligeramente al sostener la jarra. El agua iba subiendo, subiendo y yo me preguntaba qué iba a pasar cuando me volviera y la mirara.

—¿Qué hacéis aquí las dos?

Juan había entrado en la cocina y sonreía.

—Venía a por el postre —dijo ella con tranquilidad.

Yo no podía hablar. Había dejado la jarra en el fregadero y cerré de un golpe el grifo. No me di la vuelta, me demoré en vaciar un poco la jarra para poder llevármela.

Juan abrió la nevera y sacó una bandeja de pasteles.

—Por fin os conocéis —dijo.

Me di la vuelta con la jarra y sonreí a Juan, a Eva. Los tres salimos en fila de la cocina, Eva delante, tan cerca de mí su lisa y fragante melena negra, que parecía que algo se iba a desbordar.

Camino infiltrada en el grupo de la visita guiada. Vamos a buen paso no sé adónde. Ocupamos la calzada de una calle estrecha. Me acaba de explotar la cabeza. ¡Eva! Pero camino, soy un cuerpo que sobrevive decapitado un buen rato. Camino en grupo, al mismo ritmo que los demás; avanzar así juntos, cruzándonos con otras personas que han de apartarse y dejarnos pasar, es una satisfacción básica universal.

Delante de mí va una chica de pelo corto, con botas de montaña y un anorak de un desagradable color naranja que lleva abierto. Asoma en un bolsillo un panfleto: «Amigos de Lavapiés».

Gente del barrio en una excursión sobre su propio barrio.

La calle termina en la plaza de Arturo Barea, donde se levanta la hermosa ruina color tierra de una iglesia que, sin cúpula, parece no tener cabeza. La cúpula habría sido demasiado grande para estar tan cerca del suelo. Haría un gran efecto. Pero solo queda el soporte, un tambor gigantesco, en bruto, con unas ventanas que no dan a ningún interior, sino al desnudo cielo azul.

Los arquitectos han dejado la ruina sin reconstruir, mutilada. La plaza cuadrangular, amplia y empedrada hace de patio o antesala de las ruinas. Niños de origen bangladesí juegan a algo parecido al críquet, con los abrigos en el suelo.

Descendemos a la plaza por unos escalones en los que, a modo de grada, hay algunas personas sentadas a pesar del invierno. Nosotros bajamos en cascada, pasamos entre ellos como un torrente entre pedruscos y nos situamos frente a la construcción semiderruida. El romanticismo de la ruina ha ido desapa-

reciendo al acercarnos y tornándose realismo: bajo la luz de la mañana pueden verse los ladrillos de los muros picados como viruela. El conjunto se vuelve áspero y crudo de cerca, cielo contra piedra, desértico y desnudo porque falta algo.

La guía habla.

Dice: «Las ruinas por dentro están rehabilitadas y son una preciosa biblioteca».

Dice: «En el siglo XVIII se construyó el edificio, que era un colegio para niños pobres».

Detrás de nosotros otros niños dan voces, como los pájaros que siempre continúan cantando.

«Recibió donativos de reyes».

«Resistió la guerra de la Independencia».

«El primer día de la Guerra Civil la iglesia fue incendiada. Quedaron estas ruinas, que permanecen así desde entonces».

Miro el cielo azul a través de la inmensa ventana ovalada del tambor sin cúpula. Me pregunto si yo me quedaré para siempre también así, sin reconstruir.

Eva y Juan se quieren. Un incendio está devastando mi cabeza, alguna zona de la corteza cerebral, en concreto el área de Juan Rey, lo que me producirá afasia, amnesia, incongruencia.

La chica habla, le hacen preguntas, vuelvo a mirar la gran ventana del muro que no sostiene nada, sin ningún interior que iluminar. Está liberada del peso de la cúpula y de la oscuridad. Parece una ventana silvestre.

Alguien habla de un restaurante que había en la azotea del edificio aledaño donde se podía cenar y tomar un cóctel.

—Había unas croquetas de calamares en su tinta muy buenas —dice alguien a mi lado—. Pero el restaurante cerró.

En la azotea ya no hay nada. Las croquetas también desaparecieron. Pero vencerán, las croquetas de calamares, los sibaritas, los restaurantes vencerán. De esto hablan. De los avances de la gentrificación. Este barrio quedará sepultado por los ne-

gocios gourmet, por los alquileres caros, por el turismo y la moda. Mira lo que ha pasado en Malasaña, dicen. Se convertirá en un barrio de cartón piedra. Para alemanes, para ingleses, para italianos. Ya está ocurriendo, dicen. El Vesubio nos sepultará a todos. Barrerá a todos estos niños no blancos que juegan.

Las personas que me rodean ya no me parecen desconocidos. Tengo la sensación de que estoy en un grupo de resistencia.

—Hablar de gentrificación ya es gentrificante —dice la chica del anorak mirando las ruinas.

Habla, pierdo el hilo y miro las otras caras que la escuchan, de hombres, mujeres, jóvenes y viejos, igualadas por la atención. Gente que busca tener conciencia y que está llena de contradicciones.

Oh. Conozco al hombre alto que interviene con calma, su pelo rizado, su cara. ¡Es el vecino que cena solo! Luego yo soy su vecina. Luego yo realmente formo parte del grupo de resistencia.

Mi vecino argumenta: quizá Lavapiés no sea gentrificable. Me fijo en la palidez de su piel, la ligera montura de sus gafas y cierto reposo que tal vez linde con la sosería —o tal vez no. Busco sus manos: efectivamente, son las manos que había de tener el hombre que partía su pan en la cocina. Bonitas, hábiles.

Me doy la vuelta. Veo lo que hay en el lado opuesto de la plaza y me llevo una sorpresa porque de repente estoy en otro barrio. Un bloque de viviendas apaisado con filas y filas de toldos verdes y los bajos cubiertos de grafitis.

Veo también un emparrado que, en invierno, es un abundante amasijo de ramas pilosas y grises sobre un armazón de cemento. Bajo el emparrado hay unos bancos de piedra. Alguien está durmiendo allí cubierto por cartones. El emparrado da cobijo a la gente que vive en la calle y eso no estaba planificado. Hay un exceso de habitabilidad, lo que supone un fracaso arquitectónico, municipal e higiénico. Lo corregirán.

Las ramas sin hojas, el ser humano dormido en el banco de piedra y la ventana salvaje están en armonía: después de la destrucción algo queda y persevera.

Alguien pregunta por el proyecto de reforma de la plaza. ¿Reconstruirán la cúpula? Otro se pregunta cómo hacer para que la población más humilde no sea expulsada del barrio. Ninguno de nosotros parece muy humilde. Somos unos ilustrados, como los arquitectos que construyeron el edificio para los niños pobres y los pedagogos que les dieron una educación innovadora.

—¿Había niñas también? —pregunta una mujer—. ¿Niñas pobres? ¿Eran niños y niñas pobres o solo niños pobres los que educaban los escolapios en este edificio?

—No lo sé, la verdad. Siempre he oído «niños pobres». No lo había pensado —dice la guía, repentinamente seria. *No es justo*, esa idea crispa el ceño de la chica un momento.

Las transparentes niñas pobres han desaparecido sin dejar rastro ni en una frase —los guardianes de la gramática y el orden no permiten que se las mencione—: ¿estaban o no estaban? Las niñas pobres, los seres con menos ser.

Nos movemos. Dejamos una estela de apesadumbramiento colectivo ante la injusticia que siempre va ganando la partida. La gente habla con quien tiene al lado mientras nos dirigimos a una corrala que se ve desde aquí.

Mi vecino va a mi lado. Caminamos callados. Mi cabeza humea.

—Por esta calle bajaba un riachuelo hasta el Manzanares —dice cuando pisamos Mesón de Paredes.

Va mirando al suelo. Le contestaría: «Te vi en tu cocina».

Hay un coche de policía parado frente a cuatro negros sentados en un poyete, de espaldas a la explanada que se abre abajo ante la corrala.

Mi vecino mira a la policía, va a decirme algo, pero no lo hace. De repente tengo la intuición de que se llama Pablo.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta le sobresalta.

—Joaquín.

Sí, Joaquín también se puede llamar.

No me pregunta cómo me llamo yo. Tiene gesto amable. Estamos ya frente a la corrala y yo me cambio de sitio, me pongo junto al señor folclórica.

Mi cabeza echa humo. No tengo nada. Este momento está absolutamente suelto. Lo estoy apurando.

En la explanada que se abre ante la corrala hay unos arbolillos recién plantados entre el cemento y algunos bancos. Pequeños mechones de hierba asoman entre los adoquines. Solo hay un tipo de aspecto jamaicano, muy jefe, con rastas y gafas de sol, sentado en el banco de cara a nosotros, y otro hombre, con pinta de portero de discoteca, tirando una pelota a su perro.

La chica habla, no la oigo bien, pero me da igual. El jamaicano con gafas de sol nos mira. Desde su banco parece verlo todo y tener una autoridad incontestable. De repente le grita algo al del perro. Le regaña porque considera que nos está molestando con la pelota.

—¡Respeta un poco! ¡Respeta! —nos señala.

Miramos la corrala. La chica tiene un plano: lo enseña. La fachada de color amarillo y las galerías en las que se alinean las puertas de madera de las viviendas. Hay ropa tendida aquí y allá. Dos mujeres suben por una de las galerías con bolsas de la compra y al vernos congregados aquí abajo, se ríen y saludan. Devolvemos el saludo con timidez, tan apocados los ilustrados.

El edificio abierto, el cielo absolutamente azul y nosotros aquí abajo; cierro un momento los ojos entre la gente para sentir el sol del invierno.

Nada va a ser igual ya.

La corrala es como un edificio de la urbanización Los Álamos, donde yo viví, si lo hubieran cortado por la mitad con un serrucho gigante. Un corte longitudinal que hubiera dejado al descubierto a los propietarios, asustados como ratones.

He de irme antes de que la visita guiada termine, cada uno vuelva a sus cosas, y yo sea la única que no tenga nada a lo que volver.

Me separo del grupo y a cada paso va bajando la temperatura; mi cuerpo sufre un proceso de contracción de algo que estaba confiadamente expandido. La soledad humana es una infección de un individuo débil.

Vuelvo a casa sola como un ñu enfermo.

Eva y Juan.

El incendio en mi cabeza sigue activo.

Al día siguiente, me siento en mi lugar de trabajo a las 8.00. Antes, he estado haciendo tiempo en la cafetería de al lado, que abre a las 7.00, en la barra, al calor de un café con leche y un croissant a la plancha que he dejado sin tocar. No muevo mucho la cabeza, la tengo llena de cristales rotos, de Eva y Juan, no pienso, no piso.

He sobrevivido a la peor noche. Me ha pasado esto: cuando estaba acostada y justo iba a caer en el sueño, el tiempo se estancó a mi alrededor. Estaba diluido en el espacio, pero se fue espesando rápidamente y quedó como una capa de grasa que se endurece, y me quedé atrapada y me desesperé por haber sido tan imprudente de entrar en la habitación esta noche pensando que podría volver a salir. ¡La noche era una ratonera! Lo había descubierto, pero ya no se lo podría decir a nadie.

A las cuatro de la mañana conseguí ponerme en pie y salí de la habitación, resuelta a no volver a meterme allí a dormir nunca más. ¡Qué sería de mí, caída en el hoyo del sueño! ¿Cuánta gente muere de noche?

En la cafetería, he agradecido mi lugar en la barra: gracias, mundo, por hacerme un hueco. Parecía una suplicante ciñendo con las dos manos el calor de la taza de café. Pero el croissant ha quedado intacto sobre el platito blanco.

Entré antes de mi hora a la biblioteca. Solo estaba el guarda jurado, que me abrió la puerta. La sala estaba muy iluminada por los fluorescentes.

Quiero esto, la luz eléctrica, los días de la semana, las normas de cortesía, los horarios, quiero la calefacción, quiero tener que comer, quiero mi espacio en el conjunto ordenado del ben-

dito, bendito mundo exterior.

Van llegando más personas. Las voces que se dan los buenos días, los ecos de un cajón que se cierra, unas llaves; agradezco cada vibración.

Al mediodía ya soy como cualquiera. Ya no agradezco nada.

Helena me escribe. Me pregunta qué tal estoy, cuándo nos vemos, me manda besos.

David me habla:

—¿No vas a organizar ningún taller? Se supone que eras un buen fichaje.

Al principio ni le entiendo. Se trae algo entre manos y está muy animado.

—No sé a qué te refieres.

—A los talleres que organizaste en tu otra biblioteca, ¿no? Aquí copiamos el formato del taller de lectura para adolescentes.

—Ah, ya.

Se levanta para continuar pegando carteles.

—A ver —le digo.

Me deja uno en el mostrador. Es una charla LGTBI+. «Lo mejor está por llegar». La organizan él y una tal Sonia Bataille. ¿Es gay? Me sorprende y a la vez me digo: «Claro que es gay. Qué ingenua».

Y después: «Pero ¿por qué "Qué ingenua"?». Como si fuera algo malo que debería haber sospechado.

Gruño.

Se lo puedo preguntar sin problema.

Vuelve. Está contento.

—¿Podrías colgar alguno por tu barrio? —me pregunta.

—Claro.

Se sienta. No soy capaz de hacerle la pregunta.

—Eres gay —digo.

Me mira sorprendido. Diría que halagado. Definitivamente está de buen humor.

—No lo soy.

«Perdón», iba a decir. «Perdón», ¡pero eso es decir una estupidez!

—Bueno. Me da igual —digo.

Al rato David me pregunta:

—¿Te parezco gay?

—¡No!

Pero ¿por qué lo digo tan rápido, como si dijera «no-no-no»? Me irrito: soy estúpida. Digo:

—Pero ¿qué pregunta es esa?

Parezco tan ofendida como el Sombrerero Loco.

Ya no hablamos más.

He pensado en escribirle un mensaje a Helena para vernos. Quiero decirle que sé quién es «la otra». Describirle cómo es y que ella diga algo, porque yo no puedo decir nada. No puedo pensar en ellos dos, Eva y Juan, igual que no se puede respirar en el agua.

La irrealidad se ha impuesto. No es vivible.

En la casa, sentada en el suelo del dormitorio junto a la calefacción, siento una especie de pánico. Como un miedo a la página en blanco, pero conmigo entera y mi vida por venir. «Empieza por sentarte como una persona». Me pongo en pie para sentarme en el sofá del salón; por el pasillo me parece que no tengo cuerpo y que si no fuera por las paredes, estaría dispersa por todas partes. Casi me planteo ponerme en contacto con la psicóloga de Ingrid, aquella Ülga Monster.

Escucho a los vivos recorrer las calles ahí abajo.

Pero esta noche yo también quiero salir. No tengo plan, claro está. Puedo ir a tirar la basura. Es viernes noche: iré al contenedor de al lado del teatro.

Los vivos suben mi calle, yo la bajo. Cuando llego a la plaza con la bolsa de basura tengo la sensación de que la atravieso en dirección contraria al resto de la gente. Llevo una trayectoria demasiado recta en medio del barullo. Soy como una aguja que se introduce y se extrae en la plaza.

El teatro está encendido como una gigantesca lámpara cúbica que da luz ambiental a la plaza entera. Está a punto de representarse una obra y hay gente congregada en la entrada. De la boca del metro sale más gente. La noche empieza. Los vivos se esperan. El perfume, el gel, el pintalabios y el desodorante, las lentillas, todo está fresco: las imágenes del espejo tras la ducha aún se mantienen y se miran unas a otras. Los vivos me parecen más altos que yo, aunque sé que no es verdad. Al pasar junto a ellos algunos empiezan a ponerse en marcha, deciden a qué sitio irán primero.

Yo me dirijo directa al contenedor. Ya estoy frente a él, de espaldas a lo demás.

Tiro la bolsa de basura. Hago ruido con la tapa, aporto mi golpe al resto de los ruidos. Me quedo con las manos vacías. Ya no tengo nada más que hacer esta noche.

Me doy la vuelta y veo la luna llena por encima de la plaza. Oh. Ha llamado mi atención como ella hace: percibes que alguien te mira. Enseguida la pierdo detrás de los edificios. Cómo podemos habernos acostumbrado a ella también.

La busco mientras camino de vuelta a casa, veo un trozo entre los cables, soy la única que miro el cielo mientras atravieso la plaza, igual que antes era la única que llevaba una bolsa de basura. Encuentro su resplandor contra un tejado, como el nimbo de las santas, pero al paso siguiente no queda rastro.

Se me abre un boquete a la altura del pecho, perfectamente redondo, de difusa luz blanca.

Es pronto para volver a casa.

Me desvío de mi camino y sigo cruzándome con la gente, no sé adónde voy.

Quiero verla otra vez.

Llego hasta Mesón de Paredes, me detengo y miro el empedrado cuesta arriba.

De repente la calle cobra más nitidez. Sube estrecha, flanqueada por los bolardos de acero, en fila como peones, y allí lejos, veo pequeñas siluetas de personas que no se distingue si suben o bajan. Se oye el barullo de la plaza como si estuviera al otro lado de un muro; en este instante, esta calle está desierta. El mundo se detiene.

Siento una ansiedad que parece sed. Es el vacío redondo y blanco, a la altura de los pulmones.

¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Me echo a un lado. Me acerco a una pared que da a la explanada que se abre bajo el edificio de la corrala. Veo los árboles dispersos y los bancos vacíos que les hacen compañía. No hay nadie.

La superficie de la explanada resplandece ligeramente.

Bajo un banco hay una bolsa con litronas vacías y un tetrabrik de vino. La luz de la luna hace que el conjunto parezca un bodegón. Hay algo sobrenatural, blanquecino. *Vanitas vanitatis*.

Miro la capa de resplandor que parece nieve.

Entonces descubro que sí hay alguien más.

A mi izquierda, abajo, en las escaleras que descienden a la

explanada, hay dos chicas sentadas. No sé por qué, siento que están demasiado cerca de mí, como ciervas que no se espantan.

Una de ellas lleva una gabardina fina y está sentada muy recta; tiene una mano sobre otra en el regazo. Hay en ella una contención que ha adoptado una buena figura. La distancia que hay entre aquellas dos mujeres emana de ella. No mira a su amiga, mira al frente.

La otra chica es bastante más joven. Lleva una trenka con una capucha de pelo. Está algo recostada, con los codos apoyados en el escalón de detrás y las manos en los bolsillos del abrigo; un bolso de tela de colores está abandonado a su lado. Desde su posición reclinada, mira a su compañera con una sonrisa suave que la otra no ve —y que yo tampoco debería haber visto.

He descubierto a dos ciervas. No puedo moverme ni apartar la vista —aunque sé que debo dejarlas en paz. Se han escapado de los demás. Vienen juntas de lejos.

El rostro de la chica joven es muy bonito. Sus ojos grandes y redondos están como encantados. Dice algo y la otra se vuelve hacia ella y ríen un momento.

Después la chica joven se pone a buscar algo en su bolso, mientras la mujer de la gabardina se queda de nuevo mirando al frente. Solo yo veo su rostro: bajo la luz de la luna ni respira.

Ni respira.

Leo su pensamiento.

Este momento es perfecto.

Entonces la chica joven se le abraza.

Y con la mezcla de sincronía y torpeza de las primeras veces, se buscan y se besan.

Me echo atrás.

El amor es un arquero.

Alguien observa: miro a la derecha, arriba. Ahí está, la luna llena, por fin dejándose ver entera. Iluminando la explanada,

hechizándolas a ellas. Ya es demasiado tarde para aquellas dos y yo tengo que volver a casa.

He visto el primer beso. He visto algo que no debería haber visto.

El amor es terrible.

La belleza es malvada.

Solo he visto a Eva una vez.

Durante la cena con Fanny y los demás en el salón de nuestra casa nueva.

Está la primera capa: la cena, el vino, la belleza de Eva, la jarra de agua, Juan entrando en la cocina —pero hay más.

Está la oscuridad sideral de fuera mientras nosotros estamos dentro, alrededor de la cálida luz.

Está el semáforo que cambiaba para nada en la calle desierta.

Pero hay más.

Juan, que estaba en la cabecera de la mesa con el botón de la camisa desabrochado, cerró la boca cuando empezaron a hablar de amor. Se apoyó en el respaldo porque se disponía solo a escuchar. Yo me levanté y me dirigí a la cocina.

Él me miró mientras me levantaba. Me sonrió por encima del tumulto de la mesa. Nuestros invitados se habían animado, como preparados para una competición que se acabara de anunciar, mientras que nosotros dos abandonábamos de antemano y al unísono. Qué es el amor. Parecíamos dos viejos que solo tienen recuerdos. El amor ya no era cosa nuestra. Sin embargo, nos miramos por encima de los demás.

Si me fijo en Juan, si detengo en él la imagen como en una grabación casera, vería que esa noche brillaba. La juventud estaba asomada en su piel, muy despierta, haciendo una llamada. Tenía un rubor de bienestar, la camisa un poco abierta.

Minutos más tarde, en la cocina, diría: «Por fin os conocéis».

Me pregunto qué insensatez le llevó a decir eso y me doy cuenta de que es otra prueba de que el amor ya se había apoderado de él. El amor va hacia delante. El amor es estúpido.

Tal vez confió en mi ceguera, ya que tantas otras veces debió de hacer y decir cosas que podían comprometerle. ¿«Por fin» por qué, Juan, si nunca me hablabas de ella? ¿«Por fin» por qué?

Pero yo no hice aquella pregunta. En aquel momento la historia seguía indefectiblemente su curso y yo desempeñaba el papel de la engañada.

Engañada, pero a mi modo. Pensamos que son los demás los que no se enteran de las cosas incluso cuando somos la engañada.

Pero no me extraña.

Porque hay más.

El desbordamiento, tener muchas ganas de algo que no sé qué es, porque ella está detrás de mí y su mirada ocupa toda la cocina, yo misma incluida.

El vértigo de su melena cerca de mí, el perfume suave, un abismo al salir de la cocina detrás de ella.

Al volver al salón me quedé muda. Fanny repartió la tarta de fresas. La había comprado porque sabía que me gustaba. A todas las mujeres que son maternales conmigo les doy mi corazón.

Fanny estuvo encantadora aquella noche. Si ahora me detengo en Fanny, veo que llevaba el pelo pelirrojo recogido. Un vestido discreto de flores, suelto. Parecía una de esas actrices que hacen de madres y esposas en las películas de vaqueros, y a las que el doblaje antiguo las dota de una voz maravillosa sobre un fondo que crepita...

«Quiero ser como tú, Fanny», pensé al coger el plato.

Me temblaba un poco la mano y cuando con la cucharilla partí el primer trozo y fui a abrir la boca, otra boca más adentro se cerró.

Dejé la cucharita con tarta en el plato, mi sonrisa se esfumó.

Estaba imantada. Cortocircuitada, atascada, a punto de rom-

perme por algún sitio —aunque no se notara.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Fanny, de manera que solo la oí yo.

Alcancé a decir:

—Iba a estornudar.

Se sirvieron todas las porciones, yo hundía la cucharilla en la capa de gelatina roja y partía los fresones que olían a pulpa fresca y ácida sobre el bizcocho, rodeados de nata.

Hundía, separaba, pero no podía comer todavía. Estaba sentada al lado de Fanny, y al otro lado de Fanny estaba Eva. La sentía ahí mientras troceaba mi tarta con tozudez, sin levantar la mirada. Me ofusqué, pensaba: «Si notan que no como tarta, sabrán lo que me pasa».

Telmo se levantó y puso música. Empezó a sonar «Don´t let me down», de los Beatles y se puso a bailar, en pequeñito, para él.

—Está contento hoy —dijo Lau.

La música nos pilló desprevenidos, nos alcanzó a la vez, una ola agradable que nos llevó a otro sitio.

Estábamos tan alegres esa noche.

Comí la tarta, me serví vino.

Fanny propuso un brindis por estar compartiendo esta cena, y nos pusimos de pie, en círculo y miré a los ojos a Eva ya sin reparo, y Juan me pasó el brazo por la espalda, y sentí alegría —justo aquí quiero estar.

Por primera vez el salón de la nueva casa era un lugar amable. En las lámparas y su luz matizada, que en ese salón más grande daban la impresión de dejar espacios de sombra, vi la gratificación del bienestar, de la buena fortuna, de lo que empezaba a ser acogedor. Yo, que desde que surgió la idea de comprar la casa guardaba el secreto de no quererla, me reconcilié con ella.

Lau propuso que jugáramos a la jenga: se monta una torreci-

ta cuadrada hecha de pisos de tablillas que se van quitando por turnos, y que se colocan luego encima, de manera que la torre va creciendo cada vez más inestable, un piso desplazándose un poco a la izquierda, el siguiente un poco a la derecha. Se tambalea.

No me gustaba ese juego. Cada vez que me toca el turno para quitar una tablilla a la torre a punto de derrumbarse —momento tan enervante—, quiero abandonar.

Pero el vino me estaba dispersando, el vino y su maridaje inmortal con la amistad, vamos a jugar, la música me alegraba, vamos, claro que sí.

Fanny y Eva hablaban enmarcadas en el dintel de la puerta. Recordé un fragmento de un poema: «Igual a un dios se me parece aquel joven...».

No.

«... se me parece aquel mortal que, junto a ti sentado de cerca, escucha cómo hablas y ríes, cómo dulcemente hablas y ríes... Eva».

Me tocó la primera. La torre estaba perfectamente estable y era fácil quitar cualquier tablita. Sin embargo lo hice con demasiada brusquedad y moví la pieza de al lado. Pareció que lo había hecho de cualquier manera.

Juan se rio. Me abrazó un momento con un solo brazo. Sentí el perfil de su cuerpo caliente y suave debajo de la camisa.

—Tenías que haberla tirado nada más empezar —me dijo.

—Juega en serio —dijo Lau.

Cuando llegó la segunda ronda, Juan me miraba de ese modo chistoso, como si yo fuera una película de risa.

—Déjame en paz, no me mires.

Le di un empujón en el hombro.

Esto mismo había sucedido cientos de veces. «¿Por qué te ríes?», le preguntaba cuando a veces le sorprendía aguantándose la risa mientras yo me atoraba en algo. «No sé», decía él. Y

un día dijo —y llevábamos muchos años juntos ya— «Porque me gustas».

El vino me hacía sentir segura, tenía el pulso más firme.

—¡Esa no! —dijo Eva, cuando acerqué mis dedos a una pieza.

Ella me estaba mirando. Oh, se había preocupado por mí. Oh, hablaba conmigo. Sin pensarlo, con mi torpe mano izquierda, quité otra cualquiera de un solo tirón.

Telmo se apartó y se puso a bailar para sí, dio vueltas sobre su eje, sin ocupar casi espacio, solo él y su alegría. Canción de los Jackson Five. Su manera de bailar para sí tenía un punto autista.

En el turno de Eva la pude mirar. Esta ebullición era algo maravilloso, algo que luego podría recordar: todavía era capaz de sentir tanto. Pude mirar sus manos. Eran muy bonitas, de constitución delicada, dedos largos, uñas cortas y cuidadas.

«Es valiosa», pensé.

Cuando llegó mi turno tardé demasiado tiempo en decidirme a extraer una tablilla.

—Si te va a dar un ataque al corazón, pasamos el turno —me dijo Juan.

—Nadia, no vale usar las dos manos. Y date prisa, anda —dijo Lau.

La miré para comprobar que tenía cara de mala hostia.

—Son las reglas —dijo, más para los demás que para mí.

Me puse la mano izquierda detrás de la espalda y empecé a sacar muy despacio una tablilla mientras la cara me ardía como cuando se acerca al fuego —porque Eva me miraba. Lo conseguí y pude retirar mi cara del fuego; después coloqué la tablilla arriba sin respirar y sin pensar, y la torre se bamboleó.

Apenas había parado —puede que ni siquiera— cuando Fanny quitó una tablilla sin contemplaciones y la construcción se derrumbó.

—Gana Nadia: porque es el jugador anterior a quien tira la torre. Son las reglas —dijo dirigiéndose a su hermana.

Fanny fue a por más vino a la cocina y Lau la siguió.

—Se juega para disfrutar, Laura —decía Fanny al salir del salón, sin detenerse a esperar a su hermana, pero sabiendo que ya la tenía detrás.

Los demás nos miramos. La hermana mayor y la pequeña.

Volvieron y seguimos jugando. Las tres veces ganó Fanny —y yo me alegré.

A lo largo de la noche hablamos de nuestros trabajos, de China, de la «silicolonización», de bicicletas, de la despoblación de la Península, de las saunas de Noruega, de los albatros, del vino y de los jóvenes youtubers.

Telmo recitó un poema para todos y me dio vergüenza. Más adelante recitó otro, solo para mí, antes de servirme más vino. Me preguntó qué me parecía. Tal vez era suyo. Le dije «Parece un hechizo» porque según lo recitó lo olvidé, cada palabra, pero mientras lo escuchaba me tuvo en vilo. No me burlaba. Nada era claro.

No, nada era claro esa noche, igual que el salón a media luz parecía otro diferente al del día, con esas zonas más oscuras en las que parecían tener su propia fiesta las cosas que no se podían decir, pero que sabíamos que estaban ahí entre nosotros.

Juan y Fanny se habían puesto a jugar otra vez a la torre. Habían quitado más tablillas que en ninguna otra partida. Ahí estaban, esos dos adultos con tantas responsabilidades. La jefa y su mano derecha, los constructores, embebidos en el juego, despojando a esa torrecita de sus piezas, dejándola solo con su espina dorsal, retorcida.

Me quedé hipnotizada mirando la escena, como si tuviera que descifrar algo, mientras sonaba una música lenta y rara.

En todo momento sabía en qué punto del salón estaba Eva y aunque no acabábamos de iniciar una conversación a solas, parecía que en cualquier momento iba a ocurrir.

Ella está en la silla, sentada a la mesa.

Yo estoy en el sofá, a la orilla de un río.

Y entonces Eva se levanta de la silla, en el rincón en el que se ha quedado cuando Telmo y Lau salen a fumar al balcón. Se acerca a mí como un felino que baja al río de noche a beber.

Estoy pendiente de sus movimientos, aunque mantengo la mirada en el juego de Fanny y Juan.

Se sienta justo en el reposabrazos contra el que yo estoy un poco reclinada.

Dejo de respirar.

Me ha elegido, como un animal salvaje que te concede la gracia de quedarse junto a ti.

Cierro un momento los ojos y noto la misma fuerza que al acostarme después de haber bebido tira de mí hacia el centro de la Tierra. Abro los ojos enseguida.

Está a mi lado; su vestido negro, el perfume y el tintineo de sus pulseras. En mi costado puedo sentir su calor y su consistencia, aunque no sé siquiera si nos rozamos. Creo que sí. Y entonces me atrevo a mirarla de reojo, sus manos cruzadas sobre el regazo, con su copa de vino relajada tan cerca de la mía. Todavía no sé si nos rozamos, pero simplemente constato que las dos, *las dos*, estamos volcadas hacia la otra. Cuando levanta la mano y bebe de su copa un hilo tira de mí.

Oh. Oh, bien. He llegado al máximo. Me abandono, todo va cuesta abajo y me arrastra mientras empieza a abrirse dentro de mí otra vez esta emoción gigante, redonda, la escucho, la escucho, ¡la música de *E.T.*! La música que más me ha gustado en la vida, dios mío, mi corazón a los siete años voló, como ahora, voló en bici. Hay una luna llena abierta en mi pecho.

Ese momento fue exquisito, sí; pero no recuerdo cómo finalizó. Sé que Juan se sentó junto a mí, se dejó caer en el sofá y me rodeó con el brazo, sé que luego hablé con Fanny. La noche siguió avanzando y hubo un momento que quedó muy lejos de tierra.

Al día siguiente apenas pensé en Eva. Y mucho menos los días posteriores.

Bien. Pero ¿quién no sabe que la mente humana es un misterio?

¿Quién acciona sus palancas y para qué?

Hay una ley: lo fugaz no cuenta. Todos estamos en esto. No hace falta ni decirlo. Nos permitimos olvidar ciertos momentos solo por su brevedad, hacer que no existieron y decidir que pasó cualquier otra cosa en su lugar o que no pasó nada.

Porque hay más.

Telmo bailaba y Lau se había acercado a él, tímidamente. Telmo estaba creando su capullo con su baile, envolviéndose en él, y Lau le husmeaba como un perro torpe que quiere jugar con un animal de otra especie.

En el punto ciego de esa noche, Eva me habló. Me dijo que tenía frío. Que si podía prestarle un jersey.

Y dejamos las copas de vino y avanzamos hacia el dormitorio por el pasillo de la casa nueva, con las luces halógenas recién instaladas marcando el camino.

Ella iba delante de mí. Cuando me tendió su mano para que la cogiera, yo le di la mía; cuando la seguí, no la seguía solo hasta el dormitorio.

La estaba siguiendo a cualquier parte.

No estuvimos mucho tiempo solas, nos soltamos al llegar a la habitación. Yo buscaba el jersey en cuclillas, un poco mareada, cuando alguien nos llamó. Pero yo ya había pasado un límite.

Y aunque he revisado las imágenes de Eva y Juan aquella noche, solo me encuentro la prueba de mi transgresión. Lo inconcebible de su aventura, la incoherencia del comportamiento de ambos, la traición, en definitiva, me la encuentro en un lugar inesperado.

Ya debían de haber comenzado su romance. No puedo creérmelo. Que disimularan tan bien podría ser una prueba aún más clara que aquellas torpes palabras de Juan, «Por fin os conocéis».

Y no la entiendo a ella, no le entiendo a él, y yo, por mi parte, después de unos días no volví a pensar en Eva.

Son las dos de la mañana. Cierro el libro. Acabo de leer cómo un pulpo tomó de la mano a un buzo y lo condujo por el fondo marino. Miro el pulpo de la portada, de una lámina del siglo XIX. Tiene unos ojos de pupilas verticales y exhibe sus brazos desparramados como una melena ondulada. Parece un alienígena. Leo el subtítulo: «El pulpo, el mar y los orígenes profundos de la conciencia». No puedo dormir.

Me levanto de la cama, me pongo el abrigo sobre el pijama, me envuelvo en la vieja manta de bordes duros y me voy al salón. Abro el balcón. Me acurruco en el suelo, cierro las puertas blancas, me dejo fuera.

El balcón es estrecho. Sentada, las verjas herrumbrosas parecen las barras de una jaula.

Me protegen, porque el suelo está ligeramente inclinado hacia la calle. La casa se divierte haciéndome sentir que va a dejarme caer. Recuerdo la historia de una pareja que salió al balcón a besarse, y el balcón se derrumbó. Uno de ellos se mató. Me pregunto si también aquel balcón estaba inclinado. Cierro los ojos. Hace frío, pero estoy bien. La calle está muy animada.

Pero nadie me ve aquí arriba en la oscuridad.

Voy a quedarme un rato, como si fuera a dormir en la calle. Soy una mendiga en mi propia casa. Estoy a gusto, pero si me duermo, ¿podría morir de frío? Esa posibilidad me fastidia porque voy a tener que levantarme. Recuerdo que hay una bolsa de agua caliente en un cajón de la cocina. Voy. No enciendo ninguna luz. La cocina está en penumbra, iluminada desde fue-

ra por la luz de las farolas. Oigo el zumbido de la nevera y, demasiado cerca, algo que se escabulle contra una bolsa de plástico en el suelo.

Me quedo inmóvil. Me convierto en un depredador. Miro la bolsa, es la fruta que he comprado esta tarde. Una pequeña cosa sale disparada y se queda quieta, enmarcada por la sombra de la ventana que hay proyectada en el suelo. Me mira, ni respiro, pero al instante se mete debajo de los muebles de la cocina.

Una salamanquesa. Qué maravilla.

Es esta una soledad interesante, necesaria, por ejemplo, para encontrarte con animales. Hiervo agua. Lo que utilizo está viejo: el fuego, el cazo, la bolsa de agua. Noto bajo mis pies el suelo roto. La bolsa de agua está agrietada.

Vuelvo al balcón y me acurruco con la bolsa caliente.

Mi madre era pobre, por lo visto. Por lo visto las dos lo éramos el tiempo que vivimos juntas.

Estoy en la calle porque en la habitación podría entrar y no salir. No quiero volver a perder contacto con el mundo.

Me voy adormilando.

Los ruidos de la calle a mi alrededor son un incendio; yo estoy en medio y no me pasará nada. Me duermo.

Sueño con un sol que no deja dormir por las noches. «Es incongruente», pienso, cegada por él con los ojos cerrados. Los abro. Es la farola de luz anaranjada que hay en la esquina, cerca de mi balcón. Me vuelvo a dormir.

La luz de la mañana me despierta. Abro poco a poco los ojos. Estoy encogida, despertándome en la calle vacía. A salvo en el regazo del barrio.

Amanezco en el mundo.

Cuando voy a moverme noto un dolor intenso en las rodillas

y en los riñones. Tengo los pies helados. La bolsa de agua conserva un resto de calor.

En el balcón de la casa de enfrente, veo a mi vecino con una taza de café en la mano apoyado en la barandilla. Joaquín. Lleva unos pantalones de chándal y una sudadera. Lo veo a través del pelo que cae por mi frente. Estamos realmente cerca, nos separan unos pocos metros.

Me habrá visto dormir envuelta en mi manta, aunque no creo que me haya reconocido.

Ahora está mirando a un lado. Aunque el espacio que hay entre nosotros es breve, tiene forma de abismo. «Hola», digo para mí, la boca tapada por la manta. Él se mete en su casa.

Me doy cuenta de lo que ha visto mi vecino en el balcón de enfrente: a una borracha, a una loca. Nada de compasión porque esa mujer dormida en el balcón no es joven —es, en definitiva, una fracasada.

Primero parece una tos. Una tos repentina que contrae mis músculos abdominales. Pero es una risa. Tan violenta que me abre los ojos muy de golpe y pienso «¿Quién se ríe a través de mí?».

Otra risotada me sacude.

Envuelta en la manta rígida color café, con las puertas del balcón cerradas a un lado y la calle al otro, fuera de esta casa y alejada también de la que era la mía, suspendida, sin mis cosas, mi trabajo, mis libros, mis zapatillas, mi móvil, sin mi coche, sin nadie que me diga: Métete en casa, pero sobre todo, sin mi pasado, es decir, sin mi vida, es decir, sin nada en la cabeza en lo que arraigar excepto, por algún sitio, cristales que no debo pisar, pero sobre todo, sentada en la calle, convertida en esta mendiga de la noche, en esta mendiga de la noche a la mañana, ¡qué imagen de la desgracia compongo, qué figura de la mala suerte en la vida he adoptado convirtiéndome en mendiga!, ¡Juan y Eva!, cuidado con los cristales, ¡Eva y Juan!, ya no más

Nadia y Juan, ya no más tú, Juan.

Suelto una carcajada que no cabe en mí, que me destapa, porque veo que después de perder todo, queda algo. Algo que vale por todo.

Mira qué sábado radiante, mira qué ojos nuevos para ver por fin lo que tengo a mi alrededor. La calle está abajo, aspiro el aire limpio de la mañana.

Y ahora me tengo que tranquilizar.

SEGUNDA PARTE

La plaza de Lavapiés es una encrucijada abierta a la que se llega siempre sin esfuerzo porque está en la llanura de un barrio de cuestas. Tiene un espacio quieto en el centro, en forma de triángulo, con acacias y bancos en los que se sientan los viejos, un grupo de ecuatorianos con una radio y cualquiera que quiera pararse un rato a ver qué de gente pasa por allí. También hay un área infantil mínima encerrada en unas vallas multicolor que tienen cierto aire de empalizada. Es como un parque de juguete que tiene dentro un tobogán —de juguete. En la entrada del parquecito hay un cartel con prohibiciones: los niños de siete años ya no pueden pasar. Los niños y las niñas en este barrio me parecen supervivientes. Los perros también. Pero hay muchos —críos y perros— y lo llevan tan bien como en cualquier otro sitio.

Los negros de la plaza están por allí de pie, esperando. A sus cosas.

No todos los negros son los negros. Los negros se caracterizan por estar todo el día ahí de pie. Creo que la mayoría son senegaleses. Altos, esbeltos, los vaqueros y las camisetas siempre les quedan bien. Llevan gorras de visera, collares, relojes grandes, gafas de sol que les hacen parecer serios, pulseras. Marcan su estatus: las cosas marchan. Si les miras un poco o dudas entre tomar una u otra calle, algunos te preguntan bajito si quieres algo. Saludan a las señoras mayores del barrio. Me saludan a mí. «Hola», susurra uno al que no he mirado al pasar a su lado. Creo que ligan mucho. Ellos y sus amigos. He visto alguno jugando un rato con su bebé.

Una vez vi a dos mujeres negras, sentadas en una silla plega-

ble, con una nevera portátil al lado, y un termo grande. Las primas, las hermanas, con vestidos africanos de colores. Eran diferentes. Las negras tampoco son los negros.

Los coches de policía merodean. Dan vueltas despacio por las calles. Cuando rodean la plaza triangular, van aún más lento y parecen depredadores. A veces están parados y los dos policías fuera hablan con alguien —normalmente con alguien negro.

Un coche de policía entra de repente en el islote triangular. Los viejos que hay en el banco gritan, no se les entiende una palabra a ninguno, ríen, pero parecen también furiosos. Ha sido tan rápido el giro del coche que ha atropellado a una paloma. Sale un chico policía: «No podemos reanimarla ya», los viejos se carcajean, siguen con su algarabía, no dejan un resquicio de banco libre.

En el extremo opuesto a los negros está el teatro, que, con su modernidad, viste la plaza. Es como una americana buena combinada con unas zapatillas rotas.

Por las noches, voy al Carrefour Exprés. 24 HORAS ABIERTO. Las grandes letras rojas flotan y prevalecen: son el lema del barrio. A un lado del Carrefour está el mesón; al otro, el local de apuestas Codere. Este lugar feo es el antagonista del teatro. Dentro hay pantallas con fútbol y Fórmula 1. Tiene también una cafetería que parece la típica de una estación de autobuses. Punto de encuentro lumpen, en la puerta esperan marroquíes jóvenes y suele haber trifulcas rápidas.

Me cruzo con un grupo de bangladesíes muy numeroso, viniendo de no se sabe dónde, todos varones, con un gorro que es como un tapón y camisolas de colores, algunas con destellos. Y entre ellos, atravesándolos a paso más rápido, un hombre español de unos sesenta años, cazadora de cuero abierta, gafas de sol. Me llega una ráfaga a perfume varonil tan fuerte como un desinfectante. «Hay que joderse», dice con una voz áspera.

Hay que joderse, Lavapiés multicultural. Es una marca, pero no se puede negar que en esta plaza hay heterogeneidad. Edades, razas o racializaciones, países y cultos distintos, esas cosas. Sí, pero en movimiento. Trayectorias entremezcladas al aire libre. Aquí mismo, ahora, una señora muy blanquita con andador se cruza con un africano alto que viste túnica, al que saludan como si fuera un santo, y que va a una sala de oración que antes era una zapatería; dos modernos con sus barbas, taciturnos, ¡los conozco!, pasan despacio. Son dos hermanos de Zamora que han terminado el máster en gestión cultural y no han conseguido un buen trabajo en tres años, y tienen que dejar su piso esta misma semana —se lo contaron en la barra del mesón al camarero— y esa es una pena a la altura de la de los demás, y ¡CRAAAC!, justo delante de unos marroquíes que están a verlas venir en una esquina, la furgoneta de Reformas Cosmin ha rozado un bolardo al girar, pero no se detiene, y los marroquíes gritan, gritan riendo «¡Eh! ¡¡EH!!», como si tuviera el rumano Cosmin que darles a ellos explicaciones; pero la furgoneta se para más adelante, cerca de mí, y baja Cosmin para ver qué pieza arrastra mientras aún se balancean unos guantes de boxeo en miniatura colgados en el retrovisor central y el marroquí alfa grita «¡Tiene vergüenza, tiene vergüenza!», triunfal, porque qué victoria de sí mismos la de los vigilantes del honor, qué virilidad acumulada a costa de los demás.

Y la viejecita con andador continúa su camino sola. Sola y encorvada, cruzándose con gente que viene y va, la imagen de la obstinación hasta el final.

—Apraahanra tu jote.

Apraahanra tu jote, a saber, un chico se ha cruzado conmigo, habla por teléfono —yo miro el suelo, sigo adelante, sobrevuelo los adoquines y atravieso un intercambio de palabras africanas, cortas y rapidísimas, encendidas, metralla gutural que acaba en unas risas graves que, estas sí, se entienden bien. Entro en el

Carrefour.

Multiculturalidad es la ignorancia del vasto mundo humano.

Si la opacidad de una lengua que ni reconoces te hace sospechar que tu visión del mundo no ha tenido en cuenta casi nada, qué gran momento. La realidad no se reduce a decir verdades como puños en tu idioma.

Pero el contacto con la ignorancia del vasto mundo humano no es muy satisfactorio y, hay que joderse, puedes querer cortar la cabeza de los bárbaros para no oír más ese lenguaje incomprensible y cada vez más irritante, como hacen en las películas de Indiana Jones, y así ponerlos en su sitio.

O puedes ser más astuta y decidir mantener el tipo y seguir adelante, aceptar que hay otros mundos, que matemáticamente han de contar tanto como el tuyo, pero no podrás evitar seguir intentando colonizarlos con tu mente, o sea con tu comprensión, y te catequizarás a ti misma. No los llames negros, llámalos subsaharianos, llámalos senegaleses. Vale, claro que sí, pero, disculpe: ¿Cuál es el tamaño y forma de Senegal? ¿Capital de Camerún? Explique las diferencias más notables entre estos dos países. ¿En cuántas culturas alguna variante de arroz con pollo es el plato típico? Dígame tres nombres propios rumanos de hombre («Cosmin» no cuenta). ¿Existe la pena de muerte en Bangladesh? ¿Cómo deberían las negras llamarla a usted? Descríbame a grandes rasgos la Ley de Extranjería de España, este país del que tanto habla. Analice brevemente el sistema político de Marruecos. ¿Es el idioma italiano objetivamente bello?

Hay continentes de ignorancia y cada uno vive en el suyo.

Cruzar la plaza es una zambullida.

Y también hay preguntas más pequeñas. A dos chicos negros de

la plaza que están casi recostados, apoyados en los codos, en un triángulo de sol: ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Por qué a ti te falta un ojo?

Y hay preguntas para mí. ¿Por qué me gustaría tener una amiga senegalesa? ¿Por qué oír a una mujer hablar italiano me da alegría? ¿Por qué me gustaría vivir una temporada en la extensa China —de la que desconozco todo? Lo cual me lleva a pensar en los fondos abisales de los océanos, donde nunca ha llegado la luz.

Pero entonces: ¿Es el planeta Tierra el almacén del inconsciente humano?

Salgo del portal y me dejo llevar por la cuesta abajo. Voy a desayunar al mesón a la hora temprana de los desventurados. Un portal se está abriendo en mi acera, un poco más allá: asoma primero la rueda de una bici, después una chica con casco, con mochila, y detrás otra rueda y un chico igual de preparado, los dos con sus bebidas isotónicas. No tienen aspecto de deportistas, son más bien unos bisoños. Salen aparatosamente.

Paso delante de ellos y luego son ellos los que me adelantan en sus bicis. Veo cómo la chica se choca contra un bolardo al intentar bajar de la acera. El golpe hace que se desmonte de la bici. Hay un negro en la esquina que dice «Los frenos, los frenos». Los adelanto sin mirarlos. Vuelven a pasar a mi lado un poco más allá, pedaleando. La chica va delante y pregunta «Pero ¿qué me ha dicho, qué me ha dicho?», y el chico, exactamente detrás, con su barba y tranquilo como un cura, dice «Nada, que te has chocado». Él lleva el casco algo torcido.

Allá van. Eso es una pareja. Ir uno detrás de otro y pedir explicaciones —al otro— cuando te chocas contra un bolardo y un desconocido te dice algo. Seguro que se han regalado mutuamente las bicicletas y sus respectivos complementos.

En el mesón del puerto reina la animación mañanera. Los camareros de camisas amarillas reparten tras la barra las cucharillas en los platitos, vierten la leche en los vasos con café. Sus caras van resultándome familiares. Pido mi desayuno, una tostada de pan de hogaza con tomate y aceite, y lo llevo a una mesa de madera al lado de la ventana, cerca de un grupo de ba-

rrenderos con sus monos de color verde fosforito. Acaban de terminar el turno de noche y desayunan juntos.

De nuevo, el consuelo del desayuno. Me echo aceite en la tostada. Una niña china tiene los ojos clavados en mí. Ella puede verme. Me recuerda a aquel niño que veía fantasmas.

Los barrenderos hablan de la noche, de que por suerte no ha llovido. Una barrendera muy maquillada aconseja a otra a la que un vagabundo ha perseguido con un palo que se cambie de calle cuando vea uno, aunque parezca tranquilo.

Hablan de locos y de la policía.

Entra una mujer de unos setenta y cinco años, con un bastón de empuñadura dorada. Tiene el pelo corto y una cara rigurosa. Lleva piercings en la nariz y orejas, y gafas de señora mayor. Saluda a la mujer china y su hijita. Se sienta y pregunta con una voz potente «¿Qué día es hoy?» y la mujer china le dice: «Sábado».

Desayuna majestuosamente sola en una mesa cercana. Puedo ver los tatuajes que tiene en el cuello y en los brazos.

Después llega una pareja de treintañeros. El aire resuelto con el que hacen su aparición —no ven a nadie—, el tono de sus voces, su forma de vestir, bohemia ella, descuidada él, me hace preguntarme por qué la tomamos con los adolescentes, cargándoles con la fama de saberlo todo y de ser prepotentes, cuando tenemos a estos treintañeros. El chico, perezoso, se sienta a la mesa y empieza a liarse un cigarrillo mientras la chica va a pedir en la barra.

—Coque, que no sirven cerveza —dice demasiado alto—. ¿Nos vamos?

Quieren prolongar la noche. El chico murmura algo, sigue liándose su cigarrillo mientras la chica se va y vuelve con dos cafés solos.

La chica habla en alto de intimidades. Su voz tan alta, algo ronca, es la de los bares, pero aquí ya no hay música. Habla de

su exnovio y de la conversación que han tenido para romper.

—No quiero esto, no quiero esto más. A estas alturas ya sé lo que quiero, ¿me entiendes?

«A estas alturas», qué alturas, esa prepotencia.

Tiene una manera de hablar articulada, ágil. Dice «cuestionamiento», «elucubraciones», «desesperación inútil», «lógica de nuestra relación». El chico de pelo rizoso habla poco y cuando lo hace, ella se queda en un silencio absoluto y escucha con suma atención; si él ríe, ella también, y elabora más la broma. Ella está en tensión, él relajado. Ella quiere con todas sus fuerzas exprimir este momento, él podría estar en muchos otros sitios.

—Después de que tu novio te deje por un chico, y que siga siendo tu mejor amigo, estoy preparada para cualquier rupturilla.

Ríen, dicen cosas que solo ellos entienden.

Doy un mordisco a mi tostada. El pan esponjoso y caliente, con aceite y tomate, llena mi boca, se funde y cierro los ojos, el aceite me llega al corazón, noto cómo me alimenta.

Dejo la tostada en el plato, mastico con dificultad porque estoy emocionada por volver a saborear. Sonrío mirando la mesa, niego con la cabeza, gracias, hambre. Parezco enamorada.

La mujer de los tatuajes me mira con cara de póker. No me extrañaría que me dijera algo con su voz de prima donna. *Veo cada mañana escenas de engreídos que no pueden contenerse, demasiado aferrados a sus gilipolleces. Ya iréis perdiendo todo, niñata.*

Deja de mirarme y sigue leyendo el periódico y mojando los churros en el café.

Señora pirata: yo ya sé perderlo todo. No me confunda.

—Me gusta de ti tu manera de vivir las cosas con despreocupación, porque te mantienes en el presente, en el presente. No buscas nada, todo te llega solo, Coque.

La conversación de la pareja ha pasado de las terceras personas al tú. La larga noche por fin va llegando a donde tenía que llegar.

—Y parece que siempre sabes de antemano qué va a pasar y por eso estás tranquilo. Cómo me jodía eso, ¿te acuerdas? Cuántas veces discutimos por eso. No te entendía. Yo...

Llega el desenlace. *Yo, yo, yo, tú, tú, tú... Yo y tú*. A las nueve de la mañana.

La chica tiene el pelo largo y rubio, lleva gafas grandes. No es guapa. Ellos dos fueron pareja. Habla cada vez más suelta, más rápido. Está inclinada hacia delante en la mesa, el chico está sentado muy relajado. Tiene una pierna cruzada sobre la otra y el cigarro de liar preparado ya, encima del muslo.

—Jo, te quise tanto —dice la chica, con el codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, los dedos tamborileando en el mentón. El pañuelo que tiene en el respaldo de la silla roza el suelo.

—Fíjate, hace poco —baja la voz, pero aun así habla alto— me encontré pensando... ya sabes que las mujeres a los treinta y tantos se emparanoian con la maternidad, y yo, la verdad, nunca lo había pensado seriamente, pero me encontré planteándome, fíjate, aún estaba con Guille, me encontré pensando que sí, que *contigo sí* que querría tener un hijo... ¡Me parecía lo natural! Porque tenemos esta unión —baja la voz—, esta unión. Pensaba «¿Por qué no?, ¿por qué no ser padres aunque no fuéramos pareja?». Me parecía normal, lo natural. Por fin entendí a mis amigas: «¡Así que es esto! El deseo de tener un hijo es esto».

El chico no dice nada, le veo de perfil. Parece que sonríe. El cigarro sigue en su muslo, esperando una interrupción.

La chica tiene una mirada cansada. Hay algo gastado y reseco en el maquillaje de sus ojos después de toda la noche. Ha llegado a donde quería llegar y se ha abandonado. La actitud

espabilada de hace un rato, cuando criticaba a sus amigos y a su exnovio, ha desaparecido. Es ahora cuando el pájaro está entonando su canto.

—Es algo que no cambia, un hilo que no se rompe, que no se altera. Solo con tenerte delante resurge intacto todo lo que he sentido por ti. Hay tantas cosas que todavía podemos hacer juntos. Las mejores cosas.

Él escucha, puede que se haya olvidado de las ganas de fumar su cigarro, puede que no. Es tan agradable escuchar el canto de los demás. Es difícil para el que es amado dejar de disfrutar de ese espectáculo —solo para él. ¿Hay algo más conmovedor? Tan cálido, quién podría resistirse. Y en el muslo, el cigarrillo preparado para luego.

Me levanto. Salgo de la taberna con una sensación de vacío. El tono sincero, desenfadado y preciso de ella para hablar de un sentimiento frustrado. La apariencia de que es algo superado producida por su locuacidad —y el silencio de él.

Esa locuacidad será tan triste después, cuando esté sola.

En la calle, la actividad se abre, el aire se lleva la congoja de la conversación. Tengo de nuevo la sensación de nitidez, de hiperrealismo al ver las fachadas antiguas de los edificios al otro lado de la plaza, biselados por la luz limpia del sol de la mañana.

Camino un rato, sin saber si vuelvo a casa o seguiré calle arriba. Una chica camina a mi lado hablando por teléfono.

—Aquí estoy otra vez. Sí, sí. Y ahora... ahora me vas a abrir. Estoy llegando y me vas a abrir.

La voz me alarma. La inflexión es seductora, segura. Pero es una voz herida. Otra vez.

La chica es muy joven. Se ríe: da pena oírla. La miro, es patilarga y delgada, lleva el pelo corto, su cuello parece muy vulnerable.

—Oirás el telefonillo y me abrirás.

Pretende hipnotizar con su convicción. Está tan desesperada. Es tan joven.

—Ya llego. Va a sonar y me vas a abrir.

Se quita el móvil de la oreja y lo mira. Le han colgado. Sigue su camino. Va desangrándose.

Hay una vibración tristísima en la voz entusiasta de las personas que aman y no son amadas.

He dejado sobre la encimera una caja de algas secas, dátiles y un tarro de chucrut. Me toca cenar y miro lo que he comprado como si fueran las piezas de un puzzle. Mis cenas son especulativas. Creo que sigo la estricta dieta de no comer nada de lo que antes comía.

No me he quitado el abrigo; el sonido de la gente llega desde la calle todo el tiempo. Me parece que hay alguien conmigo en la cocina. Un latido diminuto en alguna parte. ¿Tal vez la salamanquesa, escondida debajo de la nevera?

—¿Qué te apetece? —me pregunto.

Miro la sopera de porcelana que los primeros días dominaba la cocina como un ama de llaves hechizada. Me vigilaba desde lo alto de la alacena. Era una criada refunfuñona que con los brazos en jarras sabía que tenía todas las de perder conmigo, la nueva dueña.

Me pongo de puntillas, cojo la sopera. Ningún espíritu la habita ya. Se rinde a mis manos. La pongo a remojo y borro las huellas dactilares. Ya solo estará animada por la vida de las cosas que se usan.

El vecino está de pie en su cocina, preparándose algo, ensimismado. Estoy segura de que está escuchando la radio, un programa cultural. Lleva mandil, ¡mandil! Descolgarlo, atárselo, desatárselo, toda esa ceremonia para hacerse a él mismo la cena.

¡Pero no! Entra una mujer. Es tan alta como él y tiene la misma complexión. Abre un armario y saca dos vasos. Hablan.

Me siento decepcionada. No vive solo. Llevar mandil ya no tiene tanto mérito.

—¿Y nosotras por qué no cenamos?

Una voz en mi cocina.

Continúa:

—No has comprado huevos. Ibas a por huevos y has comprado algas.

Entonces pregunto yo:

—¿Qué te apetece?

—Arroz con tomate y huevo. Todo mezclado. Ya sabes cómo.

¡Arroz con tomate y huevo!

Me quedo estupefacta.

Había olvidado que ese era mi plato favorito.

De repente recuerdo quién soy.

Una corriente de alegría, lo contrario al frío y a la nada. Recuerdo la emoción del plato en mi mesa, ¡recuerdo la vajilla de mi tía, el plato con líneas de colores paralelas en los bordes!

Nunca más he vuelto a tener un plato favorito. Y es una pena, porque tener un plato favorito te hacía sentir afortunada y querida.

Antes adoré la tortilla de patata de mi abuela. Y antes aún, las rosquillas de mi madre —porque, por lo visto, me dejaba prepararlas con ella, hacer los anillos con masa subida a un taburete en la cocina bajo la luz anaranjada del extractor, a su lado. Aunque esto no sé si es un recuerdo o la descripción de una fotografía que perdí.

—¿Y nosotras por qué no cenamos? —me interrumpe de nuevo la invitada.

—¿Cuándo dejé de hacerte caso? —le pregunto.

No contesta.

—¿Dónde has estado? —me pregunta.

—¿Dónde estabas tú? —le pregunto yo.

Nuestro amor fue una isla —veinte años juntos.

Una isla a la que llegan desnudos dos adolescentes. Éramos huérfanos.

Los primeros meses fueron deslumbrantes. Enmudecíamos con los descubrimientos que el uno hacía del otro —para el otro. Como si fuéramos la primera y única pareja en la Tierra.

Nos quedábamos boca arriba al amanecer, abrumados al descubrir que éramos un canal conectado al cielo que veíamos. Fuimos testigos de cómo nos transformábamos.

No esperábamos que el mundo fuera así, mucho más espléndido de lo que podíamos imaginar tras las sucesivas decepciones de la adolescencia —ese lento desmoronamiento.

Teníamos de todo en la isla virgen.

Allí no se notaba el paso del tiempo, solo se oía el monótono romper de las olas.

Llevábamos el rumor del mar en nuestros oídos y no veíamos más allá de nosotros mismos.

Fuimos la medida de todas las cosas.

Pero la isla estaba hechizada. A los diecinueve años, ya teníamos veinticinco; a los veinticinco, tuvimos cuarenta, y el rumor de las olas no se iba de nuestros oídos.

Le decía, cuando teníamos treinta o cincuenta años: «¿Te das cuenta de que lo que más has visto en tu vida es mi cara?».

He visto a parejas mayores cuyas fisonomías acaban pareciéndose. Es un proceso de fusión orgánica. Unos labios imitan a los otros y en este mutuo cambiar a imagen del otro se adquiere la misma expresión. Los ojos se van encorvando igual, por ver las mismas cosas y hacer los mismos gestos. Incluso la

artrosis dobla de idéntica manera la punta del mismo dedo. El proceso termina. La isla ha consumido toda la energía, queda un cascarón de un organismo único, que no es exactamente una persona entera.

La isla estaba hechizada. Se convirtió en nuestro piso.

Al final, era el piso de la urbanización Los Álamos, llamada así por no haber ni uno. Pasamos allí nuestro último año.

Una urbanización cerrada, vigilada por el guardia en su garita, con piscina y un estanque y, en algún sitio, una sauna.

—Esta noche me he dejado la puerta de casa abierta —le digo a David.

Nos hablamos sin girarnos, de espaldas. Estamos instaurados en una tensa mezcla de familiaridad y reserva.

—¿Cómo abierta? ¿Sin cerrojo?

—No. Abierta de par en par.

Por la noche me despertó un ruido fuerte que venía de dentro de la casa, el ruido definitivo, tan alarmante que casi dormida salí de mi dormitorio y me encontré con la puerta de la casa abierta como una boca que se reía. Los escalones se perdían, arriba y abajo, en la oscuridad. Entraba mucho frío. Cerré, eché el cerrojo con fuerza; el golpe resonó en el silencio vertical que rodeaba la escalera. Seguía respirando con el ritmo profundo del sueño y, sin embargo, el corazón me latía rápido.

Había un equilibrio absoluto entre lo real y lo irreal.

Volví a la habitación corriendo, porque tenía la certeza de que alguien había entrado en la casa y que la mejor manera de huir era volver a quedarme dormida. Me metí en la cama como si me enterrara en una madriguera y, allí dentro, me dormí enseguida.

A la mañana siguiente miraba con demasiada atención los azulejos del baño. Son feos. Falta uno encima de la bañera y da la sensación de que poco a poco irán cayendo los demás. Mientras me duchaba, con agua muy caliente que sale sin suficiente presión, oí un chasquido y me volví. Continué duchándome vigilando la puerta del baño, que estaba abierta. Da al pasillo; veía el cuadro de los plomos.

Había alguien allí, pero aún no lo veía.

Seguí mirando hacia la puerta abierta, esperando que apareciera.

Algo que estaba de pie, mirándome como yo miraba hacia ello. Pero no me daba miedo.

Me llega un mensaje de Juan. Sin asunto. Lo selecciono y lo mando a la papelera. Y una vez en la papelera, lo vuelvo a seleccionar y lo elimino definitivamente.

Me pregunto qué pensaría de ella si no supiera quién es.

Tiene el pelo oscuro, largo y ondulado. Gafas de sol. Es alta. El abrigo de paño rojo ciñe unas formas rotundas. A su lado tiene una maleta negra que resulta tétrica, y unas bolsas de papel de tiendas de moda. Ha ido a mi casa a buscarme ropa. Ha estado con Juan.

Mira a la gente con cara seria.

Que Helena esté seria me ha parecido siempre algo cómico.

La sigo mirando desde el otro lado del paso de cebra.

¿Desde cuándo no quedo con ella a solas? ¿Desde los veinte años? Tal vez por eso me parece que está tan desorientada cerca de la boca del metro. Como si estuviera en un lugar o tiempo que no le corresponde. Al salirme yo de mi mundo estoy arrastrando conmigo fuera a otras personas.

Un hombre que está repartiendo propaganda la mira de vez en cuando. Luego la mirará otro. Se irán pasando el testigo mientras ella se mueve. Ella está pendiente de un cachorro que se acerca pimpante, husmea las bolsas y la maleta y entonces se prepara para mearlas. Helena intenta mover la maleta, con las bolsas en la otra mano, la dueña del perro lo alza y se vuelve para apartarlo, mientras el perro mea desde lo alto, girando, el chorro como el de una fuentecilla dejando una trayectoria circular que abre un pequeño revuelo.

Los percances siempre alcanzan a Helena. Es como un pararrayos. En la panadería que había cerca del instituto, la hija deficiente del tendero salió un día de detrás del mostrador para darle una limpia hostia en la cara justo a ella, entre todos los chicos y chicas que nos apretujábamos en el local para comprar

el bocadillo. Helena dijo «Da igual. Gracias», y yo perdí el equilibrio por la risa y me choqué contra María Bacteria y su aparato dental.

—¡Helena!

—¡Nadia! Hola —me dice y nos damos dos besos—. Qué abrigo más bonito.

Me acaricia la manga. Me mira con cuidado.

Nos envuelve algo parecido a la timidez. Caminamos juntas sin Ingrid, sin Juan, solas como cuando subíamos de vuelta del instituto la larga avenida que llevaba primero a su casa, luego a la mía.

Vuelvo a tener la sensación de que los elementos se están recombinando.

Vamos al café Barbieri porque está cerca y allí estaremos tranquilas. Es un café centenario y amplio, con mesas de mármol y espejos de un azogue envejecido que ocupan toda la pared. La sala es más bien oscura; a pesar de los ventanales, tiene las luces encendidas en las mesas también de día. Sillas de madera que crujen, molduras estucadas en el techo alto y bancos tapizados del rojo intenso de los telones de los teatros.

Elegimos un sitio al fondo. Helena deja las bolsas y dice que va un momento al servicio. Miro la mañana luminosa allá fuera, en el extremo opuesto del salón, al otro lado de la puerta de cristal, y el agradable contraluz en el que se mueve la silueta de una camarera vestida de negro.

Hay cerca una pareja de chicos sentados frente a frente. Uno está de espaldas a mí, otro de cara. Este sonríe. Los ojos se le achinan mucho y permanecen así: brillantes y simpáticos. Entonces, reflejados en el espejo que tiene detrás, veo otros ojos igual de achinados y brillantes, los del otro chico que le sonríe a él.

¡Oh!, veo las dos miradas felices a la vez.

Helena vuelve.

—No me contestaste al último correo. Me dijiste que solo querías lo imprescindible. No sé qué ropa habrá dentro. La maleta ya estaba hecha.

—Gracias. Me viene muy bien.

—Te he traído el móvil.

—Pues te lo puedes quedar.

No dice nada. He sido muy brusca.

—Te dije que el móvil no.

—Toma. Un regalo.

Me tiende las bolsas: ropa interior, un jersey rojo de cuello alto y un pijama. Cuando lo he visto todo, una vaga incomodidad se extiende entre las dos. Tengo tan pocas cosas. Es como un regalo para una pobre.

—Helena, gracias, no tenías que haberte molestado.

—Y esto.

Me tiende una bolsa con un perfume. Yo no uso perfume. *Pluie Nocturne*: la caja es bonita, blanca, con unas ramas cruzándola: la miro con curiosidad.

—No sé por qué, pero me recordaba a ti. Huélelo —me dice.

—¿A mí?

Oh, así era Helena conmigo. Yo le importaba más que a mí ella. Mi cariño hacia ella siempre estaba rodeado de risa, pero el suyo hacia mí era mucho mejor.

Saco el pequeño frasco que recuerda a una piedra preciosa de un color verde grisáceo. Huelo. Es un olor invasivo que me despierta unos nervios indefinidos. Me echo una gotita en cada muñeca.

Me gustaría darle algo a cambio. Nos abrazamos por encima de la mesa.

Tal vez sea posible volver a ser amigas de verdad.

Estamos sentadas frente a frente, en una mesa estrecha, con una cercanía perfecta para conversar. Voy a preguntarle por sus hijos, pero siempre dudo del nombre del segundo.

—Entonces tienes cosas que decirme —le digo.

—Sí —parpadea, se aturde—. Varias cosas. A ver.

Suspira, mira un punto en el aire y parece que va a decir algo que sabe de memoria.

—Estamos preocupados por tu aislamiento. No contestas a los mails. No tienes teléfono.

Mi cara se petrifica. Es el efecto de la mala hostia.

«Estamos preocupados».

¿Quiénes estáis preocupados? ¿Ingrid, tú y Juan? ¿Se está formando un bloque? ¿Hablan los tres de mí? ¿Conocerá ya a Eva? ¿Estaría en casa Eva cuando ella fue a por mis cosas? ¿Estáis preocupados quiénes: Ingrid, tú, Juan y Eva?

Me muevo, hago crujir la silla.

He dejado de mirarla, noto mis rasgos desmoronados. Pasan unos segundos, me cuesta volver a mirarla. La bolsa de papel con sus regalos está a mi lado y me roza. Miro a Helena entonces y veo que ella tiene también la mirada baja, rendida de alguna manera. Nada más empezar la hemos fastidiado.

Qué culpa tiene ella. Qué más dará todo.

—Helena —le digo.

Silencio.

—Venga, dime lo que me tengas que decir.

Mueve la cabeza.

—No sé.

Mi enfado colea, como una perca que aparece y desaparece en un estanque.

—Si habéis hablado los tres y os preocupo, y no me entendéis, y parece que yo soy el problema y esas cosas, me dan ganas de irme.

—¿Los tres?

—Tú, Ingrid y Juan.

—No, no.

—Has dicho «preocupados».

Frunce los ojos mirándome, como para ver mejor qué tengo en la cabeza.

—No sé. Tal vez porque ayer estuve hablando con Alonso. Y sí, con Ingrid también hablo. Ayer estuvimos hablando por Skype casi una hora. En parte vengo a decirte cosas que me ha pedido Ingrid que te diga. Cosas con las que yo estoy de acuerdo también.

Mi enfado se aplaca, la perca desaparece. Alonso. Me siento avergonzada. Siempre me olvido de Alonso. Puede que el segundo hijo de Helena se llame Alonso como su padre.

—Dime qué te ha dicho Ingrid lo primero, si quieres.

—Ella insiste, y yo estoy de acuerdo, en que deberías ir a un terapeuta. Tengo la tarjeta de la doctora que te recomendó.

—Helena. Me han dejado de golpe. Cuando la gente rompe lo pasa mal o necesita un tiempo. No es algo patológico. ¿No crees que es normal?

—También es normal ir a un psicólogo. Además...

Se queda pensando, pero parpadea y niega con la cabeza.

—Espera —dice.

Piensa intensamente, como alguien que en un examen se sabe la respuesta y está intentando recordarla.

—Primero te digo lo de Ingrid. A ver. Tú eres un poco más... sensible de lo normal.

Me mira con cautela.

—Lo digo por lo que te pasó —añade.

Estoy despistada en este punto. *Lo que me pasó*. Detecto que este es el meollo.

—Debes acudir a la psicóloga.

—¿Te refieres a la muerte de mi madre? ¿Ahora? ¿Para esto? —Mi pregunta trasluce incredulidad.

Recuerdo cuando Helena se enteró de que yo no tenía padres. A

los trece años estábamos en el patio, en clase de Educación Física, primera hora. Teníamos que entregar una ficha en la que habíamos apuntado entre otros datos personales nuestro peso. Helena me había quitado la mía para mirar justo eso.

—¿Por qué has escrito el nombre de tu tía donde pone «madre/padre?».

—Porque soy huérfana.

Luego nos pusimos a correr en círculo, alrededor de la Sole y su silbato.

Mi padre murió antes de conocerlo. Mi madre cuando yo tenía cinco años. Mi padre pertenece a ese opaco no-lugar en donde se está antes de nacer. Sin vibración, una variante de la nada. Y por la nada, nada se siente.

La muerte de mi madre fue la destrucción del mundo, sí.

Dejó una huella de conciencia en mi vida entera. Mi madre me acompaña. Es parte íntima de lo que soy. Cuando murió me convertí en otro ser, mi médula se volvió a formar, brillante, distinta. Mi madre es algo parecido a la voz de la conciencia, envuelta en un halo rubio. Es mi amor propio. Mi madre soy yo. Y yo no querría ser otra —creo que como todo el mundo.

No podía explicarle esto a Helena. Solo le dije, al ver que se llevaba las manos a la boca y me arrugaba la ficha: «No pasa nada. Estoy acostumbrada. Cuidado con la ficha».

«Huérfana». Fue esa palabra la que la mantuvo la hora entera de Sociales apoyada contra la pared mirándome con cara de pena. Esas teatralizaciones me incomodaban. Notaba que la gente siempre adoptaba, más allá de la primera sorpresa, el modo adecuado de mirarme en los segundos siguientes, y rebuscaban pensamientos dolientes, que se traducían en una inflexión de voz que yo intentaba no oír.

No hacía falta nada de eso.

«Nunca había conocido a una huérfana», me dijo Helena. Su mirada se cargó de una ligera excitación, como si hubiera des-

cubierto que pertenecía a un linaje que me emparentaba con la Cenicienta.

Luego se le fue olvidando, como a mí.

—No, no. No es la muerte de tu madre —dice Helena.

Se revuelve en su asiento.

—Pero ¿qué es «lo que me pasó»?

—Tiene que ver con lo que te pasó el último año de instituto.

Me quedo boquiabierta. ¿Qué me pasó a mí? El último año de instituto nos pasó a todos.

—¿Los poemas que escribí?

Estoy tensa. Tengo la sensación de que me voy a enfrentar a una gran acusación de la que ya no me puedo defender.

Las dos estamos rojas. Helena me mira a los ojos y no titubea.

—Cuando dejaste de venir a clase.

—¿Cuándo dejé yo de ir a clase?

—Tus desmayos, Nadia.

—Mi desmayo, dirás. Fue uno.

—Fueron tres.

Me muevo hacia atrás con la silla. Helena está tan agitada como yo, como si forcejeáramos, pero ella está encima.

Hasta el pasado, que está fuera de nuestro alcance, se puede romper.

Helena comienza a hablar con cautela, ahora que me ha inmovilizado.

—¿De verdad no te acuerdas de que dejaste de venir a clase?

—Falté. Pero solo unos pocos días.

—Faltaste un mes por lo menos. Se supone que estabas enferma. No te ponías al teléfono.

Es su palabra contra la mía, pero me parece una desfachatez. Estamos hablando de mi vida.

Intento decir algo definitivo. Pero no tengo ninguna prueba. Rebusco con prisa en mis recuerdos y lo revuelvo todo sin encontrar nada. Dejé de ir a clase dos días o así porque me dio la gana.

—Estuve enferma —digo, sabiendo que no lo estuve.

Helena no dice nada.

—¿Y cómo que me desmayé tres veces? —digo envalentonada por la indignación.

—Sí, tres veces.

—Pero ¿qué dices, Helena? No entiendo nada. ¿Se puede saber qué habéis estado inventando vosotras dos?

Tengo esa sensación de vacío inmediatamente previa a que alguien te decepcione; no hay marcha atrás. Solo puedes ser testigo. Esto que va a decir, esto, lleva toda nuestra vida sin contármelo. Tiene los ojos brillantes.

—En el baño te desmayaste otra vez más. Esto te lo digo yo. Estábamos en clase. Tú te habías ido al baño. Al rato vino Charo a por tus cosas. «No es nada», dijo, «Nadia se encuentra mal, se va a casa». Y se fue. Al momento yo salí de clase, sin pedir permiso, cuando el de Lengua estaba escribiendo algo en la pizarra, y te vi al final del pasillo rodeada de profesores; estabais allí como encajados entre las paredes de color verde. Pensé que te dolía algo, me asusté mucho porque imaginé que tenías algo clavado en el estómago, porque estabas doblada. Alguien dijo: «Se ha vuelto a desmayar».

»Te llamé. Pegué un grito en el pasillo. Los profesores eran cariñosos, Maite te acariciaba el pelo. Me acerqué, te seguí, pedí que me dejaran acompañarte. Pero el jefe de estudios, el Lechón, me paró. “¿En qué clase tienes que estar?”. Yo me había puesto a llorar. El Lechón le dijo a otro profesor por lo bajini, “Cuidado, que la histeria se contagia”. Estaba asustado. “La histeria”. Lo dijo con... no sé, asco o desprecio, no sé, con su clasismo. ¿Te acuerdas de él? ¡Nos miró con miedo a una y

otra! Me acuerdo de él, tan bien vestido, esos ojos azules de mierda. Llamaron a mi madre para que me diera permiso para irme a casa "a descansar".

No puedo creerla y a la vez sé que no miente. Me parece que cualquier cosa puede decirse ahora. Se me pasa por la cabeza que Helena esté loca. ¿O tal vez me he perdido algo de mi propia vida, como si fuera un capítulo que te saltas de una serie —y que el resto de la gente sí ha visto?

Sigue hablando de ese día y yo aprovecho para rebuscar en mi cabeza una prueba de mi versión. Del día que me desmayé, que no es ese, solo recuerdo la tarde en casa, en el sofá, tapada con una colcha viendo la tele al lado de mi tía y con la cabeza crepitando agradablemente. «Hoy me he desmayado». No era nada terrible, más bien una especie de proeza. Un Acto de la Vida más, de tantos que nos esperaban.

Ahora Helena me habla de Blanca. Ese año tuve la sensación de que Helena pensaba que yo sabía algo más que el resto; parecía a punto de hacerme una pregunta, solo una, la misma, y no sé cuál. Con idéntica constancia yo evitaba que me la hiciera. Recuerdo nuestras sombras caminando juntas a casa después de las clases, en silencio.

—El otro día por primera vez la mencionaste... a ella, a Blanca. Ingrid dice que eso es muy bueno.

Voy a decir algo sobre la psicología barata de Ingrid, pero no lo hago.

Helena vibra. Voy entendiendo que es ella la que necesitaba tener esta conversación. Tiene los ojos llorosos como si acabara de vomitar.

—Tú estuviste varias veces en casa de Blanca, no solo una. Eso lo sé yo.

No. Igual que los confines de la Tierra, del universo, de lo pensable: absoluto no. No se puede pasar. No.

—Helena. Da igual: una o dos veces, lo que sea. Ni siquiera

podría recordarlo y daría igual. Lo que es seguro es que no fue mi amiga, no la llegué a conocer bien. Pero su «desaparición» me impresionó. ¿Es tan difícil de entender? Lo que yo no entiendo...

Varias carpas grandes aparecen sinuosas en el estanque. Me detengo —la rabia estrangula mi voz. Me han golpeado y yo también golpearé.

Recuerdo al Lechón haciendo aquel comentario: «Se habrá ido con algún chaval», un comentario hecho en la misma puerta del aula, muy a la ligera, el aula donde faltaba Blanca, tan maledicente el Lechón, porque al principio se sintió ofendido, de alguna manera herido en un puritanismo siniestro, y quería airear sus sospechas. Creo que nunca dejó de pensar eso, pese a sus declaraciones en las reuniones de padres, aquella colocación de las cejas en posición de consternación, él, que jamás fue capaz ni de enterarse de lo que había pasado. El Lechón, que era nuestro profesor de Arte, sus manos blancas olían a orificios humanos. Una mala persona.

—Lo que no entiendo es por qué estamos hablando de esto ahora.

Estoy furiosa.

Helena permanece en silencio, pensativa. Si la tocara comprobaría que está caliente. Me parece que ella tampoco sabe por qué hablamos de esto ahora.

El estanque se llena de más y más carpas.

—Que por qué hablamos de Blanca si el tema es que Juan me ha dejado.

La rabia se despierta por todos lados. La cara del Lechón y esta conspiración estúpida de mis propias amigas. ¿Qué sentido tiene acorralar a una chica adolescente que ya no existe —y me refiero a mí? ¿Cuántas veces viste a Blanca? ¿Cuántas veces os tendríais que ir todos a la mierda?

Desalmados.

Que yo no hablo de Blanca. Ninguno de nosotros ha hablado nunca de ella. ¡Nunca, ninguno! Para algo que hacíamos bien...

No me lo esperaba de Helena. Es una especie de emboscada para nada.

Me levanto para irme. Me pongo el abrigo.

—¿A cuento de qué me vienes ahora con esto?

Helena me mira aún sentada, los ojos brillantes hacia arriba titilan. Veo entonces en ella una herida propia. No sabe por qué me ha llevado hasta aquí en nombre de mi propio bien.

Recuerdo entonces que Blanca le caía mal. Era raro, porque a Helena le gustaba todo el mundo. Y luego con todo lo que pasó se sintió culpable.

Estoy a punto de recordárselo.

Pero no. Todo esto son bolas chocando contra bolas. Diciéndonos cosas unas a otras que ni pensamos, este cúmulo de choques.

Me voy abrochando el abrigo; fuera, al otro lado del cristal discurre la mañana de sábado. La mañana es soleada, es tranquila. Es grande, para todos. Es el mundo indiferente.

¿Y no soy yo la que también ha empezado a pensar en Blanca? ¿Por qué me ha dado por desenterrarla, por qué aparece tanto en mis recuerdos? Es como un corte profundo. Un corte profundo y se ve hueso. El hueso es Blanca. ¿Por qué?

¿Cuántas veces fui a casa de Blanca? No. Lo. Sé. Qué. Más. Da.

—¿Por qué hablamos de esto?

Me desabrocho el botón que me acabo de abrochar. Me quedo de pie, mirando la calle desde la penumbra de dentro.

—En serio, ¿a qué viene esto?

—Nadia. —La voz le sale floja y carraspea—. Perdóname. Lo hago todo mal.

Los chicos que se sonreían ya no están frente a frente, están uno al lado del otro, los dos muy juntos en el banco tapizado

de rojo. Dos camisas de cuadros, dos barbas, uno alto y otro bajito. No dejan de sonreír mientras se hablan. «Son dichosos», pienso. Dichosos.

—Quédate solo con que te vendría muy bien ir a la psicóloga. Perdóname.

La oigo como de lejos.

—Perdóname —repite Helena.

Le tiendo la mano y ella me ofrece la suya automáticamente.

Entonces empiezo a apretársela. Poco a poco. Ella va cambiando de expresión. Conforme aumenta mi fuerza parece más desvalida. Hasta que llego a ese punto en el que hace daño. Cambia su gesto, se mezcla la cara de dolor con la risa: comprende.

Nuestra vieja técnica para pasar a otra cosa. Hacernos daño, molestarnos de cualquier manera disponible en el momento.

Me mira sorprendida y, como entonces, hará lo que se me ocurra.

—Se acabó. Vámonos —le digo.

En la calle, el frío es limpio y luminoso. Salimos de la cueva al aire libre y nos transformamos, nos han salido piernas. Atravesamos la plaza, pasamos al lado de un banco en el que hay tres viejos alcohólicos hablando de política al sol.

Helena sin su prole, sin Alonso, lejos de su casa de la sierra. Se ha escapado conmigo, otra vez. Subimos calles estrechas, bolardo a bolardo.

—¿Has visto a Juan?

El traqueteo de la maleta le quita importancia a la pregunta.

—Sí. El día que fui a por tus cosas.

Hay un pequeño tumulto frente a un portal. Unas cuantas personas miran hacia arriba.

—Un cerdo vietnamita —dice Helena.

Está encerrado en un balcón estrecho, al lado de una bicicleta colocada en vertical.

—Está chillando como un cerdo —dice una señora muy pequeña. Va en bata y lleva colorete. El pelo corto y gris, liso y muy pegado a la cabeza, sin peinar. Lleva deportivas negras—. Ha estado ahí toda la mañana el cochino y puede que toda la noche.

—Pero pobre animal —dice una chica con unas rastas grandes como serpientes—. ¿Qué piso es, señora? —Dice «señora» tan castizamente que parece que va a bailar un chotis—. Que llamo. Que le abran. Tendrá que beber.

El cerdo nos mira con sus narices lacrimeantes. Nosotras seguimos nuestro camino.

—¿Vamos a tu casa?

—Mi casa está embrujada.

—Pues mejor. Vamos.

—No, todavía no.

Helena asiente. Acepta mis rarezas como si fueran algo respetable más allá de su entendimiento.

Nos cruzamos con un director de cine que camina solo, con cazadora de cuero y ojos sondeadores. No recordamos su nombre.

—Juan me pidió que te dijera que necesita verte. Él te ha hecho la maleta.

Me mira, tanteando.

—Apenas hablé con él. Nos tomamos una cerveza de pie en la cocina. Le dije que estabas bien. Que necesitabas un tiempo.

Añade:

—Estaba un poco desmejorado.

Frunce la nariz un instante, un gesto nervioso y rápido que no reconozco.

—¿Ya sabes quién es ella? —le pregunto.

—No, no.

—Yo sí. Es una compañera del trabajo. Una intérprete de chino. Muy, muy guapa. Se llama Eva.

—¿La conocías?

—Una vez vino a nuestra casa a cenar, con más gente. Me pareció simpática.

Vamos cuesta arriba.

—Es muy atractiva, ¿sabes? —continúo—. Seguro que están viviendo una pasión. Si Juan parece desmejorado, será por la pasión.

He dicho esto con tanta facilidad. El único esfuerzo es el de subir la calle, respirar mientras hablo, los músculos y pulmones trabajando. Mi cuerpo es un caballo al que monto. He repetido la palabra «pasión» con tanta, tanta altanería. Soy un jinete que pasea por encima de las cosas, sin tocar el suelo. *Seguro que están viviendo una pasión*, así es la vida y así soy yo de magnáni-

ma.

Pero sé que esta actitud es tan fugaz como el coche que ahora cruza la calle delante de nosotras y desaparece: a saber dónde estará dentro de un rato.

Helena mira el suelo. Se imagina a Eva. A Juan y Eva.

—Qué tonto —dice.

Agradezco el gesto. Dice «Qué tonto», piensa, pensamos, sin darnos cuenta: *Qué envidia vivir*.

—Vamos a tomarnos un vino.

La maleta negra pesa, traquetea, sube y baja bordillos cada vez con menos contemplaciones. Me cruzo con un chico que tiene cara de águila y va tirando de una maleta por la que asoman cuadros de gallos.

—Espera —le digo a Helena.

Hemos llegado al teatro Pavón. Las dos miramos de arriba abajo el edificio. Qué bonito, ¿años veinte? No es muy grande. Es estilo art déco, coqueto y elegante. La fachada es color crema y está cubierta por esgrafiados geométricos. Hay también dos galerías que sobresalen, con las esquinas redondeadas. Están decoradas con dibujos de girasoles que se enlazan, en tonos pardos. Me recuerdan el empapelado de mi habitación en la casa de mi tía. Al despertar me perdía en las paredes, en la repetición de figuras.

El teatro tiene al lado su cafetería. Los grandes ventanales discurren paralelos a la barra. La entrada está en chaflán. Qué bonita es.

—¿Te gusta? Voy a ver si hay sitio —me dice Helena.

Desaparece dentro.

En lo alto de la esquina del edificio se alza una especie de baluarte decorativo, coronado por un reloj. Tan superfluo. Sonrío al descubrirlo. Los ojos se divierten con tantos detalles. El edificio tiene la entidad de un juguete con sus piezas: el baluarte, las verjitas de la azotea, las pegatinas de los girasoles.

Las motos resplandecen frente al teatro y las mesas de la terraza resplandecen junto a las motos. En la acera de enfrente hay un muro largo cubierto de grafitis de colores muy vivos, azul, rojo, verde. La gente sube y baja la calle, todos rodeados por el mismo aire frío inmenso y cada uno sorbiendo de él su parte, un poquito cada vez.

Siento una alegría que debo contener. Miro alrededor como un superviviente que es consciente de que se queda un poco más aquí, en medio de todo esto.

Helena asoma por la puerta y me llama con la mano.

Me sacudo la excitación y entro en el edificio. En el bar, la gente se comporta con normalidad, comen aceitunas y no le dan importancia a estar vivos en un lugar tan bonito.

La barra es curva, metálica y larga. Tras ella, el cristal de las botellas de licores contra el mármol negro de la pared. El techo, no muy alto, tiene un artesonado de madera sin concesiones: las cosas se hacen bien.

El local tiene un tamaño confortable; suficientemente amplio, pero no demasiado grande como para dispersarnos. Eso no es fácil de conseguir. Las mesas, pequeñas y sencillas, están dispuestas a lo largo de los ventanales.

Nos sentamos en la barra, en unos taburetes de acero estilizados —inclino el mío antes para mirarlo un momento, con cuidado, como si fuera un niño pequeño al que quiero ver la cara.

Y Helena y yo nos sonreímos porque estamos contentas de estar juntas y, ahora sí, vamos a tener una conversación agradable.

—Un vino blanco, por favor.

Helena mira cómo le sirven la copa y yo cómo se mueven sus pestañas. Me parece inocente porque está ajena a casi todas las miradas que al día pasan por ella. Su belleza le hace parecer

siempre desprevenida.

Pienso en preguntarle por Alonso y los niños, pero no lo hago. Tengo la sensación de que se ha fugado conmigo, como cuando le daban permiso para quedarse a dormir en mi casa y aprovechábamos para salir hasta por la mañana.

Helena vivía en una colonia de chalets para militares, en la que había sido la casa de su abuelo. Era una colonia humilde y un poco decadente, aislada por su peculiaridad del resto del barrio. Cuando llegaba allí en autobús, tenía que internarme por una calle entre bloques de viviendas hasta que, de repente, parecía estar en un pueblo. Helena me hacía siempre un mapa descuidado en el que me dibujaba a mí muy fea y garabateaba cosas tipo: «A partir de la tercera mierda de perro, gira a la derecha. Trae Donettes».

Sus padres guardaban a sus tres hijos en un jardín. Irene, Antonio y Helena. Vivía también en aquella colonia la familia del hermano de su padre y se juntaban a menudo los primos y primas. Cuando pasaba con ellos alguna tarde me sentía pobre. Pobre de familia. Llegaba allí sola, acompañada por mi sombra, con aspecto de hambrienta, porque llegaba a una familia espléndida.

Helena estaba siempre rodeada de aquello, de la belleza de su padre y la de su madre, ambos siempre en movimiento creando el círculo —como esos perros pastores que son felices mientras corren. Antonio, Helena, Irene, los primos, las primas y algún amigo, todos merendando en el jardín, con los padres trayendo banquetas, tazas, chocolate, bizcocho, cerrando el círculo, y luego permitiendo que se abriera y todos se dispersaran por las habitaciones. Helena y yo subíamos a su dormitorio y yo sacaba los Donettes de contrabando (a ella no la dejaban comer bollería), miraba sus cosas y escuchaba los sonidos animados de la casa, llena de voces y pasos.

Pero a Helena, a los diecisiete años, no le dejaban salir más

allá de las doce. «Tienes que volver hoy a casa, no mañana», le decía su padre. Ella odiaba esa broma. No la dejaban hacer nada.

Me sorprendía que unos padres tan jóvenes, guapos y dinámicos fueran tan estrictos, mientras que mi tía Lourdes, que al fin y al cabo era una mujer mayor que se movía en silencio y tenía una vida lenta y sin sorpresas, me dejaba hacer lo que quisiera. Era la prima mayor de mi madre, la más tranquila de las criaturas. Hablaba poco, hacía sus cosas con un orden inevitable cada día. Era una presencia callada, suave y siempre benigna.

Cuando conseguíamos que Helena se quedara a dormir en mi casa, el plan consistía en salir hasta el amanecer. Mi tía se despedía de nosotras con toda su buena voluntad, dispuesta, después de cerrar la puerta y dejarnos volar, a tomarse el poleo en su sillón mientras veía la tele o leía algún intrincado novelón de Bernhard o Musil. No había tenido hijos, nunca le hizo falta mandar ni tener miedo. A la mañana siguiente nos dejaba dormir todo lo que quisiéramos y nos preparaba el desayuno. Mientras nos calentaba la leche y nos hacía tostadas, yo veía a Helena mirarla con gratitud.

Helena y yo nos afanábamos en aprovechar la noche, aunque a veces no sabíamos ni adónde ir y teníamos muy poco dinero en nuestras carteras de niñas. Salíamos con las amigas de turno, o solas. Acabábamos sentadas en la plaza del Dos de Mayo, diciendo tonterías, comiendo pipas con un mini de calimocho a nuestro lado en el suelo, mirando a la gente. En algún momento había que hacer pis entre los coches. Esas cosas. Cuando el lunes Helena narraba nuestras noches con una excitación renovada, yo la escuchaba maravillada: ¿nos había pasado todo eso?

Igual que suele pasar en el amor, en la amistad también una quiere más y, en este caso, era Helena la que quería más. Aun-

que Ingrid pasaba más tiempo con ella —porque iban juntas a una academia de inglés y eso bastaba para que tuvieran un mundo propio—, Helena me reservaba a mí su preferencia. Probablemente mi orfandad, la libertad de la casa de mi tía, mi lánguida manera de no aprovecharla, los libros que leía y mis salidas de tono la atraían.

Y yo no le correspondía del todo. Sé que en ciertos momentos la herí por esto. Aunque Helena era espontánea y en apariencia simple, tenía accesos de un enfado huraño, porque era fácil herirla de verdad. Las veces que se enfadaba conmigo siempre me pareció que ella debía de tener razón. Pasamos rachas muy divertidas, y descubrí una comunidad con ella: el modo de quedarnos pasmadas, la manera en la que el mundo a nuestro alrededor se volvía cómico o nos hacía parecer ridículas a nosotras. La risa de las desubicadas.

—Es que tampoco es tan dramático, ¿a que no? Eso es lo que pienso. Lo que pienso es: no dramaticemos. Solo te estás comportando a tu manera —me dice.

Está muy parlanchina por el vino y también, creo yo, por tener algo de lo que hablar conmigo —en vez de dar vueltas a la sopa.

Ya que si no nos hemos visto más a menudo es porque ahora no tenemos casi nada en común.

Pero las amigas que se han conocido en la adolescencia se han conocido hasta la médula. Crudamente, sin procesar. Y después, el solo paso de los años, aunque hayan sido años enteros sin vernos, va espesando la relación.

—Me estoy comportando a mi manera, que es rayando la locura, ¿no?

—No es eso.

Se queda seria.

—Mira, no sé. Ya sabes que yo no te entiendo. Pero aun así creo que sabes cómo actuar. Tú...

Helena me cree mejor de lo que soy. Niego con la cabeza.

—... tú, ¿sabes?, no me preocupas. Nunca me has preocupado —continúa.

Me río. Suena fatal.

—Tú tienes tu manera. Es eso. ¿Te acuerdas de lo que te dijo Esther aquella vez?

—¿Qué dijo aquella vez?

—¿Sabes que he estado recordando escenas de los viejos tiempos después de que quedáramos?

—Yo también. ¿Qué dijo Esther?

—Que tenías un animal en la cabeza.

—¿Yo? ¿Un animal?

—Sí, exactamente eso.

—¿Cuándo dijo eso?

—En clase. ¡Si te lo dijo a ti! Exactamente eso: un animal. ¿O dijo un mono?

—Pero ¿qué quería decir?

—Yo qué sé —dice Helena—. Pero dio en el clavo. Eso es lo que pensé. No sé si dijo un mono, no sé qué coño dijo, pero yo me imaginé un mono en tu cabeza.

Me río, cierro los ojos, a saber qué dijo, el vino también me está afectando a mí.

—Esther quería decir algo bueno —puntualiza—. Algo apoteósico. Perdona, ¿me puedes poner otra copa del mismo vino?

El chico que está al lado de Helena en la barra le dice algo, le señala el bolso, Helena lo cierra, y luego el chico le dice otra cosa y hablan. El chico tiene media melena, es rubio. Está con un amigo, al que ha dejado un momento apartado con su cerveza, mientras yo también permanezco aparte con mi copa. Hacemos un paréntesis.

El calor del vino, Helena, las caras humanas, la gente tan cerca, me hacen sentir viva.

—Me ha confundido con no sé qué actriz —dice Helena.

—Ya.

Añado:

—Con Angelina Jolie en pelotas.

—Por tu nueva vida.

—Por mi nueva vida y mi vieja amiga.

Brindamos.

—Yo seré la única mujer en el mundo que ha estado con un solo hombre —dice Helena.

Mira alrededor como si hubiera dicho una obscenidad.

Helena conoció a Alonso cuando eran niños, durante los veranos en el pueblo, en Málaga. Pertenecían a la misma pandilla de niños veraneantes y autóctonos, ella veraneante, él autóctono, todos igual de morenos, con el bañador bajo los pantalones cortos montados en la bici. Desde pequeños, con una seriedad y una constancia misteriosas, se emparejaron, como si su unión hubiera estado concertada antes de esta vida. Se hicieron formalmente novios cuando Alonso vino a estudiar a Madrid. Yo lo conocí cuando aún no lo eran, una tarde en la casa de Helena, y al principio pensé que era uno de sus primos, el que era de su misma edad y con el que tenía una afinidad de destino por nacer el mismo año. Incluso me resultaron parecidos. «Es Alonso», me dijo. Alonso, ese amigo del que hablaba con tanta frecuencia como de sus hermanos, el que se meó del susto cuando les persiguió una cabra vieja que tenía la rabia.

Así de fácil fue para Helena el amor. Un padre, una madre, un novio —absolutos, tan innecesario buscar otros.

Fue tan sencillo como para mí. A lo largo de los años las dos contemplábamos el trasiego sentimental de los demás desde la grada, como un espectáculo que nos causaba admiración. Qué de peripecias. Para nosotras había algo tan simple en la vida sentimental que la zozobra de los demás resultaba misteriosa.

Helena me mira, sorprendida por lo que ella misma va a decir:

—Nadia, ligarás.

Algo negro se desploma, como un vestido que se desliza y reposa en el suelo. Tal vez en esto consiste que el alma se te caiga a los pies.

Parezco el reloj de arena al que le han dado la vuelta. Estoy en el otro lado.

Es una sensación tan desagradable que creo que el vino me ha sentado mal y tendré que ir al lavabo.

Ahora sal tú al escenario, vamos a ver tus peripecias.

Tomo conciencia de mi situación en el mundo real, o sea, el mundo social. O sea: la selva. Tengo frío de nuevo. Llegará un momento en que no distinga el frío del miedo. Miro si se han dejado la puerta abierta, pero no. Lo que veo es un perro blanco sentado en el suelo ajedrezado, como si fuera una pieza. Tiene cara de bueno. Es un perro pastor.

El perro me tranquiliza con su mirada fija en mí. Doy un trago largo al vino. Me da calor. El camarero le ofrece una loncha de beicon. La olisquea con delicadeza, se relame, pero no la quiere y se disculpa bajando las orejas. Tiene cara de santo. Deja de estar sentado y me sorprendo al ver que sus dos patas traseras tiemblan. Hay algo triste en la desconexión entre las dos mitades de su cuerpo, entre su serenidad arriba y el desvalimiento abajo.

El desvalimiento parece más real.

—Te brillan los ojos —dice Helena.

Me encojo de hombros. Me acaricia el mentón. La mirada cariñosa de Helena sobre mí otra vez. Otra vez Helena toqueteándome. Recuerdo que de adolescente tenía la manía de cogerme de las solapas del abrigo y abrírmelo, y alisarme el jersey y meter sus manos en mis bolsillos, y acercarme a ella tirándome de la trabilla del cinturón. Tenía la sensación de que si pudiera me trataría como a una muñeca a la que se viste y desviste. Me pregunto quién será su mejor amiga ahora.

—No sabría ni cómo ligar —digo—. Es como si hubiera vivido en cautividad y ahora me soltaran: estoy echada a perder.

Nos quedamos calladas. Somos dos mujeres tomando vino en la barra de un bar al lado de dos hombres. De repente parece que están muy cerca.

—Imagina que quisieras ligar con... —Hace una señal hacia ellos.

—Imposible —digo.

—No tanto. Ponte en situación. ¿Te acuerdas de Tito? Tito te gustaba.

—Nos gustaba a todas. ¿No te acuerdas de que una decía «¡Hoy casi me da un codazo en toda la jeta en el pasillo!» y las demás chillaban «¡Qué suerte!»? Era gay.

—Sí.

Me fijo en el chico que habla con su amigo rubio. Tiene una barba negra un poco canosa, rasgos redondeados y regulares, ojos despiertos, rápidos. Él enseguida capta mi mirada y yo la aparto.

Tal vez sí sea posible ligar.

—El otro día cené con las compañeras del trabajo —dice Helena—. Salió el tema de los novios, exparejas, amantes y eso. Todos sus liazos. Y yo siguiéndoles la corriente: «Oh, sí, sí, ya, te entiendo. Sé de qué me hablas».

Le empieza a dar la risa.

—Los cojones sé de qué me hablas. Si supieran... Solo he estado con uno, ¡con uno! Soy como las señoras mayores que se casaban con el Eustaquio.

—Ni esas, Helena.

—Alonso tuvo esa novia a los dieciséis. La panadera. Él y yo ya no estamos en el mismo nivel porque la cuestión es: uno o más de uno. Yo, uno. Solo uno. Estoy en ese nivel.

Se queda callada, pensando algo.

—A veces, la gente cree que he desperdiciado mi vida. Lo

noto.

—A ver —digo.

Me inclino hacia ella y apoyo mis manos en sus muslos, una en cada uno, me inclino para mirarla de cerca a los ojos.

—¿Eres idiota? Todo el mundo desperdicia su vida.

Después de decir esto, le hubiera dado un lametón en la cara, que es el tipo de cosas asquerosas que hacíamos, pero bebo un trago de la copa, la dejo en la barra y pontifico:

—Especialmente follando por ahí.

El chico que habló antes con Helena se levanta del taburete y se dirige a nosotras:

—¿Os importa echar un vistazo a los abrigos? Vamos a fumar un momento.

Asentimos con los ojos muy abiertos. Creo que le he dado un puntapié a Helena en la espinilla, pero ella no se ha inmutado. Los vemos salir. Dos para dos. Todo es tan alusivo.

—Creo que ha oído la palabra «follando» —dice Helena—. Cuando vuelvan les hablamos, para que entrenes.

—¿Qué les vamos a decir? —digo—. Además, yo no sé hacerme la gilipollas.

—Somos unas zopencas.

Una pareja se acerca a la barra, a nuestro lado. Él viste un jersey formal, lleva el abrigo de paño bien doblado en el brazo y le pasa el otro por detrás de la espalda a ella, sin tocarla, para indicarle que se siente en el taburete. Ella va muy arreglada; cuando se sienta, apoya sus zapatos de tacón en el travesaño y puedo ver en la suela la etiqueta de El Corte Inglés pegada. Solo se miran el uno al otro.

Me huelo las muñecas. Aspiro profundamente, y envuelta en ese olor aún desconocido, miro la cara de la gente a mi alrededor.

Helena me coge la muñeca, aspira ella también, y cuando está así, tan cerca, oímos con claridad un beso. Tan cerca que

parece que nos hemos besado nosotras. Luego otro. Luego otro. A tiempo regular.

Helena alza las cejas. Es la pareja que tenemos al lado, apenas los veo de refilón.

—Te besarás en los bares.

Se detiene.

—Creo que cuando me digas que has conocido a alguien me sentiré muy sola —dice.

Pasa una sombra por delante de sus ojos.

Y a la vez, otra pasa por delante de los míos en dirección contraria.

No tenemos palabras.

En mi caso, ¿qué es?, un bosque de espinos retorcidos como el que rodeaba el castillo de la Bella Durmiente. La premonición de que el deseo de otro amor es un lugar yermo sobre el que ha caído una maldición.

Eva. Querría decir algo sobre ella, no sé qué. Hay que tener tanto cuidado con lo que se piensa y se desea.

—¿Qué? —me pregunta Helena y me pasa el pelo por detrás de la oreja.

Las dos sonreímos porque vuelve a suceder este gesto olvidado.

Los besos estallan cerca de nosotras a un ritmo regular. ¿Cómo pueden hacer tanto ruido? Se escucha perfectamente el viscoso chasquido de los labios al separarse. Parece que el objetivo del beso es producir un sonido.

—Parece una gotera —dice Helena.

Cojo la copa para que brindemos, aquí estamos, eso es lo único verdadero ahora mismo.

Aspiro el perfume de mi muñeca una vez más y miro al camarero, a la camarera, moviéndose tras la barra, caras nuevas como carne fresca. Los dos chicos han vuelto sin darnos cuenta, están tan a gusto charlando y al mirar yo, el de la barba me

mira.

Bebemos un sorbo más, inclinamos la cabeza a la vez, veo el artesonado sobre nuestras cabezas, el tiempo suspendido en este momento extraño, qué hacemos nosotras dos aquí como si todo estuviera a punto de empezar.

Algo me engancha y me despierta euforia. Estar entre dos luces. Salirme de mí. Tener una segunda oportunidad. Haber muerto y estar viva.

Digo:

—Creo que todos deberíamos romper.

Helena tiene la mirada un poco pesada.

—Dicen que todos deberíamos vivir un gran amor —continúo —, pero también tendríamos que vivir una «gran ruptura». La ruptura de tu vida.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que se dice del amor. Para tener una experiencia completa de lo que es la vida —digo.

Para que caiga una máscara. Para morir y ver que sigue habiendo algo vivo. Para dejar de evitarnos.

—Cuando vi a Juan —dice Helena—, pasó algo muy raro. ¿Te lo cuento? Estábamos en la cocina, y se abrió una cerveza. Llevaba una camisa muy bonita, típico de Juan, y a la vez que me fijaba pensé... A ver. Pensé algo así como: «Pero este, en realidad, ¿quién es?». Pensé como tú.

Estoy apoyada en el codo, noto mi cara caliente, como la suya.

—¿Sabes estas pelis en las que un extraterrestre o algo así suplanta a alguien? Su forma de mirar era otra. Físicamente está diferente y no sé qué es. No era él. Me quise ir enseguida y él lo notó.

De repente llora. Le tiendo la mano. Le doy un sorbo a mi vino cogiéndole la mano mientras acaba de llorar. No digo nada. Espero.

—Tenía cara de querer decirme algo. Pero yo me fui. Él creía que íbamos a comer juntos.

Se queda callada.

—Quería decirme algo. Él lo necesitaba. Perdón si digo cosas que no debo. Me haces hablar así —dice.

—No te preocupes.

Porque no siento nada. Nos quedamos un momento calladas mirando nuestras copas, como si buscáramos algo en ellas, un reflejo, una señal.

—¿Sabes? Cuando estoy contigo me pasa como cuando éramos pequeñas, que me parece que traiciono a Ingrid.

—Ingrid que se preocupe de que le den el Premio Nobel.

Se ríe. Demasiado, está borracha. Me contagia. Se limpia las lágrimas.

—Ay —dice—, traiciono a Ingrid. Y a quien haga falta.

Se queda mirando su copa. En sus ojos se mueve el reflejo dorado de la luz que incide en su copa de vino blanco. Dice, con una expresión ensimismada, extraña en ella:

—Todavía te echo de menos a veces.

Noto una luminosidad blanca abajo. Es el perro. Se ha sentado frente a mí y me mira. Ha hecho un movimiento en el tablero de ajedrez. Su blancura es perfecta. Los ojos negros y la trufa de su nariz forman un triángulo. Sé que no quiere comida. El perro santo va a anunciar algo.

—Te va a hablar o qué —dice Helena.

No puedo creerme que acabe de decir eso, cómo puede cruzarse su mente con la mía, cuál es la conexión entre las personas. Miro al perro santo. Me entran ganas de reír. Miro alrededor, las caras. Sí, conocer gente. Una sola vida no es suficiente, no es nada, no es nada. Cuántas conexiones hay que hacer.

Suenan los besos otra vez. Regulares y viscosos. Encadenados, aburridos.

—Puaj —dice Helena y se ríe con picardía, como si esos be-

sos ya tuvieran que ver conmigo.

El perro huele la maleta negra y lloriquea. Nos miramos —el perro y yo.

Helena me dice que se alegra de que nos veamos, aunque sea en estas circunstancias. Me repite que ha estado pensando mucho en los viejos tiempos. Me dice que podría avisar y quedarse a dormir en mi casa.

Pero yo le digo que no.

Tengo la sensación de que esto ya había ocurrido.

Me suele pasar en la cocina.

Por ejemplo, estoy batiendo huevos de pie y noto que hay alguien a mi lado, de mi misma altura y constitución. Este dato preciso lo percibo con mi propio cuerpo, como si fuera yo el molde y la presencia, el vaciado.

Entonces miro a ese lado. Parece que no hay nadie. Sigo batiendo los huevos, acompañada.

Desde hace unos días me ha empezado a pasar también en el dormitorio. Estoy en la cama leyendo. Y de repente, la sensación de estar con alguien interrumpe mi lectura, y miro a mi lado, y de nuevo adoptando la misma postura que yo, en la otra mitad vacía de la cama, siento una presencia pareja.

No se lo puedo contar a nadie.

Hoy ha aparecido en el salón. Estoy de pie mirando la maleta negra que he dejado en medio, bien cerrada. Pensaba abrirla por fin.

—No lo hagas. Llévala al trastero.

La presencia está a mi lado, con ropa cómoda como la que yo llevo.

El trastero tiene una bombilla desnuda que cuelga y se mueve un poco al tirar del cordoncillo que sirve de interruptor. Por eso, este cuarto aun siendo tan pequeño está emparentado con los sótanos de las casas de las películas.

Los primeros días me parecía que aquel era el cuarto donde el fantasma de la casa se recogía para dormir. Al pasar por el pasillo notaba que estaba allí dentro, enfurruñado conmigo como un adolescente con la puerta de su habitación cerrada. Desde hace un tiempo este cuartucho está vacío.

Abro la puerta del trastero, empujo dentro la maleta, cierro la puerta. Como si la maleta fuera un niño malo al que se castiga.

—Ya está. Olvídala —dice la voz.

Me parece que está detrás de mí y a la izquierda. Muy cerca de mi hombro.

Ahora la casa es para nosotras.

Hay un momento cada día en que miro fuera y solo quiero salir. Tengo una jaula en el pecho, una jaula entreabierta y un pajarraco saliendo como loco. Cojo al vuelo mi abrigo, mi cartera, a veces me voy con tanta prisa que me tengo que poner bien los zapatos a mitad de las escaleras.

Salgo del portal y es una zambullida.

Cuando vuelvo, la casa me está esperando.

—En mi barrio venden pelo —le digo a David.

David es la única persona que tengo para hablar de mis paseos por las tardes. No son conversaciones, sino más bien comentarios sueltos que se me escapan sobre cosas que he visto el día anterior.

Porque mudarse desde un barrio de la periferia al centro es como irse del pueblo a la ciudad. Ando por las calles algo encogida, mirando casi todo. Mientras camino se oye el sonido de los trallazos de las persianas metálicas. Es un barrio lleno de comercios que levanta uno solo, como uno solo sube la persiana de hierro para abrir y comenzar el día. Fruterías, tiendas de móviles y pequeña electrónica, peluquerías, herbolarios. Los restaurantes con los menús escritos en una pizarra se suceden; restaurantes que son indios, bangladesíes, árabes, senegaleses. Esta mezcla de blancas, negros, magrebíes y banglas y vecinas, y alcohólicos y señoras de la compra y del paseo, y modernos, y machos de toda la vida, y galgos y estudiantes italianos comprando en grupo para el piso, esta mezcla de tandoori, kebab, de frutas desconocidas y arroz con pescado marinado, y las tiendas de pelo y pelucas, y los cameruneses y los niños ecuatorianos, postecuatorianos, poscolombianos, vestidos con uniforme del colegio. Y los bares, los bares son madrileños, uno, otro, otro, el triunfo de la cerveza, las cañas, las dobles, las jarras, los cubos, y también se suceden los ventanales de las cafeterías, son escaparates ofreciendo su mercancía de café humeante y conversación. Carteles de conciertos, exposiciones, bailes, obras de teatro, levantamientos animalistas, reivindicaciones, amenazas al sistema y la gran fiesta de la bachata. Rebélate, reaccio-

na, baila, acaba con las nuevas tecnologías. Hay grupos de personas esperando en la calle ante portales sin letrero para participar en desconocidos eventos. Hay también mucha trifulca indescifrable.

—He visto en un escaparate el anuncio de una asociación de crudiveganos que bailan tango y son amantes de la bicicleta.

—A todo el mundo le gusta ser algo —contesta al rato David.

Una mujer se toma una jarra de cerveza y un bocadillo de calamares. Son las cinco de la tarde, pero está comiendo.

Habla mirando por la ventana. Es fibrosa, tiene la piel morena. La veo por detrás, pelo corto, casi rapado por la nuca. Cuello vulnerable y pendientes largos.

Tiene cistitis. Practica yoga kundalini. Está intentando levantarse natural. Tiene una casa de campo en la que caben diecisiete personas. Quiere quedar esta tarde con la amiga con la que habla. Pero la amiga no puede.

Tiene un amante. Un amante de mediana edad como ella. Ella le saca el león que lleva dentro. Tiene malos presentimientos. Es así, pum, pum, los hombres se descargan. Él tiene un perro que se lleva muy bien con el suyo. No sabe qué pensar. Pum, pum, se descarga dentro de ti. Él tiene una hernia. No puede hacer esfuerzos con la espalda. Es limpio. Ella no sabe qué pensar.

Escucho detrás de mí, una voz lánguida:

—Está escrito en las estrellas.

Quiero volverme a ver la cara del chico que ha dicho eso. Entonces, tras un silencio largo, alguien solloza a su lado.

—Éramos tan felices, te lo juro, te lo juro. Conectábamos tanto.

Esa voz: imagino una de esas cantantes delgadas de pelo largo y liso que desfallecen mientras interpretan una canción concienzudamente fútil.

—Tan felices. Es que era perfecto —continúa.

Intento escuchar más. Hay silencios muy largos. Me doy la vuelta. Dos modernos o algo así muy jóvenes. Ella tiene el pelo

largo.

Hablan de la ruptura de ella con otro chico.

La casa de la mujer está cerca de Toledo, tiene jardín. Su amiga podría venir y se podría traer a Lucas. Lucas es un perro. ¿Podría su amiga ir al teatro la semana que viene? ¿Tampoco? Bueno.

—Adiós, cariño, Marisol, cielo, llámame, adiós y mucha mierda.

Le da un trago a la cerveza. Se queda en silencio y yo la observo. Una cabeza vista por detrás, cráneo y pelo, es algo duro y simple. Parece mentira que allá dentro haya galaxias de chisporroteantes conexiones neurológicas, vida consciente. Y el delgado cuello, con síntomas de cansancio, sosteniendo todo eso. Desde fuera no hay ninguna señal de los chispazos, de los pensamientos que llegan a la velocidad de la luz.

Los chicos que están detrás de mí ríen de una manera extraña, atontolinada, como si estuvieran dormidos. Quiero verles la cara otra vez, pero tendría que volverme del todo.

La chica vuelve a llorar despacito. No ha podido convivir con su novio quince días seguidos.

Después está más animada. Después llora otra vez. Después dice, no sé si animada o llorosa:

—¡Es que yo quiero que siempre me vea guapa, quiero verle guapo!

Después dice que se tiene que ir a bailar claqué.

Hay una niña de unos diez años que se parece a Scarlett Johansson sentada sola a una mesa. Mira por la ventana. Hace un momento la niña relucía mientras hablaba con un hombre de una bomba fétida y sus amigas en el colegio. Pero ahora su padre o su tío está en la calle, hablando por el móvil al otro lado de la ventana, dándole la espalda. Lleva fuera mucho rato. La niña está frente a su vaso de zumo vacío, abandonada. Los adultos son volubles. Pero ella no puede pensarlo, las palabras

no llegan a formarse en su cabeza tierna, contemplativa. Su mente adopta la forma del vaso vacío de zumo, con los restos de la pulpa de naranja, el vaso que antes estaba dichosamente lleno, y no piensa nada. Espera como un perrito formal y desilusionado.

No hay nada en equilibrio.

No quiero volver a la casa aún. Ha anochecido. Decido dar un pequeño rodeo por Antón Martín. Entonces las farolas de la calle se encienden a la vez, en un silencioso «Hágase la luz». La iluminación anaranjada hace que el empedrado y los edificios parezcan un decorado. La gente pasa a mi lado y puedo ver bien sus caras.

Se cruza conmigo un grupo de chicas de unos veinte años que caminan con paso seguro, compactas, con el centro en ellas mismas. Ahora es invierno, pero llevan vestidos, camisetas de tirantes, pantalones cortos de verano. Desaparecen. Yo estaba entre ellas, era la de la derecha, la de la coleta.

Justo por estas calles descendíamos a una nocturnidad extravagante y algo cutre. Varias de esas noches de verano, que no fueron muchas, se funden en una.

Estaba con Helena y unas tres o cuatro chicas más que no sé quiénes eran, amigas de amigas, todas perdidas, buscando un local. A una de ellas le acababan de decir esa tarde que la universidad le concedía una beca para irse de manera inminente a las islas Galápagos a rodar un documental durante dos años. Aquello me parecía increíble. ¿De verdad iban a empezar a pasarnos cosas como esa?

Esa chica compartía piso en este barrio. Se mostraba desenvuelta y realizada, a años luz de mí. Se llamaba Rosa y no he olvidado su nombre a pesar de verla solo aquella noche. Deseé entonces vivir en estas calles; parecía que viviendo aquí te podrías convertir en alguien parecido a ella.

Nos dirigíamos a un sitio «infame», guiadas por Rosa, un lugar donde podríamos ver a una mujer que llevaba un parche.

Era la dueña y si le caías bien, te invitaba a alguna copa y te leía el futuro.

Encontramos el sitio, un local amplio y cuadrado, con un segundo piso desde el que se podía ver la planta baja como si fuera un patio. Había una luz azulada de pecera en la oscuridad. Apoyada en la barandilla, miraba la sala de abajo abarrotada de gente bailando. Bailar era raro, si lo pensabas. Moverse así. Era extraño que en cuanto caía la noche y nos dejaban sueltos, fuéramos a hacer eso, retorcernos como anguilas allá abajo, a veces con los ojos cerrados. Era bonito poder contemplar, sin ningún tipo de duda, que éramos absurdos.

Rosa me preguntó si yo también quería un gin-tonic. No me atreví a decirle que no sabía exactamente qué era eso ni si tendría dinero para pagarlo. Le dije que sí.

En el centro de esa noche, apareció la Vikinga.

Avanzando a través de la música, en la oscuridad azulada, vimos aproximarse a una mujer con un parche negro, el pelo recogido en un moño tirante, vestida como una especie de guerrera nórdica de espalda ancha, con un top de cuero desbordado por unas tetas descomunales.

Me maravilló la normalidad con la que se paseaba por sus dominios vestida así, saludando a la gente.

El mundo por la noche tenía otras reglas.

Rosa dijo: «Voy a hablar con ella». Y desaparecieron.

—Va a leerle el futuro —dijo alguien.

Yo entablé con otra de las chicas una intensa conversación sobre la telepatía que nos llevó a la cuestión de la vida en otros planetas.

Rosa llegó al rato tranquilamente, con un vaso de tubo que tenía un líquido fluorescente por el efecto de las luces. A pesar de que la música tronaba, se hizo un silencio.

—¿Te ha leído el futuro? —pregunté yo.

Me miró desconcertada, y la chica con la que hablaba de ex-

traterrestres lanzó una carcajada que hizo que la cabeza se le desplomara sobre el pecho, ¡eso era troncharse!, y lo que yo pensé es que no me enteraba de nada y que iban a descubrir que ni sabía qué era un gin-tonic, a pesar de que ya me lo había bebido, pero esa cuestión era intrascendente en comparación con la existencia de vida en otros planetas, y entonces me reí, se me tronchó el cuello también y cerré los ojos. «El gin-tonic tiene cloroformo», pensé, quería decírselo a Helena en voz alta, pero no podía.

—¡Madonna!

Nos zarandeamos unas a otras como si estuviera Madonna en la pista de baile y nos abalanzamos en tropel hacia las escaleras para bailar «Music» juntas.

Después salimos a la calle para irnos a otro local, y ninguna estaba cansada. Caminábamos sumergidas en el fondo de la ciudad, en un ambiente ambarino, entre edificios llenos de durmientes suspendidos que soñaban detrás de las ventanas a oscuras, y tuve la sensación que a veces se tiene en un cementerio, avanzando entre los nichos, que yo estaba viva.

Caminando cuesta abajo hacia un lugar clandestino, donde era muy probable que no nos dejaran pasar, el último lugar antes de ir a desayunar churros, miré en mi mano el anillo que Juan me había regalado hacía un año. El anillo esa noche era una niñería. ¿Qué podía ser, recorriendo de madrugada las calles con las otras chicas, en comparación con el vasto universo de la vida por delante? Por primera y única vez, me pareció una equivocación cósmica que yo ya fuera casi la esposa de Juan. Sería tan fácil rectificar el error como quitarme del dedo aquella sortija que, en ese momento, parecía de juguete.

Bajo por el centro de la calzada una cuesta empinada. Mismas calles. Voy con los brazos cruzados. ¿Dónde tenía yo apartado

ese recuerdo? No lo conservaba, estaba disperso por aquí.

Cuando muchos años después perdí la sortija en unas vacaciones por Almería, de tanto hundir mis manos en la arena y correr a darme chapuzones, me disgusté. Pero mi mano desnuda parecía más libre, como un ave sin anillar.

Entro en mi dormitorio. Cierro la puerta de madera hueca, que además cierra flojo. Parece la de la casa del cerdito que no construyó con piedra. Me gusta la sensación de cerrar algo endeble. No nos engañemos, cerrar una puerta no nos protege de nada.

Cuando la habitación gana intimidad para dormir y me quedo un poco más sola en mi propia casa, la presencia hace mis mismos movimientos: abre el embozo, se mete en la cama y al apagar la luz permanece conmigo esperando la llegada del sueño.

Cierro los ojos, pasa un rato. En este punto no hay diferencia de lo que se siente cuando duermes con alguien a quien no tocas, ni ves —pero sabes que está ahí. Dejo de respirar para comprobar si la otra respiración sigue escuchándose.

David lleva unos días envuelto en cierta hostilidad. Parece que mis palabras llegan a un salón palaciego donde nadie las recibe. Aun así le hablo de las cosas que veo.

—El otro día, estaba en una cafetería y se sentaron a mi lado unos señores que eran magos —digo.

David no dice nada. En realidad, no tiene por qué responder.

En la pantalla del ordenador tengo un aviso de mensaje. Juan. «Asunto: Maleta». Lo selecciono, a la basura; abro la basura y, después de unos segundos, no lo destruyo.

—¿Sabes si se puede cambiar el correo de la biblioteca?

—Creo que no. O no es fácil. Habla con Palmira.

No va a decir nada más. Está muy raro.

Cuando se despide al terminar la jornada y se va, mis ojos, siguiendo los designios de no sé qué fuerza, se dirigen hacia los carteles que me pidió que colgara y que tengo en mi estantería bien a la vista, pero para mí —oh, maldición—, hasta ahora, invisibles y olvidados.

Siento vergüenza. Pero qué destino de desencuentros tengo con David.

Miro la fecha del taller: mañana empieza. En Ribera de Curtidores. Taller de identidad de género. Colectivo LGTBI+. «Vive de verdad».

Suspiro, me desinflo y apoyo mi frente en la mesa un buen rato.

Soy tan capulla.

Porque sé que tampoco esta tarde los voy a colgar.

No quiero seguir así.

Siento una fractura entre la realidad, los movimientos que se hacen pisando la tierra, y la caverna de pensamientos que te llevan a la deriva sideral.

No me conozco, no sé por qué hago las cosas, no he tenido más control sobre mi vida que sobre los actos que llevo a cabo en un sueño. Algo vive mi vida, la fuerza que ha levantado mi mirada hacia los carteles en el momento que ella ha querido. Soy una cáscara vacía.

Escribo mi nombre en un post-it —porque a mi mano le da por hacerlo.

«Nadia», con mi manera de hacer la N mayúscula, mi letra redondeada y en un solo trazo, inclinada a la derecha.

¡Algo se remueve! Hay algo dentro de la cáscara.

«Nadia» vuelvo a escribir y de nuevo una reacción, un ciego movimiento fetal, algo que intenta despertar... Qué palabra mágica esta —tu nombre escrito con tu letra—, capaz de invocar al fantasma de una misma.

Quiero volver, quiero solidificarme y aparecer.

Me levanto, recojo mis cosas como si hubiera tomado una decisión.

Mañana empiezo —lo que sea.

—Te voy a saludar todos los días.

Un chico negro se dirige a mí con tanta decisión que creo que me conoce. Es bajito y le brillan los ojos de simpatía. Está de pie en una esquina con un monopatín.

—Vale —digo yo.

Él asiente y parece que se quita un sombrero y me abre paso para que siga mi camino.

Es sábado por la mañana temprano. Llevaba sin abrir la boca desde que me despedí ayer del guarda jurado de la biblioteca.

Atravieso la plaza, es otro día de invierno.

Algo en mí se encabrita, algo que sabe —y yo no sé. Miro a mi alrededor, la plaza tan de mañana, y me vuelve a doler el pecho, como si hubiera una alegría gigantesca por salir, pero aún es pronto. No puedo hacer nada con ella.

Igual que todavía es invierno y debe esperarse a la primavera.

¿Qué me pasa? Este dolor es algo que quiere romperme y salir, pero no puede.

Ya verás, ya verás

pero no ahora, no ahora

Enseguida me meto en el café Barbieri. Al empujar la puerta y traspasar el umbral desaparece la vibración ilimitada del aire de la mañana. Me adentro en el ambiente submarino del amplio salón.

La gente está sosegada, son sus jerséis invernales contra el respaldo crujiente de sillas de madera. Me siento en uno de los bancos rojo drama; los espejos reflejan la luz de los ventanales, las lámparas están encendidas para iluminar las mesas como si

fueran velas.

Dejo a mi lado el bolso; estoy aturdida.

En la casa, mientras limpiaba los cristales de uno de los balcones he tenido un ataque de alegría. Ha sido al echar un vistazo a la calle: no había nadie, pero se notaba la presencia de los demás, en sus casas como frutas a punto de caer de los árboles.

«La vida», he pensado.

Y luego, «¿Qué hago yo aquí?».

Me he metido dentro de la casa como para guarecerme, pero no he podido evitar por unos momentos no saber otra vez quién era yo.

Entonces he recordado a Ülga Monster. No es normal estar tan contenta.

Y he decidido que tenía que hacer balance. YA. En ese mismo momento. Despejarlo todo y poner los nuevos cimientos. Y me he bajado al Barbieri con una libreta a empezar desde cero.

Estoy un poco desorientada, con el filo de la mesa de mármol rozándome el pecho, y una chica plantada delante de mí. Por un instante, no sé qué quiere. ¿Me toca a mí hablar o a ella?

—¡Ah! Un café —digo.

Saco el bolígrafo y el cuaderno del bolso.

¿Por qué no tener un poco de fe en la razón? Ah, la clarividencia. A veces sucede.

Pensar mucho y descubrir algo. Eso es lo que voy a hacer.

Paso mi mano por la hoja en blanco del cuaderno.

Solo necesito establecer unos cuantos axiomas y, a partir de ahí, deduciré paso a paso el estado de mi vida y, una vez lo tenga delante, extraeré al menos una conclusión que me sirva de guía.

Así sabré con seguridad, por ejemplo, si estoy alegre o me voy a volver loca, o estoy triste en realidad o en el puñetero es-

tado de shock.

Además, voy a utilizar el poder de invocación de la caligrafía personal que descubrí ayer. Será el elemento alquímico.

¿Cuál es el punto de partida absoluto para empezar de cero?

Axioma primero:

«Juan me ha dejado», escribo.

Leo mi frase.

Mi primer axioma me resulta algo opaco. No me dice nada.

Es por este elemento: Juan.

«Juan», escribo.

«Juan», vuelvo a escribir.

Tal vez el poder de invocación de la caligrafía personal solo funciona para tu propio nombre.

Me pongo a dibujar a Juan de la manera habitual, la que utilizaba en las notas que nos dejábamos por casa. Con cabeza grande, manos grandes y ojos de niña. Y una pajarita. A veces se la dibujaba gigante, según lo tiquismiquis que me pareciera. La pajarita me da un poco de pena.

Bien. Eso es.

Vuelvo a dibujarlo a él, vuelvo a dibujar la pajarita. Esta vez no tiene el mismo efecto.

Escribo: «Ya no vivo con Juan».

Solo veo mi letra. Si hubiera escrito «Hola» a los diecisiete años podría contestarme con idéntico «Hola» a los cuarenta. Pero ¿por qué mi mente vuelve atrás, una y otra vez? Corre y va cuesta abajo hacia ese terreno.

Desde luego, dejar la mente en blanco es imposible, pero pensar algo concreto también. La cabeza funciona como le da la gana.

—¿Tú ves anime? —pregunta un niño.

Tiene unos ocho años y desayuna mientras abre y cierra las piernas por debajo de la mesa, acompañado por una chica que va en mallas, con un top rosa, una cazadora vaquera, y el pelo

de un feo tinte granate.

—El anime son dibujos que le gustan a la gente mayor —continúa el niño—. Si hay una circular en el colegio, ¿puedes firmarla tú o solo mi madre?

En el banco que hace esquina —es agradable esa esquina, tapizada del rojo del respaldo—, hay un chico con la mano apoyada en la frente leyendo un libro y haciendo anotaciones en un cuaderno.

—No eres muy alta. ¿Es que no comiste el bocadillo en el patio? Eso dice mi madre. Mi madre es más alta que tú.

La chica del pelo granate no dice nada. Tal vez es demasiado joven para saber seguirle la corriente al niño.

—¿Sabes qué es un leviatán? Es como un lagarto.

Menea las piernas. Está muy excitado. Creo que porque no solo es una adulta, es una chica joven, como las presentadoras de programas y series del canal Disney, del que se estará atiborrando.

—¿Jugamos a beso, verdad o atrevimiento? —propone.

—Ya hemos jugado antes —dice en voz baja ella, sin entusiasmo, tal vez avergonzada de sí misma o cansada del niño.

—Venga, te voy a hacer una pregunta: ¿te cae bien mi padre?

—Claro. Si no, no estaría con él.

Estos dos no son irónicos en absoluto.

En una mesa central hay dos chicos sentados frente a frente. Llevan cazadoras de cuero y toman cerveza. Aún no han terminado la noche. Tienen un aire gastado, de coche negro polvoriento. Hablan alto, casi en el mismo tono en el que han estado hablando en los garitos —aunque no molestan, hay aire suficiente y una música suave que no va a ningún sitio, flotando. Siguen demasiado acelerados para el ambiente reposado del

Barbieri, para las tostadas de aceite y tomate y los cafés calientes. Es una aceleración ya un poco renqueante. Dan sin notarlo algún manotazo. No vocalizan bien, pero ellos se entienden, ahí siguen, manteniéndose en la onda. Hablan de conciertos. Uno de ellos habla más.

—Respeto máximo, tío. Respeto máximo. La peña es la esencia, tío. El reggae. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—Sí, sí, tío, sí.

—Estoy flipando, somos de la misma esencia.

Están enchufados uno en el otro.

—Para mí es una jefa la negra. Esta canción, esta...

Se pone a cantar bajito. Se acerca aún más a su amigo y su amigo a él, como dos tortugas que estiran el cuello. Canta mal, pero con mucho cuidado, en un idioma que tal vez sea el inglés.

Luego hablan de los rastapijos y los niñatos, que están contra la esencia.

El chico que más habla parece arraigado en un tiempo anterior, los años noventa, por ejemplo. Hay una furiosa melancolía en él. Fidelidad. Al descubrir qué música le gustaba se descubrió a sí mismo. En el instituto fue a los primeros conciertos con sus amigos —y lo puso todo ahí. Pero ahora tiene cuarenta y los grupos se han ido disolviendo, mueren sus miembros o abandonan, algunos estilos se agotan... todo se gasta, pero si buscas, puedes reconocer aún la esencia, y revivir, bebiendo un poco, la edad de oro, con algún amigo que has conocido esa noche.

—Yo eso lo gozaba. La zona de ska. ¡Lo gozaba!

El chico que más habla arrastra la silla para atrás sin medir y casi arrolla a la camarera.

—Disculpa, disculpa —dice, azorado, demasiado alto y echa una mirada alrededor.

Sabe que se tiene que comportar entre la gente descansada y

recién duchada que se toma el desayuno. En el mesón del puerto no les han servido cervezas. Aquí se han portado.

—Es un tarao... pero mola mazo. Mola mazo porque es un tarao.

Después hablan de música balcánica. El chico hace ruido de trompetas.

Pide dos cervezas más y unas bravas.

Le llaman al teléfono.

—Raúl, tío.

Se lleva la mano a la frente, menea la cabeza y está un buen rato escuchando lo que le dice Raúl.

—Raúl, tío, no vayas. Ya sabes lo que hay, tío. Ya sabes lo que hay. Ya saaaabes lo que haaaay.

Cuando estira las palabras se estira él también hacia delante.

Escribo: «Ya sabes lo que hay».

«Juan y Eva», escribo.

Intento recordar una imagen de ellos dos juntos, el día de la cena: no hay.

Se acostarían en hoteles cerca del trabajo.

Este es el tipo de pensamiento que debería tener.

Cierro los ojos, me concentro. ¿Qué más?

Solo puedo entrever algunas imágenes de películas americanas, actores y actrices de cuerpos cuidados besándose y dejándose caer sobre grandes camas en habitaciones con muchos puntos de luz indirecta.

«Hola, queríamos reservar una habitación», escribo. Subrayo «queríamos».

—Es la hora de las movidas, Raúl. La hora de las movidas. Ella está allí con otro, sí. Ven a mi casa. No vayas para allá.

El chico se ha girado, da de lado a su amigo y se inclina hacia delante, con el pecho hacia sus muslos, volcado en su móvil.

—Pero tú eres tonto. Que no vayas para allá, que vas a hacer el idioooota. Ven a mi casa.

Intenta bajar la voz y se agacha todavía un poco más. ¿Es que va a meterse debajo de la mesa? Esa contorsión no se la permitiría si estuviera sobrio. Negocia con alguien desesperado.

—Haz lo que te salga de la polla en base a lo que hay. ¿Eres idiota?

El otro chico toquetea la pantalla del móvil con aire cansado mientras su colega ha desaparecido al otro lado de la mesa. Traen las patatas bravas.

—¿Qué necesitas saber? Ya lo sabes. La vas a liaaar, la quieres liaaar. Y solo vas a salir mal tú. Que te vengas a mi puta caaaasa, Raúl. ¡Raúl, Raúl! ¡A mi casa! ¡Raúl!

Emerge. Da un trago a la cerveza.

—Joder, tío.

Baja la voz todo lo que puede.

—Es mi amigo Raúl. Lleva cinco años con la pava. Lo han dejado, bueno, ella le ha pedido tiempo. Yo le hubiera dicho que no, porque ¿para qué quieres tiempo, para follarte a toda la peña? Él es muy sociable, estaba mucho con los colegas y a ella eso no le va, y la entiendo. Y mi amigo quiere ir a ver ahora si está con otro tío, que lo está, que yo lo sé. Dice que si lo ve, se acabará todo de verdad por fin.

Su voz es delicada de repente. Quién lo iba a decir. La amistad.

Salgo del café.

«Si lo ve, se acabará todo de verdad por fin». Mentira. Es incomprensible, pero no queremos que acabe el dolor, queremos

más dolor. Hago bien no acordándome de nada. ¡Hago bien!

Vuelvo rápido a casa, las pintadas de las paredes pasan veloces a mi lado, y los escaparates con productos asiáticos para el pelo, botellas de aceite de coco, bálsamo de tigre y tiendas de alimentación tan coloridas como las floristerías indias, con sus dueños sacando las cajas de pimientos, jengibre, zanahoria, y más allá un tendero con su carretilla de almacén bajando mercancía de una furgoneta blanca pegada a un bolardo, cruzándose con dos chicas que rebotan en las bicicletas con motor sobre los adoquines mojados por el camión de la limpieza que va regando las calles. Un chico que va con la camiseta de Messi le besa la mano al hombre santo de la túnica color turquesa.

—¿Qué pasa, que ya tienes otra novia, que no me llamas?, ¿eh?, ¿eh? —dice una chica con acento cubano hablando por el móvil.

Llego a mi calle. Mi portal está allí, arriba en la esquina. Se oye la música de la iglesia evangelista que hay en un bajo, frente a la peluquería bangladesí. Paso por delante de la puerta cerrada; al otro lado ya están las maracas en marcha como un viejo tren, y los cánticos y las palmadas, una maquinaria sonriente que bombea, hacia delante, hacia atrás. Pasan muchas horas allí dentro. Los niños juegan fuera. Se disponen a jugar al fútbol en esta calle empinada. Tres niños y dos niñas de diferentes edades, todos menores de diez años. Han empezado con mucho ímpetu el partido, cuesta arriba, sin definir el campo, ni repartir los equipos.

En el escalón de mi portal hay una mujer rubia sentada, con la bolsa de la compra al lado. Es elegante y está embebida en la conversación. Se aparta para dejarme pasar sin mirarme. «Tenemos que hablar, por favor. Tienes que dejar que me explique, la última conversación fue un desastre, un desastre. Yo...».

Entro y cierro la puerta. No sé si va a decir «Yo lo siento» o «Yo te quiero».

Me he pillado en el salón pensando en Dumont. Probablemente bajo el influjo de la lámpara de cristales.

Dumont era cirujano y campeón de ajedrez. Cuando yo unía estas dos ocupaciones, mi imaginación me ofrecía el retrato de un aviador de los años veinte. Además había patentado varios inventos. Ese era el padre de Juan, al que solo conocí como al personaje de una narración. Un personaje al que me alivió no tener que tratar, porque me seguía imponiendo de manera póstuma.

En Juan vibró siempre la admiración al pronunciar aquel nombre, siempre Dumont, nunca «mi padre».

Tuvo a Juan a los veintipocos con una mujer que le doblaba la edad y que los abandonó a los dos para volver con su marido. Ella falleció poco después.

La última pareja de Dumont fue la mujer del tiempo. La mujer del tiempo era otro personaje. Dumont falleció a los cuarenta años, como vaticinó él mismo, en un accidente de moto. Vestido de negro, con su casco negro, en su moto negra. Daba la impresión de que se dirigía hacia la muerte.

Pero la anécdota principal es la de la operación. Una de las primeras intervenciones de Dumont fue la operación del labio leporino de Juan. Aquel joven brillante, serio, obstinado en recorrer rápido su propio camino puso en la fría mesa de operaciones a su propio bebé. El resultado fue excelente y alabaron en Dumont la serenidad, la precisión y un sentido de la estética de los órganos solo propio de los grandes cirujanos. El jefe de la unidad del hospital le dijo que había olvidado la dignidad de su arte y que viéndolo a él en aquel quirófano se la había recor-

dado. Dumont, a su vez, deseó no convertirse jamás en alguien como aquel jefe olvidadizo —cosa que se cumplió.

A mí me parecía que aquella intervención ponía a padre e hijo al nivel de ciertas historias de personajes míticos: Ulises y Telémaco, Ícaro y Dédalo.

Me dejaba pensativa ver el parentesco de Juan, a quien tenía al lado, un chico tangible en camiseta, con el heroico Dumont. A veces pensaba en su padre y en mi madre, reina de muertos, y nos veía a Juan y a mí, en la cocina, preparando la comida, pelando patatas, encendiendo fuego, abriendo y cerrando armarios, como dos hermanos de la estirpe humana que teníamos que salir adelante juntos. Nuestros progenitores eran de otro mundo.

—¡Dame eso!

Un único grito de furia resuena en la madrugada.

Golpazo a un contenedor vacío.

—¡Que me des eso!

Es la voz de la arpía en pleno ataque, la rabia araña la garganta queriendo destrozarla, como a cualquier cosa que se encuentra a su paso.

—¡Dame eso!

Cuando las calles se han quedado desiertas, y casi todo el mundo ha tenido suficiente y se empieza a retirar, todavía a esta hora, las cuatro o las seis de la mañana, dan vueltas inconsolables las yonquis.

—¡DAME ESO!

Parece la misma voz de otras noches, pero no lo es. Las yonquis se parecen, la delgadez, la dureza, como si por dentro tuvieran ramas finas en vez de venas, y músculos correosos. La misma voz sin dientes.

La fuerza que las consume es una y da la cara en todas ellas.

—Dame eso.

Suaviza el tono.

—¡Dame eso, por favor!

Solloza.

—¡Por favor, dame eso!

Suplica.

Me levanto de la cama. La desesperación ajena resulta molesta.

«Dame eso, por favor», pienso yo por el pasillo, tambaleándome. «Dámelo, por favor», repito. Tengo el ceño fruncido. Ahora

estoy intranquila yo.

Qué quiero.

Los yonquis dan vueltas por las calles. La gente que ha salido de noche también, buscando local para consumir. Pero los yonquis siguen dándolas sin fin. Vuelta, vuelta, vuelta hasta pasarse de rosca. Son como las almas en pena que merodean alrededor de las estatuas. Y sus noches suelen acabar muy mal: alguien les tima, alguien les pega, se pelean con su colega, ellos mismos quieren llamar a la policía.

Miro por la ventana. Al principio no veo a nadie. Luego veo una silueta que está parada, como dormida, y se pone en marcha. Creía que se dirigía a alguien, pero la yonqui está sola.

Yo también tengo esa silueta dentro.

El estado de caída. Un cuerpo ya sin carne pero donde aún resiste el ansia. A los yonquis les ha devorado la avidez que tenemos todos dentro. La avidez que no se sacia, ahí está: en sí y para sí misma.

En la cocina, descalza, acabo de pisar algo vivo. Blando, se ha escabullido y he gritado: «¡No!».

Es la salamanquesa y temo haberle hecho daño.

—¡Mierda! —digo.

Me voy al salón con la manta. La noche es desapacible, tengo un dolor de cabeza frío. En la planta de mi pie se ha quedado pegado el tacto de la salamanquesa. Tal vez dormía.

Me gustaría leer a George Eliot. Me gustaría tanto. Quiero meterme en una habitación con una estufa y que haya dentro una persona buena que comparta conmigo lo poco que tiene —como mi tía. Quiero leer a George Eliot. Quiero calor y bondad —mi cabeza es una estancia helada. Leer a George Eliot. Es la primera cosa que deseo en esta casa. Es tal mi deseo que me pongo en pie, dispuesta a ir a coger de una estantería *El molino*

del Floss. Pero no lo tengo. ¡Claro que no lo tengo! ¡Dame eso!

Me tapo los ojos con las manos. Me dejo caer en el sofá. *Dame eso, dame eso, dame eso*.

Entonces noto que alguien se ha sentado a mi lado.

—Vuelve a la cama —me ordena.

Me levanto y voy al dormitorio. Duermo profundamente un rato. Me despierta un calor agradable. Soñaba que no podía dormir porque estaba acostada al lado de alguien a quien amo y que por primera vez duerme a mi lado.

Y al darme la vuelta, veo a alguien acostado, una mujer. Su cuerpo desprende un resplandor blanco que se ve a través de la manta. La cabeza reposa en la almohada, como si durmiera, pero me mira a mí. Sus ojos acuosos y negros se mueven en la negrura. No me asusta. Me duermo al momento, junto a ella.

Ya te reconoceré. Tú ya me conoces a mí.

La calle Argumosa es recta y plana en este barrio de cuestas. Hay allí un asentamiento de terrazas. Desfilo por delante de los hombres y mujeres que están tomando cañas arrebujados en sus abrigos, paso revista. Los coches aparcados parecen cabalgaduras en el abrevadero, con el morro cerca de las sillas metálicas.

Llego hasta una pequeña rotonda con una fuente. Al ver los surtidores de agua blanca, siento el aire frío hinchando levemente mis labios; el rumor que envuelve a la fuente propaga un frescor duro de invierno. Termina el paseo de terrazas, y el paisaje va cambiando. Como un enorme órgano vital, sobresale entre los otros edificios uno de un rojo intenso y brillante que refleja los coches, los árboles y las nubes. Tiene los ángulos redondeados. Está coronado por un voladizo descomunal.

Avanzo hacia el edificio. Empieza a percibirse la ciudad grande. Al fondo, al final de la calle que gira un poco y desciende, circulan los coches por la ronda de Atocha —que tiene seis carriles y ruge. Llego hasta ella. Aumenta la amplitud y la velocidad de todo. Llego a los límites de este barrio. Los coches y motos van y vuelven de Atocha enrabietados.

Pero yo sigo caminando pegada al edificio, tan rojo y brillante como un coche nuevo, y cuando veo una especie de hendidura en él, me introduzco y desaparezco.

¡Oh!

Me siento pequeña de golpe. Igual que Alicia en el País de las Maravillas, cambio de tamaño. Estoy en una gruta maravillosa. Es una especie de vestíbulo colosal abierto a la calle, pero cerrado por los edificios del museo —el antiguo y el moderno—,

y cubierto por el inmenso techado, de manera que resulta imponente y, a la vez, recogido.

El espacio está proyectado hacia arriba. Así se puede disfrutar de la verticalidad y del efecto que tiene lo grande en lo pequeño. El techado, hecho del material lacado rojo, está aligerado por unos gigantescos vanos rectangulares, cortados al bies, que tienen un aire clásico e irreal. ¿No son lo mejor de todo? A través de ellos, el azul del cielo parece ser también artificial y se incorpora como un elemento de este fantástico patio.

Es la ampliación del edificio del Museo Reina Sofía, diseñada por el arquitecto Nouvel.

En el centro está la escultura de la gran pincelada de cómic de Roy Lichtenstein, de por lo menos diez metros de altura; a su alrededor hay algunas personas dispersas. Pequeñas sombras solitarias.

Qué especie somos. Qué necesidad de desmesura.

Doy unos pasos más. No sé qué hacer. Llega amortiguado el sonido de los coches circulando fuera en dirección hacia la A-3, el centro, la M-30. Pero nosotros estamos aquí a resguardo, como niños debajo de una mesa gigante.

Pienso en ir al Carrefour mientras doy un par de pasos largos. Tengo cierta conciencia de derroche por estar aquí rodeada de tanto esfuerzo e inteligencia ajena. ¿No es este lugar una manifestación de algo así como una mente mayúscula? Echo vistazos dando pasos que no me llevan a ninguna parte. La mente mayúscula no pertenece a nadie concreto. La imagino con la forma de una telaraña palpitante que lo abarca todo. Perfecta. Está en otro nivel que el de las mentes del Carrefour y los pasos que nos llevan poco a poco de aquí para allá. Pero a veces, las mentes pequeñas dan un salto y se colocan en ese nivel, como la aguja de un tocadiscos pasa de una pista a otra. Pueden hacerlo. Y qué se ve desde allí, tal vez un orden geométrico de las cosas, su magnitud y exacto lugar en el conjunto, es

decir, la pequeñez de todo.

Me voy acercando hasta la librería del museo. Es muy bonita. Puedo mirar su interior a través de las puertas de cristal.

Entonces veo a Fanny. Está pagando frente al mostrador, habla con el dependiente.

¡Oh! Hay que encontrarse a las personas así, separadas de todo, para saber qué son y qué sentimos por ellas.

Lleva una parka verde voluminosa, con capucha de pelo, que la hace parecer bien abastecida. Creo que es su cabello rojizo recogido y algo ondulado, su pelo de prima mayor, lo que más me gusta de ella. Esta mujer será atractiva siempre.

La veo más alta. La protagonista de la película. Definitivamente no todas las personas somos iguales, por igualmente pequeñas que parezcamos al lado de las cosas grandes.

A unos pasos de ella está William, su hijo, mirando una vitrina con unos libros ilustrados de anatomía. Solo lo he visto en un par de ocasiones y está mucho más alto, con unas piernas largas de potro y el mismo pelo rizado, pero con la boca y las orejas más grandes y carnosas, como si hubiera empezado a crecer por ahí.

Y estoy a punto de encontrarme con Fanny, va a encaminarse hacia la puerta de cristal tras la que yo la miro, cuando recuerdo: Mandaste a la mierda a su hermana. Mandaste a la mierda a su hermana. Querría huir. Pero Fanny ya me mira y siento algo parecido al pánico. He sido cazada.

Es una mirada directa, acompañada de un levísimo movimiento de la barbilla hacia arriba, como para ajustar la perspectiva. O como alguien que sube a un bordillo para evitar la corriente de agua sucia en un día de lluvia.

Se acerca a mí, yo tiro de la puerta de cristal para dejarla salir.

—Hola, Nadia —dice.

Me da dos besos, me aprieta un instante el antebrazo.

—¿Qué tal estás? —me pregunta.

—Bien —le digo—. ¿Y tú?

Su cortesía es cálida. Es fácil seguirla. Intercambiamos algunas frases adecuadas, como jugadores de tenis que se devuelven la pelota sin fallar.

Soy consciente de nuestros abrigos; ella con su formidable parka verde, yo con mi abrigo de pelaje bermejo; ella más alta que yo, yo más pobre. Y sin embargo hay cierta igualdad. Frente a frente. Hay algo común que no sé qué es, algo así como estar en la misma batalla.

Ella es la hermana de Lau, es la jefa y amiga de Juan, es también la amiga de Eva. Pero desde su montículo, es capaz de estar en medio de todos y parlamentar conmigo como con una embajadora hacia la que se tiene cierta debilidad.

—William.

Fanny hace un gesto con la mano.

El niño está al otro lado de la puerta de cristal. Descubro con un sobresalto que nos estaba mirando. ¿No estaba demasiado serio?

—Hola —me dice William.

—¿Te acuerdas de Nadia?

—Sí.

El niño cruza las palmas de las manos, entrelaza los dedos y retuerce las muñecas hacia dentro. Me siento halagada. Se acuerda de mí y nuestro juego: ahora yo tendría que ir diciéndole qué dedo mover para que el cerebro se equivocara y moviera otro.

Me sonríe.

Tiene una boca grande y lleva aparato. Una cara simpática.

Me encuentro ya diciéndole lo que le deben de decir los mayores. «Qué alto, ¿has encontrado algo en la librería?». Él va

contestando apoyándose en una pierna, luego en la otra, la mirada a veces baja, pero con una sonrisa mantenida y benevolente.

Cuando termina el intercambio, él me dice:

—Espero que estés bien.

Después se dirige a su madre:

—Voy a mirar las láminas un momento. Avísame, ¿vale?

Fanny mira irse a su hijo. No dice nada.

Aunque yo estoy un poco sorprendida por la frase del chico, le digo a Fanny:

—Es encantador William. Qué educado.

Fanny asiente mientras sigue mirando a William, y me parece que piensa otra cosa, como si estuviera intentando hacer un cálculo complicado. Alza las cejas y vuelve a mirarme.

Su mirada es fría, azul, grande como el cielo, y sin embargo, la única que puede parecerse a la compasión. Tal vez sí se pueden ver las cosas como son.

Fanny me muestra el libro de ilustraciones que acaba de comprar para un amigo de William.

Tal vez ella conocía la relación de Juan y Eva.

—Verás —me dice.

Abre el álbum ilustrado. Al lado de Fanny sientes paz, igual que al lado de otras personas hueles su perfume. Que conociera la aventura, o que la encubriera incluso, son meros hechos objetivos sin ninguna importancia ahora mismo.

Dos niños salen de una casa con sendas palas en busca de un tesoro. Excavan y podemos ver, como en un hormiguero artificial, los túneles que van haciendo sin encontrar nada. A la vez, para nuestro disfrute malicioso, vemos cómo los túneles pasan rozando diamantes cada vez más grandes. Hasta llegar a uno que ocupa toda la página y que es rodeado por el túnel de los niños, que no encuentran nada y están cada vez más exhaustos.

Nos reímos.

—Tienes buen aspecto. —Hace un movimiento con los dedos como si apartara algo delante de mi frente—. Pareces más despejada.

Me mira unos segundos, y yo miro sus ojos cielo, que me observan desde arriba, ojos cielo abierto, cielo que solo es un inmenso reflejo de lo que hay aquí abajo. Ha de verme entera, Fanny; ha de verme en mi lugar.

Parece que algo está a punto de suceder en su rostro.

—Estás bien —dice.

Fanny me abraza. Es un abrazo firme más que cálido. Miro el techo rojo, los vanos rectangulares en lo alto mientras noto su presión. Me dice bajito, en la oreja: «Cuando puedas, llama a Juan». Me ha abrazado para poder decírmelo.

Nos separamos.

—Lo siento —me dice tocándome el brazo.

Parece una conclusión.

William está en el mismo lugar de antes dentro de la librería, mirándonos otra vez muy serio.

Le sonrío. Sale.

—Ya nos vamos, William —dice Fanny.

Nos despedimos. Los veo alejarse.

Es curioso, pero en esta gruta colosal ellos dos no se empequeñecen. Hay armonía entre Fanny y la Mente: todo esto puede salir de ahí, de esa cabeza pelirroja, dirigida ahora hacia su hijo. Esa cabeza tan pequeña como la de una araña que, sin embargo, es capaz de tejer una red gigante, resistente y simétrica.

De repente recuerdo. Fanny perdió a su pareja, el padre de William, cuando estaba embarazada. Y siento alegría, brota en un surtidor, cosquillea, no, nada de pena, míralos caminar juntos, qué de vida por delante, qué dos funambulistas que no caen, que no caerán.

¡Pero si Fanny trabajó en París en el estudio de arquitectura

de Nouvel! ¡Claro! ¡Iré al Carrefour! Giro sobre mis talones, emprendo con brío la marcha hacia la salida de la gruta. Tiene que ser posible ver las cosas en su justa medida. Ser ecuánimes. Podemos ser ecuánimes.

Tal vez yo debería llamar a Juan.

Recorría un intrincado paisaje de grutas, probablemente subterráneo; tenía una concha de caracol que hacía de mapa, el recorrido era en espiral, y estaba llegando al centro y tenía la sensación opresiva de que una vez llegara allí, no podría regresar porque todo se iba volviendo cada vez más estrecho. El camino se iba cerrando a mi paso, pero yo continuaba sin atreverme a mirar atrás. Llegaba al centro del mapa, había rocas cortantes llenas de algas, mis pies pisaban arena apelmazada, húmeda y fría, como en una playa al anochecer, solo que no había mar, ni sonidos. Juan estaba sentado allí, muy quieto. Parecía una figura de barro. De hecho, él era marrón. Me acercaba y percibía cierto aleteo en su cabeza; esta se movía como si estuviera recibiendo tirones. Al llegar a él descubría que unos pájaros diminutos le picoteaban el cuero cabelludo. Juan tenía los ojos abiertos y me miraba mientras su cabeza seguía recibiendo tirones. «¿Dónde estabas? Ahora ya no podremos salir».

Bajo al supermercado por la noche con cualquier excusa.

Salgo de la casa y me encuentro en menos de un minuto en un lugar con mucha luz, música y una gran sección de frutas y verduras con montones de colores. El Carrefour no cierra en toda la noche.

Necesito comprar bombones de licor. Mi tía los tenía en una caja de porcelana y se solía tomar uno después de comer. A mí me repelían, me parecían una broma de mal gusto.

En la plaza, justo frente al Carrefour, hay una escena desarrollándose. La gente está alrededor mirando como si fuera el rodaje de una película. Un hombre da gritos. Un coche negro le corta el paso a un taxi e interrumpe el tráfico en la plaza.

Mientras avanzo, en el hueco del cajero veo sentado con las piernas cruzadas a un chico joven, muy alto, retorciéndose. Su torso y su cuello hacia un lado, sus brazos para el otro. Está rojo, sudado, con los ojos cerrados, el ceño fruncido.

Quedo impresionada como una niña.

Delante de mí, caminando, dos chicos sofisticados dicen:

—Está a tope el cabrón.

—Yo quiero de eso también.

Tengo las orejas rojas, preferiría no haber entrevisto al chico contorsionándose. Es obsceno.

—¡Ella no va a ningún sitio! —grita el hombre al taxista, haciendo aspavientos

El hombre es pequeño y recio, velludo. Mafioso. Se mueve al lado del taxi como un león enjaulado. El coche negro que cierra el paso en la plaza es suyo. La gente dice cosas, qué pasa, está loco, vamos a llamar a la policía.

—¡Sal de ahí! —grita el hombre.

Del taxi sale una voz de mujer:

—¡Ella no va a salir! ¡Déjanos marchar! ¡Policía! ¡Policía!

El hombre se dirige a su coche, parece que se da por vencido y, de repente, se da la vuelta preso de la furia y hay un revuelo general de bandada de pájaros, ya no sé dónde está el hombre, la excitación general se aviva como cuando va a marcarse un gol. Veo de refilón que tres negros desde la otra punta de la plaza empiezan a correr hacia la escena. Van a poner orden. Pero yo ya estoy entrando en el supermercado.

En el súper suena REM. Las manzanas brillan, los pimientos refulgen. Por la megafonía recuerdan que no se puede vender alcohol a estas horas. En un lugar muy visible, cerca de la fruta, está repleta la estantería de coloridos preservativos y lubricantes.

La actividad no cesa para los demás.

Cuando he bajado a desayunar al mesón he tenido el presentimiento de que hoy alguien se me iba a acercar e íbamos a hablar.

Pero por ahora, nada. Estoy con mi café en una de las mesas con banco, de espaldas a una conversación.

—Todo lo que tenga un 7,5, hasta 150 millones.

Esto lo dice el hombre que tiene voz de listillo.

Me lo imagino como uno de esos chicos de traje de las inmobiliarias, pero evolucionado. Con las manos sudorosas para cerrar operaciones y en algún momento llevarse su parte.

La mujer, la clienta que quiere vender, tiene una voz señorial que sobrevuela el feo fárrago de las otras voces.

—Hay que hablar con el Ayuntamiento. Que me lo solucionen; llama a Gustavo por mí, dile que yo tengo la garganta un poco irritada, qué faena.

Son tres personas reunidas para cerrar una venta en el notario el jueves. No sé qué aspecto tienen. Lo raro es que además del listillo y la clientona hay, juraría, un yonqui.

Y de repente estos tres se han puesto a hablar de comprar edificios. Aquí en el mesón.

—Edificios no. ¿Y lotes de tres o cuatro pisos, Marilé?

El hombre listillo habla rápido. Se las sabe todas.

—¿Lucas? Bien, ¿y vos? ¡Oye! Necesito el jueves a las once para la Marilé. Es que antes es muy temprano, macho. Me lo tienes todo, ¿vale? ¡Venga! Ya está, Marilé, tú tranquila, ¿vale?, que antes de las doce habremos terminado. Voy a pedir otro café. ¿Queréis algo?

Se levanta para ir a la barra y le echo un vistazo.

Hala.

Un vigoréxico no muy alto, un hombre casi rectangular; de espaldas es todo culo beige, su traje es caro y también su corte de pelo y barba. No pega nada que esté en el mesón, al lado de dos señoras con pocos dientes que están pidiendo churros. Este sí se llevó su parte en algún momento.

Vuelve, hablan de otras cosas. La mujer enseña una foto de su hija.

—Qué guapa, Marilé. Es muy alta. ¡Demasiado para mí!

—Tumbadas todas son iguales.

Esto dice la señora de su hija.

Ríen.

—Tiene un novio que mide 2,20.

Después hablan de más negocios. Marilé pregunta quién compra. El vendedor dice que gente de Venezuela. Que también tienen pisos en Guatemala y están construyendo mucho en Brasil. Hablan de un club de fútbol. El yonqui es el sobrino de la señora y heredero de algo.

Después dicen cifras estipuladas, repiten mucho 12,5. ¿12,5, qué: por ciento, miles, millones?

—Si queréis doscientos —dice la mujer.

—¡Doscientos pa mí! —dice el sobrino, y ríe a lo tontorrón su propia broma y yo me doy cuenta de que así va a ser. Que a ese tío le van a poner de golpe en la mano mucho dinero el jueves, de momento.

Al oírlo, mientras doy vueltas a mi café, me voy encogiendo, deshidratando: me hago de golpe más pobre, la mesa de madera oscura me parece miserable, y los camareros que trabajan tras la barra también y las señoras sin dientes.

Y cuando se levantan puedo ver que Marilé es una mujer desastrada, lleva un jersey gris viejo con una mancha amarilla, y tiene una sonrisa continua y unos ojos al acecho, una combinación muy desagradable, una mujer preparada para gritar

«marrana» y para reírse a carcajadas de las señoras sin dientes y de cualquiera. Me recuerda esa figura del millonario que guarda bajo el colchón su dinero y vive miserablemente, enloquecido por el miedo a que su riqueza sea descubierta. El yonqui heredero es un chico joven que va hecho un pincel. Esbelto, elegante. Y sí, tiene cara de drogadicto.

Me siento desolada.

Cuando se han ido esos tres, el mesón me parece diferente.

Miro a los camareros, al chico de la tienda de discos que se toma un café en la barra. Nos siento encerrados en una pecera. Cada uno en la posición que le ha ido tocando en la vida. Sin oxígeno, sin posibilidad de tocar el suelo y pararse, sumergidos, sin oírnos unos a otros. Todas las personas que ahora veo.

En el asiento de enfrente, un banco corrido con una mesa de madera rústica y oscura como la mía, de espalda a la ventana, hay una chica trabajando con un Mac. A su lado, una senegalesa que ya he visto otras veces se toma un café. Comparten banco, pero no se hablan.

La mujer senegalesa tiene el pelo largo y liso, lleva un gorro de lana, no se quita el abrigo y mira a su alrededor con un deje de curiosidad y diversión. Y al lado, tan cerca, la chica inmersa en el portátil.

La conozco. ¿Quién es?

—Víctor es un buen chico. Su madre es peluquera, ¿verdad?

—Sí, una persona amabilísima.

—Muy educada.

—Pues tiene que andarse con cuidado Víctor. Menuda tiritona cogió el otro día.

—¡Pobre mío!

Tres señoras setentonas hablan con ese tono maternal de inflexiones agoreras, una voz con cadencia de otros tiempos. Al

rato me doy cuenta de que hablan de los concursantes de *Supervivientes*.

La chica del ordenador mira el móvil. Me recuerda a una película francesa, no sé cuál. La chica negra, a su lado, saluda con la mano a alguien que se va. Me gustaría verlas hablar.

La chica blanca aparta el móvil se toca una ceja, piensa. Sus manos son delicadas. La chica negra empieza a ponerse la bufanda.

La chica blanca tiene hambre. Le falta algo.

Y entonces me acuerdo de quién es.

Es una de las dos chicas bajo la luna. Vi su primer beso. Justo cuando la reconozco, como si hubiera oído el chasquido que he hecho al pisar una ramita, me mira.

Cuando voy a pagar a la barra, coincido con ella. Estamos una al lado de la otra. Es igual de alta que yo.

Se abre de repente una frecuencia de silencio entre nosotras para que la ocupemos.

Pero qué gran mentira es esta, que una persona se ponga a hablar con otra en un bar —como ocurre en las películas.

Pagamos, nos vamos.

En el cajero de Bankia está el chico que se retorcía después de drogarse a la vista de todos. Lleva ya varios días instalado en este hueco. Que los cajeros de los bancos sean el cobijo de los vagabundos es uno de esos detalles que pueden hacer pensar que todo está lleno de metáforas. La realidad entera, simbólica. ¿Quién decía eso? A cada paso, algo descifrable. ¿María Zambrano? ¿Esther? El chico está sentado con las piernas cruzadas sobre un saco de dormir y unos cartones. Es muy guapo. Pongamos que tiene veintitrés años. En el suelo, justo frente a él, tiene una bolsa de manzanas, un paquete de dónuts, una barra de pan, una botella de zumo. Es patilargo. Su piel es blanca, sin

ninguna huella de la mala vida de la calle. Tiene el pelo negro muy corto. Una barba juvenil, descuidada pero agradable, como cada detalle en las personas que son agraciadas. Está gloriosamente desabrigado, con una sudadera que le cae muy bien.

Un hombre que va con *El País* bajo el brazo se ha parado frente a él y le habla. Le da un bocadillo, le da dinero. Tal vez ese hombre añora a los beatniks, a Jim Morrison, algo así.

—Así que prefieres vivir en la calle —le dice.

Me doy cuenta de que el zumo, la bolsa de manzanas y los dónuts se los han dado otras personas esta misma mañana. Se ha despertado y tiene todas esas ofrendas.

El chico mira al hombre desde abajo, sin hablar, con la mirada del alumno que, sin hacer nada para ello, es el favorito e intenta seguirle la corriente al tío viejo que se le ha plantado delante.

El joven vagabundo tiene éxito. Es un superventas.

Se despierta después de otro colocón y se encuentra con comida. El zumo es de frutos silvestres y de una marca cara.

Sentado en el hueco del cajero, es un ídolo en la hornacina.

Mirad lo que adoráis, muestra la ciudad.

A la juventud, la belleza, que solo despierta avaricia. Y la avaricia siempre se disfraza de interés, de buen gusto, de preocupación, de simpatía.

Me gustaría hacer algo conmigo y con los demás para que las cosas cambiaran.

Este es un deseo muy extraño en mí.

—Imagina que una mujer coge un autobús y que, después de veinte años sin llegar a ningún destino, el autobús la vuelve a dejar en el mismo punto en el que se subió y ella tiene que bajarse con sus maletas.

—¿Qué? —dice David.

Suelta el bolígrafo sobre la mesa.

—Me has asustado —añade.

—¿Qué piensas de eso?

—Qué voy a pensar. Pues que qué mal.

Seguimos trabajando en silencio. Yo tengo pensamientos que se muerden la cola.

—Pero, por otra parte —David habla de repente y yo doy un respingo—, ha tenido suerte de haberse bajado del autobús, ¿no?

—Sí.

Y, al rato, continúa:

—Bien mirado, a lo mejor el autobús sí la ha llevado hasta su destino.

Estoy en la cocina cortando verduras sobre la tabla de madera. Justo cuando enciendo la luz anaranjada que hay sobre los fuegos, aparece. La veo de refilón.

Sigo cortando la cebolla.

Se acerca a mí. Ya está a mi izquierda, como otras veces. Entonces apoya su cabeza en mi hombro. Ve lo que veo yo. Cortamos cebolla, miramos mis manos.

—Yo siempre estoy contigo —dice.

Estamos un rato en silencio.

—Ya no cortes más. Ahora un poco de zanahoria —dice.

—Vale —digo.

Me apetece zanahoria, pienso.

—Ya lo sé —dice.

—¿Por qué vienes a mí?

—Eres tú la que ha vuelto.

Cenamos en el salón bajo la lámpara. He puesto la mesa.

Ella siempre está demasiado a mi lado: apenas la veo de refilón.

—Desde que estás aquí el tiempo ha empezado a fluir —digo —. El día se va ordenando bajo el antes y el después. Primero hago la cena, luego pongo la mesa, después como sin apresurarme.

Me escucha.

—¿Quién eres, entonces? —pregunto.

—Cuando hay silencio, escuchas mi voz, ¿verdad? —pregunta ella.

—Sí.

—Cuando no hay nadie. Cuando te quedas sin nada.

—Sí.
—Entonces ¿quién soy?

El primer día de buen tiempo llega como una buena noticia.

Bajo el escalón de mi portal, donde a veces se sientan los niños. El empedrado corre cuesta abajo y yo camino por su orilla mientras se oye la melodía repetida del piano que falla y vuelve, falla y vuelve, desde algún balcón con la ventana entreabierta.

Yo vuelvo a sentir este júbilo intempestivo. El mundo se vuelve más nítido, como si se ofreciera. No tengo que explicárselo a nadie.

¿Cuánta carga llevaba encima? ¿No estaba antes cada día aplastado por una prensa invisible? ¿Me quedaba la rutina como un guante? ¿Era ese guante el de un asesino?

¿Era yo una pieza con unos cuantos movimientos posibles en el tablero? ¿Puede el caballo del ajedrez hacer otra cosa que moverse según las reglas? ¿Y puede la misma reina? ¿Y puede el jugador que los maneja?

¿El remolino del amor lo absorbe todo y luego desaparece?

¿Para qué?

¿Existe una astucia ciega que hace que todo siga en marcha? ¿Es la misma gran astucia la que hace que los pájaros emigren, la que enloquece a los perros cuando corren en grandes círculos?

¿Estamos todos encerrados? ¿Podemos estarlo un poco menos?

¿Es la alegría del buen tiempo un amigo o un enemigo?

Entro en un restaurante de la calle Argumosa.

Me siento a una mesa para dos y el camarero retira el servicio que sobra y me da la carta del menú.

No tengo a nadie enfrente con quien comentar qué elegir. Me siento más expuesta, como si me faltara delante algo, por ejemplo una pared. Cierta ausencia marca mi comida. Por ejemplo, ausencia de conversación. Mi mesa es una isla.

Pero también hay algo de más, un plus: la elección de las verduras asadas y el bacalao ha sido totalmente mía, los cubiertos a cada lado del plato parecen más a propósito para mí, me centran, y puedo ver mejor las caras y, sobre todo, sentir que soy una persona más entre otras en este salón de comidas.

El camarero tiene el pelo rizado y es muy moreno. Aunque no resulta antipático, está demasiado serio. Le he podido mirar a los ojos al darle las gracias cuando me trae la botella de agua.

Como despacio.

Cuando el camarero se acerca para preguntarme qué quiero de postre, me dice algo que no entiendo muy bien. Habla quedo y sin expresión en la cara. Imposible adivinar qué ha dicho.

—Que si vives por aquí.

Tiene un ligero acento que no sé identificar.

—¡Ah! Sí. Cerca de aquí, desde hace poco.

Le sonrío, por ósmosis, porque él está tenso y yo no.

Él no sonríe, se da la vuelta como si solo le hubiera indicado qué postre voy a tomar, pero eso ni se lo he dicho.

Entonces se vuelve y le contesto antes de que me pregunte.

—Piña.

Tiene el ceño fruncido, no me mira, se va.

Cuando vuelve, le miro por si me va a decir algo más, pero él sigue con el ceño fruncido, incluso suelta el plato demasiado pronto, de manera que da un golpe contra la mesa.

Al fondo hay un televisor con el sonido apagado que proyecta vídeos musicales, gente bailando y riendo y bailando y riendo.

Noto la inquietud del camarero que va y viene de las mesas a la cocina. Es una vibración, como la de un abejorro que se ha colado en tu salón. Me tomaré el café en otro lugar más tranquilo.

Le hago una señal, vuelve con la cuenta en una cajita, no dice nada, se va, y cuando estoy dejando el dinero, oigo:

—¿Y cómo te llamas?

Aquí está otra vez.

—Nadia —sonrío—. ¿Y tú?

—Luigi.

Esta vez sí me mira y esboza una sonrisa. Se va de inmediato.

Me quedo pensativa mientras me pongo el abrigo y me voy.

Ha habido una especie de tocar y retirarse, de titubeo, de ir y venir, el comienzo torpe de una danza de cortejo.

Sin embargo, yo no sabría seguirla. No tengo oído. Iría a destiempo. Eso es lo que me va a pasar.

Pero cuando salgo fuera, al aire fresco y al sol, un ligero zumbido también altera un poco mi corazón.

Camino con una cadencia más lenta y voy mirando las caras de la gente; algunas de ellas, como si le diera la vuelta a una moneda, me miran también a mí un momento al pasar. Tardo un rato en darme cuenta de que voy sonriendo un poco.

—¡Pues a mí me quitaron el estómago y no pude ir a clase tres días!

He salido al balcón a mirar a los niños y niñas de mi calle: están en el escalón del portal de enfrente. Son seis o siete, de diferentes edades.

Un bangladesí sale al balcón con una toalla que le envuelve la cintura. Maneja ropa empapada y, claro, me lo imagino a orillas del Ganges en remojo. Pero ¿pasa el Ganges por Bangladesh?

Dejo la puerta del balcón abierta y continúo con mi tarea: he cogido una caja del trastero y estoy sentada en el suelo entretenida, examinando su contenido. Hay dos pares de prismáticos (unos de visión nocturna), cartas, llaves y candados, varios anuncios de peleterías.

De repente los gritos de los niños se orquestan, suben de intensidad, empiezan a repetir algo.

¡sárasáraSÁRASÁRASÁRASÁRASÁRASÁRASÁRA!

Parecen gaviotas. ¡Muchas, muy cerca! Se van desacompasando. Terminan. Se quedan un instante en silencio: ellos también parecen sobrecogidos por lo que acaban de hacer.

Alguien dice:

—Mi hermana tiene novio.

—¿Cómo se llama?

—Mario.

¡MÁRIOMÁRIOMÁRIOMÁRIOMÁRIOMÁRIO!

—¿Quién te gusta a ti?

¡YÚNEYÚNE YÚNEYÚNE YÚNEYÚNE YÚNEYÚNE!

La astucia del emparejamiento ya los ronda como un depre-

dador, los ha juntado en ese escalón en el que están arracimados, ya empiezan a estar, por un momento, obsesionados.

Luego juegan a otra cosa.

Tengo en las manos los prismáticos de visión nocturna. Se me ocurre que tal vez la señora de la casa los utilizara para espiar a los vecinos. He aquí un secreto. Los guardo en la caja y la cierro. Así nos sobreviven nuestras cosas.

De repente, como una corriente de aire que se levanta dentro de mí:

¡Évaévaévaévaévaévaévaéva!

—¿Sabes que hay gente que se dedica a grabar sonidos que van a desaparecer? Por ejemplo, de trabajos que se van a extinguir. Lo oí el otro día en una cafetería —digo.

David apenas me ha contestado con un «¿Sí?» y no encuentra nada que decirme en toda la mañana.

Cada vez le cuento menos cosas.

—¿Vas al metro hoy? —pregunto.

—Sí.

—Pues si quieres, vamos juntos.

Tarda un momento en contestar. Me parece oír «¿Y eso?», pero dice:

—Claro.

Los primeros días me preguntaba si me volvía en metro con él, la opción más rápida para llegar a mi casa. Pero yo, por no hablar, por pereza, en realidad no sé por qué, siempre le decía que no y cogía un autobús que tardaba bastante en llegar y en el que siempre pasaba frío.

Termina la jornada y salimos juntos de la biblioteca. Nos hemos despedido de Manuel el guarda jurado a la vez, como dos colegiales educados y caminamos en silencio en la explanada de fuera. Es apenas un poco más alto que yo. Lleva un bolso en bandolera. Camina con las manos en los bolsillos. Va cabizbajo.

Voy por la calle con un chico que no es Juan.

—No sé por qué me miras con cara de risa —dice.

Bajamos las escaleras de la entrada al metro.

—No es cara de risa —digo con cara de risa.

Lo que quiero decir es que no me río de él.

Avanzamos entre la gente, me echa una mirada, controlo mi

sonrisa, pero sus ojos se contagian un poco.

—Eres muy rara.

Pasamos los torniquetes.

Avanzamos por el metro, pero ahora a un paso menos apresurado.

—¿No quieres saber por qué me pareces rara?

Nos cruzamos con gente, nos rozamos con transeúntes que caminan apresurados.

—Sí, sí —digo.

Quiero poner todo de mi parte.

—Pues porque parece que estás en otro mundo.

Bajamos por las escaleras mecánicas. Después de decirme eso, se coloca delante y de espaldas a mí, en fila, para dejar bajar a la gente.

Llegamos al andén.

—Tienes razón —le digo para que continúe.

—Además... empiezas las conversaciones como si lleváramos un rato ya hablando. Y luego, te callas. Parece que hablas en sueños.

—¿Sí?

Siento un poco de vergüenza. El tren está entrando en la estación y solo compartiremos dos paradas.

—¿Te acuerdas del taller que dirigí con Sonia? —me pregunta.

—Sí.

Estamos de pie, el tren llega, le señalo un banco vacío.

—¿Cogemos el siguiente?

—Vale.

Nos sentamos. Pasa por delante de nosotros una corriente de gente con abrigo que acaba de bajar del tren.

—Me preguntaste si era gay.

—Sí, me acuerdo.

—Te dije que no era gay.

—Sí.

—Pero me hubiera gustado explicarte quién soy.

La frase me pone tensa. Es una frase que viene hacia mí y tiene una sombra que se va haciendo más grande...

—Soy un hombre transexual.

Asiento, con cara de póker. Por un momento se me olvida qué significa transexual.

—Quería decírtelo. Me gusta que quien trabaja conmigo sepa quién soy.

Es transexual. Me lo tengo que decir a mí misma despacio para no equivocarme: «Fue mujer, pero es hombre».

Después pienso que es una broma, que me está poniendo a prueba. No puede ser: esa barba negra tan tupida. Sin querer mis ojos la han enfocado.

Pero sigo sin hacer un gesto. Él se pone de pie.

—Estás roja.

Me llevo las manos a la cara. Farfullo que es por el calor del metro, me pongo en pie también.

Pero enseguida le miro diferente, mis ojos ya han sacado sus linternas. No puedo evitar buscar algún rastro que lo delate. Ni que le fuera a encontrar las costuras.

—Creía que tú no te ibas a quedar callada.

Nos quedamos un momento en silencio. El andén se está llenando de gente otra vez.

—Estoy pensando que estás muy bien hecho.

Alza las cejas.

—Ahora eres tú el que está colorado.

Llega otro tren.

Estamos de buen humor. Nos metemos en el tren. El vagón va muy lleno, no podemos hablar. Pero nos miramos, a punto de decir algo. Me fijo en sus ojos muy negros, muy brillantes. Me sonríe tambaleándose, cogido a la barra, y yo a él, con la mochila de una chica clavada en el esternón.

Siento una emoción infantil: la de conocer a un amigo nuevo.

Llegamos a su parada.

—Hasta mañana —me dice.

—¡Gracias! —le grito cuando acaba de salir del vagón.

Me quedo un rato perdida mirando a las personas. Estoy contenta. Veo a una señora mayor que está sentada, la cara abotargada, facciones caídas, las manos recogidas en el regazo. Lleva el pelo corto sin teñir. Parece una señora que ha trabajado mucho. La imagino vestida con el pantalón gris y la camisa del hombre que va a su lado, de su misma edad más o menos, también abotargado. A él lo imagino con pendientes, el pelo un poco más largo, y la misma postura recogida de la señora. ¡Oh! No sabría distinguirlos.

Oigo una vocecita a mi lado:

—¿Por qué las águilas siempre se ponen tan serias, papá?

Un niñito de unos tres o cuatro años ha hecho esa pregunta cuidando pronunciar cada palabra, «las á-gui-las», haciéndolas aparecer una a una.

El padre es un chico muy joven, que le mira y no le contesta. Está de espaldas al resto del vagón, protegiendo con su cuerpo, más bien pequeño, el de su hijo. Por fin le responde, muy suavemente:

—No lo sé.

Estoy cortando un pollo entero en pedazos, bajo la luz anaranjada del extractor.

La carne de pollo se parece, por lo visto, a la carne humana.

Después la voy a congelar.

—Mi corazón es un camafeo cerrado.

—Vale.

—¿Ves que es un camafeo cerrado?

—Sí. ¿Vas a volver a decir esas cosas?

Después me tomo un té sentada en el suelo en el balcón. Con las piernas recogidas, caben dos personas.

Miro a la gente. Nadie mira hacia arriba jamás. Si alguien mirara, le saludaría.

Pasa un buen rato. Nadie, nadie.

—¿Qué aprendiste en estos años? —me pregunta.

—No recuerdo nada.

—Tu naturaleza es difusa.

—¿Cómo te atreves a decirme tú eso?

Veo las hojas de un árbol cercano. Sopla el viento y tiemblan los cientos de hojas: verde y brillo, verde y brillo. Si tuviera oído verdaderamente absoluto las escucharía. Sonarían como aplausos, miles de diminutos aplausos, parecidos a los nuestros cuando estamos tan juntos como están las hojas.

Cierro los ojos porque me siento feliz.

—¿Cuándo vas a hablar de Eva?

—Eva era el amor.

—El amor es un destripador.

—El amor es un arquero.
—Vale.

David se ha cortado el pelo y ahora la barba parece más esponjosa. Tiene aspecto de recién duchado todo el día. Me ha dicho que va a darme una sorpresa y me pregunta si me apetece que tomemos algo después de trabajar.

—Claro.

Me contagia su buen humor.

—¿Sabes que las jibias tienen sueños con fase REM? —le pregunto.

Le hablo del libro que estoy leyendo. Le cuento que la evolución de las anatomías y el sistema nervioso de los animales ha tenido que ver sobre todo con las relaciones entre ellos para depredar o para huir.

—Escucha: *«El comportamiento se hizo dirigido a otros animales: observarlos, apoderarse de ellos y evitarlos. Vemos fósiles que exhiben la maquinaria de estas interacciones: ojos, garras, antenas»*.

David mueve la cabeza; se mira las manos mientras las abre y las cierra y me sonríe. Supongo que le parece demasiado extravagante lo que digo. A mí no me lo parece porque llevo un rato dándole vueltas. Sin embargo, al rato, después de atender a dos pacíficas señoras que son hermanas y que vienen juntas a elegir libros, él dice:

—Estamos aquí para depredar, reproducirnos y escondernos.

Cuando terminamos, vamos a un bar que está cerca de la biblioteca.

—¿Qué es la sorpresa?

David se da unos golpecitos en su cartera cruzada en bandolera.

Espero que no sea un regalo, no me gustan.

Frente a la barra, pedimos un vino y una caña. El camarero, joven y castizo, con un tatuaje en la muñeca, habla con una clienta mayor que está tomando un vermut.

—¡Vas a ser papá! —le dice la mujer.

—Eso dicen —contesta el camarero mirándonos a nosotros.

—¡La que se te viene encima! —dice alguien.

Mientras pone la caña, contesta:

—Lo primero que voy a hacer, sea niño o niña, es hacerle socio del Real Madrid.

El camarero tiene unas ojeras oscuras.

Imagino sus conversaciones de la barra cada semana sobre los resultados de la Liga (1-0, 0-1, 2-1, 1-2) y las polémicas (penalti sí, no, sí, no, fuera de juego sí, no) y las competiciones europeas (de este año, y del anterior, y del anterior y del anterior), y entonces va a ser padre, ¿qué pensar?, ¿qué hacer?, inscribir al bebé como socio del Real Madrid, y así tenemos la vida entera, la conversación con los demás, el sentido de cada semana, la satisfacción y la frustración, y ahora la paternidad reducidos a fútbol. Pero quién está libre de las neurosis colectivas.

Nos sentamos en una mesa. David al momento abre su cartera y saca la sorpresa.

Ay, no.

Conozco ese libro. Lo deja sobre la mesa y me sonríe.

Las muertas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Soy el mejor bibliotecario.

De repente me envalentono. Como si viera a alguien a quien desprecio y me hirió, se me suelta la lengua.

—Yo no conservo ni uno.

El libro de poemas otra vez.

Gané un premio de poesía a los diecisiete años. Hubo una ce-

remonia en un hotel. Lo único que vieron los adultos que me felicitaban era mi juventud. Yo era menor de edad. Esa expresión desde entonces me resulta obscena. Las miradas estaban llenas de avidez. Gente sofisticada bebiendo vino y mirándome de soslayo a mí, la menor.

No me gustó. Porque lo que yo había contado era terrible. Un amigo del editor casi me babeó encima y dos poetas intentaron emborracharme, uno a cada lado en una esquina, hablándome de Alejandra Pizarnik, de Rimbaud y de ellos mismos.

En la ceremonia se me reveló lo que había hecho. Había obtenido éxito de mi dolor. Algunos poemas eran puros. Pero muchos otros no. Me sentí avergonzada. La única capacidad que había mostrado al escribir aquello era la capacidad de ser muy traicionera. ¿Es que nadie lo veía?

Esos días los adultos no tenían límite. Tuvimos que descolgar el teléfono. Querían venir a hacerme fotos y yo decía que tenía que hacer deberes para que se dieran cuenta de quién era yo y que se estaban pasando de la raya. Duró poco.

Aquí está el libro otra vez, la portada de las estatuas: Perséfone apoyada en Deméter, sentada majestuosamente. El propio libro es ya una ruina de páginas amarillentas.

Pero por primera vez, al mirarlo no me repele. Desde luego, ya no brilla de éxito. Ha perdido la batalla. Oh. ¿Es que voy a reconciliarme con él?

Estiro el brazo para cogerlo, pero mi mano retrocede. Un campo de fuerza magnética de repulsión envuelve al libro.

Miro a David sorprendida, como si fuera un truco de magia.

Vuelvo a estirar el brazo y, sin pensármelo, pongo mi mano sobre él.

Mis ojos se llenan de lágrimas, el tacto despierta las glándulas salivares, un torrente empieza a correr en mi cabeza. Si levantara la tapa, vería una dedicatoria —un epitafio—: *«Para Mercedes y Blanca»*.

Estoy sorprendida. Dejo el libro en la mesa, cojo una servilleta, trago saliva, me seco los ojos. Pero todo sigue fluyendo.

David no dice nada. Me mira abiertamente. Mi nuevo amigo.

Moqueo, siguen brotando lágrimas que enjugo en la servilleta. Siento la cabeza llena de oquedades y corrientes subterráneas.

Dejo de llorar, estoy despejada. Más que un llanto esto ha sido un inesperado fenómeno fluvial.

—Nadie lo leerá más —digo con alivio.

—No esperaba que reaccionaras así. Lo siento —dice David.

—No es nada. Estoy bien.

El camarero me mira serio mientras echa otra caña.

—De todas maneras, todo eso me parece de otra vida —digo —. No tiene que ver conmigo ya. Es otra vida, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo.

Esta tarde, por fin, me acerco a la estación de bicicletas que tantas veces he mirado al pasar por la plaza y desengancho una. Es blanca y pesada.

Me monto. Las primeras pedaladas son duras. También dentro de mí empieza a girar un gran mecanismo oxidado. ¿Desde cuándo no monto en bici?

Hago fuerza, pedaleo, el manillar se me va a un lado y a otro, como si la bici cabeceara para deshacerse de mí. Bajo de la acera a la calzada, enfilo la calle Argumosa y el motor empieza a funcionar: vibra, vibro, pedaleo, voy cada vez más rápido, qué placer ponerse en marcha, el viento me da en la cara, en el pecho, en las manos y empieza a brotar lentamente la sonrisa de la velocidad.

Parece que el cuerpo recuerda algo, sí, mi cuerpo reacciona; mi cuerpo es un perro al que le suelto la cadena. Una perra, tan inocente como el perro, pero qué mal suena decir perra, ¿eh?, ¿eh? ¡Viandantes! ¡Perra, perra! Qué ganas de ir a todas partes.

¿Y si me suelto las manos, como hacía Axel, mi vecino, y pedaleo tan erguida como él, en verano?

Con qué determinación se ciñen las dos manos a un manillar. La bici, su estructura conecta con la mía y me hace más dueña de mí misma. Qué placer básico el de llevar tu cuerpo a donde te dé la gana. El murmullo del agua lo ensordece todo mientras rodeo el surtidor, me inclino demasiado, por placer, como hacía de niña y veo mi sombra en el suelo un momento, subo una cuesta traqueteando, demasiado rápido, el sonido del agua ya queda atrás, unas palomas salen volando a mi paso, dejan abandonado el montoncito de pan entre los adoquines, que bri-

llan aquí y allí con el agua del chaparrón que ha quedado retenida, sigo, tengo que frenar fuerte y haciendo mucho ruido al llegar al cruce. El sillín está demasiado alto, me desmonto de un salto y pongo los pies en el suelo.

¿Qué es esta sensación triunfal?

Miro atrás, miro a los lados.

¿De dónde me he escapado?

A mi lado hay un árbol que filtra la luz del sol.

Si todo esto estaba aquí fuera, ¿en qué caverna estaba yo?

¿Por qué tengo la sensación de que no estoy a la vista de nadie? ¿No estoy a punto de darme cuenta de algo, de quién...?

—Pareces de otro siglo emocionándote tanto por montar en bicicleta. Enclenque, pálida, deslumbrada. ¿Dónde has estado encerrada? Vamos a Sol.

—¿Recuerdas esto?: «¿Por qué será que durante el primer viaje que hicieron ustedes como pasajeros sintieron un estremecimiento místico al enterarse de que ni el buque ni ustedes podían ya ser vistos desde tierra?».

—Sí, lo recuerdo. Cuando escribas una novela, empezarás con esa cita. Ahora vamos a Sol.

Traqueteo, subo una cuesta, voy tomando las calles que me parece; doy un frenazo: calle prohibida. Sigo por otra, me cruzo con gente que camina en silencio.

Ya estamos en Tirso de Molina.

—Sigue, sigue. Vas un poco descontrolada: bien. Pasa entre esos dos bolardos. Casi te das con la rueda trasera: muy bien. Te vendría estupendamente darte una hostia. Sigue. ¡No puedes bajar por la calle Carretas! Es de sentido contrario. *Pero un día futuro, por la noche, de vuelta de una fiesta subirás Carretas de madrugada, te pararás en el semáforo en rojo mientras miras la cartelera de los cines Ideal y aunque hayan pasado dos años, segui-*

rás sorprendida de estar justo ahí tan sola, como un pájaro posado en una rama que, durante un instante, antes de volar, se da cuenta de que es un pájaro. ¿Es eso lo que ha estado a punto de pasarte antes? ¿Te atreves a meterte en ese túnel? Vas a pasar por debajo de la Plaza Mayor.

—No sé si las bicis pueden meterse en este túnel.

—Sí pueden, claro que pueden.

Bajo la cuesta de entrada al túnel; a la vez que me decido me arrepiento, estoy de golpe en el interior de un tubo reverberante, el corazón me late desbocado. El túnel está en curva; la contaminación ennegrece sus paredes, las luces naranjas pasan unas tras otras, desde el coche no parecen tan tétricas, una furgoneta viene detrás de mí, su motor suena muy alto en este túnel estrecho, suena por todas partes, está muy cerca, parece también delante de mí. ¡Es muy largo el túnel! Si la furgoneta me pita ahora me desplomaré. ¡Está demasiado cerca! Morir así, por una decisión tan rápida que a duras penas puedo decir que es mía.

—En realidad no sé si las bicis pueden meterse en un túnel.

Ya veo la salida, hay una bifurcación que estoy tomando: ¿a Ópera o a la calle Mayor? Quiero Ópera, pero ya estoy tomando una curva y emergiendo a la calle Mayor.

En la superficie otra vez. Suspiro. Voy detrás de los taxis.

—Espera a que el semáforo se ponga en verde al lado de ese taxi. Cabes.

—No. Aquí detrás estoy bien. ¿No hay demasiada gente en Sol para meterse en bicicleta?

—¿No quieres acabar el recorrido que te has propuesto?

Voy despacio entre la gente que camina en todas direcciones por la gran plaza del Sol. Mantengo el equilibrio casi parada, pedaleos en pizzicatto, hasta que encuentro un hueco para se-

guir. Veo una estación de bicicletas. Me desmonto, dejo la bici anclada en su puesto. Le doy un golpecito de despedida al sillín.

Miro alrededor, sorprendida: Sol me parece distinto. Me tiemblan las piernas.

Me pongo a caminar entre los demás; sigo con la sensación de que puedo ir a cualquier parte.

TERCERA PARTE

¿Por qué, justo hoy, he abierto la puerta del trastero, he sacado la maleta y la he llevado hasta el centro del salón?

Este movimiento simple ha estado rodeado de una sombra.

—No la abras. Vas a estropearlo todo. Lo haces para estropearlo todo.

Pero esta voz no va conmigo. Reniego de ella. Es un hecho que estoy sola.

La maleta está delante de mí y yo sé que la voy a abrir —a pesar de los presentimientos. Los presentimientos son y no son. Los hechos siempre ganan.

La he colocado debajo de la lámpara de cristales, en el centro de un círculo imaginario. La he situado ahí porque sí —sin embargo algo turbio se ha movido dentro de la maleta.

Mis manos ya la tocan, la tumban, aprieto los cierres, clac, clac, y espero un segundo.

Tú lo has querido.

Entonces noto que algo se va de la casa. Mis ojos ven la maleta, sí, pero a la vez veo la sombra irse de la casa. Lo veo o no lo veo, ya pasó, y yo estoy abriendo la maleta de par en par.

En ese momento, como el genio de la lámpara, Juan sale flotando de la maleta. Se ha liberado su olor, denso, con su exacta forma, y cierro los ojos, acto reflejo inútil ya, porque no he podido evitar el impacto. Los vuelvo a abrir, lagrimean, solo es una reacción física, mi corazón aumenta de tamaño y bombea más sangre.

Frente a mí está abierta la maleta.

En el orden de la ropa doblada siento el tacto de las manos de Juan. En la camisa negra, en el esponjoso cachemir azul

eléctrico del jersey, en los guantes que hay en un lateral reposa la bella paciencia de Juan.

Siento, con mi cuerpo inclinado sobre la maleta, el suyo, también inclinado sobre ella.

Me pongo en pie y noto algo parecido a la electricidad fluyendo por mis piernas y brazos, como si me hubieran reanimado.

Juan existe.

Es innegable. Juan está vivo y yo estoy viva también. Pisa la misma tierra que yo piso, nos une el suelo: paso a paso desde aquí podría llegar hasta él.

Me pongo el abrigo, cubro mi cuerpo fluyente, lanzo mis manos y cojo las llaves, mi bolso, abro la puerta y salgo. No sé adónde voy. Tengo la urgencia de quien se ha olvidado de algo y vuelve a por ello.

Al rato me encuentro al lado de la boca de metro de La Latina, esperando a cruzar un paso de cebra, yendo de un extremo a otro, como un animal en su jaula. Debería encaminarme a algún sitio concreto.

Cruzo la calle corriendo antes de que el semáforo se ponga en verde para los peatones. Ahora soy de carne y hueso, no soy una sombra ni un fantasma, conservo la temperatura corporal adecuada, tengo una estufa encendida, voy a toda máquina, este es el cuerpo que recuerda a Juan. ¡Podría ser! ¡Verlo hoy mismo! Podría ser, dormir contra su espalda —cierro los ojos un momento—, mi mano rodeando su cintura y la suya cogiendo mi mano. Pan para la hambrienta, descanso para la exhausta.

Tengo un hogar.

Podría ser ver su cara hoy, hoy mismo. Hablar con él.

No tendré más que decirle: «¿Serás idiota?»; solo eso, y volveremos a mirarnos, sus ojos azules y los míos, eso es un enlace atómico, es una unidad estable de la naturaleza.

La palabra «Juan» vuelve a significar mi tranquila felicidad, mi soplo de suerte. ¡Juan!

Todo tiene solución. Aprieto el paso. ¡Todo tiene solución! ¡Cómo no me he dado cuenta antes! Estoy en la plaza de la Paja, mi mirada recorre la fachada de un caserón renacentista. El orden, la solidez son imponentes y a la vez sencillos.

Juan vuelve a significar tú. Qué fácil será entendernos, Juan. No podemos separarnos, ¿qué locura es esta? ¿Qué nos ha pasado?

Entiendo tu pasión por Eva, cómo no, Juan. Entiendo cómo puede arrastrarnos.

—Les quiero leer «El almohadón de plumas», de Horacio Quiroga —digo—. ¿Sabes cuál es?

Vendrán a visitarnos a las 11.30 unos niños y niñas de primero de la ESO de un instituto cercano. Hemos decidido que él les enseñará la biblioteca y yo después les leeré un cuento. Parecemos un joven sacerdote y su mujer en un pueblo protestante, haciendo el bien en la comunidad.

—¿De qué va el cuento?

—De una recién casada que cada mañana se levanta más enflaquecida y pálida y débil, y su marido no sabe qué hacer. Sospecha que hay alguna fuerza del mal llevándose la vida de su joven mujer. Todo esto imagínatelo en el siglo XIX, con muselinas, y un palacete en el que retumban los pasos, con un patio de columnas blancas, con candelabros, la mujer en camisón largo, ataques de *influenza*, médicos que vienen a casa, el servicio, el romanticismo... Mira cómo empieza: «Su luna de miel fue un largo escalofrío».

—¿Cuántos años tienen los niños de primero de la ESO?

Me encojo de hombros.

—Más bien pequeños —digo—. Es el único cuento que se me ocurre ahora mismo. Tiene intriga. Es corto.

No parece muy convencido.

—La intriga siempre funciona —insisto—. Me voy a detener antes del desenlace, les preguntaré qué creen que va a pasar y haré sugerencias sobre algo maligno y misterioso.

—No sé si es adecuado. ¿Cómo acaba? ¿Qué le pasa a la mujer?

Sonrío triunfal.

No le contesto para que mi victoria se prolongue.

—¿O es una metáfora de la asfixia del matrimonio para las decimonónicas y todo eso? —pregunta—. Porque ese es un tema que preocupa mucho a los chavales, por cierto.

—Escucha bien: dentro del almohadón hay una garrapata viscosa que pesa por lo menos tres kilos y le succiona la sangre por las noches. No te has fijado en el título.

Miro a un chico que va de pie, muy recto, en el vagón del metro. Va con mallas y sudadera. Lleva las uñas pintadas de negro. Tiene unos grandes ojos rasgados que podrían pertenecer tanto al chico bueno como al malo de la película. Posee la apostura simétrica de un bailarín: parece atravesado de arriba abajo por un eje.

Algo en él me recuerda a Juan.

Me agarro a la barra y cierro los ojos. El tren se ha detenido.

La prestancia. Una cualidad parecida a la afinación en un instrumento, a la sobriedad cuando es bella, al equilibrio impuesto por una línea recta. Era su manera de estar en pie con el pecho extendido y la cintura tan flexible, dispuesto siempre a decir algo agradable y tranquilo a quien estuviera con él. En un grupo de personas, poco a poco, acababa siendo el primero —pero no por estar delante, sino por estar en el centro.

Entra más gente. Estoy rodeada de gente. Nadie habla. Nos transportamos juntos. Este es mi estado ahora, siempre entre la gente que no me habla.

La fila de asientos que tengo delante está ocupada por cinco personas de diferentes edades que miran el móvil.

Sube un chico enjuto y rapado en la parte más abarrotada del vagón. Se abre hueco al hacer palanca con su espalda, sin mirar a quien empuja, apoyándose en la parte de arriba de la puerta. Lleva una sudadera y un chaleco con calaveras, no mira a la cara. Nadie le va a rechistar. Cuando haya una guerra este es de los que hará atrocidades a placer. Los malos y los buenos. Todos mezclados en este vagón.

Cierro los ojos otra vez. Qué lejos lleva el pensamiento, qué

cansancio.

Me agarro a la barra. No quiero flotar, quiero pisar suelo.

Juan estaba arraigado en la tierra. Era fibroso, venoso, nudoso. Y sin embargo tenía esos ojos acuáticos en los que se podía reflejar todo, como en un lago se refleja el cielo entero. ¿Qué veía él que no podía ver yo? Porque sus ojos eran más grandes. Tenía un criterio ya formado, como si fuera un don concedido por algún espíritu benevolente al nacer. Su lista de convicciones higiénicas, sus objetivos, las personas que él admiraba.

Estaba hecho de una sola pieza. La única mella que había en él era la de la cicatriz de su labio, la puntada en la boca dada por su propio padre.

Llego al portal de mi casa sin darme cuenta del trayecto que he seguido. En el descansillo, sobre los buzones, hay un aviso de que un «extraño» entró ayer en el edificio e intentó abrir una vivienda: «Ruego extremen la precaución».

Abro la puerta y no percibo ningún arropamiento. Solo es un piso, tan indiferente como la habitación de un hotel barato.

Entro en un bar de viejos. Es pequeño y estrecho. Están aquí reunidos algunos parroquianos. Me miran al entrar. Han encontrado su lugar en este barrio gentrificado y multicultural.

Parece que el ambiente está cargado de humo aunque nadie fuma ni ha fumado. Pido un café y me siento al lado de la ventana, con la puerta de los baños a mis espaldas.

En el aire, ciertas sospechas de falta de higiene, tal vez mugre en los bordes de los azulejos.

Los señores del bar al principio están callados.

La televisión está puesta a un volumen demasiado alto. No sé a cuento de qué, están volviendo a transmitir la historia del crucero Costa Concordia, aquella mole que se hundió y cuyo capitán abandonó el barco.

Un parroquiano que está sentado en la mesa de enfrente comenta con rabia:

—España es el peor país del mundo. ¡El peor país del mundo!

Tras decir esto le da un ataque de tos bastante violento.

—Pero esto del crucero pasó en Italia. El capitán ese era italiano —le dice a gritos otro señor que está en la barra con un coñac.

—¡Pues ya lo sé!

—Qué sinvergüenza, huir así. Y tenía a la querida en la barca —dice el del coñac.

—Y todo lo que robaría antes de irse a pique. Ese se llevó todo lo que pudo antes, ¿qué te crees? —dice el dueño tras la barra.

No sé cuál de los tres hombres tiene la voz más cascada.

También hay una señora que se acaba de pedir un descafei-

nado. Dice:

—La gente ahorrando para cruceros y mira. A mí me dan un miedo... Por lo menos, si te matas en un avión, ni te das cuenta.

—¿Cómo que no te das cuenta? —dice el dueño, con la jarrita de leche en vilo, detenida—. Primero te enteras, te entra el pánico, tienes que despedirte, ¡las despedidas!, luego ves cómo pasa todo, cómo caes, los golpes, y te machacas los huesos y te quemas vivo.

—¡Hijo mío! Que yo tengo comprados los billetes a Canarias para la semana que viene.

—Ninguna muerte es buena. Si te da un ataque al corazón, duele; si te asfixias, es horrible —continúa el dueño.

—Yo creo que no te das cuenta: te caes desde ahí arriba y al llegar abajo ya estás muerto —insiste la mujer con cierto tono soñador—. La leche caliente, niño.

—La única muerte buena es si te quedas dormido —dice el del coñac.

—Pero, mira, vas un día por la calle y te cae una maceta en la cabeza y te mata —dice la mujer.

Y de repente, el viejo sentado a la mesa explota:

—¡Pero es que no hay que dejar las macetas mal puestas en los balcones!

Iba a beber y se me derrama un poco de café en la mesa ante tal exabrupto.

Entonces tengo un flechazo —hay pensamientos fatales.

Quiero hablar con Juan ya.

Ya. Ahora. Ya.

Quiero contarle a Juan las cosas que veo, lo que me está pasando. Puedo hacerlo.

Una explosión de alegría; me toco el corazón y me pongo en pie de golpe. Se me cae la cucharilla al suelo y la taza se vuelca

y se derrama lo que queda del café.

Los viejos se han dado la vuelta y me miran espantados.

Aquí llega el ataque al corazón.

—¡No pasa nada! —digo, con la mano en el pecho.

Pido disculpas, pago, no espero a que me den la vuelta. Querría decirles «Espero que no se mueran nunca», y salgo a la calle.

Vuelvo a casa y me la encuentro sin recoger: la cama deshecha, los platos acumulándose en el fregadero, una bolsa de la compra cruzada en el pasillo. Ahora soy yo hostil con la casa. Esquivo la bolsa para ir a la cocina a beber agua y dejo el vaso en cualquier parte. Me tiemblan las manos. De camino a casa me he ido calmando un poco y ahora me queda el mal cuerpo.

¿Qué me pasa? ¿Qué ha sido esa ocurrencia? No me fío de mí.

Me siento en la cama. Parece que hay alguien amordazado en algún lugar de la casa. Alguien a quien yo debería descubrir y liberar. Pero me quedo sentada en la cama.

Hay pensamientos fatales, ¿voy a estropearlo todo?

Pero entonces ¿qué es esta alegría suave y extensa como un campo de hierba?

Ha ocurrido así: levanto el auricular, marco el número y miro hacia las estanterías de la sección «Generalidades».

Escucho el tono. Respiro. Otro tono. Sigo mirando los libros por aferrarme a algo.

Por fin hablo.

Apenas tres frases.

Ya está, he dicho mi parte.

Silencio al otro lado de la línea.

Cuando estoy a punto de preguntar si me oye, Juan dice:

—Nadia.

Es un día límpido y desbordante. La primavera celebra hoy su victoria. *Cómo podéis olvidarme. Mirad lo que puedo hacer. Mirad cómo son mis días*.

Ayer llovió por la tarde. Y hoy sobre las nueve de la mañana, un chaparrón alegre y rápido, el último repaso para dejar el día con las hojas brillantes, y que todo lo que pueda relucir reluzca.

En un rato veré a Juan.

Tengo un nudo en el plexo solar del tamaño de un puño. Desde ayer por la noche. En la cama, lo aplastaba boca abajo contra el colchón. Es un nudo que se va apretando. Es no saber lo que deseo y a la vez, más adentro, saberlo, y más adentro aún, saber que no tendré lo que deseo y más adentro aún... Un puño y dentro otro puño y dentro otro puño a la altura de mi esternón.

Camino por la calle, en algún punto me ciega el sol, llego a la plaza, los negros están en sus puestos, paso al lado de tres que están sentados en un portal, ríen tomando un café humeante. El buen tiempo es de todos por igual. Qué suerte que haya cosas fuera de nuestro alcance.

Hay una especie de bendición de tibieza —y luz y paz. Me cruzo con una mujer que empuja la silla de ruedas de un anciano; el viejo sujeta en el regazo con avidez un periódico enrollado, su porción de todo esto.

Voy al mesón para llevar a cabo mi plan. Me sentaré en el banco al lado de la ventana para verlo llegar. En nuestras primeras citas yo llegaba antes para asegurarme de estar allí cuando bajara del autobús, sonriéndome, un chico de diecisiete años

con su abrigo de paño nuevo, los cuellos subidos para mí.

Pero cuando entro al mesón y veo a los camareros de las camisas amarillas y escucho el tintineo de las cucharillas, algo me envuelve como un abrazo inesperado, y todos los puños, uno dentro de otro, se aprietan a la altura del corazón. Qué es.

Veo a la chica en mi cama en la oscuridad.

Los ojos acuosos se mueven, me buscan, pero yo no estoy.

Miro si la mesa de la ventana está vacía. Sí. Pido en la barra. El camarero manipula la máquina de café. ¿Siento pena? Pero qué me pasa. Es cierta melancolía a la que no voy a prestar atención. Entra la señora de los tatuajes. «Buenos días, Carla», le dice el camarero a ella mientras me sirve la leche a mí.

Me siento al fondo del banco, de cara a la ventana que da a la plaza. En veinte minutos, Juan estará ahí.

Veo un trozo del edificio del teatro. Los tres carteles alargados de las obras caen como gigantescos marcapáginas y ondean, rojo, amarillo, blanco y negro.

Me llama la atención el cartel que imita la tinta china. El autor o autora de la pieza es Ji Yong-un. Se ven dos figuras fantasmales, sin rasgos, sin sexo, esbeltas y sinuosas, con cuerpo negro y cara blanca, los ojos cerrados, en un mundo nocturno donde en vez de sol hay siempre luna llena. Aunque son dos personas da la impresión de que solo hay una, por la conexión sobrenatural que existe entre ellas.

Pasa una pareja de yonquis —él y ella— justo por delante de la ventana, haciendo un barrido. Empujan un carro vacío de supermercado. Él lleva la camiseta roja de la selección española, INIESTA. Aplausos. «Prefiero que sea yonqui a que sea maricón», reza el adagio. Pues aquí los tienes. Van a buen paso, hablando,

entregados a sus asuntos como hacen las parejas, dejando una estela estridente.

¿Qué va a pasar? ¿Qué va a pasar en un momento?

El teatro tiene ante sí una superficie elevada en cuña para salvar el desnivel entre las dos calles en las que converge; en esa pequeña explanada la gente se junta antes de una función. Ahora ese espacio está vacío. Desde donde lo veo, está realzado por unos pocos escalones que invitan a subir y parece un escenario al aire libre. En los escalones se suele sentar gente; ahora mismo no hay nadie.

Estoy nerviosa.

Este es un momento que crece, la ola a punto de romperse.

Querría tener claro qué esperar antes de que llegue Juan.

Una señora con un carrito de la compra atraviesa la explanada del teatro. Va mirando hacia atrás y gesticula mucho bajo las grandes siglas del CDN, Centro Dramático Nacional. De repente se detiene y hace una cruz en el aire con un movimiento de su brazo tan amplio que parece haber lanzado un hechizo. Estira un dedo acusador, lo blande y da voces, aunque no se oyen aquí dentro. Es una señora más bien mayor que va a hacer la compra y está fuera de sí. Brama desplazándose por el escenario. Reparo entonces en un hombre de pelo blanco que está plantado como un pasmarote a unos metros, abajo. Viste camisa de rayas, bien limpio; es un señor con una bolsa de plástico esmirriada, tal vez con la caja de un medicamento, que está detenido y vuelto hacia la mujer, pero a punto de seguir su camino. Sin embargo no se mueve y la señora va y vuelve con su carro exhibiendo toda la expresividad de una Medea desgreñada. El señor también da alguna réplica breve y mira a los lados,

azorado, con los brazos pegados al cuerpo. La mujer sigue su camino después de haber lanzado una última maldición, pero vuelve y arremete de nuevo, aún más furibunda —y él sigue ahí. Y ella vuelve a irse y a venir —y él, sin marcharse, solo pivota un poco como en un chotis que se ha salido de madre. El movimiento elástico, el ir y venir manteniendo las posiciones, sin irse del todo, demuestra que esto es una escena de pareja.

Un chico con gorra irlandesa y mostacho empuja la puerta y entra en la cafetería mirando su móvil; entonces llegan los gritos de la mujer, amortiguados por el ruido de la máquina de café:

—Todo esto te lo voy a hacer igual en la plaza del pueblo. ¡En la plaza del pueblo! ¡MA-NO-LO!

Termina la escena: se va cada uno por su lado.

Tanto apogeo emocional tan temprano. En este barrio las rupturas y cuernos se airean como rápidas peleas de perros, nada que ver con el invisible avanzar de una enfermedad.

Y yo, espectadora con mi vaso de café —lo ciño con las dos manos—, ¿qué espero de mi encuentro con Juan y, sobre todo, qué quiero esperar?

No sé. Estoy alegre. ¿Es eso una pista de algo?

Es normal que predomine la excitación en este momento, y que esta se confunda con cierta alegría. Pero qué quiero. Le doy un sorbo al café, miro por la ventana.

¿Qué quiero? ¿Qué debería querer?

Verlo otra vez. De momento, verlo otra vez.

No llega por el lado por el que pensaba que lo haría, de modo que ha entrado en escena sin que reparara en él (una figura que avanza por la izquierda). No reconozco el abrigo que lleva. Pero sí el paso tranquilo y amplio, la manera tan derecha de llegar, sin prisa, su cuello fuerte dirigiendo la atención al fren-

te, buscándome cerca de la boca del metro.

Ahí está. Tengo el impulso de ponerme en pie y salir corriendo hacia él, pero una avidez de distancia me detiene.

Míralo.

Ese hombre en la calle, ese transeúnte en el paisaje objetivo de la plaza, rodeado ni más ni menos que por el mundo entero; en esa persona entre tantas otras, en esa pequeñez estoy yo —una sensación de alarma va subiendo, subiendo desde el estómago y me llega hasta la garganta.

Lo he perdido.

Y dejo de mirar, me pongo en movimiento, recojo mis cosas, vamos los dos a vivir nuestra escena porque la suerte está echada ya.

Me acerco a él, que está parado bien firme, mirando a un lado con las manos en los bolsillos y el abrigo abierto.

—Juan.

Sus ojos azules.

Nos damos dos besos —como se los damos a cualquiera. Nos separamos un poco para mirarnos.

—Nadia. Estás muy delgada.

Asiento, su abrigo nuevo se entreabre sobre el jersey azul de cuello redondo, un viejo conocido —lo toco. Aquí estamos plantados los dos, frente a frente sin hablar, y sé que sonrío porque veo que Juan me sonríe también a mí y se balancea sobre los talones, imitándome. Sus ojos están húmedos, los míos no. Tiene los brazos estirados, con las manos en los bolsillos tirando del fondo como un adolescente tímido. Sé que quiere abrazarme. Sonreímos sin parar. Nada que decir.

Le cojo del brazo, que está tenso, y él mueve su otro brazo, como por un resorte, para sustentar con la mano el contacto. Nos ponemos a caminar.

No nos preguntamos a dónde nos dirigimos.

Recorremos la calle Argumosa. Vamos a un paso lento y sincronizado. Nada que decir.

Un día de verano de nuestro primer año juntos estábamos sentados en el césped de un jardín en la plaza de Oriente. Me acababa de decir algo o me acababa de besar y entonces se puso a llover. Alrededor hubo un movimiento, la gente se levantaba de las terrazas, corría, se tapaba la cabeza con sus chaquetas ligeras riendo, y nos quedamos solos y no nos movimos —y al principio fue encantador y sonreíamos y la gente bajo los toldos sonreía al vernos— pero seguimos allí, sin hablar, demasiado tiempo hasta que nadie nos miraba ya. Me pareció que mi voluntad no podía mover el cuerpo, que no podía tampoco pensar: todo se quedó quieto. Parecía que quien primero se moviera destruiría el amor.

—¿Adónde vamos? —pregunta Juan.

Estoy tan desorientada.

—No sé —digo, dándome tiempo para seguir a su lado sin tener que hablar.

—¿Te apetece que nos quedemos en alguna de estas terrazas? —me pregunta.

Nos detenemos al lado de una mesa metálica para dos; un camarero está abriendo una sombrilla para la pareja que desayuna pan con tomate y café a nuestro lado.

—Ahora os atiendo —dice el camarero, que es menudo y descarado, ya lo conozco—. ¡Hijo!, vaya ojazos.

Juan le sonríe, se ruboriza y se pone todavía más guapo. Cuando le dicen un piropo o intentan flirtear con él, Juan acepta esa atención con la amable falta de reciprocidad de los ni-

ños.

Juan se sienta, yo me quedo de pie. Veo el barrio rodeándole. Los edificios, las personas que pasan, los mismos árboles en flor están en connivencia conmigo. Él se encuentra en mi terreno, calle Argumosa. Está sentado sin saberlo en medio de una selva carnívora.

Juan mira hacia un lado y le veo algo en el pelo. Es una calva del tamaño de una moneda detrás de la oreja. Me impresiona como si hubiera visto un boquete. Desvío la mirada.

—¿No te sientas, Nadia?

Está ajustándose la correa del reloj —ese gesto tan suyo.

—¿Te importa si paseamos un poco más? Podemos ir al Retiro.

Seguimos caminando. No hablamos, yo no voy a decir nada hasta que nos alejemos de estas calles. Me parece que el barrio me mira con sorna a mí. «¿Quién es este?», parece decir. «No podrás olvidarme», me susurra.

Salimos a la gran ciudad; la rotonda de Atocha con todos sus carriles girando con los coches. Cruzamos largos pasos de peatones y llegamos a la cuesta de Moyano, subimos entre los puestos de libros; ya se ve el Retiro.

No hablamos, como si hubiéramos convenido en que solo lo haremos al llegar al parque.

Cruzamos las verjas de hierro. Ah, el Parque del Retiro es de todos; este es un terreno neutral, diplomático; estos árboles tan altos son adustos como antepasados. Bajo sus copas, una dispersión de personas con camisetas transpirables amarillo fosforito, rosa fosforito, mallas y gafas de sol, corriendo, patinando. Se oyen los gritos de las cotorras, verde chillón.

Pero qué delicia, en el parque se forma un remanso de buen tiempo que llega por todos los sentidos. El sol se disfruta más tamizado por las ramas de los árboles.

Caminamos compartiendo este placer; es un punto a favor de

nosotros.

Los castaños de indias exhiben sus ramilletes. Otro punto a favor de nosotros.

Es esta tibieza. El punto de equilibrio perfecto del buen tiempo.

Nos desviamos del paseo central y tomamos un sendero entre los robles frondosos; escuchamos nuestras pisadas contra la tierra.

—¿Dónde vives?

—En Lavapiés.

—¿Está bien la casa?

—Sí. Me gusta el barrio.

Caminamos otra vez en silencio.

Las palabras del otro, que antes teníamos en cantidad ilimitada, se han vuelto un bien escaso.

Caen gota a gota.

Percibo la reticencia de Juan, el no saber qué preguntarme. Pero aquí estamos otra vez los dos y a mí me empiezan a entrar ganas de hablar. Creo que le contaría todo lo que he vivido, se lo empaquetaría, se lo pondría a los pies para entretenerlo.

—Me parece muy raro estar aquí paseando contigo como si nada —le digo.

Ningún momento está ligado a otro.

Pero él no dice «Ya». Se rasca una mejilla.

Camino un rato mirándome los pies, con una sonrisa que no sé de dónde viene.

Recuerdo su calva. Se me encoge el estómago, pero esta vez siento al momento una alegría feroz: *Es por mí*. Él también ha sufrido.

Me provoca una compasión irresistible.

—Necesitaba estar sola.

Pisadas, pisadas. Esta es una conversación lenta.

—Estaba preocupado. No sabía nada, en qué condiciones vi-

ves. Te has cambiado de biblioteca.

Pisadas contra el barro.

—Pero Helena e Ingrid me tranquilizaron —continúa él—. Creo que Helena me odia.

Hace un gesto con la mano que no sé qué quiere decir.

—Te agradezco que hayas querido verme —continúa.

Saca del bolsillo mi móvil.

—Toma.

Lo cojo.

—¿El coche no lo necesitas?

Niego con la cabeza.

—Además, en el centro es difícil aparcar —digo.

—Podemos alquilarte una plaza de parking.

La frase suena estruendosa. Es la mezcla de «podemos», nosotros, y «alquilarte» a ti. Es una combinación nunca dicha. Él también ha notado una alteración en nuestra gramática.

Me voy dando cuenta de que no volveré con él. Vuelvo a sonreír; algo cae.

¿Cómo me sentiré luego, cuando dentro de un rato me separe de él?

—Ya sé quién es ella.

Pisadas, pisadas.

—¿Sí?

Veo entre los árboles el estanque. Podríamos sentarnos en una de las terrazas y desayunar.

—Perdona por haberlo hecho tan mal —dice él.

Me intenta decir algo más, pero yo miro el estanque a lo lejos, me parece que las barcas están demasiado quietas. El aire está cargado de los olores de los brotes, de la resina y de la pelusa de polluelos, las fragancias frescas que el calor del sol le saca a la piel de los seres vivos de todos los reinos. Tal vez los animales escuchen el rumor de las lentas germinaciones, de los huevos que se abren bajo tierra y las vainas que se rompen. Tal

vez sea ensordecedor.

—He pensado en lo que decías sobre el perdón —dice—. Que es algo que sucede, no algo que puedas conceder.

No continúa hablando. Quiere que lo perdone, supongo.

Pero ahora mismo, paseando con Juan a mi lado, percibiendo la vibración de su presencia, escuchando sus pasos, su voz, ahora solo hay presente y en el presente todo está perdonado.

Además este buen tiempo te mantiene en volandas, no puedes detenerte y hundirte a rumiar nada.

—¿Quieres que desayunemos en aquellas mesas, en la parte de atrás del quiosco de allí, el que está un poco apartado? —le pregunto.

Sueno bastante desenfadada.

La terraza está en una hondonada, entre grandes castaños de indias y pinos, apartada del paseo principal del estanque, que es el más concurrido del parque. Es un fin de semana tranquilo porque es puente y mucha gente se ha ido de Madrid. En la bandeja de los camareros que van y vienen del quiosco de ladrillo hay cafés, croissants y también vasos de cerveza iluminados.

Elijo la silla que está al lado de la de Juan, no la que está enfrente. Me siento, me abro el abrigo y me aflojo el pañuelo; soy consciente de cada movimiento. Pero Juan mira la carta.

Hay algo diferente en él. ¿Está un poco más delgado? Puede que sea el corte de pelo; se nota que es reciente. No le veo la calva; si se gira un poco... quiero y no quiero ver su herida.

Pero me gustaría que, por lo menos, tuviera roto el corazón.

Aquí estamos los dos. Venimos de la manera adecuada a esta extraña cita: yo traigo mi delgadez, mi falta de apetito y mi pelo demasiado largo; él trae su calva del tamaño de una moneda.

Mira con interés la carta del desayuno. No puedo negar que tiene buen aspecto; lo encuentro joven y eso me deja perpleja,

porque es una cualidad que por primera vez observo en él, como si yo hubiera envejecido y él no.

Juan pide un desayuno completo, con zumo, café, tostadas de tomate y jamón. Demasiada hambre para un encuentro dramático. Yo entonces me decido a pedir solo un té.

—¿Algo de comer? —pregunta el camarero.

—¿No tomas nada? —pregunta Juan.

—No, gracias —contesto—. No tengo hambre.

No tengo hambre *como tú*. He aquí las palabras inaudibles de una conversación de pareja.

El camarero se va, nos deja solos en la mesa. Como hacemos siempre, no empezaremos a hablar en serio hasta que nos sirvan. El momento es tan cotidiano que me pregunto con desdén por qué he tardado tanto en quedar con él.

Me sonríe. Sus ojos de niña. Me sonríe y me confunde. ¿Es este momento triste o alegre?

—¿Qué tal estás?

Me pregunta antes de que llegue el desayuno. Me encojo de hombros.

—¿Qué tal en el nuevo trabajo? —insiste.

Le sigo mirando sin ningún atisbo de contestarle. Necesito calibrar, encontrar el tono. Yo sí voy a esperar a que vuelva el camarero con el desayuno.

—Estoy contento de verte —dice él.

Su verdadera ligereza es eco de mi falso desenfado de antes —y me fastidia.

El camarero llega con nuestros desayunos y mientras los deja en la mesa, veo una abubilla agarrada a la corteza de un árbol y picoteándolo. Pero no digo «Mira».

Seguimos en silencio. Juan hace girar la cucharilla por los dedos como un prestidigitador; también sabe hacerlo con las monedas.

—Ese abrigo te sienta bien —dice—. Es otro estilo.

Se oyen los mirlos; traen su alegría pacífica, de mañana. Hace mucho que no los oía; en Lavapiés no he visto ninguno.

¿A qué me estoy resistiendo? Estoy contenta. Ya está.

Él lo nota, vuelve a hacer girar la cucharilla y se la pasa de una mano a otra. Me mira.

—Cuéntame tú cómo te va en el trabajo —le digo.

—Tengo bastantes novedades.

—¿Habéis ganado el concurso?

Abre los ojos mucho y asiente despacio varias veces. Como hago yo cuando quiero crear intriga.

—Y no solo eso.

Siento una alegría mezclada con nervios —oh, el éxito de alguien a quien quieres de verdad— que es como una corriente al abrirse una ventana de repente... ¿Qué voy a hacer ahora con ella? Juan y sus buenas noticias.

—¿No solo eso?

—Por otro lado...

—No, no me fastidies.

—Sí.

—¿Te han nombrado asesor? ¡No!

—Está pasando todo a la vez.

Me echo atrás en el respaldo, cruzo los brazos.

Vaya.

Voy a preguntarle más, cuál de los proyectos ganó el concurso, cuál es el campo en el que va a ser asesor, ¿la energía, las construcciones? ¿Quién es el consejero que le ha solicitado, el exprofesor de universidad o el aristócrata aquel apasionado de la robótica?

Pero un aire en contra me detiene.

Todo eso no me concierne ya.

Él se ha quedado callado también.

Va a decir algo, pero no le sale la voz y se toca la garganta con cara de sorpresa.

Pongo mi mano sobre su mano.

—Me alegro mucho. Enhorabuena.

Me sonríe, pero de repente saca la mano de debajo de la mía para pellizcarse el ceño y cerrar un momento los ojos. Su mano izquierda se apresura a sustituir a la otra y se posa sobre la mía.

—Tenía muchas ganas de contártelo —dice por fin.

Permanecemos en silencio, miramos hacia el estanque. Cuando vuelva al Retiro, si paso por aquí, miraré hacia esta terraza y tendré el recuerdo de esta conversación. Tal vez en ese momento sepa qué estaba pasando.

—Supongo que si habéis ganado el concurso, la empresa que estabas pensando montar con Fanny también saldrá adelante.

Enarca las cejas, abrumado como un niño con muchos regalos.

—Todo, todo a la vez.

Vaya.

En el éxito de Juan hay justicia poética.

Nunca siguió el curso de la ambición mezquina de muchos de sus compañeros y compañeras. Renunció a las becas de instituciones que, bajo la tapadera del apoyo a los investigadores del futuro, servían para detectar y reclutar a las mentes que daban señales de excelencia y, así, con un solo golpe maestro, sacarlas de la circulación y ponerlas a trabajar para la puesta a punto del mismo corazón de la maquinaria del sistema. Esto me lo explicó él así, mientras abría la mesa plegable de la cocina en la que los dos trabajábamos de veinteañeros, como diciendo: «Estoy preparado para resistir aquí».

El talento de Juan para las matemáticas, la física, el dibujo era el ronroneo de un cerebro que se calentaba como un motor, pero que trabajaba de verdad en esas ocasiones en las que, por ejemplo, el atropello de un ciervo en la carretera, contado por el imbécil de su amigo Roberto, le ponía a dibujar en cualquier

servilleta, mientras escuchaba la anécdota; y a los dos días continuaba dibujando en su libreta decenas de parachoques.

Y luego estaba su capacidad para quedarse embebido en la contemplación de los objetos. Ir con Juan a cualquier sitio suponía perderlo, porque se rezagaba al ver algo: el sistema de frenos de una moto, la salida de gases de un edificio, una puerta automática.

A veces me contaba qué estaba mirando, de una manera vaga y sin poder quitar los ojos de encima a la tuerca o lo que fuese en que se había fijado. Nuestros amigos también estaban acostumbrados. «Esperad. ¿Juan?». «Allí. Ha visto algo».

Era tan feliz proyectando cosas. Había nacido para eso. Y acaba de llegar a una posición desde donde podrá hacer lo que quiera.

Algo se mueve por el suelo muy rápido hacia nosotros, el ojo lo capta, cuidado. Pero es un balón que se queda parado a unos dos metros.

Unos niños, allá en el paseo del estanque, miran hacia nosotros; uno viene ya corriendo.

Juan se levanta. Coge el balón, lo lanza al aire y le pega una patada, como hacen los porteros, el abrigo largo aletea, el balón sube a la altura de los árboles, se cruza con el sol que nos deslumbra y abajo los niños gritan «¡Ohhhh!» y ríen porque ahora el balón caerá sobre ellos, tras esta parábola excesiva, llena de energía y precisión.

Vaya.

Vaya.

Tal vez esta mañana ha hecho el amor con Eva.

Me imagino a Juan rodeado de hijos. Tres o cuatro varones. Juan podría ser el fundador de una gran saga familiar de esas que en un siglo florecen y se desmoronan.

Cuando Juan se sienta otra vez, yo estoy aplastada en la silla. Estamos un rato sin hablar.

Nosotros nunca fantaseamos con los hijos, las hijas. Un día cuando éramos veinteañeros, íbamos en el autobús y al quedar detenidos en un semáforo, nos fijamos en una pareja más joven aún que nosotros.

—Mira esa pareja —dije yo.

Estaban en un Burger King. Uno apoyado sobre la otra. Hombro contra hombro, cabeza contra cabeza. Sonreían mirando a sus hijos, un niño y una niña frente a ellos en la mesa.

Eran como un fuego que se va apagando en la chimenea, antes de ir a dormir. Los dos niños habían mordisqueado las hamburguesas, desparramado las patatas fritas, se habían peleado, habían gritado y uno tenía los ojos llorosos y rojos como si se hubiera atragantado. Pero en ese momento los padres los miraban jugar con las figuritas que regalan con el menú infantil, diciendo tonterías.

—Mira esa pareja, tan jóvenes y qué felices son —dije.

Juan se quedó mirándolos.

—Están agotados —me respondió.

Íbamos sentados en el autobús. Me fijé en nuestras manos en mi regazo entrelazadas de tal manera que no se distinguía qué dedo era de quién. Me di cuenta de que eran unas manos muy jóvenes. Éramos los huérfanos en la isla.

De repente, como si me viniera la inspiración, me doy cuenta de que la calva se la ha provocado el estrés por estar tan solicitado en su profesión —no yo. ¡La calva no era mía! ¡Qué crueldad!

Me revuelvo en la silla.

Crueldad por crueldad.

Y entonces ocurre algo extraño: los dos nos miramos y nos sonreímos muy abiertamente, muy en consonancia con el día, cosquilleados por una alegría inevitable que comienza más allá de nosotros. Parece que nos sorprendemos de que sigamos aquí.

—Fanny pensaba que no sabías quién... —dice.

Puede que a partir de ahora su mejor amiga sea Fanny. Ahora tiene más confianza con ella que conmigo. Habrán hablado de Eva muchas veces y ella le habrá dado buenos consejos. Me gustaría escucharlos a mí también.

—Quería proponerte algo —dice Juan—. No tienes que responder hoy.

Llega el momento. Se tensa un arco gigante que lo abarca todo. El parque entero se curva y se echa para atrás.

Tal vez va a decir lo que quiero que diga; tal vez va a decir lo que temo que diga —y no sé distinguir una cosa de la otra.

—Espera —digo yo—. Ahora vuelvo.

Me pongo de pie. Me dirijo hacia el quiosco, voy dejando atrás a Juan, pero no sé adónde voy. Quiero alejarme. Supongo que piensa que voy al servicio.

Me detengo en un punto en el que ya no me ve, tapada por el quiosco. Respiro el aire que cae en mis pulmones, duro como el agua demasiado fría, el sol se derrama en mi cabeza, mi espalda y mi pecho —estás viva tú también— y soy consciente de que lo que veo por todas partes está moviéndose —eternamente —: nada se puede detener. Cierro los ojos, el espacio se abre con cada sonido que oigo cerca, lejos, no hay límite. Estoy detenida en un filo.

Los ojos acuosos en la oscuridad me acaban de encontrar.
No parpadean. Me miran con la fijeza de la desesperación.
No me dejes. Ven.

Vuelvo a la mesa con Juan. Me cierro el abrigo, me siento, cruzo los brazos.

—Dime.

—He estado pensando algo. —Se pone serio, une sus dos manos sobre la mesa—. Creo que lo adecuado es que tú te quedes con la casa.

La casa nueva. Su primor.

No hago ningún gesto. Me da igual. Ahora mismo me da igual.

—Pero tú has puesto mucha ilusión en esa casa —digo.

—Por eso mismo.

Veo cierto estremecimiento en sus ojos. Son ojos de despedida, ojos póstumos. Ojos del fantasma de las navidades del futuro. En ellos hay compasión genuina. No todo el mundo puede mirar así ni hacer un ofrecimiento tan generoso.

Esta compasión pura me convierte en una enana, y luego en una rana, y luego en un gusano y luego en una larva que van rebotando sobre la silla en este día esplendoroso.

Él puede mirarme así porque para él hay bienvenida, amor y futuro. A mí su calva me ha dado un subidón.

Mete las manos en los bolsillos de su abrigo; su expresión se recompone.

—¿Qué piensas con ese ceño fruncido? —me pregunta.

—Nada.

—¿Te parece bien lo que te he propuesto?

—Sí.

—Te da igual. ¿Qué piensas?

¿Qué pienso? Me parece que me ha dado un pellizco. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta, nuestra pregunta, ahora? ¿Qué pienso? Pienso: ¿Dónde te has dejado a Eva? ¿Quieres mirar tu móvil ahora, a ver si te ha escrito? ¿Lo harás apenas nos despidamos? ¿Y cuándo fue la primera vez que te acostaste con ella? ¿Qué excusa me pusiste, buen Juan?

Juan de mierda.

—Os la podéis quedar también vosotros, la casa de las narices.

Así que soy eso, el primer amor que sale a veces en un novelón, pero solo mencionado, solo para preparar el camino; soy un preludio en la vida del protagonista: Juan. Todavía es joven y tendrá más de todo. Ahora está enamorado de nuevo de una mujer y esta vez va en serio; en la segunda parte de su vida su carrera se volverá apoteósica y tendrá hijos. La vida renovándose a sí misma.

Miro a un lado, hacia el surtidor, pero no veo nada, soy una corriente de rabia y no puedo girar mi cabeza ni mover mis ojos hacia él.

Y al adoptar esa postura, mi cuello dirigido un poco a la derecha para que mi mirada no le roce, es mi cuerpo indignado el que recuerda nuestros últimos enfados, aquel restaurante caro en Alcalá de Henares, el mantel granate, los paneles de madera en las paredes, los cubiertos tan pesados. La discusión había empezado tontamente con algo relacionado con su reloj y él me había dicho que por ser fiel a mi madre amaba la pobreza y me molestó que llamara a mi madre «humilde», que tuviera esa suficiencia —nunca antes se había atrevido a usar ese tono—, y yo le dije que no se necesitaba nada, que lo que sobra te corrompe (y sonaba tan intempestiva como un profeta, pero yo recordaba aquella cocina con la luz naranja del extractor, haciendo rosquillas de pie en una banqueta para llegar a la encimera, ah, Dios mío, el único recuerdo con vida de mi madre, y allí no sobraba absolutamente nada) y que lo que sobra estropea, igual que ocupa un espacio, y que hubo un tiempo en el que él pensaba igual, y que hay una riqueza interior, la hay, aunque no sé en qué consiste, nadie lo sabe por aquí, pero que creías en ella o no y esa era la diferencia entre nosotros. El reloj. Ver su reloj nuevo sobre el mantel granate. ¿Un Rolex, un

Cartier?

Oh, Dios mío. El proyecto es el de los drones.

—¿Eres asesor para los drones?

Me mira un segundo, hace una mueca rara y se ríe. Mueve la cabeza.

—Nadia.

—¿Son los drones?

—Tienes el don de la adivinación y de...

—¿Sí o no?

—Yo en vez de «drones» diría «los sensores».

Miro su abrigo nuevo, muy buen corte, su abrigo nuevo es siempre más caro que el anterior. Y empiezo a percibir una separación entre nosotros, como si ya perteneciéramos a clases diferentes.

Y por alguna oscura consecuencia lógica, me acuerdo en este momento de que vivo en el mismo barrio que Esther.

Me alegro de permanecer en mi lado. Me paso la mano por el pelo, de la frente a la nuca, y me parece que me quito un velo.

Juan y yo teníamos una tercera cabeza común, acaba de rodar por el suelo.

—No he tenido otra opción —dice por fin Juan.

Se refiere al amor.

El cerebro de la cabeza cortada ha tenido su último pensamiento.

Recuerdo aquel disparo a bocajarro en la cocina, cuando solo íbamos a cenar: «Estoy enamorado de otra persona».

El amor es un tirano. Eva, Eva, Eva. A bocajarro.

—¿Cómo es lo vuestro? —pregunto mientras rasco la mesa con mi dedo índice.

—Bueno...

Me miro las uñas. Se me ocurre que podría pintármelas de un

color oscuro. Nunca me he pintado las uñas.

—Es difícil hablar de eso. ¿De verdad quieres saber cómo nos va?

Ha pronunciado raro «nos»: *nuos*, *nus*...

En realidad querría saber cómo es Eva para él. Qué tiene ella.

Voy a preguntárselo, pero no soy capaz de decir «Eva» delante de él.

—Sí, quiero saberlo —digo.

Veo en Juan la desazón; el rostro crispado por la impotencia de los sueños en los que no podemos huir.

—Ella...

Se detiene, veo moverse arriba y abajo su nuez.

—No eres capaz de decir su nombre —le digo.

Lo está pasando realmente mal. Veo en su cara inflexiones que nunca había visto. Está cambiando de rostro.

—Eva —digo yo. La voz me ha salido rara—. Puedes mencionarla, Juan.

Entonces veo que algo, un alud, se desploma por su cara, que se va poniendo blanca.

—¿Eva? —consigue decir.

Nos quedamos callados, mirándonos uno al otro, como en un espejo roto. No entendemos nada.

—¿Qué Eva? —dice él.

—¿Cómo que qué Eva?

Se echa atrás en el respaldo de la silla.

Cierra los ojos.

—Se llamaba Eva, ¿no? Eva, la traductora china.

—Nadia...

Los músculos del rostro se contraen de un modo extraño un instante, tiene cara de dolor. Ahora soy yo quien le compadece. Nos hacemos daño unos a otros.

—Es Fanny.

Mi mente se queda en blanco.

Los pensamientos han salido propulsados, dejando una estela de vapor.

Silencio en mi cabeza vacía.

Y luego un aleteo de ala blanca, un paso de página.

—Pero en aquella cena tú dijiste algo —digo.

—¿Qué cena?

—Cuando Eva vino a casa. Dijiste algo. Algo sospechoso. Dijiste: «Por fin...».

—No sé, no. ¡No! Si Eva es...

—«... por fin os conocéis». ¿Por qué lo dijiste?

—... Eva es lesbiana.

—¿Por qué lo dijiste?

Juan se ha quedado callado.

—Que dije ¿qué? ¿«Por fin os conocéis»?

Parece sorprendido.

—No sé por qué dije eso —contesta.

Se frota los ojos como si estuviese cansado.

—No sé por qué dije «Por fin os conocéis» —insiste.

«Eva es lesbiana» resuena como el eco de un disparo que no se disipa.

Un disparo. Me duele el pecho. Noto que algo brota y brota de él. Me llevo la mano al corazón para contenerlo. Eva delante de mí en el pasillo, con su vestido negro, me tiende la mano, sus pulseras se deslizan, y yo le doy la mía —como cuando se la di a Blanca y enmudecí—, nuestros dedos se tocan, se tocan y se enlazan, la floración se acelera en mi pecho, se acumula y desborda, y yo la seguiría a cualquier parte.

—No sé por qué dije eso. Pero creo que alguna vez pensé que Eva te podría gustar —dice Juan.

Parece que va a decir algo más, pero no, no puede decir más,

se ha quedado exhausto de golpe, sin aire y sin palabras, porque Juan es una de esas personas que pueden lanzarse a una inmersión a vida o muerte en el peligroso interior de quien tienen enfrente, para alcanzar y sacar al exterior, y poner sobre la mesa, el cofre cerrado que el otro ha dejado hundirse —con tantas cosas dentro.

Este es el Juan que amaba.

Me mira a los ojos. Se abre una bifurcación. Por un camino podría espetarle «Pero ¿qué estás diciendo?»; por el otro puedo no decir nada.

Bajo la mirada. Me quedo callada.

De esto éramos capaces —que no se nos olvide. Nuestro amor era insondable, era un precipicio. Por eso permanecíamos sobre la hierba cuando empezaba a llover.

Pero tenemos que levantarnos e irnos de aquí. Seguimos siendo los huérfanos, demasiado pequeños contra esa fuerza invisible, inaudible, impensable que ahora puedo sentir como el temblor que percibe un animal a punto de huir hacia la montaña. La vida rodeándonos.

Nunca tener rencor.

Querido Juan. Nos hacemos daño unos a otros.

—¿Nos vamos, Juan?

Me pregunta si estoy bien. Me pregunta qué voy a hacer ahora. Quiere acompañarme a donde sea. Quiero que me acompañe. Porque lo normal es que, estando juntos, sigamos juntos. Pero llegamos a las verjas del parque y nos tenemos que separar.

Mira la estación de bicicletas.

Como una culebra que se mueve al pisar cerca de ella, surge el deseo de montar en bici, bajar la cuesta de Moyano haciendo eses y dirigirme a Lavapiés, a rebotar por las calles empedradas. Volver así a mi casa.

Sí, sube, pedalea, siente el aire en los brazos.

Tomo la mano de Juan y me vuelvo hacia él. ¿Qué nos va a pasar ahora a *cada uno*? ¿No es la vida una aventura? ¿No es eso lo que sentíamos juntos, lo que tú y yo sabíamos, ese vértigo, no teníamos refugio, no teníamos a nadie, y podíamos sentir directamente el viento soplando en todas direcciones porque todo pasa rápido?

Escúchate por dentro. Hay brotes rompiéndose, filamentos que se alargan, se retuercen y se enlazan, es la vida por delante. Ven.

—Juan.

Después de todo, ¿no es un milagro habernos encontrado y habernos reconocido a la deriva en todo este océano de tiempo, y habernos cogido la mano antes de besarnos aquella primera vez?

Como ahora. En este beso lento en el que te acaricio la cara.

Y nos pasa lo mismo que en aquella ocasión. Que nos reímos besándonos, que tú también acaricias mi cara y que ya está.

Ya está hecho. Ahora, ve contigo. Vuelve a casa.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en

su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de expe-

riencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,
Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑOS 2019-2020:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvanan el grito generacional de una nueva ola de autores y pensadores. Las distintas voces intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. Hay reflexiones incómodas que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos, hay vértigo ante el paso a la edad adulta, historias de migración e identidades partidas, un relato del aborto clandestino en Chile o una perspectiva íntima de trabajadores de una corporación dedicada a la evasión fiscal. Hay poesía, emoción e ironía para cuestionar, observar y desmontar los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Litio,
Malén Denis

Rein,
Elizabeth Duval

Animal de nieve,
Dara Scully

Nada ilegal, nada inmoral,
Adrián Grant

Desencajada,
Margaryta Yakovenko

Y tú, ¿tan feliz?,
Bárbara Carvacho

© Santiago Izquierdo

Marta Gordo nació en Madrid en 1975. Imparte clases como profesora de Filosofía en enseñanza secundaria. *Todos deberíamos romper* es su primera novela.

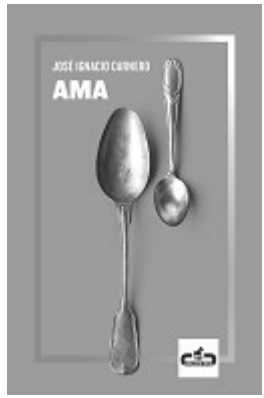
Si te ha gustado ***Todos deberíamos romper,*** te recomendamos:

LA PERTENENCIA
Gema Nieto

El trágico recuento del propio pasado cuando la vida por fin concede una tregua es lo que encontramos en *La pertenencia*, la primera novela de Gema Nieto. La protagonista de esta historia, que el lector estará tentado de asociar al género autobiográfico, pierde a su madre a los trece años de edad; desde ese momento, su vida será como si la atravesaran con ella. Partiendo de la indefensión de la mirada adolescente, y terminando con el escepticismo de la mujer adulta, *La pertenencia* repasa las tonalidades de una voz dolorida, que busca entender y sobrevivir al mismo tiempo, en medio de la devastación familiar y del largo amaestramiento hacia el mercado laboral que supone el sistema educativo. Relato también de una vocación literaria, donde los libros ejercen de contraparte de un largo diálogo de duelo, *La pertenencia* dinamita la intimidad para ofrecernos incandescente y verdadero el retrato de unos «años de sombra».

METEORO
Mireya Hernández

Meteoro, la primera novela de Mireya Hernández, trata de relaciones, sobre todo de la que la narradora, Martina, mantiene con Pablo, un joven que conoce en Zaragoza y con quien inicia un noviazgo. Harto de la ciudad, Pablo la convence para instalarse en una casa llamada *Beneded*, situada en La Oliva, un pequeño pueblo del Pirineo aragonés. A partir del clásico contraste (y oposición) entre la ciudad y el campo, comienzan a aparecer las resquebrajaduras en la pareja y, como si el entorno fuera capaz de mimetizar los acontecimientos, la casa empieza a inundarse cada vez que llueve; el calor del radiador, a escaparse por los huecos de las ventanas y las paredes del salón; el cuerpo, a enfermar. Aunque lo que se narra aquí es una ruptura sentimental, no se utiliza para ello lo que suele ser habitual a la hora de abordar el tema amoroso: el romanticismo y la creencia en que el otro puede salvarnos o condenarnos.



AMA
José Ignacio Carnero

El título de esta memoria alude a la voz euskera que refiere a «madre», y también a la tercera persona del presente del verbo amar, y es justamente en esa intersección donde José Ignacio Carnero despliega una narración elegante y llena de belleza alrededor de la enfermedad de un ser querido, de las expectativas cumplidas e incumplidas de toda una generación, y de la memoria familiar. O como el autor alerta desde el mismo inicio: «No es que todas las familias felices se parezcan las unas a las otras, sino que, como han estado tan ocupadas siendo felices, no han encontrado el momento de ponerse a escribir sobre sí mismas. Es el olvido, y no la felicidad, el que hace a esas familias iguales».

La mujer que narra su historia se ha separado y se precipita a un abismo, pero también a un nuevo comienzo. Una novela sobre formas de vida contrapuestas, desamor, amor y amistad.

Esta es una novela del desamor en la que podemos identificarnos plenamente con la voz de Nadia, su protagonista, que se despliega generosa y frágil a lo largo de sus páginas. En este mudar de piel hay algo de relato fantasmático, pero la travesía del desengaño da paso a un mundo nuevo, donde la realidad se presenta llena de oportunidades y de percepciones olvidadas, propicia al reencuentro con una misma. La soledad es aquí un territorio infinito en el que reinventarse, donde mirar las cosas como se miran por primera vez. La intimidad se mezcla con el afuera y el libro se llena de estampas, sonidos y olores, diálogos robados y observaciones sobre la ciudad y sus gentes entre desvelos y contradicciones y alternando dosis de profundidad y li-

gereza.

Edición en formato digital: febrero de 2022

Edición a cargo de Jonás Trueba

© 2022, Marta Gordo
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Imagen de portada: © iStock Photos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-41-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: CaballoTroyaEd
Twitter: @ CaballoTroyaEd
Instagram: PenguinLibros

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Todos deberíamos romper

Primera parte

Segunda parte

Tercera aprte

Títulos publicados en Caballo de Troya

Sobre Marta Gordo

Si te ha gustado *Todos deberíamos romper*

Sobre ste libro

Créditos